

I. BIGGI



Lectulandia

Antonio Stradivarius fue el más famoso *luthier* de todos los tiempos. En 1680, un hombre misterioso visita Stradivarius en plena noche para hacerle un prodigioso encargo: construir doce instrumentos de cuerda cuya melodía abra las puertas del cielo. En el año 2003, el inspector Herrero investiga el brutal asesinato de un acaudalado armador residente en Madrid. Mientras, un asalto sin móvil aparente al apartamento de un joven médico alarma a las autoridades de Ginebra. ¿Pueden estos casos, aparentemente aislados, tener alguna relación con la visita secreta que Stradivarius recibió aquella noche hace más de tres siglos?

Lectulandia

Iñaki Biggi

# La fórmula Stradivarius

ePub r1.0  
titivillus 15.01.2019

Título original: *La fórmula Stradivarius*  
Iñaki Biggi, 2007

Editor digital: titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Para Begoña y Pablo*

*Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y le dejó en el jardín del Edén, para que lo labrase y cuidase. Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio...».*

*... Respondió la mujer a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte». Replicó la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal».*

### **Génesis 2 y 3**

*Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas, doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel.*

### **Apocalipsis XXI, 12. Descripción de la Ciudad Celestial de Jerusalén**

*Te daré las llaves del Reino de los Cielos.*

### **San Mateo, 16, 19**

*Ciertos Nombres de Dios consumen y otros riegan, ciertos Nombres de Dios matan y otros dan la vida; ciertos Nombres de Dios suben y otros descienden. Estos Nombres divinos se escriben, se deletrean, se nombran y se cantan para dar las formas o para deshacerlas; es un secreto que Dios sólo confía a los renunciados que prefieren morir antes que matar*

**LOUIS CATTIAUX**

# PRÓLOGO

*La música es el lenguaje que me permite comunicarme con el más allá.*

ROBERT SCHUMANN

VÍSPERAS DE LAS NAVIDADES DE 1737.  
PLAZA DE SAN DOMENICO. CREMONA, ITALIA

**S**entado en una banqueta frente al hogar de su taller, Antonio miraba distraídamente cómo las llamas crepitaban alegremente. No podía creer que, por fin, tras más de medio siglo de trabajo, pudiera haber culminado el extraordinario encargo que le habían confiado. Encargo que en un futuro habría de cobrarse tantas vidas.

Alto, magro y un tanto encorvado por las horas delante del banco de trabajo, con un rostro curtido y huesudo sobre el que caían unos mechones de pelo lacio, el anciano, al que le quedaban tan sólo siete años para cumplir el centenar, parecía por su vitalidad treinta más joven.

Sin salir de su letargo Antonio giraba de vez en cuando la cabeza y examinaba el violín con el que anhelaba haber concluido la fantástica tarea encomendada cinco lustros atrás. Sobre un trípode de pino forrado con una tela rellena de plumón, manchada de lamparones de lacas y resinas viejas, descansaba el instrumento ya seco, aún sin encordar. El brillo de su pulida tapa, ricamente barnizada, reflejaba las danzarinas llamas del hogar lanzando fantásticos guiños.

Años atrás su figura y mal carácter habían sido familiares en el puerto, cuando los barcos, abarrotados de mercancías, efectuaban sus primeras escalas antes de seguir viaje hacia el norte. El despacible artesano subía entonces con paso rápido a los navíos y husmeaba en el cargamento hasta encontrar lo que más le convenía. Cogía en sus manos las tablas de arce, abeto, peral, chopo, álamo, ébano, boj, palisandro, pino y de otras costosas maderas, y las inspeccionaba concienzudamente. Comprobaba su estado, humedad, si había grietas o insectos.

Golpeaba con los nudillos en diversas zonas y escuchaba el sonido, sentía la vibración e intuía la música que había dentro de aquellos pedazos de madera. De esta forma era capaz de rechazar algunos que otros artesanos hubiesen catalogado de excelentes.

Otro tanto hacía con las crines de caballo con las que trenzaba sus propios arcos, las cuerdas, clavos y colas. Pero si con algo se mostraba más exigente aún era con los productos tóxicos que componían sus barnices, a los que sometía a un minucioso examen antes de darles su consentimiento o, por el contrario, rechazarlos en el mismo

barco para irse por el malecón lanzando juramentos contra el comerciante que le había hecho perder su valioso tiempo.

Ahora, limitado por la avanzada edad, sólo acudía al puerto si alguno de los mejores comerciantes de madera atracaba. Calibraba las tablas, escuchaba los sonidos, acariciaba las vetas y olía los productos, pero ya no lograba seleccionar lo más exquisito. A duras penas conseguía apreciar las ínfimas diferencias que distinguían los componentes de un buen violín de los de una obra de arte. La calidad de sus últimos trabajos era sensiblemente inferior, esto debía reconocerlo y así lo susurraban en secreto los entendidos, que se cuidaban mucho de manifestarlo en voz alta. Y es que, si tiempo atrás hubiese sido tachado poco menos que de hereje quien dudara de la maestría insuperable del gran Niccolò Amati, bajo cuya tutela aprendiera Antonio, otro tanto sucedía ahora con el alumno aventajado. Los más reputados especialistas coincidían en admitir que no habían visto jamás tal maestría en la confección de instrumentos de cuerda.

Debido a estas limitaciones físicas y a su avanzada edad, Antonio se había obsesionado con *Benjamín*, con el que se cerraba la serie y que se le resistía desde hacía años. Durante éstos había comenzado y abandonado, unas veces más adelantados que otros, un sinfín de instrumentos que no alcanzaban el nivel de perfección requerido. Éstos solían ser terminados por sus hijos y vendidos por cuarenta *gigliati* de oro a cualquiera que se lo pudiera permitir. Pero el anciano sabía que no le quedaba demasiado tiempo y la orgullosa fe en sí mismo que mostró al aceptar el insólito trabajo se había ido resquebrajando.

Todos estos ensayos fallidos habían provocado que su carácter, de por sí agrio, se avinagrara aún más. Su escasa paciencia se agotó, provocando que algunos de sus mejores ayudantes y aprendices lo abandonaran. Los clientes ya no se atrevían a aparecer por el número dos de la plaza San Domenico donde se encontraba la casa-taller del excéntrico y malhumorado genio, y mandaban a sus sirvientes para buscar el encargo y pagarlo una vez acabado. Sus hijos lo temían, sus empleados lo maldecían y muchos vecinos habían dejado de saludarlo por la calle.

Nada de esto tenía la más mínima importancia para Antonio. Si su vida había girado en torno a su arte como constructor de los mejores instrumentos de cuerda, el ocaso de ésta tenía como único sentido acabar el fabuloso compromiso. Casi se podía decir que la culminación de su obra era lo único que lo mantenía alejado de las garras de la muerte.

Cinco años, de ilusión cuando creía haber dado con la clave, y de frustración al verse ante un nuevo fracaso, lo habían llevado a terminar con *Benjamín*. En un par de ocasiones, como ahora, creía haberlo conseguido y al encordar, afinar y probar el instrumento sus sueños se habían hecho añicos.

Pero esta vez era distinto. Aquel instrumento que reposaba sobre el trípode había despertado en Antonio ese sentido especial aletargado que lo había encumbrado como el más grande. No concebía un nuevo fracaso.



Aún no daba crédito a lo que esto suponía. Setenta y dos años fabricando violines, violas y violonchelos para reyes, príncipes, nobles, papas, cardenales y algún músico que, o tenía un rico mecenas, o su exquisito arte lograba conmover el pétreo y avariento corazón de aquel genio.

Sin embargo la mayoría de sus creaciones sólo le habían servido para ganarse la vida. Incluso algunas que se consideraban obras de arte y que se guardaban en palacios como auténticos tesoros para que su propietario pudiera jactarse, carecían del mínimo interés para su creador, cegado por la obsesión de alcanzar la perfección en los doce instrumentos que darían un sentido único a su existencia.

Antonio salió de su ensimismamiento y se levantó del taburete. Con paso incierto se aproximó a uno de los bancos de trabajo y abrió un cajón. Hurgó dentro y sacó varias cuerdas de tripa con las que tenía pensado aparejar el violín y las sometió a un intenso examen. Cuando se decidió, dejó las sobrantes de nuevo en el cajón, tomó el instrumento, se lo colocó en las rodillas y se dispuso a encordarlo concienzudamente.

Mientras sus manos retorcían y apretaban, su mente viajó en el tiempo hasta la mañana en que, acompañado por su padre, Alessandro, y llevando en la mano unas figuras talladas en madera con la vieja navaja de éste, se presentó, recién cumplidos los doce años, en el taller del mejor *luthier* de Cremona y, posiblemente, del mundo entero.

Vivían en las afueras de Cremona, al abrigo del azote de la peste que por aquel tiempo diezmaba la ciudad. Sus padres tenían alquilado el bajo de una casa en el que se acomodaban el matrimonio y sus cuatro hijos.

Alessandro había sido el primer maestro de Antonio en la talla y también el primero en percatarse del extraño don que poseía el inquieto niño. Por las noches, cuando volvía de trabajar, mientras Anna, su mujer, con el más pequeño de los hijos, Giovanni, tirando de la punta de su falda, preparaba la frugal cena familiar, y los hijos mayores, Giuseppe y Cario, sacudían los colchones de paja donde dormirían todos, Antonio se quedaba muy quieto en un extremo de la mesa observando atentamente cómo Alessandro daba forma a pequeños trozos de madera con la navaja y creaba, milagrosamente, perros, gatos, un burro o un cisne, que regalaba a sus hijos para que jugaran.

Una noche como las demás, Alessandro abandonó la talla y la navaja sobre la mesa mientras atendía a un vecino que había llamado a la puerta. Cuando volvió a la cocina se encontró al pequeño Antonio terminando la talla de un cuervo. No tardó en hacerse evidente para Alessandro que su hijo poseía una asombrosa facilidad para moldear a su antojo cualquier pedazo de madera.

—¿Por qué quieres aprender a fabricar violines? —le preguntó Niccolò Amati al joven Antonio, mientras daba vueltas entre sus encallecidas manos a la figura de un

cisne de madera, similar a las que un día hiciera Alessandro, pero mucho más perfecta y delicada.

El gran Amati recibía no menos de dos peticiones semanales como ésta. En ocasiones los aspirantes venían cargados de obsequios que sin pudor alguno entregaban al violero, esperando granjearse de esta forma sus simpatías. Poco conocían al fabricante de los mejores instrumentos de cuerda de la época. Casi en todas las ocasiones el atribulado muchacho y sus padres, cuando lo acompañaban, se volvían por donde habían venido, llevando consigo los obsequios que pensaban les iban a abrir las puertas del reputado taller.

Antonio nunca recordó qué había contestado, aunque posiblemente careciera de importancia. El maestro había intuido la mano de un artista en aquel muchacho enclenque que temblaba de frío a las puertas de su taller.

Aquel mismo día Antonio se sumó a los elegidos. Aprendió a preparar la madera, la laca y las colas. También a barrer, separar el apreciado aserrín, limpiar y recoger las herramientas al final de las largas jornadas y quitar las pegajosas manchas de barniz del suelo y de los bancos de trabajo. Durante los dos primeros años no se le permitió acercarse a ninguno de aquellos maravillosos instrumentos amarillentos, que, una vez terminados, abandonarían el local con destino a las más poderosas cortes europeas.

Poco a poco, y vigilado de cerca por los oficiales más experimentados, Antonio fue progresando en el trabajo, preparando las piezas, uniéndolas con cola, barnizando... hasta que, por fin, el año en que cumplió los veintiuno, pudo fabricar su primer violín y firmarlo como *alumnus Nicolai Amati*.

Imposible olvidar aquel año de 1666. El mundo entero se mostraba atemorizado, pues, a pesar de las palabras tranquilizadoras de la Iglesia y la persecución de los agoreros que alarmaban a la población, los supersticiosos ciudadanos creían estar a las puertas del fin del mundo. Por todas partes surgían, como la mala hierba, legiones de aprovechados y falsos profetas que exhortaban a los crédulos a que se arrepintieran de sus pecados y se prepararan ante la venida del Anticristo. Los más cándidos de espíritu malvendían todas sus pertenencias, por lo general al iluminado o sinvergüenza conchabado con éste, y se marchaban del pueblo, convencidos de que con su peregrinar ganarían el Reino de los Cielos antes de que sonaran las trompetas del Juicio Final.

Las autoridades se las habían visto y deseado para mantener el orden. Las gentes de peor calaña, convencidas de que el final estaba cerca, no quisieron desaprovechar los días que aún restaban y cometieron toda clase de tropelías. Otros, los más resignados, sencillamente dejaron sus trabajos y sus familias a la espera de que sonara la hora.

En todas las ciudades importantes se produjeron revueltas y tumultos. Se quemaron iglesias, en ocasiones con los sacerdotes dentro, por la desesperación de

verse abandonados de Dios. A veces el fuego alcanzaba toda la ciudad y cuando sucedía cualquier desgracia se la consideraba una señal.

Una vez terminado el año, y sin el Apocalipsis a la vista, Antonio, que se había mantenido ajeno a toda esta locura, tomó por esposa a una joven viuda, Francesca Feraboschi, dos años más joven que él. La mujer no era ninguna belleza y tenía problemas para encontrar un nuevo marido, pero aun así su padre negó su consentimiento al entender que un simple aprendiz de un taller, por mucho que éste fuese el del celebrado Amati, no era apropiado para su hija.

Aún estuvo catorce años más firmando como alumno de Amati y enseñando el oficio a los aprendices, soñando con el día en que se pudiera marchar de allí y abrir su propio taller donde dar rienda suelta a su inquietud creadora. Pensaba que la técnica de su maestro y en general de los demás *luthiers* estaba encorsetada. Las medidas y proporciones de los instrumentos siempre eran iguales, así como los componentes de los barnices y las maderas elegidas. Nadie se atrevía a innovar, buscar nuevos materiales, probar con otros volúmenes, ideas que a Antonio se le amontonaban y que su mentor se negaba a considerar.

Hasta que un día como otro cualquiera, cumplidos los treinta y seis años y reconocido como el mejor alumno que el gran Amati tuviera nunca, se presentó en el taller el arzobispo de Cesena.

Aquella mañana, al conocer la presencia del cardenal en la ciudad y su intención de visitar la laudería, Amati había mandado limpiar el taller, esconder las piezas de menor valor y retirar los barnices que pudieran ofender el olfato del prelado.

Proveniente de una noble y acaudalada familia, que ya había dado dos papas a la Iglesia, no era la primera vez que aquel cardenal dominico hacía uso de los servicios del violero para adquirir un magnífico instrumento con el que agradecer algún favor o granjearse las simpatías de un miembro de la Curia o de la nobleza romana.

El cardenal pareció muy interesado en el arte del *luthier*. Hacía preguntas, cogía instrumentos sin acabar y los examinaba mientras simulaba prestar gran atención a las complicadas explicaciones de Amati. Aparentemente impresionado, manifestó su deseo de impartir su bendición a los ayudantes del maestro.

Cuando le llegó el turno a Antonio, éste, como casi todos sus compañeros, se mostró más temeroso que agradecido. Los pobres saben por experiencia que la voluntad de los poderosos es voluble. Tras recibir la bendición y mientras se agachaba para besar el impresionante anillo cardenalicio, unas frases susurradas por el dominico acrecentaron su temor. Cuando levantó la mirada incrédulo el prelado no le prestaba atención. ¿Habría soñado tales palabras?

De pronto, al cardenal parecieron asaltarle las prisas. Amati, acostumbrado a tratar con veleidosos señores, lo acompañó hasta su carruaje, extrañado de que el

prelado se marchara sin realizar ningún encargo como era costumbre en sus raras visitas.

Esa noche al salir del taller, tras despedirse de sus compañeros, Antonio miró alrededor por las desiertas calles. Aliviado, echó a andar, bien arrebujaado en el raído abrigo. A la altura de la catedral, por donde necesariamente debía pasar para ir a su casa, una sombra se desprendió de la pared y se le acercó.

El aprendiz de Amati reconoció al cochero del cardenal y de nuevo lo asaltaron los temores. Era cierto, no había imaginado las palabras del arzobispo —pensó—. Verdaderamente el cardenal le había ordenado encontrarse con él aquella noche sin que nadie lo advirtiera.

El cochero, un individuo mal encarado con pinta de rufián, se limitó a hacerle un gesto para que lo siguiera, en un ademán que podía pasar por invitación pero que no admitía réplica.

La catedral, a la que Antonio acudía de vez en cuando a pesar de que no era su parroquia habitual, se encontraba a oscuras. Nunca había entrado en el templo tan tarde y el aspecto sobrecogedor y el frío le pusieron los pelos de punta. Atravesaron toda la nave hasta llegar a una puerta que había a un costado. De allí, subiendo un sinfín de escaleras, alcanzaron un pasillo mal iluminado donde, al fondo, se vislumbraban un par de impresionantes puertas gemelas. Tras tocar con los nudillos en ellas, el cochero las abrió dejando pasar a Antonio y cerrando tras éste.

Allí permaneció el aprendiz durante cuatro intensas horas que pasaron como un suspiro. Lo que escuchó jamás se lo contó a nadie y se fue con él a la tumba. Cuando se abrieron de nuevo los portalones fue acompañado por el cochero hasta la entrada de la catedral y para cuando se quiso dar cuenta ya estaba de nuevo a la intemperie, solo, camino de casa, como si la entrevista no hubiese tenido lugar nunca, como si nada hubiera ocurrido.

Pero aquella noche cambió la vida del laudero. No pudo conciliar el sueño y se la pasó entera dando vueltas a las palabras del cardenal. Recordaba perfectamente el largo discurso que, de llegar a oídos de la Inquisición, daría con sus huesos, incluso tal vez con los del propio cardenal, en la cárcel. Oyó hablar de la Cábala judía, de la alquimia, de los libros herméticos egipcios, de los pitagóricos, de la música de las esferas y de otras cuestiones igualmente heréticas, sobre las que Antonio no sabía nada, y de un noble alemán llamado Christian Rosenkreuz que había aprendido estos secretos en el lejano Oriente.

Profundamente alarmado había escuchado, con la respiración contenida, que el cardenal hablaba de una Inteligencia Universal en la que todo era parte de Dios, sin distinguir entre animales, plantas o personas, ni cristianos, judíos o musulmanes. Un Dios, distinto al que Antonio rezaba, que no intervenía en el desarrollo de las cosas y que no moraba en el Cielo. Aterrado escuchó cómo el cardenal negaba la existencia de un Infierno con el que la Iglesia, que él mismo representaba, amenazaba a los crédulos.

Para un iletrado como Antonio, la palabra de un cardenal era más que suficiente para otorgarle plena credibilidad, pese a que éstas sonaran como las que estaba escuchando. En ningún momento se le podría pasar por la cabeza que el alto cargo de la Curia pudiera estar equivocado.

Lo más sobrecogedor, sin embargo, había llegado al final del enrevesado sermón, cuando el cardenal había expuesto sus intenciones: ¿Estaba capacitado Antonio para llevar a cabo un delicado encargo que cambiaría el destino de la Humanidad?

Estrujando su ajado gorro de fieltro entre las manos, Antonio trataba de asimilar la complejidad que entrañaba el grandioso proyecto. El trabajo era de una dificultad extrema y no se podía descartar que las imprecisas fórmulas facilitadas fueran incorrectas.

Por otra parte, sabía que si alguien podía llevarlo a cabo era él. Nadie, ni siquiera su maestro, por mucho que a éste le costara reconocerlo, dominaba el arte como Antonio. Gozaba de un don innato, envidiado sin disimulo por Amati, que le permitía *sentir* las frecuencias sin necesidad de artificios y, con sólo tomar un instrumento en sus manos, era capaz de *oír* su música. Esto además de su asombrosa facilidad para el tallado.

Aceptar el encargo, aparte de suponer un apasionante desafío para su habilidad, significaba dinero e influencia, pues sólo el dinero no era suficiente para abrir un negocio en el cerrado y celoso círculo de los gremios. Ambas cosas le permitirían independizarse, crear su propio taller, y llevar a cabo las innovaciones que tanto tiempo se demoraban ya y lo consumían. Y el dinero hasta alcanzaría para comprar una casa en la que acomodar a Francesca y sus dos hijos.

Su escaso sueldo justo alcanzaba para arrendar dos habitaciones en una casa a las afueras de la ciudad y alimentarlos a los cuatro. A veces, Francesca debía colaborar lavando y cosiendo ropa para otros, ganando un dinero extra con el que cuadrar las cuentas.

Sin pensárselo más, Antonio aceptó el encargo, sin ignorar la última advertencia del todavía cardenal:

—Hijo mío —había dicho el prelado al acabar el discurso—. Nada de lo que aquí se ha hablado deberá salir jamás de estas cuatro paredes. Nada. Nunca has estado aquí, ¿entiendes lo que digo?

Esta advertencia era a todas luces innecesaria. Quizá el cardenal pudiera salvarse, pero Antonio no se libraría de la cárcel, o algo peor, si cometía la estupidez de mostrarse indiscreto.

Aquella misma semana se despidió de su maestro Niccolò Amati y, con el dinero adelantado por el prelado, compró una casa de tres pisos en la plaza de San Domenico. En la planta baja dispuso el taller y la tienda donde atender a la clientela que algún día empezaría a llegar y aprovechó la terraza para secar sus futuras creaciones al sol.

Francesca, sorprendida, al igual que los familiares, vecinos y amigos, por el repentino cambio de fortuna, se mostró encantada con la casa. Ya no le fue necesario volver a trabajar ni pasar más vergonzantes penurias.

Quien peor se tomó esta nueva situación resultó ser Amati. En un primer momento había pensado que su aventajado aprendiz estaba presionándolo para que lo ascendiera a oficial, algo a lo que Amati, roñica pero no tonto, estaba dispuesto a acceder después de un regateo. El viejo maestro, envidioso de la técnica de su aprendiz, no se resignaba a verlo independizarse. Sabía que en los últimos tiempos la fama de éste había crecido y, a la vez que temía perderlo como su mejor ayudante, era consciente del peligro que suponía para su propio negocio la competencia del nuevo *luthier*.

Trató por todos los medios de entorpecer la apertura del local. Después intentó desprestigiarlo ante el gremio, tachándolo de chapucero, informal y falto de honestidad. Tampoco esto surtió el efecto deseado, pues los demás *luthiers*, que ya habían escuchado los rumores que corrían sobre quién podía ser el mecenas que respaldaba al nuevo maestro, no quisieron mezclarse en la disputa.

Finalmente, consumido por la rabia, Amati denunció a su exaprendiz ante la Inquisición. Lo acusó de blasfemo; de alquimista, por las sustancias que mezclaba; de adorar al diablo con el que había hecho un pacto gracias al cual ahora disponía de una fortuna que nadie sabía de dónde provenía.

Antonio fue llamado a declarar ante el tribunal dominico que llevaba los temas de la Inquisición en aquella zona. Aterrado, había acudido al requerimiento. Durante dos horas lo retuvieron en un pasillo lóbrego imaginando los peores tormentos sin que nadie se dirigiera a él. Finalmente un hermano menor de la orden le dijo que se podía marchar, sin más explicaciones. Antonio obedeció, visiblemente aliviado, sin llegar a saber nunca por qué le habían sido retiradas las graves acusaciones.

Amati tampoco supo la razón, pero le llegaron veladas insinuaciones para que dejara en paz a su antiguo alumno. Un día el cadáver decapitado de un macho cabrío colgaba sobre la tina de barniz, desangrándose. El barniz amarillento que usaba Niccolò desde hacía tantos años era rojo como el que empezaba a usar Antonio. Al viejo no le hizo falta nada más para entender el aviso. Resignado, pero odiándolo aún más, se contentó al pensar que sus instrumentos se cotizaban tres veces más que los de Antonio.

Éste, liberado ya de presiones y responsabilidades, pudo al fin dedicarse a su trabajo. Pronto se hizo evidente que los conocimientos adquiridos en sus años de aprendiz no bastaban para solventar las dificultades técnicas que presentaba la formidable tarea encargada. Debería hacer uso de toda su paciencia, pericia y dedicación.

Primero estudió las artes de las demás escuelas; sobre diferentes técnicas de fabricación, componentes de los barnices, tratamientos de la madera, condiciones de humedad, temperaturas. Preguntó, discutió, investigó y comprobó, pero fue inútil. La

ciencia necesaria era por el momento desconocida. Cuando lo entendió así, dejó de buscar en libros, bosquejos y viejos maestros para dedicarse a experimentar con nuevas ideas. Comenzó probando con otras maderas, nuevas sustancias para las lacas y para las cuerdas. Cambió las medidas de los violines haciéndolos más largos, más grandes y más planos, lo que les confirió un sonido más brillante, penetrante y poderoso.

En medio de tantos ensayos recibió la visita de un viejo judío, anunciada por el cardenal dominico, del que aprendió algo desconocido hasta entonces: la manera de sintonizar los modos resonantes de cada una de las piezas de madera que componen un violín, con unas frecuencias determinadas.

Este descubrimiento era de vital importancia para el proyecto. Precisamente por ese motivo había elegido el cardenal a Antonio. La exactitud en las frecuencias era la clave que separaba el éxito del fracaso y en eso nadie se podía comparar con él.

Fueron diez años de duro esfuerzo, estudio, experimentos y fracasos. Diez largos años en los que nacieron obras de arte de su taller, a pesar de que todavía no había alcanzado su techo creativo, que no lograban contentar a su creador, pues no alcanzaban la perfección necesaria. Diez años en los que la tarea se convirtió en una obsesión que lo apartó de su familia, pese a aumentarla con cuatro hijos más, y de sus escasos amigos. Diez años en los que no volvió a saber nada del cardenal que, sumido sin duda en las luchas intestinas de la Curia, parecía haberse olvidado del encargo.

Por fin, en 1690, a los cuarenta y seis años de edad, Antonio pudo terminar el primer instrumento que cumplía los requisitos del encargo, un magnífico violonchelo al que llamó *Ianuaris*, en honor al dios romano Jano, protector de los comienzos de todas las actividades, a las que concedía buenos finales.

Ocho años más tarde Francesca, de la que se había ido alejando, murió de fiebres, dejándolo solo a cargo de sus seis hijos. En parte asustado por la soledad, no tardó en paliarla casándose con Antonia Maria Zambelli, guapa mujer con la que tuvo otros cinco hijos.

Ahora Antonia yacía también en la Iglesia de San Domenico tras meses de agónica lucha contra la enfermedad. Ante los ojos de Antonio su mujer había ido perdiendo apetito y peso. La fiebre ardía en su cuerpo, dejándola postrada y robándole toda la vitalidad. Por las noches arreciaba su angustia, entre el dolor en el pecho, los esputos sanguinolentos y la horrible tos. A la mañana siguiente Antonia amanecía empapada de sudor y cada vez más débil, hasta que una de ellas simplemente no despertó.

Antonio era consciente de que pronto se reuniría con ella. El fantasma de la muerte acechaba por la cabecera de su cama desde hacía semanas, jugando con él. No le importaba. La hercúlea tarea que le había sido confiada estaba concluida, tras toda una vida y un millar de instrumentos salidos de sus manos.

Pero ahora que había terminado la obra, tenía un grave problema: ¿Qué hacer con ella? El dominico había fallecido sin dejar dicho qué se debía hacer. Nadie conocía la

magnitud del proyecto salvo Antonio. ¿Debía llevarse el secreto a la tumba o legarlo a uno de sus hijos por si alguien lo reclamaba? En ese caso, ¿a quién?

Esto se preguntaba Antonio mientras, absorto, miraba el fuego encendido para caldear el taller y secar el barniz de los instrumentos.

Aquella tarde, había despachado pronto a sus ayudantes y a Francesco y Omobono, los únicos de sus once hijos que habían querido seguir los pasos de su padre y a los que Antonio consideraba, con amargura, faltos de destreza. No había hecho falta excusa alguna. En el taller sus órdenes no se cuestionaban, por extrañas que pudieran parecer, así que, en cuanto los mandó marchar, recogieron las herramientas de los bancos de trabajo, barrieron de virutas y aserrín el local, colgaron sus guardapolvos y delantales azules, y se fueron alegres de poder disfrutar del resto de la tarde.

Antonio cerró con llave el taller. De un armario que nadie tenía permiso para tocar sacó el magnífico violín. Tras pasarle una gamuza lo encordó y afinó. Finalmente llegaba el gran momento.

Conteniendo la respiración, empuñó el arco hecho con crines de caballos blancos rusos y suavemente lo frotó sobre las cuerdas. El sonido límpido y majestuoso brotó en el acto. Tras un breve descanso para armarse de valor, Antonio atacó de nuevo con el arco, siguiendo una escala que se sabía de memoria. Su fatigado corazón aumentó la cadencia por la emoción. Embriagado, el anciano seguía tocando una y otra vez.

¡Sí! Por fin lo había conseguido. Dejando el violín en las rodillas se le escaparon unas lágrimas. El encargo estaba concluido. Pasando una huesuda mano por el puente del instrumento, que, ajeno a la emoción descansaba a la espera de que sus cuerdas fueran acariciadas de nuevo, Antonio rezó una oración.

Con la tarea terminada el anciano sentía una vertiginosa mezcla de emociones contrapuestas. Alivio por haber sido capaz de cumplir la colosal tarea. Tristeza por saber que, alcanzada la meta, no habría nada más. Orgullo al constatar su maestría para ejecutar lo imposible. Curiosidad y a la vez temor ante las consecuencias que tendría su logro. Dudas al no saber qué hacer con sus conocimientos, ni con el fruto del encargo.

Mientras estos pensamientos corrían por su cabeza, acariciaba, con unas manos marcadas por las venas, los huesos y cientos de cicatrices de toda una vida de trabajo, la cubierta de una manoseada Biblia. En ella guardaba sus más preciados secretos. La técnica con que barnizaba, conocimientos sobre el tratamiento, cepillado y manejo de las distintas maderas. La humedad, temperatura y secado necesarios en cada fase de la creación...

Pero también guardaba algo mucho más preciado. Con una tinta invisible, a base de una solución de cloruro de cobalto, Antonio dejaba grabados los acordes secretos, la fórmula facilitada por el cardenal que habría de usarse para hablar con Dios. Y,



ahora, también la manera de identificar los doce instrumentos perfectos que podían encadenar dicha fórmula.

Entre tanto el viejo *luthier* reflexionaba, fuera caían copos de nieve. Aún no había llegado el invierno en toda su crudeza pero, a pesar de eso, nadie se aventuraba por las calles a esas horas, a no ser algún mendigo sin hogar.

Poco a poco, hipnotizado por la danza de las llamas, el maestro fue cayendo en el sopor. En el hogar, el fuego, descuidado, empezó a dejar entrar el frío y las sombras. Ajeno a todo, el violín permanecía inmutable en su trono de madera, despidiendo los últimos brillos de su barniz dorado oscuro con tintes rojizos que tanto gustaban a su creador.

A la mañana siguiente cuando los hijos de Antonio fueron a abrir el taller no se sorprendieron de que el hogar humeara, ni de encontrar a su padre sentado en su banqueta frente a los rescoldos, con el cuerpo apoyado sobre un banco. A pesar de la edad del anciano no era raro que se quedara en el taller, amparado por la oscuridad y el silencio, y que se quedara dormido como en esa ocasión. Sólo cuando Omobono, el menor de los dos, quiso tapar a su padre con una manta, se percató del ceniciento tono de la piel del viejo.

Antonio descansaba ya el sueño de los justos, con un gesto plácido en el rostro. Entre sus manos aún sostenía la ajada Biblia que a sus hijos jamás les estuvo permitido tocar, depositaria de sus grandes secretos. Mientras Omobono iba en busca del cura, Francesco le retiró con suavidad el libro, ignorante del legado que ocultaba, y lo dejó sobre el banco de trabajo. Tampoco reparó en el desconocido instrumento, perfecto en su construcción y acabado, que descansaba en un rincón.

Dos días después se oficiaron los funerales por el genial *luthier*, que fue enterrado al lado de Francesca y Antonia. Justo antes de cerrar el ataúd y clavetearlo, Omobono colocó de nuevo la Biblia paterna en manos de Antonius Stradivarius.

# RUBÉN (*HIJO DE LA PROVIDENCIA*)

*En el instante presente se encuentra el secreto del pasado y del futuro.*

De la Cábala

MADRID. NOVIEMBRE DE 2003

**E**l inspector Pablo Herrero se asomó fuera de su despacho. Con disimulo miró a los lados. En la comisaría el ajetreo era menor de lo habitual. Los agentes que trabajaban en horario de oficina, de lunes a viernes, hacían lo posible por ir terminando sus tareas antes de irse a casa. Herrero aspiraba a poder hacer lo mismo.

Acompañando la puerta con la mano para evitar hacer ruido y llamar la atención más de lo imprescindible, Herrero se alejó por el largo pasillo, bajó los tres pisos hasta la entreplanta, dejó atrás la máquina del café, donde dos ociosas oficinistas se reían de alguna tontería dicha por un joven agente, y vio la salida.

Sin permitir que la euforia lo embargara, avanzó hacia la puerta de cristal a través de la cual se veía ya la calle.

—¡Inspector!, inspector Herrero —gritó a sus espaldas una voz que se acercaba por el pasillo.

Herrero se detuvo a un metro de la libertad y cerró los ojos con resignación. Su huida del trabajo se había visto truncada por un solícito agente que no parecía tener motivos para pensar que el inspector Herrero tenía casa propia y no vivía en la comisaría.

—Suerte que lo cojo, inspector —dijo el agente uniformado, sin hacer caso del gesto de fastidio de su superior—. Pregunta el comisario por usted. Ha llamado a su despacho, pero usted ya había salido y me ha pedido que mirase por si aún permanecía en el edificio.

Mientras recogía su mesa, Herrero había oído el irritante timbre del teléfono. Por supuesto, no se le había pasado por la cabeza descolgar.

Lamentablemente el comisario Eusebio Martín había sido más rápido que él. El comisario era un tipo generoso con el tiempo de sus subordinados, pero extremadamente celoso del suyo. Seguro que hacía ya un buen rato que había abandonado la faena.

—Realmente es una suerte que me haya encontrado —repuso sardónico Herrero—. ¿Le ha explicado el comisario qué es lo que quiere?

—No, no me lo ha dicho. Simplemente me ha ordenado que lo buscara. Que se trataba de algo de la máxima importancia.

El inspector miró con desesperación el techo del pasillo. Por lo general cualquier tema, por insignificante que fuese, gozaba de la clasificación de máxima importancia para su superior.

—¿Está el comisario en su despacho? —preguntó con sorna Herrero.

—No, ya se ha marchado para casa —repuso el agente sin dar señales de haber captado la ironía—. Tengo la llamada de su móvil retenida. Si le parece se la paso a su despacho.

Herrero subió por la escalera las tres plantas lo más despacio que pudo, tomándose un respiro entre una y otra para coger un poco de aire. Con metro setenta y cinco de estatura, y noventa y dos kilos de peso la última vez que se subió a una báscula, Herrero estaba un poco relleno y no en plena forma física, algo que se la traía al paio. Como casi todos los hombres había descuidado su aspecto casi desde el día en que se casó. En esto también coincidía con su mujer, a la que no se podría confundir con una sirena como las que adornaban las taquillas de los vestuarios masculinos en la planta baja, mostrando sus intimidades.

Finalmente llegó hasta su despacho. En el teléfono una lucecita roja indicaba que, al otro lado de la línea, alguien aguardaba a que el aparato fuera descolgado y, o poco conocía Herrero a su jefe, o la espera no estaba siendo paciente. Con calma dejó su anacrónico sombrero de ala blanda en el perchero, un regalo de su mujer años atrás que le acentuaba, al decir de sus compañeros, el parecido con el policía de la película *El exorcista*, colgó el abrigo largo y ligeramente ajado, y con un resoplido se sentó en la torturada silla de plástico amarillo, que prefería a las dotadas de ruedas y palanquitas, anatómicas e inestables, proporcionadas por la jefatura.

—¡Hombre! —dijo una voz maltratada por el tabaco y la ingesta de café hirviendo al otro lado del aparato cuando el inspector se decidió a descolgar—. No se ha dado usted mucha prisa en atender mi llamada.

—Lo siento comisario —contestó Herrero, y sin mucha esperanza añadió—: Salía ya cuando me llegó su recado.

—Me alegro de que aún estuviera por ahí. Si no, hubiese resultado un engorro tener que esperar a que llegara a su casa para trasmitirle el mensaje y habría hecho el viaje en balde. Porque imagino que se le habrá olvidado llevarse el móvil, ¿no?

Ahora era el comisario quien lanzaba las puyas. Herrero, por norma, se dejaba el teléfono en cualquier sitio, con la secreta esperanza, nunca cumplida, de que se perdiera.

—No señor —contestó—. Lo había cogido, pero me temo que anda bajo de batería...

—Sí, claro. Es igual. A lo que íbamos. Se ha producido un asesinato en las afueras de la ciudad, al norte, no muy lejos de Barajas, en una mansión llamada Hybris. El muerto era un tipo de muchísimo dinero, como todos los que viven por allí, pero al parecer además de pasta tenía cierta amistad con un diputado. Me han

pedido que destine a mis mejores hombres a este caso. Como comprenderá, me he acordado de usted.

¿Y de quién, si no?, pensó Herrero sin tratar de dar vida a sus pensamientos. De todos los inspectores jefe en nómina de la comisaría, dos estaban de baja, uno de permiso por paternidad, otro llevaba de excedencia un año y su puesto no había sido cubierto. Así sólo quedaban dos: el propio Herrero y un gañán llamado Eulogio Belmonte, estúpido hasta decir basta, al mando de la brigada de delincuencia organizada, del que tanto sus compañeros como los jefes se hacían cruces tratando de imaginar cómo había logrado aprobar los exámenes, no sólo de ascenso a inspector jefe, sino de oposición para entrar en el cuerpo.

—Cuánto honor me hace, señor. Espero no defraudarlo...

—No se pase, Herrero. Imagino que esperaba poder irse a casa temprano y pasar con la familia el fin de semana, pero este caso es de la máxima importancia.

Herrero separó el auricular de su oreja, fastidiado por la insistencia de cómo debía tratarse el caso por parte de su superior.

En realidad el problema no era suyo y el comisario lo sabía. Herrero, como inspector jefe de homicidios, no tenía por qué desplazarse más allá de su oficina. Para eso estaban los inspectores, pero el que estaba de guardia ese fin de semana era José Estévez, un inepto cincuentón hijo de un antiguo comisario que Herrero había tratado, sin ningún éxito, de quitarse de encima y que, por supuesto, el comisario no quería que se ocupara del caso.

Cuando Estévez se enterara de que no lo habían llamado a él, fingiría enfadarse el muy trepa, pero en realidad estaría encantado de que no se pudiera comprobar, una vez más, su ineptitud.

Herrero, mosqueado por ver rotos sus planes y porque el comisario prescindiera del mismo parásito que se negaba a apartar de su grupo, a punto estuvo de argumentar que abandonar el puesto a las cinco, cuando su horario de los viernes era hasta las tres, no suponía irse a casa temprano tal y como había insinuado el comisario.

—... quiero que se acerque personalmente a esa mansión. Los de la policía científica ya se encuentran allí haciendo su trabajo, póngase en contacto con ellos. En cuanto tenga algo, llámeme que estaré esperando. En el gabinete de presidencia del Gobierno están impacientes. Para variar, trate de darme algo que ofrecerles... ¿sigue usted ahí?

La última pregunta vino precedida de un breve silencio. El comisario no era de aquellos que se podían clasificar en la categoría de estúpidos. Sí, más bien, en la de capullos.

—Claro, comisario —repuso Herrero, acercándose de nuevo el auricular—. Estaba tomando nota de lo que mandaba.

—Un día de éstos vamos a tener problemas usted y yo. Bueno, no se entretenga más y salga pitando para allí. No olvide llamarme en cuanto tenga algo.

—A sus órdenes —contestó Herrero a un inerte aparato, ya que el comisario había colgado.

Sin dejar el aparato, marcó el número de su casa. Al cuarto timbrazo saltó el contestador. Esperó a que diese la señal y dejó un mensaje para su mujer, que sin duda estaría de camino a casa, desde la centralita telefónica donde trabajaba. Con voz átona le comunicaba que llegaría tarde y que no lo esperase a cenar. Era un mensaje tan trillado que le salía automáticamente.

Con parsimonia, Herrero se acomodó en la ancha silla de metal y plástico que había *tomado prestada* del cuarto donde se llevaban a cabo los interrogatorios a los detenidos. Como siempre que necesitaba relajarse o pensar, cogió de una caja una hoja de papel usado destinado al triturador y con unas largas tijeras empezó a cortar esquinas tranquilamente.

Volvió a marcar un número, esta vez una serie más corta, pues era una llamada interna, y preguntó al oficial de guardia si había visto al inspector Estévez. Por algún motivo desconocido para Herrero, el agente trató de ocultar lo evidente: que Estévez no estaba por el edificio, algo de lo que el inspector jefe no tenía la menor duda. Aquel anormal estaría en casa de su amante, una pelandusca con menos cerebro que él.

Siempre lamentaba que la mujer de Estévez no llamara ningún viernes por la tarde, para poder tener la satisfacción de decirle que el imbécil de su marido no había acudido a la oficina, pero era comprensible que la pobre mujer no tuviera ningún interés en preguntar por aquella calamidad.

Una vez cubierto el trámite de preguntar por su inspector, pensó en llamar a Ramírez, el otro inspector que le quedaba, dada la plaga de gripe que asolaba la comisaría. Pero Ramírez llevaba dos días sin dormir, pues a su hijo pequeño le estaban saliendo los dientes, y Herrero lo había mandado a casa. No aportaría mucho en el estado en el que estaba.

Finalmente llamó al subinspector Ponte y al agente Cuéllar, de su grupo, y los citó en el aparcamiento. Arreglándose un poco el arrugado abrigo, tomó el ascensor y bajó a reunirse con ellos.

Repantigado en el asiento del copiloto del coche policial sin distintivos conducido por el servicial Cuéllar, el inspector jefe trataba de relajarse mientras cruzaban las abarrotadas calles de la capital. Detrás, el subinspector Ponte, con un móvil atrapado entre su oreja y el hombro, se esforzaba en recopilar más datos sobre la situación, que apuntaba en una pequeña libreta.

Bajo el asiento de Herrero, había una lámpara azul destellante con un alargador que se conectaba al mechero del coche, pero sus subordinados sabían de sobra que el inspector no haría uso de ella, ni de la sirena escondida bajo el salpicadero, así que se lo tomaban con filosofía.

Hasta que llegaron a su destino, los tres apenas intercambiaron unas palabras sobre las medidas que habían sido tomadas para aislar el lugar del crimen, y otros

temas recurrentes como los nuevos calendarios laborales y la tan prometida y esquiva subida de sueldo.

—Inspector Herrero, me alegra verlo por aquí —lo saludó su homólogo de la policía científica, Dos Anjos, cuando se encontraron en la entrada de la mansión.

Herrero recibió con satisfacción el saludo. Miguel Dos Anjos era un joven pero experimentado inspector que conocía el oficio. Aunque tenía nacionalidad española, Dos Anjos era de origen portugués y raza gitana. Había comenzado como patrullero, pateando la calle de noche y luchando contra la desconfianza de sus superiores y de sus propios compañeros, que no acababan de entender qué hacía un gitano en su plantilla. También había tenido que lidiar con su familia al ingresar en el cuerpo. Poco a poco y con gran esfuerzo había logrado ir ascendiendo solventando todas las trabas que se le ponían hasta llegar a la brigada científica. Herrero había trabajado anteriormente con él en otros casos y le había sorprendido su profesionalidad e intuición, algo que el inspector anteponeía sobre cualquier otra virtud en un policía.

—Hola, Miguel. Me acaba de avisar el comisario, así que estoy a oscuras. ¿Qué es lo que tenemos?

—Así que el jefe le ha fastidiado el fin de semana —sonrió el inspector y, examinado su libreta, añadió—: No tenemos mucho por ahora. Uno de los muertos se llamaba Nikolaos Tsaldharis. De setenta y tres años de edad. Era el propietario de esta mansión. Impresionante, ¿verdad?

Herrero no pudo sino estar de acuerdo. Todas las construcciones de aquella zona excedían lo que cualquier persona necesitaba para fundar una familia, pero se quedaban pequeñas al lado de la que visitaba ahora. Se trataba de una mansión de tres plantas de al menos ochocientos metros cuadrados cada una, encalada de blanco y rodeada de un inmenso jardín que contenía una piscina olímpica. El perímetro aislaba la edificación de miradas exteriores indiscretas por medio de frondosos árboles, en su mayoría grandes pinos y abetos.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó Herrero.

—Nikolaos Tsaldharis —repuso al instante el inspector sin hacerse un lío con la difícil pronunciación—. Un antiguo armador griego, de esos que empezaron con nada y terminaron con más de lo que podían gastar en toda su vida. Vivía solo, atendido por una legión de sirvientes. Por las noches, sin embargo, los despachaba a todos y se quedaba solo con una enfermera. Por lo que me han dicho era un tipo muy extraño. Desde que se retiró, hace ocho años, no había vuelto a salir de estas paredes. Tenía un pasante inglés que hacía funciones de secretario personal, Robert Aldrich. Llevaba toda la administración de su capital, sus negocios, incluso la elección del personal doméstico. Ha sido él quien nos ha avisado.

—Ha dicho usted que el tal Nikolaos era una de las víctimas. ¿Es la enfermera que lo cuidaba la otra?

—Así es. Los asesinatos fueron llevados a cabo pasadas las diez de la noche, cuando los sirvientes ya se habían marchado. Creo que la enfermera murió enseguida.

Ahora la verá usted. Se trata de una señora de mediana edad. Susana Escobar, si no recuerdo mal. Sí, efectivamente. Era diplomada en enfermería y llevaba al servicio de Nikolaos desde hace más de nueve años. Aparentemente alguien se le acercó por detrás, le tapó la boca con la mano y la degolló con un tajo profundo que va de oreja a oreja. El asesino la dejó donde la había matado. El viejo no tuvo tanta suerte.

Mientras hablaban habían subido las escalinatas que llevaban a un espacioso salón. En las paredes colgaban pinturas de diferentes épocas, autores y escuelas. Annibale Carracci, Caravaggio, Tiziano, Delacroix, David Friedrich y Goya compartían los honores con Picasso, Manet, Degas, Gauguin y Piet Mondrian.

Los suelos de madera noble estaban tapizados por gruesas alfombras persas, chinas y del Turkestán. Sobre los pesados muebles macizos de caoba, descansaban figurillas de ébano y marfil, jarrones chinos, piezas de jade, bustos clásicos e instrumentos de todo tipo.

—Un poco recargado, ¿no le parece? —preguntó Herrero mientras examinaba atentamente una figura de un guerrero oriental modelado en barro.

—Sin duda lo es —repuso Dos Anjos, que de arte andaba poco versado—. Pero aquí hay una fortuna. Estoy seguro de que con lo que cuesta esa figurita terminaría de pagar el piso.

—¿Han echado de menos alguna pieza? —preguntó distraídamente el inspector jefe, sin dejar de observar al guerrero. Sabía que era prematuro hablar de aquello, pero le gustaba tantear las cosas antes de meterse de lleno en la investigación.

—No hemos tenido mucho tiempo aún, pero en principio no parece que haya ninguna marca ni en las paredes ni sobre los muebles.

—Dada la extrema limpieza que hay en esta casa, dudo que queden marcas —dijo Herrero mientras levantaba una pieza ante el horror de los demás policías.

—Puede ser —contestó tranquilamente Dos Anjos, que conocía las maneras poco ortodoxas del inspector jefe—. De todas formas cuando retiremos los cuerpos haremos un barrido a fondo. ¿Qué opina de esto?

Herrero se acercó a la enorme mesa de madera oscura donde se centraba la atención de sus dos hombres y de los de la científica. Un agente, enfundado en un buzo blanco con capucha y mascarilla, disparaba sin cesar su cámara fotográfica desde todos los ángulos.

Sobre la mesa se encontraba el cuerpo desnudo y roto de un hombre mayor. Sin tocar nada y con la tranquilidad que proporciona la experiencia, Herrero examinó concienzudamente el cadáver. Lo habían tumbado boca arriba y le habían atado las piernas a las patas de la mesa. Las manos estaban clavadas al tablero, con gruesos clavos, por las muñecas. En la mano derecha faltaban todos los dedos, que estaban esparcidos por el piso. En la izquierda aún permanecían dos de ellos. Las orejas también habían sido arrancadas y colgaban de la araña de cristal situada sobre la mesa. Una de ellas se veía parcialmente masticada. La misma suerte había corrido la virilidad del pobre individuo. Lo que quedaba de ella estaba al lado del torturado

rostro, como si el asesino se hubiese querido asegurar de que la víctima fuera consciente de su tarea. La nariz fracturada y la boca tumefacta, a la que faltaban varios dientes, no ayudaban a reconocer la identidad de aquel despojo.

En el tren de alta velocidad Madrid-Sevilla, Etzel abandonaba la capital española. En el asiento de al lado, para el que había cogido billete por si algún entrometido revisor ponía alguna pega, llevaba una voluminosa caja alargada envuelta en papel de regalo azul y adornada con una vistosa cinta dorada rematada por un gran lazo.

Eran las diez de la mañana y aún quedaba una hora para llegar a la estación sevillana de Santa Justa. Etzel se planteaba el tema del desayuno mientras el paisaje corría por las ventanillas. A pesar de la temperatura controlada del vagón, prefería no quitarse la cazadora de cuero que vestía sobre un polo negro. Unos elegantes zapatos y los artificialmente envejecidos vaqueros completaban su vestuario, discreto pero de calidad. El cabello negro y engominado hacia atrás enmarcaba un rostro pálido, de ojos marrones, e imberbe. Su figura alta y estilizada ofrecía un aire inquietante.

Horas antes, en la mansión del magnate griego, ni el pelo era negro, ni tenía gomina, ni los ojos castaños, ni su vestuario se parecía en lo más mínimo.

Quizá era un exceso de celo pero aunque la policía aún tardaría horas en movilizarse, era mejor no utilizar el aeropuerto de Madrid. Desde Sevilla sería más discreto tomar un vuelo a París, donde tenía previsto descansar unos días.

Justo acababa de meterse el móvil en el bolsillo del pantalón. Etzel había dejado sonar un número convenido de veces el teléfono antes de colgar para informar a su cliente de que había cumplido el encargo. Por fortuna no había habido más contratiempos. En un trabajo anterior, meses atrás, las cosas habían ido aún peor.

Durante un mes había estado controlando la rutina del hombre. En ese tiempo el tipo había llegado a su casa puntualmente a las seis de la tarde, no volviendo a salir hasta la mañana siguiente. El estuche que Etzel debía robar, de gran tamaño, también volvía con él a la misma hora. Etzel ya conocía el interior de la casa, que había recorrido y fotografiado en ausencia de la familia.

Había llegado a la conclusión de que el paquete se quedaba en el despacho de abajo, mientras su propietario, con su mujer e hijos, dormía en la planta de arriba, adonde se retiraban hacia las nueve y media de la noche, después de cenar.

El plan era sencillo: entrar antes de las seis, cuando la casa estaba desierta, esconderse en el pequeño aseo del despacho, que no se utilizaba, y esperar hasta que terminaran de cenar y se fueran a sus cuartos. Después cogería el paquete y saldría por la puerta tranquilamente. Cuando a la mañana siguiente el hombre echara en falta el estuche, Etzel estaría ya muy lejos.

Pero aquella noche uno de los hijos adolescentes del matrimonio volvió a casa bastante más tarde de lo habitual, junto a un grupo de amigos. Los chavales habían estado bebiendo y se acercaron a la casa sigilosamente para que los padres no se



dieran cuenta, con tan mala suerte que coincidieron con Etzel, que ya se marchaba con el paquete. El hijo no se dejó engañar y enseguida se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, dio la alerta y todos salieron corriendo detrás. A Etzel no le quedó más remedio que dejar el codiciado y voluminoso estuche y huir apresuradamente para no ser víctima de un linchamiento a manos de los alborotados jóvenes.

Etzel había descargado su frustración con un mendigo que dormitaba en un banco tapado con unos cartones. Cuando se tranquilizó, el indigente sangraba por varios sitios y estaba sin sentido.

Esa noche había jurado resarcirse con un trabajo impecable pero también habían surgido dificultades, siendo necesaria la intervención del propio cliente para que, desde donde estuviese, hiciese una llamada a Suiza solicitando ayuda.

Cuando dos horas más tarde éste llamó y dijo con tono despectivo que el viejo había mentido, Etzel perdió los papeles y se encarnizó aún más con el pobre anciano, que yacía sobre la mesa de su casa. Al final, el viejo confesó dónde ocultaba el estuche. Realmente el escondite era todo un logro técnico, imposible de detectar, pero el cliente no se había mostrado muy razonable con las dificultades sufridas.

## GINEBRA. NOVIEMBRE DE 2003

Sentado frente a la mesa de su despacho, Ludwig Dreifuss leía el informe que sostenía en la mano, alumbrado por la pálida luz de un flexo. Aunque eran las cinco y media de la tarde entraba un suave resplandor por el ventanal que daba al lago Lemán, donde el Ródano se ensanchaba para bañar las orillas de la ciudad.

Antes de que la oscuridad terminara de cerrarse, Ludwig había estado contemplando la magnífica panorámica, admirando la fuerza del chorro de agua, *le Jet d'Eau*, que se alzaba ciento veinte metros por encima del lago. También había admirado el fenómeno conocido como *seiches*, en el que la oscilación de la superficie del agua variaba un metro en un intervalo de tiempo de sólo media hora.

*... la exploración del oído derecho se aprecia una zona granulomatosa abombada en epítimpano. El TAC muestra compatibilidad con colesteomatoma. Hipoacusia de conducción con buena conservación de la vía ósea...*

El silencio acompañaba a las penumbras en el enorme despacho que Ludwig utilizaba, además, como consulta. Hacía rato que ya no quedaba nadie por la quinta planta del hospital donde él atendía. Marlene, su nueva secretaria, que sustituía a Monique, jubilada la semana anterior, también se había marchado.

La mujer parecía competente, tenía que admitir a regañadientes Ludwig, pero el otorrinolaringólogo era conocido por sus manías perfeccionistas. Había llevado mal

la jubilación de Monique, única persona en la que confiaba plenamente tras una relación laboral de diez años.

A sus treinta y siete años Ludwig, tan exigente en su vida privada como en el trabajo, llevaba uno separado. Su mujer, una parisina cinco años más joven que él, no había podido seguir soportando la terrible megalomanía del afamado doctor, optando por dejar una nota en un pòsit, donde se podía leer un lacónico *Adieu*, pegado en la portezuela del microondas, aparato, como casi todos los restantes electrodomésticos de la casa, al que Ludwig no se acercaba jamás. Esta ironía confundió un poco al doctor, que tardó casi dos días en darse cuenta de que su bella esposa le había mandado a paseo.

Si por algo lamentaba el abandono era por su desmesurado orgullo, herido de tal forma que había entablado una auténtica batalla judicial por la separación de bienes. En realidad le traía sin cuidado la repartición, pues disfrutaba de una más que desahogada posición económica, pero luchó con uñas y dientes gastando en abogados más de lo que obtuvo, con el único objetivo de vengarse de su exmujer.

Ludwig había nacido en el seno de una familia bien. Su padre, un estricto y vanidoso cardiólogo, le había legado un temperamento narcisista. Dreifuss padre se había desentendido desde el nacimiento de Ludwig tanto de su hijo como de su mujer, Ruth, hija de un pobre comerciante griego que había sufrido la tragedia de enamorarse de un atractivo e inteligente iceberg.

Estudiante destacado, Ludwig había terminado sus estudios secundarios ante la indiferencia paterna. Lejos de su casa y dolido por la falta de reconocimiento, decidió estudiar medicina y superar a su padre, para *demostrarle que se equivocaban con él*, se decía el joven Dreifuss. Pero en realidad era un intento patético de ganarse la voluntad de su altivo progenitor.

Durante los años en que permaneció en la facultad, se había negado a aceptar dinero de su casa, viviendo de una beca que cada año renovaba automáticamente gracias a sus brillantes calificaciones, de tomar la tensión a los jubilados y de pequeñas curas.

Fueron años de total dedicación a los estudios. Ludwig no participó en las fiestas estudiantiles, no probó los efectos de la marihuana como sus compañeros ni rondó la cafetería de la universidad.

No tuvo tampoco tiempo para enamoramientos y tan sólo se benefició de algunos escauceos con jóvenes que buscaban un buen marido en la facultad más prestigiosa, escauceos que fueron solventados con rapidez. Alto, atlético, de pelo rubio oscuro, con ojos azules pálidos en los que se podía apreciar lo encantado que estaba de conocerse, Ludwig tenía cierto embrujo sobre las mujeres que no dudaba en utilizar sin escrúpulos cuando sentía necesidad, ocasionalmente, de aliviar su soledad.

Cuando llegó la hora de escoger especialidad, Ludwig ya era consciente de la inutilidad de sus esfuerzos: su padre no se iba a sentir orgulloso de él jamás, así que era una necesidad seguir tratando de ganarse su cariño. Liberado de esta carga, dejó de lado la especialidad de cardiología con la que hasta hacía bien poco pensaba que iba a llegar al corazón del viejo Dreifuss y optó por la otorrinolaringología, rama en la que los avances del momento ofrecían grandes posibilidades.

Realizó la especialidad en la Universidad de Viena, con Erik Bruckner, uno de los más afamados expertos del mundo, compaginando los estudios con un trabajo los fines de semana como médico en visitas a domicilio.

No necesitó mucho tiempo para destacar en la facultad. El experto otorrino se fijó en él y pronto lo nombró ayudante suyo, mientras sus compañeros trataban de olvidarlo.

Dos cosas resultaron de este apadrinamiento. Aprendió mucho más que en la facultad y conoció a Fancine.

La bella joven había llegado un día a la consulta de Bruckner acompañada de su padre por un insignificante dolor en un oído. El profesor estaba muy atareado y no se le escapaba que a la chica no le sucedía nada, por lo que, ante el enfado del padre de Fancine, la puso en manos de su ayudante.

La arrogancia de Ludwig, y también su físico, cautivaron a Fancine. A Ludwig, por su parte, le cautivó la idea de emparentarse con aquella familia, el dinero de su padre y lo que luciría con una beldad semejante colgada de su brazo.

Sin problemas pecuniarios, rodeado de la alta sociedad vienesa y con Bruckner como mentor, el futuro se abría diáfano ante él. Pero nada de esto impresionó al viejo Dreifuss que, en su egolatría, continuó ajeno a cuanto lo rodeaba, amargando a su mujer hasta el final de sus días.

Pero la vida, a veces, ofrece destellos de justicia y una semana después de celebrarse los funerales por su esposa, al salir del quirófano y marcharse hacia casa, el ya viudo Dreifuss no se percató de un coche que se le acercaba haciendo unas maniobras extrañas. El conductor, después del accidente, dio una tasa de alcohol en sangre que triplicaba la permitida. El cardiólogo, por el contrario, mostró unas constantes vitales por debajo de las imprescindibles.

El recién doctorado Ludwig, fiel a lo vivido en su casa, no lloró a su progenitor y se limitó a enterrarlo en una tumba sin adornos, lejos de su desdichada esposa Ruth, que descansaba a casi mil quinientos kilómetros de distancia, en Tesalia, la tierra de los centauros y magos, bajo la protección del monte Olimpo.

A Ludwig nunca se le ocurrió pensar que lo que detestaba en su padre era fiel reflejo de lo que terminaría por ser él. Egocéntrico, altanero, inmune a la desgracia ajena, siguió los pasos del viejo y se casó con Fancine. Pero su exmujer no resultó tan sumisa. Un buen día llegó a la conclusión de que compartir lecho con un pintor bohemio, antiguo compañero de estudios, resultaba más cálido que hacerlo con un bloque de hielo.

Vivía en uno de los barrios más selectos de la orilla derecha de la ciudad, cerca del hospital, en un ático que Fancine había decorado con mucho gusto. El enorme apartamento, impoluto gracias a los servicios de una desquiciada mujer de la limpieza temerosa de los exabruptos del doctor cuando éste encontraba la más mínima muestra de polvo, pasaba la mayor parte del tiempo ocupado solamente por la propia interina, que vivía en el cuarto de servicio. Ludwig sólo regresaba a su casa para dormir y muchas veces ni eso, pues se quedaba en el sofá-cama de su despacho, como había hecho las tres últimas noches.

*... bajo anestesia local exéresis de granulomas en pars flácida detrás de los cuales se aspira tejido de características epiteliales...*

Ludwig dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón reclinable y, pasando unos dedos por debajo de las gafas sin montura, se frotó los ojos. Los tenía agotados. Hacía tan sólo un rato que se había quitado las lentillas. Presumido como era, no toleraba que nadie lo viera con las gafas puestas. A menudo pensaba en dejarse operar los ojos, pero siempre llegaba a la conclusión de que no había nacido el oftalmólogo lo suficientemente hábil como para ponerse en sus manos.

*... abordaje retroauricular. Se toma pericondrio y músculo temporal para reconstrucción. Fresado mastoideo hasta cavidad mastoidea de timpanoplastia anterior que se encuentra llena de abundante tejido de granulación y material sintético de reconstrucción...*

Las palabras le daban vueltas en la mente sin llegar a captar su sentido. Aquella había sido una larguísima jornada, iniciada a las ocho de la mañana con un fino rasurado y posterior ducha. A continuación, el desayuno: café solo con una rebanada de pan untada en aceite de oliva, reminiscencia de su madre. Todo ello lo había dejado en forma para el trabajo.

Por la mañana había realizado tres operaciones, una de ellas bastante delicada con un implante sintético en un oído y las otras dos, igualmente delicadas pero, por su frecuencia, más rutinarias. Precisamente estaba leyendo el informe mecanografiado por su secretaria de una de estas dos.

*... no se observa cadena osicular a excepción de un pequeño resto de la crura estapedial posterior unida al ligamento...*

Aquella noche Ludwig había quedado en un *pub* céntrico con una enfermera nueva de urología de la segunda planta. Tenía pensado tomar un par de copas con ella y luego llevársela a su casa. En ningún momento se le pasó por la imaginación, algo que no era su fuerte, que la chica pudiera tener unos planes distintos sobre el desarrollo de la cita.

Miró el reloj. Ya eran las siete y había quedado a las ocho en el *pub*. Tenía pensado darse una ducha y ponerse un traje limpio que guardaba en el armario del despacho. Luego cogería el Porsche estacionado en el garaje privado del hospital, reservado para la élite del mismo, y se acercaría al centro. En total estimaba que tardaría una hora y cuarto en el mejor de los casos, así que a su cita le tocaría esperar.

Amante de la puntualidad más estricta, como si se tratara de un cronómetro de precisión, de los que se enorgullecían en fabricar las joyerías ginebrinas, carecía de escrúpulos en hacer esperar a quienes se iban a convertir en sus amantes. La posibilidad de que ésta se cansase y abandonara el *pub* tampoco entraba en sus registros.

Decidió terminar el examen del informe, antes de meterse en la ducha.

*... de la cadena por interposición de prótesis total de hidroxiapatita entre platina y tímpano. Se conserva la pared posterior del CAE... reforzada con cartílago conchal y periostio. Obliteración de mastoides con periostio, cartílago y músculo pediculado retroauricular...*

Ludwig hizo un par de insignificantes correcciones, más por fastidiar que porque tuvieran importancia, y depositó el informe sobre la bandeja. De un cubilete de cuero tomó una costosa pluma chapada en oro y estampó su firma al pie de otros informes preparados, con enérgicos trazos, luego los dejó en la misma bandeja. Estirándose como un gato se encaminó al baño.

Mientras esperaba a que se calentara el agua, se desnudó colgando con pulcritud el traje en una percha para que el servicio del hospital lo recogiera después. Se miró en el espejo de cuerpo entero. Los cuarenta y cinco minutos corriendo y las cien abdominales diarias, junto a las dos visitas semanales al gimnasio, le hacían estar orgulloso de su cuerpo.

Se metió en la ducha disfrutando con el agua hirviendo que le caía por la espalda. Después de aclararse, se dio un último remojón con agua helada y se envolvió en una toalla.

Una vez vestido y peinado, miró el reloj de nuevo. La chica debería esperar un poco más de lo inicialmente calculado. No se le ocurrió llamar y avisarla de su tardanza. Tomó el ascensor hasta la planta baja, donde en una plaza que ponía *reservado* se encontraba estacionado su Porsche modelo 911 *Carrera*, con motor de seis cilindros, tres litros y medio y trescientos veinte caballos, de color plateado. El interior estaba decorado con madera clara y cuero blanco, incluido el volante. Metió la llave en el contacto y a la primera el poderoso motor rugió, rompiendo el silencio reinante en el semidesértico aparcamiento.

Subiendo de vueltas el motor, Ludwig callejeó hasta llegar a la Place des Alpes, donde se encontraba el *pub*. Con una última mirada en un escaparate para recolocarse

milimétricamente la corbata, entró en el local, buscando con la mirada a su ligue. Al fondo, en una mesa, estaba sentada una preciosa morena de inmensos ojos avellanados, enmarcados en un rostro ovalado. La melena en cascada de rizos que le caía sobre los hombros delataba una reciente visita al peluquero. Frente a ella una taza vacía evidenciaba la larga espera.

Ludwig hizo un repaso de la mujer. Tuvo que hacer un esfuerzo por recordar su nombre. Madeleine. Así se llamaba. No era muy alta, pero todo en ella eran curvas, proporcionándole una figura que combinaba a la perfección con su atractivo rostro. Vestida con un ceñido jersey negro de cuello vuelto, sus potentes pechos ponían a prueba la elasticidad de la lana.

Con una sonrisa prepotente en los labios, Ludwig se acercó a su presa.

Alexander Pawlak dejó que su criado lo arrojara. Con la vista fija en el techo de la habitación pensaba en lo cerca que estaba ya de completar el proyecto.

Aún no se le había pasado el enfado por la llamada recibida en mitad de la noche desde España, días atrás. En ella su sicario le aseguraba que el maldito griego no estaba en posesión de lo que buscaban y que, como aseguraba el atormentado Tsaldharis, quizá estuviera oculto en Suiza.

Pawlak había maldecido en alemán. Conocían el lugar donde el viejo aseguraba tener el estuche pero lo habían descartado por improbable. El griego no mantenía ningún contacto con la ciudad suiza. Pawlak había visto torturar a personas en numerosas ocasiones y conocía los efectos. Pero en ocasiones los torturados lograban ocultar a sus atormentadores la información y el antiguo nazi estaba convencido de que el griego mentía.

Faltaban pocas horas para que amaneciera y se descubriera lo sucedido en la mansión del millonario griego. Si el viejo había mentido, resultaría difícil volver a pillarlo desprevenido, así que no tenían tiempo que perder. Pawlak dio instrucciones para que el desgraciado fuera mantenido con vida hasta que supieran dónde se hallaba el estuche y, hecho una furia, colgó el teléfono. Rápidamente había explicado la situación a Hermann, su guardaespaldas y hombre de confianza, que realizó una simple y breve llamada telefónica.

Las siguientes horas pasaron muy lentas para Pawlak. Sólo con gran esfuerzo logró el nazi mantener la serenidad mientras aguardaba noticias. Durante esas horas, en la ciudad suiza, varias personas habían sido despertadas bruscamente y puestas a trabajar.

En tiempo récord dos hombres con un documento falsificado accedieron a un despacho y lo revisaron de arriba abajo. Lo mismo hicieron otros dos en un domicilio, donde se toparon con la imprevista presencia de la mujer de la limpieza. Todo fue infructuoso. Entre tanto el propietario del domicilio y del despacho había estado sometido a una discreta vigilancia.

Para pasar las horas de espera, Pawlak había revisado su enorme colección de mariposas, reunidas durante décadas. A sus ochenta y cuatro años magníficamente llevados, ya no tenía más distracción que ésa, aparte de su obsesión por el Proyecto.

Siempre había sido un hombre espartano. Criado en una granja a las afueras de Dresde, en Alemania, no tardó en darse cuenta de que la vida del campo no estaba hecha para él. Gracias a un hermano de su madre pudo cambiar las labores de la granja por los libros.

Con catorce años, una maleta de cartón en la que llevaba una muda limpia, otra camisa, un cuarto de queso escasamente curado y un trozo de pan para el viaje, se había presentado en la estación de tren de la ciudad, donde le aguardaba su tío.

Tampoco resultó una vida fácil. Su tía, una mujer horripilante, había tratado por todos los medios de que se volviera a la granja con sus padres y sus otros siete hermanos, pero finalmente consiguió terminar la carrera de Física y entrar en la nómina de un laboratorio.

Poco le duró la buena estrella, pues la todopoderosa Alemania se encontraba ya inmersa en una lucha abierta en varios frentes y su Führer ya no atinaba a gobernar una nave que iba a la deriva. El laboratorio se mantenía con dificultad y para economizar gastos sus propietarios decidieron prescindir de los servicios del joven empleado.

La siguiente oferta laboral no tardó en llegar y del lugar más insospechado: Waischenfeld, en la Baviera alemana, sede del Instituto Ahnenerbe, dependiente de las temidas Schutz Staffel, las escuadras de protección nazis.

No le quedaba sino dar una única respuesta. Las SS no entendían que un alemán pudiera no querer trabajar para el Reich. Y aquellos cuya lealtad al régimen estaba en entredicho solían terminar en el frente, en inhóspitos calabozos o, directamente, fallecían de muerte repentina.

Para su sorpresa, en el instituto de la antigua Franconia se sumergiría en un proyecto que absorbería su atención para el resto de su vida. Para su desgracia, Alemania estaba condenada a perder la guerra y con ella le llegó el exilio.

Quince años después de que su país perdiera la contienda, con el panorama político mundial más tranquilo, y sin muchas esperanzas de llegar a dar algún día con las claves para llevar adelante el Proyecto, Pawlak desenterró la documentación que había escondido en su precipitada huida de Alemania.

Se puso en contacto con la organización que le había ayudado a fugarse, como a otros tantos nazis, y pidió una suculenta suma de dinero, justificando sucintamente el uso que pretendía darle. Adquirió una mansión, la blindó y encerrado en ella no se volvió a saber nada más de él.

Muchos años después, cuando ya nadie más recordaba el Proyecto, había dado por fin con la esquiiva clave. El trabajo estaba a punto de ser concluido tras cincuenta y nueve años de infatigable búsqueda.

La espera había merecido la pena, aunque ahora corría prisa. El plan debía ser llevado a cabo en una fecha concreta, no importaba el año. Pero Pawlak sabía que no podría esperar otro año más. Los médicos le habían asegurado que seis meses era lo máximo que su organismo resistiría antes de sucumbir al cáncer de páncreas.

La cercanía de la muerte podría haber sido un motivo para abandonar la difícil tarea y disfrutar de lo que le quedaba. Al fin y al cabo, todos los que habían participado en ella llevaban tiempo siendo pasto de los gusanos y Pawlak no tardaría en hacerles compañía. Pero precisamente la sombra próxima de la muerte suponía un incentivo para culminar la tarea.

En la carrera que mantenían desde los albores de la Humanidad todas las religiones por alcanzar el Paraíso, él sería el vencedor, el primero en llegar a la meta. Además, y no era poco, el premio sería el deseado por todos los hombres desde que empezaron a ser conscientes de su mortalidad.

En su cuadrículada mente no cabía la posibilidad de fallar. El paso dado esa noche era capital, pero aún quedaban algunos trabajos más. Por suerte, el fracaso de su esbirro en el intento anterior no había alarmado en exceso a las autoridades. La víctima habría relajado de nuevo las medidas de seguridad y, dado lo mucho que viajaba, sería presa fácil. El tiempo apremiaba y los técnicos del laboratorio se mostraban pesimistas, pero a él no le cabía ninguna duda de que lo conseguirían.

Sumido en estas reflexiones, el anciano cerró los ojos ajeno al trasiego de su mayordomo, que, con diligencia y discreción, recogía las ropas de su señor colgándolas en sus perchas, cerrando las contraventanas de los ventanales, regulando la calefacción, comprobando que el timbre estuviera al alcance de la mano por si el dueño de la casa se despertaba en mitad de la noche y precisaba de alguna cosa.

Con mirada profesional, el sirviente echó un último vistazo a la habitación, recolocó el vaso de agua sobre la mesilla de noche y con sigilosos pasos abandonó la estancia cerrando tras de sí la puerta.

En la velada y silenciosa alcoba, el viejo nazi se durmió pensando en los escasos días que aún restaban para la gran lecha. Quizá un pequeño remordimiento por la cantidad de muertes y sufrimiento que estaba costando la empresa debería haberle trastornado el sueño, pero la conciencia había abandonado a Pawlak hacía muchos años.

BAYT SAHUR, ISRAEL. NOVIEMBRE DE 2003

—*Hakam*, ¿se encuentra bien?

Menasés Liebnitz se despertó ante la llamada de alarma del niño. Con esfuerzo recordó dónde se encontraba. Estaba en la sinagoga. Claro que, ¿dónde, si no?

—¿Has terminado tu estudio?

—Sí, *Hakam*.



Menasés sonrió ante la mentira del niño. En otros tiempos hubiese sido más estricto y mandado repetir la lección, llegando a castigar al alumno que no se aprendía la Torá. «El peso de los años —se dijo— suaviza el ánimo y pule el carácter». A sus setenta y ocho años Menasés ya no estaba tan convencido de que el Innombrable quisiera que sus criaturas se aprendiesen de memoria todos los preceptos. Posiblemente se contentaría con que los tuvieran en cuenta.

—¿Puedo irme ya, *Hakam*? —preguntó el niño mirando al rabino.

*Hakam*. ¿Se merecía que lo llamaran así? ¿En verdad era él un hombre sabio? Menasés tenía sus dudas. Sería falsa modestia decir que sus conocimientos eran escasos. Una vida de estudio y una mente analítica no podían dejar de dar sus frutos. Pero un *Hakam*. Eso era otra cosa.

—Sí, Josué —contestó con su voz suave—. Mañana repasaremos el Levítico. Saluda a tus padres de mi parte.

El niño salió corriendo del templo y bajó la calle hacia la plaza, donde aguardaban sus amigos. En el interior de la sinagoga Menasés recogía con reverencia los rollos. Los cubrió con las telas de terciopelo y los metió en el arca situada como mandaba la tradición en la pared orientada a Jerusalén y custodiada por el *Ner tamiz*, la llama perpetua.

Con paso cansino Menasés subió a la tarima, donde se encontraba la gran mesa donde se leía la Torá a la congregación y recolocó la *menorá*. En uno de los bancos donde se sentaban los fieles observó algo. Se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz. Nada. Su vista era cada vez peor y no podía reconocer el objeto. Bajó de la tarima y se acercó al banco. Un *kipá*. En la oración de la mañana alguien habría descuidado su casquete para cubrirse la cabeza.

Menasés alargó la mano para recogerlo pero se lo pensó mejor. Quienquiera que lo hubiese olvidado, vendría al día siguiente, posiblemente apurado. Si lo recogía ahora, el descuidado se avergonzaría. ¿Para qué hacerle pasar ese mal trago? Mejor dejarlo donde estaba y que el olvidadizo creyera que nadie se había dado cuenta.

Irguiendo su maltrecha espalda comprobó que todo lo demás estuviera en su sitio antes de abandonar el templo.

De camino a su casa se detendría, como cada tarde, donde Sara, una vieja amiga, viuda desde hacía años. La había conocido al poco de llegar a Jerusalén, cuando aún vivía su marido, un hombre tosco muy implicado en la causa sionista, que se jactaba de haber conocido en persona a Chaim Weizmann, el primer presidente del Estado de Israel. Samuel Heschel, que así se llamaba el fanático marido, había recibido al recién llegado con los brazos abiertos. El paso de Menasés por los campos de concentración nazis y, sobre todo, el haber pertenecido al grupo de Simon Wiesenthal, el cazador de nazis, lo convertían en un héroe y un símbolo a los ojos de Samuel.

Por entonces, cuando Menasés dejó definitivamente Polonia, cansado de recordar, y se instaló en Jerusalén con el ánimo de empezar una nueva vida recién cumplidos los cuarenta y tres años, en su mente no se encontraba la idea de enarbolar otra

bandera, en las cuales no había creído nunca, y liderar el movimiento israelí. Poco a poco empezó a tener discusiones con Samuel, que lo acusaba de no querer saber nada de su pueblo y encerrarse en su sinagoga con sus libros de estudio, mientras, en la calle, los judíos luchaban por fortalecer un Estado naciente, un Estado que lo había acogido con generosidad y al que él daba la espalda.

Las visitas se fueron distanciando y cuando las había, Samuel siempre tenía una excusa para salir de la casa. Sara, sin embargo, que en un principio, al contrario que su marido, se había mostrado distante con el rabino, había ido cimentando una buena amistad con éste que le fue de gran ayuda cuando una bomba hizo saltar en pedazos a Samuel, convirtiéndola en viuda.

Desde entonces la mujer había adoptado al apátrida Menasés. Lavaba su ropa y se la remendaba. Le hacía la comida, que el rabino se llevaba a su casa para no dar que hablar a los vecinos. Juntos se hacían compañía en un mundo donde Sara no se encontraba a gusto desde la muerte de Samuel, y Menasés desde la muerte de sus padres, cuando él sólo tenía quince años.

—Hola, Sara —saludó el rabino cuando llegó a la casa.

La mujer estaba tendiendo la ropa en el tendedero del jardín y se volvió encantada al oír su suave voz.

—Hola, Mení. ¿Cómo te ha ido el día?

La mujer miró amablemente al anciano que tenía enfrente. De baja estatura, muy delgado, con el cráneo y el rostro afeitados, de manos artríticas y la perenne cojera, no causaba gran impresión. Quienes no lo conocían, jamás podrían llegar a imaginar que aquel hombrecillo hubiese podido escapar tantas veces de la muerte, sobrevivir a los campos de exterminio y perseguir de forma implacable a los nazis fugitivos. Pero su mirada aún conservaba todo su poder.

—Bien, bien —contestó el rabino—. De nuevo me he dormido mientras daba clase a Josué. El muy bribón ha aprovechado para tratar de engañarme e ir a jugar con sus amigos.

—¿Y te has dejado engañar? —preguntó divertida Sara, fingiendo extrañeza.

—Claro. Soy un viejo de setenta y ocho años. Nadie me puede acusar de no cumplir con mi deber —repuso Menasés adoptando una seriedad igual de falsa.

—Vamos adentro, que empieza a hacer frío —dijo riéndose Sara, y recogió del suelo la cesta con la colada del día anterior, que ya se había secado y en la que estaban incluidas varias prendas del rabino, gastadas por el uso y los lavados—. Te he preparado un gulasch que te vas a chupar los dedos.

Cogidos familiarmente del brazo, los dos ancianos entraron en la casa. En la cocina una estufa caldeaba la estancia, donde un agradable aroma a guiso escapaba de la olla tapada que hervía al fuego. A Menasés aquel olor le recordaba a su patria, algo cada vez más frecuente.

—¿Qué, te vas a quedar ahí con esa cara? —preguntó amablemente la mujer.

—Estaba pensando cuando entré en esta casa por primera vez. Recuerdo que en esa misma olla estabas preparando también gulasch. Yo no me atrevía a decir nada, pero se me hacía la boca agua. Llevaba prácticamente todo el día sin comer.

—Sí, y fue Samuel el que te invitó a comer —apuntó Sara bajando la voz y rememorando con añoranza—. Cuando te fuiste lo regañé. Había hecho gulasch para nosotros dos. Me molestaba que invitase a gente sin avisar.

—Era un buen hombre —dijo Menasés con simpatía.

—Sí, lo era —contestó con un suspiro Sara—. Alocado, fanático, ardiente, impulsivo. Era un niño —volvió a suspirar—. Cómo lo echo de menos.

Menasés respetó ese momento de nostalgia y para no incomodarla se asomó a la ventana. Pronto se recuperó la dueña de la casa y pasaron a conversar agradablemente de las pequeñas cosas cotidianas.

Cuando se desvanecía la luz, Menasés abandonó la casa y se encaminó hacia su apartamento. En una mano llevaba un plato recubierto con papel de aluminio que contenía una generosa ración de gulasch. En la otra, una bolsa de plástico con ropa lavada y planchada, y un trozo de pan para untar el guiso, algo que le encantaba.

Tres manzanas separaban ambas casas. Pese a ello Menasés tardó casi media hora en cubrir la distancia, lamentándose porque el guiso iba a llegar frío, pero resultaba imposible no atender a los saludos de los vecinos. Uno de ellos le regaló una botella de un fuerte tinto casero. Una mujer mandó corriendo a su hija pequeña para que le trajera dos hermosas naranjas que el rabino agradeció, mientras le contaba las últimas locuras realizadas por su hijo mayor, al que no lograba controlar.

—Por fin —dijo en voz alta Menasés al cerrar a sus espaldas la puerta del apartamento. De su boca salió una nube de vaho y es que el invierno se había adelantado, nadie diría que aún quedaba más de un mes para su supuesta llegada.

Aunque la temperatura media invernal solía andar por los nueve grados, lejos de los cero de su Polonia natal y aún más lejos de los inviernos en los campos de concentración nazis, el rabino llevaba cada vez peor la falta de calor.

Decidió no quitarse el abrigo y, cogiendo con dificultad entre sus artríticos dedos una cerilla de la caja, encendió la estufa de butano con la parrilla delantera ya negra de tantas horas de funcionamiento.

La estufa era la única fuente de calor que había en el pequeño apartamento, compuesto por una cocina, que además hacía de sala, y una habitación minúscula donde apenas entraba el camastro sobre el que se acostaba el rabino. El baño era comunitario y para utilizarlo debía bajar los dos heladores pisos que acababa de subir. Cuando por la noche Menasés debía hacer uso de él, solía demorarse hasta que no aguantaba más.

En la cocina un frigorífico, el estropeado hornillo y dos armarios, con un escurreplatos cerca del fregadero, disputaban el sitio a la estufa, una mesa con dos sillas desaparejadas, un sillón del que resultaba prácticamente imposible reconocer el color original y un armario con un espejo en la puerta, rajado.

Sobre la estufa colocó el guiso para que se calentara un poco, dejando sobre la mesa de la cocina el correo. Cogió una silla y la acercó a la estufa. Se sentó enfrente. Como siempre, el color del fuego le hizo abstraerse y mientras se frotaba las deformes manos extendidas, sintiendo cómo se calentaban, olvidó por un momento el dolor de la pierna que lo torturaba desde hacía dos días.

Lo normal era que la vieja lesión no diera más guerra que la leve cojera, pero cuando se avecinaba un cambio de tiempo notaba como si le clavaran largos alfileres. Menasés confiaba sin mucha convicción en que aquel dolor presagiara esta vez un aumento de temperaturas. Ya había olvidado el frío de su Polonia natal y su cuerpo agradecía el clima más benigno de la ciudad de David.

El olor del tomate requemado alertó al rabino. Con cuidado para no tirar nada levantó el plato de la estufa y se sentó a la mesa, no sin haber colocado la estufa de forma que le calentara las piernas, en especial la que lo martirizaba. Quitando el papel de aluminio que envolvía el guiso y armado con un tenedor en una mano y un gran trozo de pan en la otra, se dispuso a dar buena cuenta del gulasch.

Estaba delicioso, muy tierno. Sara sabía de sobra que la dentadura de Menasés no respondía bien ante los grandes retos y siempre cuidaba que la carne se deshiciera en la boca sin que fuera necesario masticar demasiado. El rabino, centrado en la tarea, untaba golosamente el pan en la salsa de tomate, sin preocuparse porque algunos trozos de carne estuviesen más bien fríos. Al terminar rebañó con esmero el plato y apuró el pequeño vaso de vino que se había servido. La botella que le habían regalado debería durar al menos una semana y, teniendo en cuenta que la climatología no parecía ofrecer tregua, le sería necesario como reconstituyente.

Cuando terminó de cenar fregó plato, vaso y tenedor, y quitó las migas de pan, que dejó con cuidado en el alféizar de la ventana para que comieran los pájaros que solían venir a visitarlo. Orientando la estufa hacia el desvencijado sillón, se sentó dispuesto a estudiar la correspondencia, que prometía ser tan insípida como de costumbre.

Retiró del escuálido paquete unas fotocopias sobre un lavadero de coches cercano y un librito con las ofertas del supermercado de la esquina. Siempre tenía duplicados de esos folletos. Aún no había logrado averiguar quién era el vecino que limpiaba de publicidad su buzón y la ponía en el de Menasés.

Una carta de un círculo de cabalistas en el que participaba casi desde que llegó a Jerusalén y al que ya no acudía mereció poca atención. Apartó otra más, en la que, por la letra, pudo reconocer a una devota que, al menos una vez a la semana, le escribía contándole sus sueños, en los que participaba en las vidas de los antiguos profetas. La mujer creía que podían tratarse de visiones premonitorias.

En sus manos sólo quedó un sobre color crema y sin remite. En el anverso, con mayúsculas, venía su nombre y dirección.

Sin abrirlo, Menasés supo lo que venía escrito.



## SIMON (*HE SIDO OÍDA*)

*La música es la armonía del cielo y la tierra.*

Yuel-Ji, siglo II a. C.

MADRID. NOVIEMBRE DE 2003

—¿**C**ree que el pobre hombre se mantuvo consciente? —preguntó Herrero inclinándose sobre la mesa para examinar unas marcas en la ingle del cadáver.

Pululando alrededor, miembros de la policía científica vestidos con buzos blancos, guantes de látex y chalecos reflectantes, armados con pinzas, linternas y lámparas ultravioleta, recogían cuidadosamente en bolsitas de plástico todo tipo de briznas y restos.

—No me cabe la menor duda —contestó Dos Anjos—. Creo que su asesino tuvo la serenidad suficiente como para esperar a que recuperara la conciencia antes de seguir con su trabajo.

—¿Cuánto calcula usted que duró esta carnicería? —preguntó el subinspector Ponte.

—Hombre, es difícil precisarlo pero, dando por supuesto que la enfermera muriera sobre las diez de la noche del jueves y estimando que éste de aquí lo hiciera hacia las seis de la mañana del viernes, me atrevería a apuntar todo ese intervalo.

—Parece que el asesino o asesinos conocían su trabajo. Pese a las heridas que presenta la víctima, no ha perdido mucha sangre. Se han cuidado mucho de que no se les fuese de las manos, ¿no le parece?

—Eso mismo hemos pensado —contestó Dos Anjos—. Quienquiera que haya hecho esto tenía interés en que la víctima llegase en el mejor estado posible al término de la sesión. Para evitar que se desangrara han cauterizado las heridas con un hierro al rojo —dijo Dos Anjos señalando la chimenea, de la que todavía se elevaba alguna voluta de humo. Un atizador requemado estaba entre los rescoldos.

—Se diría que hay ciertos síntomas que apuntan a un perturbado mental.

El inspector jefe Herrero se quedó mirando al de la policía científica para conocer su respuesta. En realidad estaba convencido de que el asesino, casi seguro uno solo, no era un loco de atar sino un profesional sin escrúpulos.

—Eso parecen apuntar los hechos —contestó dubitativo Dos Anjos sin ser consciente de estar siendo sometido a prueba—. Sin embargo creo que es una forma un tanto pobre de desviar nuestra atención. Si damos por sentado que el asesino trabajaba solo, algo que por las trazas parece lo más probable, nos encontramos con

que ha asesinado a dos personas. A una de ellas, la mujer, se ha limitado a matarla de una manera rápida y eficaz, dejándola tendida en el mismo sitio que la había sorprendido. La otra víctima es un anciano, con el que se ensaña. Los perfiles más habituales de los maníacos no coinciden con esto. De ser un psicópata, lo más lógico es que hubiese matado sin demorarse al viejo, un hombre y además a las puertas de la muerte, y se hubiese cebado en la enfermera. La mayoría de las veces los desequilibrados prefieren mujeres y víctimas más jóvenes. No, creo que si se hubiese tratado de un desequilibrado hubiera optado por la enfermera. La elección del viejo no me parece casual ni propia de un enajenado.

—Además, el tipo que entró aquí tenía que conocer las rutinas de la casa. Las alarmas están desconectadas. Puertas y ventanas no parecen haber sido forzadas. No hay nada revuelto. Hace falta una buena planificación para eso. Yo también creo que no ha sido obra de un loco —añadió el subinspector Ponte.

—Eso pienso yo —aprobó Herrero, asintiendo con la cabeza—. También me parece que el asesino no se ha tomado un especial interés en llevarnos por esa línea de trabajo, como si se sintiera lo suficientemente seguro. ¿Han comprobado si en la casa falta algo?

—Hemos revisado en compañía de los sirvientes toda la mansión de arriba abajo y no parece faltar nada —contestó el agente Cuéllar—. Los cuadros expuestos por toda la casa son de gran valor y habrá que llamar a un perito para certificar que son auténticos, por si se diera el caso de una suplantación en alguna de las obras de arte. También se han comprobado las cuentas del muerto. Las que son de fácil seguimiento no han experimentado cambios importantes en las últimas cuarenta y ocho horas. Claro que este tipo tendría cuentas en paraísos fiscales. Éstas llevarán algo más de tiempo y puede que alguna incluso se nos escape.

—Parece que el móvil del robo no tiene una buena base —dijo Ponte.

—¿Qué me dicen de una venganza personal? ¿Un competidor, algún empleado enfadado, amantes?

Estas preguntas estaban totalmente fuera de lugar y Herrero lo sabía. Para contestarlas harían falta semanas de largas y aburridas investigaciones, entrevistas, interrogatorios, comprobaciones... pero quería conocer la opinión de sus ayudantes y del inspector de la científica.

—Hemos hablado con el pasante y el servicio —contestó Cuéllar—. El viejo era un misántropo. Nada de amantes femeninos ni masculinos.

—Este hombre sin duda tendría una larga lista de enemigos —opinó Ponte—. Rivales envidiosos, empleados maltratados... nos llevará tiempo comprobarlos todos.

—Estoy de acuerdo —dijo Dos Anjos—. Para llegar donde llegó debió de dejar una larga estela de enemigos. No los envidio, me parece que les espera un largo trabajo.

—Si no le importa, me gustaría conocer su opinión personal —repuso amablemente el inspector jefe a la vez que se rascaba el mentón sin afeitarse.

—En ese caso —contestó Dos Anjos sin prestar atención a las pocas educadas maneras de Herrero. Para él era inconcebible no ir perfectamente afeitado. Lo hacía dos veces al día. Una por la mañana y la otra tras la siesta. Su cerrada y oscura barba así lo requería—. Me atrevería a decir que por la servidumbre de poco vamos a enterarnos. Si aceptamos que el asesino es un profesional, quedan descartados los empleados, la mayoría de ellos de avanzada edad. Tampoco podrían éstos costear los servicios de un experto asesino. Esto nos dejaría como único sospechoso al pasante, el señor Aldrich. Goza de una muy buena posición económica. Le falta poco para jubilarse y según he podido saber ha sufrido ya dos infartos. No le debe de quedar demasiado. De haber estafado a su jefe, ahora carecería de importancia el ser descubierto, y la avaricia no pudo ser el móvil. Quizá un trato déspota pudiera explicarlo, pero en cuanto hable usted con él se dará cuenta de que es un individuo incapaz de matar una mosca.

—Vaya, me está dejando usted sin sospechosos —comentó divertido el inspector jefe Herrero, que estudiaba atentamente los cuadros de la sala, mientras sus hombres, Ponte y Cuéllar, examinaban la estancia.

—Ya ve —repuso Dos Anjos encogiéndose de hombros—. No descartaría que la venganza, como usted apunta, fuera el móvil en este caso, pero sería externa. Tsaldharis fue un armador de buques. Además de un entusiasta coleccionista de arte, como es evidente. Se trataba por lo que parece de un hombre sin escrúpulos que amasó una auténtica fortuna, no dudando en vender a su madre cuando le fue necesario. Sin duda sus enemigos se tienen que contar por cientos y muchos de ellos tienen el dinero, las ganas y los medios suficientes para encargarse de su muerte.

—Pero usted no cree que ése sea el caso —dijo Herrero observando atentamente una figura tallada en mármol que parecía representar algún dios desconocido.

Herrero era un negado en cuanto a pintura se refería, pero siempre se había sentido fascinado por la escultura, de la que creía entender un poco. Si no se equivocaba, aquella figura de ojos grandes, mirada fija con una expresión sin rasgos, era propia del arte sumerio. De ser auténtica, y no había motivos para pensar que no lo fuese, su valor era incalculable y el lugar que debería ocupar era un museo, no la vitrina de un anciano decrepito que había hecho su fortuna sobre el sudor ajeno.

—No sé lo que pensará usted... —tanteó Dos Anjos.

Conocía el procedimiento y sabía que las conjeturas debían basarse en hechos. Aventurar sin conocimiento de causa cualquier hipótesis o descartar de antemano una vía de investigación, terminaba por viciar el trabajo. Pero Miguel sentía un vivo respeto por aquel regordete inspector que siempre iba vestido con el mismo abrigo, la misma chaqueta, unos pantalones que habían ido cediendo según aumentaba de talla su portador, los zapatones ajados y el frondoso bigote, que le ocultaba el labio superior, bien recortado a la altura de éste. Dos Anjos sabía que uno no podía fiarse de aquellos ojillos ocultos bajo enormes bolsas con aspecto de un triste perro San Bernardo.



—Adelante. Hable sin problemas —animó Herrero—. Le prometo que nada de lo que diga será utilizado en su contra. Es más, pienso apropiarme de cualquier deducción magistral que haga por su cuenta como si fuese mía.

—Bien —dijo Dos Anjos más tranquilo por la confianza que ofrecía Herrero—. Yo diría que es un poco tarde para una venganza personal. El que alguien deseara cargárselo está fuera de toda duda, pero ¿para qué esperar tanto tiempo? Eso de que la venganza es un plato que se sirve frío me parece una gilipollez. Si yo hubiese querido cargarme a este tipo, lo habría hecho hace años, no cuando ya tiene un pie en el otro barrio.

—Así pues, no parece que nos quede demasiado que ofrecer al comisario cuando lo llame esta noche, ¿no es así?

—No le envidio, señor. ¿Tiene mucho interés el comisario en este caso?

—*De la máxima importancia* —dijo Herrero fingiendo extrema seriedad.

Los dos policías aguantaron la risa por respeto al mutilado cuerpo sin vida que, desde la mesa, escudriñaba el techo del salón con ojos sin párpados.

—Disculpe, inspector —dijo un agente uniformado entrando en la sala—. Ha llegado la señora jueza.

—Estupendo. Cuéllar, hágala pasar de inmediato —contestó Herrero—. ¿La acompaña el forense? Bien, así terminaremos antes. ¿Miguel, a usted le falta mucho?

No, inspector. Una última serie de fotos, cuando el forense haya acabado, y estaremos preparados para levantar el cadáver.

—Estupendo —volvió a repetir Herrero. Era un término que utilizaba a menudo—. Cuando he llegado me ha parecido ver fuera a los de la funeraria, esperando. Con un poco de suerte dentro de una hora todos en casa y este pobre hombre al fresco.

—Buenas tardes, inspector jefe Herrero.

—Buenas tardes, señoría.

El policía estrechó la mano que le tendía la jueza, una mujer delgada, con el pelo largo y rubio, que ni de lejos aparentaba la edad que tenía. Herrero mantenía un trato muy cordial con ella. Se conocían de otros casos y los dos habían aprendido a respetarse mutuamente en sus respectivos campos. Cuando en alguna ocasión el policía había necesitado una orden de registro o pinchar algún aparato telefónico, la jueza no había dudado en expedir la orden.

La acompañaban un hombre gordo y calvo, de ademanes afeminados, y una chica desgarbada con una gran carpeta que no se separaba un centímetro de la jueza.

—¿Qué me puede decir, inspector? —preguntó la jueza.

—No mucho, señoría. Hemos encontrado dos cuerpos sin vida. Este que ve aquí pertenecía al dueño de la casa, un tal Nikolaos Tsaldharis, antiguo armador de barcos, en la actualidad retirado, de setenta y tres años de edad, soltero sin hijos. Es de origen griego, aunque tiene la nacionalidad española desde que se instaló aquí, hace veinte años. Con permiso de don Luis, pensamos que fue asesinado después que la otra víctima y tras horas de tortura. Sobre la causa de la muerte es de imaginar que

habremos de esperar a la autopsia, pues a simple vista no encontramos una causa única.

Luis Sotelo, forense de profesión, asintió con la cabeza sin acercarse demasiado. Ya tendría tiempo para hacerlo después, con toda la calma del mundo, en el depósito municipal.

—¿Y la otra víctima? —preguntó la magistrada mientras su secretaria tomaba notas como una posesa.

—Es una mujer y está en la cocina. Por favor, si tienen la bondad de seguirme.

Herrero los guió por un pasillo, hasta la cocina. Sobre el mármol del suelo yacía una mujer en una postura grotesca. Tenía los ojos abiertos y desorbitados como si no pudiera entender qué le ocurría. Por debajo del mentón lucía una sonrisa sangrienta desde una oreja hasta la otra.

—Susana Escobar —dijo Herrero echando un vistazo a la tablilla con apuntes que le alcanzaba Cuéllar—. Cuarenta y siete años. Empleada por la otra víctima como enfermera particular. Casada, con un hijo. En su casa no la habrán echado a faltar pues su turno no terminaba hasta la ocho de esta tarde. Ya hemos contactado con el marido. A simple vista parece clara la causa de la muerte que apuntamos en torno a las diez de la noche de ayer.

—¿Han encontrado alguna pista, un móvil, algún sospechoso? —inquirió la jueza.

—Por ahora nada. Los dos finados estaban solos en la mansión cuando fueron atacados. El o los que lo hicieron parecen profesionales. Ha sido un trabajo muy limpio, no hay señales de lucha.

—¿Cuando han sido descubiertos los cadáveres? —preguntó la magistrada.

—Bueno, eso es lo más curioso —contestó Herrero rascándose el cogote—. Da la impresión de que las dos víctimas estaban muertas para las seis y media, hora en la que hace entrada el servicio doméstico. Sin embargo un cúmulo de casualidades se ha conjurado para que hoy nadie apareciera hasta las once de la mañana, cuando la cocinera ha venido a preparar la comida. Parece ser que la cocinera habitual lleva unos días indispuesta y han mandado a una sustituta que llega a esa hora. La mujer no tiene llaves y se ha vuelto loca tocando el timbre, sin que nadie la abriese. Al carecer de móvil ni haber una cabina cerca, cuando se ha aburrido de llamar se ha vuelto a su casa, desde donde ha llamado a la agencia en la que está empleada. Desde allí han llamado por teléfono a la mansión, al móvil de la enfermera y al final al pasante, para informarle de lo que sucedía. Éste, según dice sobre las cuatro, se ha acercado para ver si todo estaba bien y es cuando se ha encontrado este cuadro.

Tres cuartos de hora más tarde, el forense había terminado el examen previo al traslado y la jueza dio por finalizada su inspección ocular, ordenando el levantamiento del cadáver. Los técnicos de la policía científica terminaban de preparar el cuerpo para que fuese introducido por los de la funeraria en una bolsa térmica especial, en la que se le trasladaría hasta el depósito de cadáveres, donde se llevaría a cabo la autopsia.

Con bolsas de plástico envolvieron las manos del difunto por si debajo de las uñas había restos de piel con el ADN de su agresor arrancados en una hipotética lucha por defenderse. Con cuidado levantaron el cuerpo y colocaron debajo la funda mortuoria. Una vez cerrada ésta, se colocó encima de una camilla y lo aseguraron con cinchas para que no se cayera durante el que iba a ser el penúltimo viaje para el anciano griego. Toda la procesión fue abandonando la mansión, dejando atrás a los técnicos, que seguían con el proceso de recopilación de indicios, y a los agentes, a los que esperaba una aburrida guardia en la finca hasta que llegara el relevo.

GINEBRA. NOVIEMBRE DE 2003

—Disculpe, ¿es usted el doctor Dreifuss? Soy el teniente Marcus Klee.

Ludwig dejó sobre la cama el cajón vacío que sostenía y se giró para mirar al que hablaba. Era un tipo de mediana estatura, vestido con un traje de confección que sujetaba en su mano una carpeta negra en la que estaba tomando notas.

Antes de responder, Ludwig echó otro vistazo a su habitación. Parecía que hubiese pasado un ciclón. Armarios, cómodas, cajones, incluso la ropa de cama estaba toda tirada y revuelta. El somier, puesto en pie, se encontraba apoyado en la pared y el colchón de látex, especialmente fabricado para él, tenía la funda rajada y estaba retorcido sobre el galán de noche que su exmujer le regaló las últimas navidades que compartieron.

Lo mismo sucedía con el resto de la casa. En el salón los libros alfombraban el suelo y la biblioteca arrancada de la pared colgaba peligrosamente de un último tirafondo. El costoso televisor de plasma tenía la pantalla más plana que nunca.

La cocina, las habitaciones, los baños, el despacho, nada se había librado de la incursión. Cuadros arrancados, la caja fuerte, que su mujer se empeñó en colocar, pero que después nunca utilizó, había sido forzada, los armarios estaban sin puertas. Así había encontrado su domicilio cuando llegó con su conquista sobre las cuatro de la madrugada, prometiéndoselas muy felices.

La chica había resultado ser lo que él esperaba: una joven con un físico impresionante dispuesta a ganarse el favor de un médico influyente como él. Si se había sentido molesta por la impuntualidad, no había comentado nada.

Mientras tomaban algo, Ludwig había llevado la conversación sutilmente al terreno personal. No es que le importara lo más mínimo el estilo de vida que llevaba la muchacha, pero quería asegurarse de que no hubiese un marido o novio celoso, unas ideas peregrinas sobre una posible relación más allá de dos horas en una cama, o cosas similares.

Pero ella parecía tener las ideas claras. No tenía un bruto detrás, no pretendía más que ganarse la gratitud de Ludwig para hacer carrera en el hospital y para ello estaba dispuesta a entregar su fabuloso cuerpo.

Tras largas horas de tonteo salieron del *pub* y se encaminaron directamente hacia el Porsche de Ludwig. Éste arrancó el potente motor y emprendió el camino a su casa. Durante el trayecto la enfermera, que no se correspondía con la imagen recatada que ofrecía a primera vista, no tuvo inconveniente en sondear dentro del pantalón de Ludwig sin que a éste le hiciese falta sugerirlo. El viaje de camino al apartamento a bordo del deportivo había sido un sueño. La chica rápidamente había encontrado lo que buscaba y le prestaba toda su atención con la cabeza entre las piernas del doctor.

Un otorrinolaringólogo como él se podía hacer una composición de lugar bastante precisa sobre hasta dónde estaba entrando la punta de su pene, para que los labios de la muchacha llegaran a besarle el escroto.

Las escenas que se sucedieron en el ascensor entre la planta baja y el ático, no eran precisamente las que se pudieran esperar en tan inocente lugar. Poco le faltó al exaltado médico para pulsar el botón de emergencia y cumplir con lo que se le exigía.

La lujuria desapareció instantáneamente en el momento en que las puertas del ascensor se abrieron y vio la del apartamento entreabierta. Apartando de un empujón a la enfermera, accedió al interior.

Más que miedo sentía ira, pues estaba convencido de que aquello había sido un imperdonable fallo de la señora de la limpieza, que, por supuesto, pagaría muy caro su olvido.

Un simple vistazo al vestíbulo le bastó para comprender que la pobre mujer no había sido la culpable del desaguisado: en primer lugar porque nadie en su sano juicio hubiese sido capaz de asolar un apartamento de aquella manera y, en segundo, porque la parte superior del tronco de la interina, junto a su correspondiente cabeza y extremidades, asomaban por la puerta de la cocina. Tenía la mujer además los ojos fijos en el entarimado de roble por el que se extendía un reguero de sangre que procedía, probablemente, de un corte que le seccionaba la garganta.

Los gritos histéricos que empezó a proferir la enfermera descartaron la posibilidad de una ilusión óptica. Ludwig tuvo que prescribir y administrar un calmante a la joven para que se le pasara el ataque de nervios. Cuando la complaciente chica se recuperó de los dos sonoros bofetones que Ludwig le aplicó sin emoción alguna, optó por salir corriendo, dejando a un iracundo doctor calibrando la situación.

Quince minutos después llegaba la primera patrulla de la policía. Los dos agentes se atrevieron a ponerle la mano encima cuando se negó a *abandonar la escena del crimen*, y hasta osaron amenazarlo con detenerlo *por no colaborar y resistirse a la autoridad*. Instantes después y mientras trataba inútilmente de razonar con aquellos descerebrados, llegaron más de su prole y entre todos le hicieron pasar un mal rato, que terminó en el momento en que admitió su derrota y dejó la venganza para más adelante.

Furioso con aquellos *muertos de hambre* por tratarlo de esa manera, se encargó de recordarles que él ganaba más en una semana que ellos en todo un año. Ni que decir

tiene que aquello no le sirvió para ganarse la simpatía de los agentes.

También estaba furioso con la mujer de la limpieza, que con su sangre, ya reseca, había arruinado la tarima, con aquellos que se habían atrevido a allanar su santuario, con su mujer, por no ocupar su lugar en la perfectamente planificada vida del doctor, con la enfermera histérica y en general con toda la raza humana.

Ahora aquel mequetrefe le preguntaba si era la persona que había llamado a la policía. ¡Pues claro que había llamado él! ¿Quién, si no, lo iba a hacer?

—Dice usted que llegó a su casa sobre las cuatro de esta madrugada y que se ha encontrado todo tal y como está, ¿verdad? —preguntó el teniente consultando su carpeta, de la que levantaba unas hojas.

—Ya lo he explicado diez veces al menos —contestó irritado Ludwig.

—¿Le importaría volver a explicármelo a mí? —repuso sin inmutarse el policía.

Y Ludwig volvió a contar cómo había llegado a su casa y se había encontrado con todo aquel espectáculo. Omitió mencionar que no estaba solo. No tenía sentido mezclar a su ligue. También obvió mentar el desagradable incidente con los agentes que habían acudido a su llamada. Ya habría tiempo más adelante para tratar el abuso de autoridad sufrido.

—¿Llegó usted solo? —preguntó el teniente Klee.

—Ya les he dicho que sí.

—Sin embargo —repuso impertérrito el teniente, volviendo a echar un vistazo a su carpeta—, un vecino afirma que sobre esa hora oyó los gritos de una mujer y, alarmado, se asomó al descansillo, donde vio que una joven bajaba las escaleras corriendo. Según sus declaraciones, la joven parecía estar llorando y muy alterada.

¡Malditos vecinos! ¡No podían meterse en sus propios asuntos! Ludwig miró al policía, que le devolvía la mirada, impasible. Aquel tipo parecía conocer las respuestas a sus preguntas, entonces ¿por qué cojones no lo dejaba en paz?

—Es cierto que llegué acompañado —dijo Ludwig conteniendo a duras penas la rabia—. No lo he comentado antes para no poner en un aprieto a una dama. Ella no vio nada que no les haya contado yo. ¿Para qué implicarla en este asunto? No hace falta ser un lince para ver que esa mujer lleva muerta bastante tiempo y a esa señorita la he conocido prácticamente esta noche, así que me serviría como coartada y es evidente que no puede tener relación con el crimen. ¿Por qué no dejarla al margen?

—Doctor Dreifuss —contestó el policía—, creo que entenderá que lo que me pide es imposible. Debemos hablar con ella. ¿Podría usted facilitarme su nombre y dirección, por favor?

De mala gana Ludwig le dio el nombre y el número del móvil de la chica, que eran los únicos datos de que disponía. Si al teniente le pareció una actitud un tanto frívola, no hizo ningún comentario.

—Dígame, ¿echa en falta algo? —preguntó el teniente sin levantar la vista de la carpeta, donde escribía con un lapicero con letra pequeña y pulcra—. Joyas, dinero, objetos de valor...

—No, no guardo nada en casa. Cuando mi exmujer vivía conmigo, sí tenía aquí sus joyas pero se las llevó todas.

—¿Tiene motivos para sospechar de alguien en particular? Alguien con el que haya discutido, alguna deuda...

—No. No tengo deudas ni enemigos. Creo que se trata de vulgares rateros, ¿no le parece?

El teniente se rascó con el lápiz el nacimiento del pelo en un gesto que daba a entender sus dudas sobre lo que decía el médico.

—Verá, doctor Dreifuss. No sería capaz de asegurar que está usted equivocado, pero no creo probable su teoría. En primer lugar los *vulgares rateros* como usted los llama, no tienen por costumbre atacar a las personas que se encuentran en un domicilio. Es más, por lo general evitan este contratiempo y huyen en cuanto se tropiezan con cualquier imprevisto. La persona que ha asesinado a la víctima no es la primera vez que mata. Usted es médico. Fíjese en la precisión del corte. No hay más marcas. No hay síntomas de lucha. Ha sido una ejecución limpia. En segundo lugar, un ratero no permanece mucho tiempo en el lugar; revuelve, coge lo que puede y se marcha. La persona o personas que han hecho esto han registrado todo minuciosamente. Este revuelo parece más un burdo intento de engañarnos. Un ladrón que se toma tanto tiempo en registrar con este detenimiento y mata con semejante frialdad no se olvida de cerrar la puerta cuando se marcha.

»Fíjese en la puerta de entrada. La han forzado. Los asaltantes han taladrado los tornillos que sujetan la corona que blindo el bombillo. Para eso deben conocer con exactitud dónde se encuentran éstos, ya que desde fuera no hay nada que lo indique y cada fabricante los coloca de diferente manera. Después quitan la corona y con una llave de fontanero rompen el bombillo. No queda más que meter un destornillador con la cabeza plana del tamaño necesario para hacer girar el cuadradillo y abrir la puerta.

—¿Y eso no sería capaz de hacerlo un simple ratero?

—Por supuesto que sí. Un buen profesional tardaría menos de dos minutos en abrir esta puerta. Pero no olvide que la empleada del hogar estaba en la casa. Es muy difícil que no se percatara de que alguien estaba manipulando la puerta. Aunque el ruido fuese mínimo, se hubiera dado cuenta. A no ser que tuviera mal oído. ¿Era así?

—No que yo sepa. Y créame, se hubiese dado cuenta. Pero dadas las horas estaría durmiendo. Tiene su habitación al final de aquel pasillo. Con su puerta cerrada no creo que hubiese oído nada. ¿No le parece?

—Tiene razón —admitió el inspector—. Lo habíamos pensado, pero no nos convencía, así que hemos pasado un paño especial por el suelo justo donde termina de abrirse la puerta. Es un paño cargado eléctricamente que atrae las partículas. Se ha llevado a analizar, pero a simple vista hemos encontrado un polvillo metálico cuya composición es casi con seguridad la misma que la de la corona perforada de la

puerta. Por si acaso se ha pasado otro paño igual por el suelo bajo el dintel de la entrada y no aparecen restos significativos.

—¿Así que piensan que los asaltantes han forzado la puerta una vez que ya habían entrado en mi domicilio? ¿Y cómo entraron en realidad?

—¿Diría usted que su empleada era de plena confianza?

—Llevaba mucho tiempo trabajando en la casa. La contrató mi exmujer. A pesar de ello me inclino a pensar que sí, que era de confianza.

—¿Sabe usted si cerraba la puerta con llave cuando estaba dentro?

Ludwig forzó el ceño tratando de recordarlo.

—Creo que alguna vez he entrado en casa estando ella y no tenía la llave echada.

—En ese caso, para los que entraron sería muy sencillo. Quizá vinieron preparados para forzar la cerradura, probaron primero por si la llave no estaba echada y pasaron por la jamba una tarjeta de plástico haciendo saltar el resbalón —dijo el teniente—. Todo esto son meras conjeturas, pero es interesante. Yo diría que quien haya estado aquí venía en busca de algo concreto. La empleada oiría algo cuando ya estaban dentro, se levantó y se encontró con el o los asaltantes que la asesinaron en el mismo sitio donde cayó. Después, tranquilamente, buscarían aquello que esperaban encontrar. Luego forzaron la puerta en un intento de confundirnos. El asunto es, ¿encontraron lo que buscaban? Por eso le vuelvo a preguntar: ¿echa algo en falta? ¿Guarda algo de valor que justifique el asalto de su casa?

Ludwig permaneció callado. Su opinión sobre la policía en general y sobre aquel teniente en particular no podía ser más pobre. Para él los agentes estaban al mismo nivel que los retrasados mentales que hacían collares de cuentas. Los mandos del cuerpo de policía apenas se hallaban un pequeño escalón por encima. Ahora no es que su opinión se hubiese transformado milagrosamente, pero miraba con algo más parecido al respeto a su interlocutor.

—¿Ha dicho que se llama Marcus Kleen, teniente? —preguntó inseguro.

—Klee. Marcus Klee —repuso impasible el policía—. Como el pintor.

—Sí, claro, por supuesto. Disculpe —contestó Ludwig, al que la expresión hierática del teniente lo desconcertaba. Estaba acostumbrado a tratar con personas a las que dominar, a las que, en caso de desearlo, podía humillar y ofender. Pero aquel policía no se comportaba como era de esperar. Sabía cuál era su sitio. No envidiaba su posición social, ni se dejaba intimidar por su título ni por sus influencias—. Bien, como le he dicho al principio, no he tenido tiempo de hacer un examen a fondo por si se han llevado algo. Pero créame cuando le aseguro que aquí no hay nada que pueda justificar lo que ha pasado, como usted dice. El mobiliario es funcional, no poseo arte, dinero, joyas, ni antigüedades. Yo diría que lo más valioso que hay aquí es el televisor de plasma que hay en el salón, y ya ve en qué estado se encuentra.

—Bien —dijo el policía—. Por ahora creo que eso es todo. Hablaré con la señorita... Madeleine, ¿verdad? Usted tendrá que pasar por comisaría para prestar declaración. Siento decirle que en los próximos tres o cuatro días su apartamento

permanecerá precintado. Si desea coger algo, ropa, efectos personales o cosas así, los agentes harán un inventario y después deberá abandonar su residencia. A la policía científica le espera un largo trabajo —remató, señalando a unos agentes de paisano, con unos chalecos llenos de bolsillos y cruzados por unas bandas plateadas reflectantes que sacaban fotos y examinaban la alfombra armados de guantes y unas bolsitas de plástico, mientras otros compañeros con buzo blanco ensuciaban las paredes con polvos iluminados por luces azules.

—¿Tres o cuatro días, dice? —preguntó, incrédulo—. Sin duda está bromeando.

—No, no lo crea —contestó sin inmutarse el policía—. Lo siento, doctor Dreifuss, trataremos de darnos prisa, pero estas cosas llevan su tiempo. No dudo que lo entenderá. No olvide mostrar las pertenencias que retire a los agentes.

Ludwig, con la cara roja por la humillación y la ira, llenó una bolsa de viaje con ropa y recogió un par de costosos trajes del armario metidos en sus fundas bajo la atenta mirada de una agente de color que anotaba cuidadosamente todo lo que se llevaba. Después bajó al garaje, metió la bolsa en el Porsche y chirriando las ruedas salió del garaje en busca de un hotel donde pasar el resto de la noche.

Asombrado, descubrió que ya amanecía. Con todo lo sucedido había perdido la noción del tiempo. Se acercaba la hora en la que tenía por costumbre levantarse. Por un momento pensó en avisar a Madeleine de que la policía iría a visitarla, pero se lo pensó mejor y retiró el dedo del manos libres instalado en el volante de su coche. «¡Al diablo! —pensó—. Una buena ducha es lo que necesito».

## BAYT SAHUR, ISRAEL. NOVIEMBRE DE 2003

Sentado en el sillón, con el abrigo puesto y la estufa de butano peligrosamente encendida ante él, Menasés rememoraba viejos tiempos como le sucedía siempre que, afortunadamente con los años cada vez menos, le llegaba un anónimo amenazando su vida. Al principio, cuando era joven, aquellos toscos escritos lo enfurecían, consiguiendo únicamente aumentar su férrea voluntad de continuar con su trabajo. Según fue haciéndose mayor, el enfado dio paso a la aceptación del dicho *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre; años de guerra y enajenación, con crímenes brutales de una violencia sin precedentes en la historia de la Humanidad, no habían servido para aprender la lección. Más adelante miraba los anónimos con indiferencia y, de un tiempo a esa parte, sólo le causaba asombro el que aún existiesen personas que pudieran perder el tiempo amenazando a un viejo como él.

Con la cabeza echada para atrás y algún ocasional ronquido, la mente de Menasés volaba por la ciudad de Varsovia, donde había pasado su juventud. Guardaba pocos recuerdos anteriores al año 1939, cuando él tenía catorce años y los nazis invadieron Polonia. Sus dos hermanos mayores, que participaron en la pequeña respuesta civil contra los invasores, fueron acribillados a balazos sin compasión. Menasés y sus



padres fueron conducidos desde Rzeszów, su ciudad natal, situada al sureste de Polonia, al gueto de Varsovia. A los dos meses de confinamiento, un soldado alemán trató de abusar de Anna, la madre de Menasés. Frank, su padre, se lanzó sin miramientos sobre el soldado. No tardaron en acudir a la pelea otros militares, pues el asustado soldado no lograba quitarse de encima al enfurecido judío.

Ante los horrorizados ojos de Menasés, escondido en una esquina, tras un puesto de verdura, los alemanes mataron a golpes de culata de sus fusiles a su padre, dejándole el rostro convertido en una masa informe. El soldado que había tratado de abusar de Anna, avergonzado por el miedo y la humillación sufridas, disparó a quemarropa tres veces contra la mujer que, arrodillada, llamaba a su marido, muerto sobre un gran charco de su sangre.

En aquellos tiempos los encerrados en el gueto aún practicaban la solidaridad y Menasés fue escondido de las represalias nazis hasta que logró escapar. Durante un tiempo vivió por las afueras de Varsovia, como otros, subsistiendo a duras penas. Pero como suele sucederles a los fugitivos, el hambre, el frío y la desesperación le hicieron cometer un error y caer de nuevo en manos de los nazis.

Durante los siguientes cinco años, Menasés cambió tres veces de campo de concentración. Pasó primero por Flossenbürg, de donde lo trasladaron a Dachau. Allí coincidió con Isaac Adler, un viejo rabino enamorado de las matemáticas y de la Cábala, que se convirtió en su padre adoptivo mientras permanecieron juntos y lo inició en un mundo de conocimientos para los que Menasés mostró unas cualidades innatas. Además de la Cábala y las matemáticas, Menasés estudió la Torá que el rabino se sabía de memoria.

En el tiempo que ambos coincidieron Menasés pasó de ser un muchacho díscolo y descentrado a un hombre paciente, seguro de sí mismo, metódico y estudioso.

Pero la relativa suerte de encontrar un padre adoptivo también se acabó. Isaac, que hasta entonces había conseguido escapar de las purgas que periódicamente realizaban los alemanes en el campo de concentración, fue seleccionado para unos experimentos.

El doctor Sigmund Hascher había creado en Dachau un Instituto de Medicina Aeronáutica y sometía a los prisioneros a descabellados estudios que la mayoría de las veces les costaba la vida.

Así sucedió con Isaac. Una mañana fría como las demás, el viejo rabino fue separado, junto con otros siete presos más, de las filas formadas en el barrizal. Un soldado apenas mayor que Menasés agarró a Isaac del brazo y se lo llevó. Menasés, alarmado, se salió de la fila para ir en ayuda de su mentor, pero éste con un gesto le indicó que se quedara quieto. Después, con una sonrisa en los labios y mientras se alejaba, bendijo al desolado muchacho, que, por segunda vez en su corta existencia, volvía a quedarse huérfano.

Apenas dos semanas después, los soldados subieron a un camión a veinte prisioneros entre los que se encontraba Menasés. Muertos de frío y sin saber adónde

se dirigían, los presos trataban de darse calor entre ellos.

En una de las curvas el camión patinó en una placa de hielo, perdió la estabilidad y cayó por un pequeño terraplén. En el revoltijo de piernas y brazos, los prisioneros escaparon cada uno por su lado, siendo cazados como conejos por la escolta motorizada, que los ametralló sin compasión. Menasés fue uno de los pocos que consiguió esquivar las balas y adentrarse en la espesura. Por suerte para él, los alemanes no tenían perros cerca y logró poner tierra de por medio.

La noche le cogió exhausto y corriendo, sin saber hacia dónde ir. Un cebo colocado por algún cazador se cerró en su pierna, rompiéndole la tibia y el peroné. El dolor le hizo perder el conocimiento. Cuando despertó estaba aterido. Apenas sentía la pierna herida, por el frío. El resto del cuerpo no lo tenía mejor. Apretando los dientes consiguió librarse del cebo y apoyándose en una rama a modo de muleta, continuó avanzando hasta encontrar una granja.

El dueño salió al oír los ladridos de los perros y se encontró con el destrozado muchacho. No era el primer prisionero que veía, así que no se dejó engañar por las explicaciones de Menasés y fingiendo creerlo le dio cobijo.

Le entablillaron la pierna con más ganas que arte, de forma que cuando se hizo el callo en los huesos la pierna no quedó del todo bien, provocándole una cojera que le duraría toda la vida.

Un mes más tarde y casi repuesto, sabiendo Menasés el riesgo que corrían los granjeros al tenerle en su casa, abandonó la granja dejando una nota de agradecimiento.

Su libertad no duró más que unas pocas semanas. Cerca del lago Chiemsee, al sur de Alemania, fue capturado y llevado al campo de concentración de Mauthausen, en la antigua frontera entre Alemania y Austria. Pero ya la guerra estaba llegando a su fin y en 1945 los americanos liberaron el campo.

Una vez libre, sin necesidad de luchar, ni esconderse, huir o sobrevivir como un animal, Menasés, como otros muchos, no supo qué hacer, ni adónde ir. Durante tres años vagó de aquí para allá. Trabajó en cualquier cosa que le salió al paso, pero no acababa de encontrarse a gusto en ningún sitio y terminaba por abandonar pueblos y ciudades, como si temiera arraigar en algún lugar y que eso lo volviera vulnerable.

Un día oyó que un anciano se lamentaba de los escasos rabinos que habían sobrevivido a la guerra y de las sinagogas cerradas por falta de maestros, y recordó las enseñanzas de Isaac Adler, su padre adoptivo en el campo de concentración, que lo acogió bajo su tutela, le enseñó los rudimentos de las matemáticas y de la Cábala, y con el que profundizó en la Torá. Pensando que al viejo profesor le hubiera gustado, decidió retomar sus estudios e ingresó en una *yeshiva*. Menasés creía haber conseguido al fin la estabilidad que tanta falta le hacía.

Hasta que recibió la llamada de Simon Wiesenthal.

Wiesenthal era un ex prisionero con el que había coincidido en Mauthausen, célebre por sus investigaciones para incriminar a antiguos nazis. Este cazanazis había fundado el año anterior el Centro de Documentación Judía, desde donde continuaba su lucha para detener a todos los nazis fugados, y procuraba rodearse de buenos ayudantes. El joven experto en la Cábala y las matemáticas, de mente analítica, al que tomó bajo su manto, era un buen ejemplo.

De esta manera Menasés pasó a ser otro cazanazis, recibiendo sus primeros anónimos amenazantes, de los que el centro hacía colección.

Durante una década se dedicó a mirar fotos, estudiar archivos, entrevistar a antiguos prisioneros de los campos de la muerte, a prisioneros nazis hechos por los aliados y juzgados en Nuremberg. Pero los primeros, en su mayoría, sólo querían olvidar los horrores vividos, y los segundos, a pesar de su indudable voluntad de ayudar para rebajar sus años de reclusión, normalmente eran mandos intermedios. Los altos jefes se habían puesto a buen recaudo, suicidados o, simplemente, habían sido ejecutados.

Aun así Menasés y todo el grupo de Wiesenthal continuaron con sus, a menudo, infructuosas indagaciones, atrapando a antiguos miembros de la Gestapo, de las SS y guardianes de los campos de exterminio.

Su momento de gloria, al igual que el del centro, fue doce años después de aceptar la propuesta de Wiesenthal. Una mañana Simon le presentó a Meter Zvi Malkin, otro judío polaco, dos años mayor que Menasés. Los padres de Malkin, con buen criterio, se habían trasladado a Palestina antes del inicio de la guerra, cuando el niño tenía nueve años, debido al creciente antisemitismo. No así la hermana de Malkin, Fruma, y los tres hijos de ésta, que murieron en el Holocausto.

En su adolescencia, Malkin se había incorporado a la Haganá, uno de los grupos clandestinos judíos de Palestina. Después, cuando se creó el Estado de Israel, Malkin fue reclutado por el servicio secreto, el Mossad, donde acabaría llegando a ser el jefe de operaciones.

En la primavera de 1960, Malkin formaba parte de un equipo de agentes enviados a Buenos Aires para atrapar a un peligroso dirigente nazi. El equipo del Mossad había perdido a uno de sus hombres en un accidente y necesitaban reemplazarlo; pero, entre los agentes de la joven organización de espías no había nadie que hablara español.

Malkin se acordó de un viejo amigo, Simon Wiesenthal, que les podría ayudar, y se puso en contacto con él. Cuando le explicó el problema, Simon no lo dudó. Tenía el hombre que necesitaban. Hablaba correctamente el español con un suave acento argentino, debido al tiempo que Menasés había estado en ese país estudiando las organizaciones nazis allí establecidas, que ayudaban a los fugitivos a instalarse en esa república sudamericana, donde les facilitaban nuevas identidades, buenos empleos, dinero, casas y cualquier otra cosa que pudieran necesitar.

Malkin mostró interés en conocer a Menasés y entre ellos rápidamente se estableció un cordial entendimiento. Con el equipo ya al completo ambos se

trasladaron a Argentina, donde la operación seguía su curso.

La cacería del nazi fugado había comenzado gracias a la información facilitada por uno de los múltiples colaboradores de Wiesenthal. Se trataba de un antiguo preso de los campos de exterminio que de niño había visto morir a toda su familia en la cámara de gas. El hombre había facilitado la pista de una mujer a la que había reconocido como la antigua amante de un jerarca nazi. Siguiendo los consejos de Simon el hombre la había seducido, convirtiéndola en su propia amante. No tardó en sonsacarle dónde se escondía el criminal, obteniendo incluso una fotografía en la que aparecía el nazi vestido con uno de esos abrigos largos de cuero negro tan característicos en uno de los campos de exterminio.

La mujer también le explicó que el antiguo SS había escapado de los juicios de Nuremberg, celebrados por los aliados al final de la guerra, huyendo a Italia, donde había estado trabajando de granjero antes de cruzar el océano y trasladarse a Argentina. Allí trabajaba de mecánico en una fábrica de Mercedes-Benz, bajo el nombre de Ricardo Clement.

Tras meses de preparación Malkin, Menasés y el resto del equipo consiguieron atrapar en Buenos Aires a Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS, responsable directo del asesinato de millones de personas, encargado de la llamada «solución final del problema judío».

Eichmann, alias Ricardo Clement, acababa de bajarse del autobús de vuelta del trabajo cuando fue interceptado. Malkin, que apenas balbuceaba algunas palabras de español, permitió que fuera Menasés quien se dirigiera al fugitivo. Sin darle tiempo a reaccionar, el alemán fue introducido a la fuerza en un coche que apareció en ese momento y conducido a un lugar seguro, ante la estupefacción de los transeúntes.

Diez días después y tras ser severamente interrogado, lo subieron drogado a un avión comercial, donde sus secuestradores hicieron las veces de auxiliares de vuelo, para vigilarlo. El destino del avión era Jerusalén, donde fue juzgado públicamente, encontrado culpable de crímenes contra la Humanidad y ahorcado dos años después.

Aquél fue su mejor y uno de sus últimos trabajos para el Centro de Documentación Judía. Al cumplir los treinta y siete, Menasés se dio cuenta de que aquella lucha, en la que nadie más que ellos creía, lo estaba destruyendo. Simon trató de convencerlo para que siguiera, pero Menasés no hizo caso, abandonó Austria y se instaló de nuevo en Rzeszów, su ciudad natal, de la que apenas guardaba recuerdos.

No fue sencillo poder entrar en la Polonia que resurgía bajo el control ruso. Convulsa y desorientada, su patria miraba con sospecha a los que trataban de establecerse en ella.

La fortuna, hasta entonces esquiva, quiso que el por entonces primer secretario del Partido Comunista, virtual gobernante de Polonia, Wladyslaw Gomulka, fuese un antiguo compañero de andanzas en el movimiento comunista anterior a la Gran Guerra del padre de Menasés, y lo recibiera con los brazos abiertos, llegando a ofrecerle un destacado puesto en la administración.

Menasés, escarmentado con la política, rechazó el ofrecimiento y trató de pasar lo más desapercibido posible. Seis años permaneció allí, dedicado al estudio y a ejercer como rabino en una pequeña sinagoga, tratando de olvidar los horrores conocidos en los campos de exterminio, la guerra y la posguerra.

Incluso se reencontró con su querida Leah, una buena mujer con la que se casó, a la que había conocido en uno de los campos de concentración. Leah había sido una magnífica superviviente mientras estuvo recluida, pero de vuelta a su tierra no logró adaptarse a los nuevos tiempos y se fue marchitando hasta dejar de nuevo solo a Menasés.

Sin embargo, la suerte le volvió una vez más la espalda. Las malas condiciones de vida provocaron el descontento popular y comenzaron las protestas contra el gobierno. El partido de Gomulka, debilitado, encontró una respuesta recurrente al problema y lanzó una campaña antisemita para reprimir la disidencia. Cientos de judíos fueron cesados de cargos en la administración, el Partido, la universidad y los periódicos, y se vieron obligados a abandonar Polonia.

Temeroso por el resurgir de viejos demonios que creía enterrados, Menasés se apresuró a abandonar su patria, en la que nada era como había conocido en su infancia, y poner rumbo a un Israel exultante y agradecido con el antiguo ayudante de Wiesenthal, que el año anterior había librado y ganado la Guerra de los Seis Días.

Ahogado por la falta de paz espiritual y hastiado por la naturaleza del hombre, recién cumplidos los cuarenta y tres se instaló en Jerusalén, ciudad que nunca había abandonado desde entonces y donde por fin creyó encontrar el descanso que necesitaba.

En su habitación del hotel, Etzel se desnudó delante del espejo de cuerpo entero que tenía el enorme cuarto de baño. Acercando el rostro al cristal se extrajo las lentillas y las arrojó por el inodoro.

El estuche, al que había retirado el papel de regalo y vuelto a envolver como si se tratara de un paquete de mensajería, descansaba sobre el sofá del dormitorio, a la espera de que se pusiera en contacto con su cliente para convenir cuándo y cómo se haría la entrega.

El contacto se establecería por internet, mediante un sistema previamente convenido, medio más seguro que el móvil. Por supuesto, el encuentro personal estaba descartado.

Al recibir el encargo, Etzel se limitaba a tomar nota, solicitar la información que precisaba para llevarlo a cabo, estudiar la viabilidad del mismo, cumplirlo y después, si había algo que entregar, lo dejaba en una consigna. Cuando desde el banco suizo donde guardaba celosamente su fortuna le daban aviso de que el pago había sido ingresado, facilitaba el lugar donde se hallaba la misma, el número de ésta y la clave para abrirla. En esta ocasión sería la consigna de un aeropuerto.

Con los brazos apoyados sobre el lavabo soportando el peso del cuerpo, dejó colgar la cabeza con los ojos cerrados aguardando a que la sensación de mareo pasase.

No era la primera vez que le sucedía. Cada vez que terminaba un trabajo sufría el mismo mal. Le dolían todos los músculos, de la cabeza a los pies. Una especie de espesa nube le adormecía el cerebro, anulando su capacidad de concentración, como si llevara varios días sin dormir. Los reflejos se volvían lentos y los movimientos, pesados.

Etzel había descubierto que los síntomas eran más severos y persistentes cuanto más violento era el trabajo. Y éste lo había sido mucho. El maldito griego le había obligado a emplearse a fondo.

Y no es que Etzel no hubiera disfrutado. Pero había resultado peligroso. Al principio tenía la situación controlada. Tras acceder a la mansión, una vez anuladas las alarmas y matar a la enfermera, el viejo no tenía escapatoria y Etzel disponía de toda la noche para arrancarle lo que deseaba saber.

Había torturado a suficientes personas para conocer cuál era la frontera del aguante humano, así que cuando, tras dos horas de implacable tormento, el griego seguía jurando con la voz rota por el dolor que el estuche no lo tenía él y que estaba en Suiza, terminó por creerlo.

Tras la llamada al cliente y mientras éste comprobaba lo que decía el griego, Etzel había esperado pacientemente, asegurándose de que su víctima no muriera. Su fría calma desapareció al serle confirmado que el viejo había mentido. Entonces había perdido el control.

Ni la rápida confesión del indefenso viejo había logrado detener la desquiciada orgía de martirio prolongada más allá del límite humano. Etzel tardó mucho en darse cuenta de que su víctima llevaba rato muerta. Aun así le costó esfuerzo dominarse. Por suerte, todavía quedaba margen para borrar las huellas que hubiese podido dejar en su desenfreno y marcharse. Pero tenía que reconocer que casi había echado todo a perder, primero por el riesgo de haber podido matar al griego antes de obtener la información y después por prescindir de toda precaución, al no controlar sus actos.

Bajo el fuerte chorro de la ducha, dejaba que el agua, muy caliente, lo golpeará en el rostro y cayera por la cabeza, llevándose el tinte del cabello. Del televisor del dormitorio le llegaban unos ruidos que no podía discernir. Al cabo de media hora, sin fuerzas para enjabonarse y con la piel roja, escaldada, hizo un gran esfuerzo para cerrar el grifo y salir de la bañera. La nube cada vez se espesaba más y volvía los movimientos más lentos y desmañados. Envolviéndose en un albornoz del hotel y con el agua tintada cayéndole en churretones, salió del baño, que, por el vapor, más parecía una sauna, tomó el mando a distancia del televisor y se dejó caer sobre la cama.

Pulsando los botones de forma aleatoria, fue cambiando de canal con tal rapidez que le resultaba casi imposible apreciar la programación de cada uno. Tres películas,

una de ellas antigua, de vaqueros, dos programas de prensa rosa, otros dos de estúpidos concursos, un canal de deportes, el de la CNN y tres series.

Dejó una de las series sin prestarle caso. En ella una muchacha andaba de noche por una carretera muy oscura. Iba llorando y continuamente miraba hacia atrás, como si esperase que algo apareciera a sus espaldas.

La cámara recogió de frente un par de tropiezos de la protagonista, una mala actriz. A lo lejos empezaron a distinguirse dos puntos de luz que se iban haciendo cada vez más grandes. La muchacha también se percató y comenzó a hacer gestos para atraer la atención del conductor.

El plano cambió. Ahora captaba sólo las dos luces acercándose, mientras la banda sonora se hacía más siniestra. Para Etzel resultaban hipnóticas aquellas luces que ocupaban la pantalla. Las luces de un vehículo, más y más grandes a cada instante que pasaba.

Etzel miraba fijamente aquellas luces que se le echaban encima. Sólo que ahora no era de noche. El sol se estaba poniendo pero aún había suficiente luz para permitirle percibir la furgoneta blanca que, chirriando las ruedas por la presión del conductor sobre el freno, trataba de no atropellarle. Etzel tenía ocho años y estaba en mitad de la calzada. Las luces parecían dos soles que ocupaban todo su campo visual. Etzel cerró los ojos.

Cuando los abrió, no eran dos sino una única luz. Más blanca y potente. Poco a poco fue dándose cuenta de que se encontraba en una sala amplia, en una cama. Encima, la cara de un desconocido, que le iluminaba primero un ojo y después el otro con una fina linterna. El desconocido le llamaba por su nombre y le preguntaba qué tal se encontraba. En ese momento había caído en la cuenta de que le dolía terriblemente la cabeza y que apenas podía moverla, le pesaba como si la tuviera rellena de plomo.

A partir de aquel día nada volvió a ser lo mismo en su vida. Tras la larga convalecencia, en que demostró un estoicismo que más que alegrar preocupó a los médicos, éstos llegaron a la conclusión de que ya podía irse a casa. Los huesos de la pierna rota habían soldado perfectamente. Pero a nadie se le escapó que la mirada infantil había cambiado. De alegre, brillante y curiosa, a fría, calculadora y desapasionada.

Los médicos no supieron decir a los padres si la recuperaría. En lo que sí coincidieron fue en advertirles de que debería seguir un control periódico para ver cómo evolucionaba la pequeña lesión cerebral sufrida. Una vena estaba colapsada y, por el momento, no se podía operar.

Con los años olvidaron que una vez su personalidad había sido completamente diferente y se habituaron a la nueva. Una personalidad reservada y esquiva, que asustaba a la ya desquiciada madre.

A los quince años mató a un compañero arrojándolo desde la azotea tan sólo porque éste trató de meterle mano. Observó desapasionadamente cómo la sangre fluía

por debajo de la cabeza del muerto. Sus sentimientos no fueron distintos de cuando había matado gatos o perros.

Por aquellos días estudiaban en clase de Historia las correrías de un gobernante huno, el pueblo nómada de origen asiático que se abalanzó desde las estepas del Caspio sobre el Imperio romano. Tal gobernante, que captó inmediatamente su atención, fue conocido como Atila, El Azote de Dios, en gran parte de Europa, y entre los alemanes se le llamó Etzel.

Adoptó el nombre y se olvidó del suyo. Continuó experimentando con animales. Cada vez disfrutaba más con la agonía y muerte ajenas, disfrute que se veía empañado por las jaquecas y la sensación de desmoronamiento físico posterior.

En la televisión acababa de empezar una película porno. Etzel, con los ojos hinchados y semicerrados, cogió el mando a distancia para subir el volumen. Una voluptuosa joven, precariamente vestida, el pelo recogido en un pequeño moño y unas anticuadas gafas de miope, realizaba una entrevista de trabajo. El entrevistador, un corpulento hombre de perilla y coleta, por lo menos quince años mayor que ella, le hacía unas tontas y equívocas preguntas a las que la chica contestaba con ingenuas respuestas.

Etzel, sobre la cama y sin dar importancia a los estragos que el agua sucia del tinte estaba causando en la almohada, observó cómo el entrevistador se levantaba, daba la vuelta a su escritorio colocándose detrás de la chica y, con mano experta, la introducía en su entreabierto escote. Ésta dio un pequeño respingo y fingió mostrarse vergonzosa. A través del vestido se veía que la mano del hombre apretaba con fuerza un potente pecho, haciendo gemir a la chica, mientras que con la otra deshacía el recatado moño, soltando la larga melena que ella se ocupó de airear con unos movimientos de cuello.

En la pantalla, el presunto entrevistador, después de sobar sin ningún pudor los generosos pechos de la chica, obligó a ésta a colocarse de rodillas sobre la silla de oficina en la que estaba sentada, apoyando los brazos en el respaldo. De su prominente bragueta extrajo una verga de buen calibre y la colocó ante el rostro de la joven, que se la metió en la boca. Con movimientos precisos y enérgicos, se puso a la tarea, deteniéndose única y brevemente cuando la mano que el hombre tenía puesta en su nuca la forzaba a introducirla entera.

La pesada e insensible mano de Etzel aceleró la marcha iniciada bajo el albornoz mientras su mente trataba de despejarse lo suficiente para continuar viendo la película, que en ese momento mostraba cómo el actor giraba sobre su eje la silla, de tal manera que el trasero de la chica se le ofrecía.

En un profundo sopor, Etzel alcanzó el clímax ante el espasmo de dolor de ella cuando el hombre, después de levantar el breve vuelo de la falda y apartar el tanga de encaje, apuntaba sin ningún miramiento la punta de su verga hacia la chica y, de un solo empujón, la hundía en ella.





## LEVÍ (VÍNCULO)

*Las notas de la música son solamente cinco, pero sus combinaciones son tan numerosas que es imposible escucharlas todas.*

TS'AO TS'AO. Guerrero y poeta chino

MADRID. NOVIEMBRE DE 2003

**A**rmado de sus tijeras, el inspector jefe de la Brigada de Homicidios de la Comisaría Central, Pablo Herrero, recortaba pequeños triángulos de una hoja de papel destinada a reciclar. Con movimientos precisos iba girando la hoja con la mano izquierda, colocándola en el ángulo justo para dar un tijeretazo con la derecha. Los que llevaban tiempo trabajando con él sabían que en esos momentos no había que interrumpirlo. Su cerebro estaba corriendo al galope.

En realidad Herrero les podría haber dicho que no era así, en absoluto. La manía de recortar trocitos de papel con las grandes tijeras le relajaba y limpiaba su mente. Gracias a este ejercicio de relajación el inspector lograba dejar espacio en su mente para las nuevas conjeturas.

Habían pasado setenta y dos horas desde que se descubriera el espantoso crimen en la mansión Hybris, y aún no habían conseguido avanzar ni un milímetro en la investigación. El comisario Martín estaba que se subía por las paredes.

Cuando la jueza por fin había autorizado el levantamiento del cadáver, Herrero había dejado en manos del inspector Dos Anjos la escena del crimen y regresado con el subinspector Ponte y el agente Cuéllar a la comisaría, desde la que llamó a su superior.

—Dígame, Herrero, ¿han encontrado algo?

—Me temo que no, señor —respondió Herrero sentado en su silla de plástico amarillo y sin quitarse ni el abrigo ni el sombrero—. La o las personas que han cometido el crimen, sabían lo que hacían. Han podido trabajar con tranquilidad. Un trabajo de profesional, diría yo.

—¿Cree que pueda tratarse de una banda organizada, como la de los colombianos que detuvimos la semana pasada?

Ese «detuvimos», dicho sin ningún rubor, se refería a Herrero. Dotado de una gran memoria selectiva el comisario parecía haber olvidado las pegas presentadas por él mismo a lo largo de toda la investigación, alargada por espacio de varios meses. En comisaría se amontonaban entre tanto expedientes que reclamaban atención y el escaso personal no podía abarcar semejante tarea. El comisario, político ante todo, daba saltos de uno a otro expediente abandonando los que se presuponía iban a ser

arduos y ordenando a sus hombres centrarse en los que podrían ser resueltos en poco tiempo. De esa manera las estadísticas de la memoria anual reflejarían un índice de casos resueltos más elevado.

Durante el tiempo en que la investigación de la banda colombiana trajo de cabeza a Herrero, éste no logró quitarse de encima al comisario, que lo conminaba a abandonar el caso y centrarse en las denuncias menores. Herrero, por su parte, lograba desviar prácticamente todo el trabajo a sus inspectores y, ayudado por el subinspector Ponte, con el que trabajaba desde hacía muchos años, llevaron a cabo una pesada investigación que parecía no avanzar.

En las afueras de Madrid, en las urbanizaciones más lujosas, donde vivían aquellos a los que la diosa Fortuna había sonreído, urbanizaciones vigiladas con guardias de seguridad provistos de radio transmisores, impresionantes porras de policarbonato, perros amaestrados, motocicletas y coches eléctricos, para no contaminar y no molestar con su ruido al selecto vecindario, y demás parafernalias, se había producido una docena de robos con secuestro y pago de rescate.

El *modus operandi* siempre era el mismo. Tres hombres de aspecto sudamericano entraban en una casa controlada durante un par de semanas, a la hora en que menos miembros de la familia se encontraban en su interior. Tras atar a los ocupantes, a ser posible alguna hija o la mujer del propietario, llamaban a éste por teléfono y le daban un plazo de un par de horas para reunir una cantidad de dinero que fuera posible conseguir en tan poco margen de tiempo sin levantar sospechas en el banco o dentro de su entorno. Mientras el propietario, al que le permitían hablar con el secuestrado ya maltratado para que el pánico se reflejara bien por el teléfono, conseguía reunir el dinero, los secuestradores *limpiaban* la casa. En algún caso habían llegado a abusar de sus víctimas, sin terminar de consumir la violación.

La banda de asaltantes parecía elegir momento y víctima al azar, complicando de esta manera el trabajo de la policía, que normalmente se encontraba con la dificultad añadida de unos denunciante muy poco dispuestos a colaborar, horrorizados ante la posibilidad de que los agentes, y quizá Hacienda, se inmiscuyeran en su vida privada.

Todas las vías de investigación topaban contra un muro. Se indagó entre los soplones, se mostraron a las víctimas cientos de fotos, se interrogó a los asustados guardias de seguridad, a la empresa encargada de las alarmas, al servicio doméstico, frecuentemente ilegales sudamericanos, filipinos o de países eslavos que, por esta misma razón, estaban poco dispuestos a colaborar.

Al final, como sucede con muchas investigaciones, un golpe de suerte provocó la caída de la banda. Ésta, que inevitablemente se había ido convenciendo de su impunidad, robó en una casa una estatuilla de mármol del alado dios Mercurio, copia de la que se guarda en el Louvre de París.

La estatuilla había terminado en el negocio de un conocido receptor de objetos robados al que Herrero fue a visitar con motivo de otra investigación. En aquella ocasión los policías buscaban, orden de registro en mano, alguno de los treinta relojes de oro, marca Rolex, que unos desconocidos habían robado a un representante, al que habían molido a palos antes de dejarlo semiinconsciente y huir con su maletín.

Mientras los agentes revolvían todo el establecimiento, seguidos por las oportunas protestas del propietario según estaba establecido en el guión del ancestral juego policía-delincuente, Herrero miraba los objetos que se exponían. Televisores, ordenadores, bicicletas, tablas de esquí y *snowboard*, con sus respectivas botas. Equipos de música, más relojes, joyas y un sinfín de objetos de lo más variado.

En una vitrina de cristal, que también estaba a la venta según una amarillenta etiqueta de cartón pegada, había unas figuritas de porcelana, piedra volcánica, mármol y otros materiales. Examinando de cerca la vitrina, Herrero comentó:

—Bonita colección. ¿Son buenas?

—Claro, inspector —contestó el perista—. ¿Le gusta alguna en especial?

—Ésta me parece muy interesante —dijo señalando una talla colocada entre un unicornio de madera y un jarrón de porcelana—. Yo diría que cuesta unos cuantos años de cárcel.

El receptor no tardó en ofrecerse voluntario para colaborar en cuanto vio la que se le venía encima. Un mes más tarde, la banda de asaltantes a domicilio, puesta bajo vigilancia, se mostró muy sorprendida cuando accedió a la vivienda que llevaban controlando un par de semanas y se encontró con un equipo de los GEOS, perfectamente identificados, apostados y pertrechados, que los recibieron con los brazos abiertos y las armas preparadas.

Desde aquel día el comisario sufría una pertinaz amnesia que le impedía recordar de quién era el mérito.

—No lo creo, señor —respondió Herrero tras meditar la pregunta un instante. A punto estuvo de contestar afirmativamente y tener en ascuas a su superior durante unos días, pero algo le decía que no era una buena idea—. Más bien parece un caso aislado. Quien haya hecho este trabajo venía con una idea clara. En la casa había objetos de gran valor y obras de arte. Da la impresión de que no se han llevado nada. Todo está en orden.

—¿Diría usted que se trata de un robo?

Herrero se había quedado callado al otro lado de la línea. Sabía que lo que contestase serviría al comisario para dar cuentas a quien fuera que lo estuviera apretando. De acertar, Herrero no ganaría nada, pero si fallaba, su superior no dudaría en achacarle la culpa.

—Es precipitado aventurar nada aún señor. No tenemos...

—Corte el rollo, Herrero, que no está hablando con la prensa. Dígame sí o no.

—Yo diría que sí. Es sólo una corazonada. No me da que sea obra de un psicópata, sería un trabajo demasiado difícil. ¿Un ajuste de cuentas después de tanto tiempo? No parece probable. Aún no hemos encontrado ningún heredero o testamento. ¿Alguien de su entorno? Demasiado profesional.

—Descartamos una banda organizada y partimos de la hipótesis de que se trata de un robo, ¿correcto?

—Creo que aún no se puede descartar nada, pero me inclino a pensar que ha sido un solo asesino profesional con un encargo muy concreto. Las torturas serían para hacer hablar al viejo.

—¿Cree que lograron hacerle hablar?

Herrero pensó en los despojos tirados sobre la mesa. La expresión de agonía. Las terribles mutilaciones. Horas a merced de un despiadado asesino.

—No creo que haya nadie capaz de soportar lo que le han hecho al pobre diablo. Cualquiera vendería a su madre con tal de que lo mataran de una vez.

—Muy bien —contestó satisfecho el comisario, que ya tenía algo que presentar—. Una última cosa. ¿El juez ha decretado secreto de sumario?

—Así es. El caso lo lleva la jueza de instrucción seis.

—De acuerdo. Entonces ya sabe. Discreción. Que no pase como otras veces. Si necesita más personal para que le ayude pídaselo a Zapiola y pónganse a trabajar. Este caso es de...

«... la máxima importancia», terminó para sus adentros Herrero. *Discreción*. Pero ¡si el más peligroso era, precisamente, el propio comisario, que en cuanto tenía algo no perdía tiempo en airearlo a los cuatro vientos! Desde hacía tiempo Herrero había decidido ofrecer a su superior información que no fuese crítica.

Consideró por un momento la posibilidad de aceptar el ofrecimiento y pedir al subcomisario Ernesto Zapiola más hombres, pero finalmente lo descartó. En otras ocasiones lo había hecho, con no muy buenos resultados. Los agentes escogidos tardaban, como era lógico, en hacerse con la situación y en algo urgente molestaban más de lo que ayudaban.

Pasadas las diez de la mañana sobre el secante de la mesa de Herrero, se acumulaban multitud de triángulos isósceles, escalenos y equiláteros de papel. En tres días no habían avanzado nada. La autopsia reflejaba que el óbito se había producido sobre las seis de la mañana del viernes, producido por una parada cardiorrespiratoria en un organismo totalmente agotado. El informe pericial, transcrito con todo tipo de detalles y fotografías, enterrado bajo la montaña de recortes de papel, ocupaba treinta y dos folios.

Además de la extensa y minuciosa descripción de las numerosas heridas, lo que más llamaba la atención era la alta concentración de noradrenalina en el organismo del anciano. Como Herrero sabía tras largos años en la profesión, ese neurotransmisor

inunda el cuerpo en casos extremos de estrés, alarma o pánico, sin duda como los padecidos por Tsaldharis.

La toma de huellas no había aportado nada. Se habían encontrado impresiones dactilares a cientos por toda la casa, pero casi todas pertenecían al personal y Herrero dudaba de que las que faltaban por identificar arrojaran alguna luz. Visto lo visto, el asesino no podía ser tan chapucero como para olvidarse de usar guantes. No aparecían huellas de pisadas, manchas, restos orgánicos o cualquier otra pista. Habían interrogado al pasante inglés y a la servidumbre. Si aquellos asustados empleados habían conspirado para cargarse a su jefe, el inspector se metía a monja.

De las vías de investigación abiertas, la más prometedora parecía ser la de la empresa de alarmas. El propietario de la mansión había mandado cambiar todo el sistema unos meses antes. Uno de los técnicos que había trabajado en la nueva instalación llevaba sin aparecer por el taller desde hacía un par de días. Sus padres no tenían idea de dónde podía estar su hijo, algo que no parecía preocuparlos demasiado.

En la ficha policial el desaparecido técnico tenía antecedentes por pequeños trapicheos con hachís y marihuana, un par de peleas en bares y por hurto de un bolso en un autobús. La ficha era antigua y el chico parecía haberse reformado desde hacía años, pero aun así Herrero había mandado buscarlo bajo las piedras si hacía falta. Su fotografía estaba en los tablones de la comisaría y repartida por todos los coches patrulla.

Herrero, a pesar de la presión a la que estaba sometido, sabía que tocaba esperar. Aunque los de la científica no habían aportado nada, Dos Anjos le había prometido revisarlo todo. Tampoco la autopsia arrojaba ningún indicio. No se había encontrado ningún familiar de la víctima. El pasante del griego aseguraba que su cliente no había sido robado y Herrero estaba dispuesto a creer que el hombre era honesto.

El inspector jefe sabía por experiencia que, cuando el caso se encuentra en un callejón sin salida, de nada vale ofuscarse. Siempre resulta mejor esperar.

—Inspector. Creo que hemos encontrado algo —dijo el subinspector Ponte entrando en el despacho.

GINEBRA. NOVIEMBRE DE 2003

—Señorita ¿creen que me podrán atender hoy? —preguntó irritado Ludwig a la agente que ocupaba el mostrador de la comisaría—. Es posible que no lo crea, pero tengo otras cosas que hacer, además de perder el tiempo viendo pasear a sus compañeros arriba y abajo.

—Lo lamento pero tendrá que esperar.

La policía contestó mecánicamente sin ni siquiera mirarlo. Era una enorme veterana, acostumbrada a torear todo tipo de situaciones. No iba a ser un prepotente y maleducado *doctor* quien la intimidara.

—Sucede que llevo haciendo eso mismo veinte minutos.

La mujer se encogió de hombros y, sin contestar, continuó con su guerra particular contra una grapa torcida que sujetaba un legajo.

Ludwig, rabioso por aquel trato indiferente al que no estaba acostumbrado, volvió a exigir una vez más la inmediata presencia de un superior. La policía, impasible, cogió el teléfono, marcó una línea interna y, tras comunicar apáticamente la petición de Ludwig, colgó el aparato diciendo que en ese momento su superior no estaba disponible y que debería seguir esperando.

Apretando los puños y las mandíbulas, Ludwig se sentó en la sala de espera. Sabía que la policía no había llegado a hablar con nadie, pues su fino oído había captado el timbre del aparato descolgado durante la supuesta conversación. Se sentía insultado y de buena gana se hubiese marchado de no ser por la citación en la que se le comunicaba que, habiendo hecho caso omiso a las dos anteriores para presentarse a prestar declaración, caso de no hacerlo de nuevo, sería detenido.

Estaba convencido de que la espera a la que lo estaban sometiendo en parte era por venganza y en parte para ponerlo nervioso antes de la toma de declaración.

Tratando de serenarse, prometiéndose que ya ajustaría cuentas con aquellos indeseables, cogió una revista en la que con complicados gráficos se daba cuenta de la importantísima labor ejercida por la policía en la ciudad. Estadísticas sobre denuncias por infracciones de tráfico se mezclaban con otras de alcoholemias. Memorias acerca de los delitos cometidos contra la propiedad que, de creer lo reflejado en aquellos esquemas coloreados, eran solventados en una proporción milagrosa.

«A ver si sois capaces de coger a los hijos de puta que me han destrozado la casa», pensó sin acordarse para nada de la desdichada empleada del hogar que había perdido la vida.

—¿Señor Dreifuss? —le dijo la policía señalándole con un gesto una puerta—. Ya puede pasar. Lo están esperando.

—¿Doctor Dreifuss? —preguntó esta vez un tipo nervioso, sentado frente a la pantalla de un ordenador—. Soy el instructor Thévenet. Lamento que haya tenido que esperar, pero hoy andamos un poco saturados de trabajo.

«Seguro que lo lamentas», pensó Dreifuss mientras simulaba no ver la mano que le tendía.

Sin hacer caso de su descortesía, el policía se ajustó las gafas con montura metálica plateada sobre el puente de la nariz y comenzó a teclear. Sin apartar la mirada del monitor solicitó el pasaporte o el carné de conducir a Ludwig y se dispuso a transcribir sus datos.

Durante el rato que permanecieron en silencio, cumplimentando el instructor los trámites previos a la denuncia, Ludwig se volvió a plantear, una vez más, la posibilidad de comentar con el agente el asunto que lo tenía preocupado desde el día anterior.

El lunes, al llegar a su despacho, antes de que lo hiciera ningún otro empleado, se sentó en su cómoda butaca frente al escritorio, con la intención de relajarse un poco. Tres noches en un hotel con ocasionales llamadas de la policía, que, sin facilitarle información, le hacía diversas preguntas, habían logrado minar su ánimo.

Balanceándose en la butaca, de pronto un detalle llamó su atención. En el bote de cuero repujado, regalo de su exmujer en un viaje que hicieron juntos a la India —de eso parecían haber pasado miles de años— Ludwig depositaba plumas, rotuladores de colores y un portaminas con el que solía tomar notas.

Desde que se pinchara con el extremo del portaminas, había adoptado la costumbre de colocarlo con la punta hacia abajo, descansando en el fieltro verde que forraba el interior del cubilete. Ahora el portaminas estaba del revés y su agresivo extremo punzante desafiaba la mirada de Ludwig.

Por unos instantes permaneció mirando el lapicero sin hacer una interpretación del hecho. Poco a poco una idea fue germinando en su mente. Su secretaria había tenido la osadía de profanar su *sancta sanctorum*. La sangre se amontonaba en su rostro y se disponía a levantarse del sillón para encararse con la intrusa cuando cayó en la cuenta de que, dadas las horas, aún no habría llegado a trabajar.

Tampoco podía haberlo hecho durante el fin de semana, pues él fue el último en abandonar la planta el jueves a la tarde, último día de la semana que trabajaba normalmente, ya que los viernes los dedicaba a estudiar y ponerse al día. El despacho permanecía cerrado y el personal de limpieza carecía de llaves, siendo lo habitual que hiciesen la limpieza al mediodía, bajo la supervisión de su secretaria, mientras él almorzaba.

Por un momento la duda trató de abrirse paso en su organizado cerebro, pero no pasó de ahí. Aquello no era un desliz del propio Ludwig. Alguien había accedido a su despacho y movido el portaminas.

Desconcertado, echó un vistazo al resto de la habitación. Todo parecía estar como él lo había dejado. Se acercó al armario donde guardaba su ropa. Todo en orden: las camisas, el otro traje, la ropa para entrenar, los zapatos, su colección de corbatas. Cerró el armario y revisó el otro armario, donde guardaba su instrumental de trabajo. También parecía estar en orden.

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

—Buenos días, doctor. Le traigo los informes que me solicitó. Le dejo éstos para su firma. A las diez tiene una timpanoplastia.

La enfermera se marchó sin aguardar contestación. La mente analítica del otorrino se puso en marcha y dejando a un lado sus sospechas, que atribuyó a los hechos sucedidos y la falta de descanso, se centró en su trabajo.

La rutinaria intervención se complicó más de lo esperado. La pericia de Ludwig se encontraba mermada y nadie en toda la sala de operaciones dejó de darse cuenta.



Por fortuna la segunda operación que debía realizar aquel día se había suspendido a causa de una inoportuna fiebre del paciente, que, a juicio del anestésista, suponía riesgos innecesarios.

En otra ocasión Ludwig hubiese presionado para llevar a cabo la intervención. Aquella vez no. Al mediodía fue a almorzar con un compañero oftalmólogo, que, como siempre que se juntaban para comer, una vez al mes normalmente, insistía para que Ludwig se operase de la vista. La tarde fue un incesante ir y venir de pacientes. Su trabajo se reducía a examinar el estado de éstos, que, previamente, ya habían pasado por las manos y el equipo de sus ayudantes.

Sólo cuando se marchó todo el personal retornó la calma. Sentado frente a la mesa del despacho volvió a mirar interrogativamente el portaminas. A lo largo de la jornada se había intentado convencer de que aquello no tenía ninguna importancia. Él mismo, sin darse cuenta, habría colocado el lapicero en esa posición. Quizá se le había caído y su secretaria lo había vuelto a poner en su sitio.

Algo en su interior le decía que no era así. Volvió a examinar el despacho. Limpio, ordenado, cada cosa en su sitio... menos aquel portaminas, que ya lo empezaba a obsesionar. Seguro que no le hubiese dado tanta importancia al hecho de no haber sido por lo ocurrido en su domicilio.

—Buenas tardes, doctor Dreifuss —lo saludó el empleado de recepción cuando el médico salía del hospital con intención de cenar algo en la cafetería de la esquina—. ¿Funciona ya la instalación de aire acondicionado?

Ludwig, que apenas había respondido al saludo del recepcionista, se paró y preguntó:

—¿Cómo dice?

—Le preguntaba si ya funciona el aire acondicionado de su despacho, doctor Dreifuss.

—¿Por qué no habría de funcionar?

—Bueno, creo que tenía algún problema —contestó un tanto confuso el recepcionista—. Los de mantenimiento tuvieron que entrar el viernes de madrugada en su despacho para repararlo.

Aquello alertó a Ludwig, pero fue lo único que sacó en claro. Al parecer la noche en cuestión, sobre las tres de la mañana, dos trabajadores a los que no conocía el conserje, pidieron la llave de su despacho para reparar la ventilación. Le mostraron el parte interno con la firma falsificada de Ludwig y el empleado les facilitó la entrada.

—Espero no haber hecho nada mal —se alarmó el recepcionista—. Me aseguraron que era muy urgente. Decían algo de unos cultivos que podían estropearse por la temperatura.

El médico lo tranquilizó, afirmando que, efectivamente, el aire acondicionado no funcionaba correctamente y que él había dado la orden para repararlo, olvidándose después del asunto. Lo que menos quería el otorrino era que se extendiera por el

hospital la noticia de que unos desconocidos habían entrado en su despacho quién sabe con qué intenciones.

—Disculpe, señor Dreifuss —oyó preguntar a una voz—. ¿Se encuentra bien?

Era el policía, que ya había terminado de rellenar la denuncia con sus datos personales y empezaba con las preguntas. Ludwig decidió no mencionar el allanamiento de su despacho.

—Sí, sí. Por supuesto. Disculpe, estaba pensando.

—No se preocupe —contestó amablemente el policía—. Si le parece, para no hacerle perder más tiempo, le haré unas preguntas. Por cierto, me ha pedido el teniente Klee que le comente que ya hemos hablado con la señorita Haskil. Confirma todo lo que usted nos explicó. No es que fuese usted sospechoso pero, como comprenderá, tenemos que comprobarlo todo.

Ludwig, que en un primer momento se quedó en blanco al escuchar aquel desconocido apellido, hizo un gesto vago con la mano. Así que Madeleine se apellidaba Haskil. Pues muy bien. No tenía ningún interés en volver a encontrarse con la señorita Haskil.

Durante cerca de dos horas estuvo sentado en el estrecho despacho policial respondiendo a las recurrentes preguntas del instructor.

—¿Está usted seguro de que no sospechan de mí? —dijo apretando los puños por debajo de la mesa—. ¡Es la quinta vez que me pregunta si tengo alguna idea de quién ha entrado en mi casa y por quinta vez le respondo que no!

—Tengo entendido —repuso el policía sin inmutarse por el exabrupto del doctor— que no hace demasiado se ha separado usted de su mujer de una manera, digamos, poco amistosa.

—¿Y qué tiene eso que ver? —contestó Ludwig tratando de contenerse—. ¿Insinúa usted que mi exmujer ha entrado en mi casa forzando la puerta de entrada, ha asesinado a la mujer de la limpieza y después lo ha desordenado todo para llevarse unas medias olvidadas?

Cuando Ludwig salió de la comisaría su rostro habitualmente pálido se mostraba congestionado y una vena serpenteante se le marcaba en la frente.

Fuera del insulso edificio se detuvo para tomar aire. A su alrededor el tráfico del mediodía dificultaba el tránsito. Los dóciles conductores ginebrinos aguantaban estoicamente que el semáforo se pusiera en verde para avanzar otra docena de metros.

Era un día soleado aunque frío. La luz invitaba a pasear y Ludwig, que había acudido en taxi, pues por aquella zona el estacionamiento era bastante escaso, se encaminó meditabundo hacia el hospital. Aún no podía regresar a su domicilio, la policía debía acabar de tomar huellas, fotos y esas cosas a las que se dedicaban.

Por el camino Ludwig trataba de encontrar algún sentido a lo que estaba sucediendo. En lo único que la policía se mostraba firme era en no considerar a los

intrusos como unos ladrones chapuceros. Estaban convencidos de que habían ido allí con algún propósito muy concreto para buscar algo que esperaban encontrar en su domicilio. Fuera de eso, carecían de cualquier sospecha y Ludwig dudaba que llegaran a encontrar algo más.

Lo que no sabía la policía era que los allanadores también habían visitado su despacho para continuar la búsqueda, presumiblemente con el mismo resultado, pues Ludwig estaba convencido de no tener nada que pudieran desear.

Se acercó a la orilla del lago. Apenas era consciente, sumido en sus pensamientos, de la gente que se cruzaba por el camino. Jóvenes en patines con la cintura de los pantalones muy por debajo de la cadera, camisetas de manga larga y chalecos acolchados de plumas. Unos con melenas, otros con el pelo al cero y la cabeza cubierta con una gorra del revés. Algunos con una barbita recortada o largas patillas. Todos con auriculares en los oídos para aislarse del mundo que los rodeaba.

También coincidía con parejas de enamorados y parejas de ancianos que aprovechaban las escasas horas de sol para calentar sus viejos huesos, bien abrigados con bufandas, sombreros y abrigos. Ejecutivos con maletín en una mano y el móvil en la otra avanzaban muy deprisa mostrando, a quien estuviera interesado, la importancia de su trabajo, immaculados en sus trajes y peinados engominados.

Una hora más tarde entraba en el hospital. Devolvió el saludo de la recepcionista y se acercó al ascensor para el personal.

—Buenas tardes, doctor —le saludó la secretaria en cuanto entró—. Ha llamado el teniente Klee hace media hora. Me ha pedido que lo llame en cuanto llegue. Dice que es urgente.

Ludwig se metió en el despacho y cerró la puerta ignorando la mirada de curiosidad de la secretaria. ¿Qué querría ahora la policía? ¿Habrían encontrado algo?

—Buenas tardes, doctor Dreifuss —lo saludó el teniente cuando al fin se puso al teléfono, tras varios minutos de pasarse unos a otros la llamada, con el consiguiente aderezo de una infernal versión de *El lago de los cisnes*—. Soy el teniente Klee.

—¿Qué desea, teniente? —contestó Ludwig—. Acabo de salir de su comisaría. ¿Es que han encontrado algo nuevo?

—Bueno. Ha sucedido algo —contestó evasivo el policía—. Pero sería conveniente que se acercara usted por aquí. Sé que para usted supone una molestia, pero créame que es importante. Si tiene algún problema para venir, no tengo inconveniente en mandarle un coche camuflado. ¿Qué le parece?

Al médico le parecía espantoso. Lo único que le faltaba era que el personal del hospital lo viera subirse a un coche de la policía, reconocible por muy *camuflado* que fuese. Los rumores ya se habían desatado, sin duda gracias a la señorita Haskil. No era necesario que añadiera más madera.

—No, déjelo —dijo al policía—. En quince minutos estoy allí.

A bordo de su Porsche se dirigió a la comisaría, donde aparcó en el reservado. Si tanto interés tenían en verlo, lo menos que podían hacer era permitirle aparcar allí.

—¿Qué sucede, teniente? —preguntó cuando le pasaron al despacho.

Klee, sentado tras una aséptica mesa de formica llena de papeles y la pantalla de un ordenador, le ofreció asiento, indicándole con un gesto que en un minuto estaba con él, mientras escuchaba lo que alguien le decía por el teléfono. Cuando se despidió, colgó y, juntando las manos encima de la mesa, miró al médico.

—Siento molestarlo de nuevo, señor Dreifuss. He recibido una llamada desde España. ¿Conoce usted a un tal Nikolaos Tsaldharis?

—No había oído ese nombre en mi vida —contestó Ludwig. Notaba cómo se volvía a irritar por el misterio que envolvía al policía—. ¿Se supone que lo tendría que conocer? ¿Qué tiene que ver con el allanamiento de mi domicilio?

—Quizá nada —contestó sin inmutarse el teniente—. La madre de usted se llamaba Ruth Tsaldharis, ¿no es cierto?

Ludwig se quedó callado. No había relacionado aquel apellido con el de su madre de soltera.

—¿Sabía usted que su madre tenía un hermano en España? —volvió a preguntar el teniente.

—No, no tenía ni idea —contestó extrañado Ludwig—. Que yo sepa, mi madre era hija única. Tiene que tratarse de otra persona.

—No, lo hemos comprobado. Eran hermanos.

—Bien, ¿y qué? Tengo un tío en España que mi madre me había ocultado. ¿Qué tiene que ver esto con lo de mi casa?

—Tenía un tío en España —dijo el teniente sin apartar la mirada—. Ha muerto. Lo han torturado y asesinado en su mansión de Madrid la misma noche en que entraron en casa de usted y mataron a su empleada. Parece ser que es usted su único heredero.

BAYT SAHUR, ISRAEL. NOVIEMBRE DE 2003

*¡Ay de ti, ciudad que provocas la ira! Y eso que fuiste ya rescatada, oh paloma estúpida...*

Menasés leía con voz monocorde el libro de Sofonías donde se predecía la destrucción de Jerusalén por la ira de Yahvé a causa de la corrupción de sus costumbres. Aquella mañana se había despertado en el sillón con la ropa arrugada y la boca seca. Había lamentado no haber hecho uso de la cama. Últimamente no estaba tan sobrado de energías como para poder prescindir de un buen descanso nocturno.

En el suelo, donde cayó al quedarse dormido, había quedado el amenazante anónimo. Sin prestarle más atención, Menasés había hecho una bola con él y lo había tirado a la basura. La misiva era tan poco original como todas las anteriores. Mal escrito, en mayúsculas, decía escuetamente: *Perro judío. Lamentarás no haber muerto en los campos como el resto de los de tu camada.*

Ahora, mientras dirigía el rezo de la mañana en su sinagoga, Menasés sentía un dolor en el cuello y en la espalda que rivalizaba con el de la pierna.

*... yo he exterminado las naciones enemigas y han quedado arrasadas sus fortalezas: he dejado desiertas sus calles y no pasa alma por ellas; sus ciudades han quedado desoladas, hasta que no ha quedado hombre ni habitante alguno...*

Cuando escuchó de labios del rabino Isaac este fragmento en Dachau, se había rebelado contra la fe de su mentor. ¿Dónde estaba ese Dios, amante y defensor de su pueblo? ¿Dónde, el castigo divino para aquellos que exterminaban a los hijos de Abraham?

Isaac no había respondido al joven Menasés. Éste había pensado que su maestro carecía de respuestas para tales preguntas. Con el paso del tiempo empezó a dudar de si ése era de verdad el motivo por el que el rabino continuó con la lectura sin contestar.

Una vez terminado el acto religioso, Menasés recogió el libro y lo guardó junto al resto. Los asistentes más jóvenes aguardaban a que los mayores salieran del templo antes de comenzar sus estudios.

Hasta el mediodía Menasés estudió con sus alumnos el *Shemot*, el Éxodo, como es conocido entre los gentiles, que cuenta las andanzas del pueblo judío cuando, dirigido por Moisés, escapó del faraón de Egipto tras las diez plagas, la larga travesía por el desierto hasta llegar al monte Sinaí, más allá del cual los aguardaba la tierra prometida.

Como de costumbre lo que más llamó la atención a sus alumnos fue el paso del mar Rojo, cuando Moisés, invocando al dios hebreo, consiguió que las aguas se separaran y permitieran a los judíos cruzarlo, para volverse a cerrar sobre el ejército egipcio, que los perseguía.

Menasés no podía dejar de ver las caras de satisfacción de sus alumnos cuando, tras afligirse por la esclavitud de sus ancestros, la venganza del Señor alcanzaba y destruía a sus verdugos. Él mismo, cuando estudió al lado de Isaac esos pasajes, había reclamado, con el corazón inflamado, la misma suerte para sus nuevos opresores. Ni siquiera Isaac lograba evitar que en sus ojos se leyera el ansia de venganza, del ojo por ojo, a pesar de sus esfuerzos para que su discípulo no lo notase.

Pero el Innombrable debía de estar muy ocupado cuando lo de los alemanes. Tan sólo al final había mandado una plaga compuesta de americanos, rusos, franceses e ingleses, que ni siquiera consiguió destruir a aquellos miserables asesinos.

Al mediodía, Menasés despidió a los alumnos para que fueran a casa a comer y él se encaminó a un pequeño y decrepito restaurante donde solía almorzar. Sentado a una mesa al final del restaurante, Menasés aguardó pacientemente a que el propietario del local, que atendía él solo a toda la clientela mientras su mujer se ocupaba de la cocina, tuviera tiempo y fuera a ofrecerle el menú.

Las mesas restantes estaban ocupadas de igual manera por personas solitarias, casi todas de edad avanzada, en cuyos rostros inexpresivos se podían ver las secuelas

de una vida triste e insignificante.

Ben, el propietario del restaurante, se acercó con una jarra de barro que contenía un poco de vino tinto. Con la frente y las axilas de la camisa sudados, se aprestó a tomar nota. No había demasiada oferta, pero la comida solía ser generosa, rica y, lo que era más importante, económica. Una vez apuntado el menú escogido, se recolocó el lapicero en la oreja, arrancó la hoja de la libreta y se metió ésta en el bolsillo del delantal.

Sobre la mesa, además de la jarra, un vaso, un trozo de pan, los cubiertos envueltos en una servilleta de papel y un plato al que se le habían ido los colores de tanto fregoteo, el rabino tenía un periódico que ojeaba sin prestar atención.

La primera página estaba dedicada al problema palestino y a unas declaraciones del primer ministro, Ariel Sharon, prometiendo mayor dureza contra los que ponían en peligro la nación. A Menasés semejante personaje lo llenaba de vergüenza. Le parecía mentira que, después de los sufrimientos padecidos en un pasado cercano, no se hubiese aprendido la lección y el perseguido se rebajase a ejercer el papel de perseguidor.

Tras pasar las páginas de política y las de sucesos, miró lo que había ocurrido por el mundo, lejos de las fronteras que años atrás se había autoimpuesto, justo en el momento en el que Ben llegaba con un desbordante plato de sopa muy caliente a juzgar por la cantidad de vapor que desprendía.

Un tren descarrilado, incendios, guerras. El presidente Bush que se comportaba como si fuera un faraón...

Asqueado y apenado por tantas desgracias, y para no amargar la sopa que estaba a punto de empezar a tomar, pasó la hoja.

Nunca llegó a saborearla. Con la cuchara a medio camino de la boca, su rostro perdió el color, el corazón pareció detenerse para empezar a galopar, la musculatura de la espalda, que en un primer momento se había contraído, cedió, doblándose como si cien kilos o veinte años le hubiesen caído encima.

Menasés leía una y otra vez la pequeña columna escondida en una esquina de la página, esperando que una nueva lectura le indicara que estaba equivocado, que había sido un error y que en realidad ponía algo muy diferente a lo que él había entendido. Pero por más que releía el artículo, éste seguía diciendo lo mismo:

*... encontrado asesinado en su mansión de la capital de España. Según fuentes de la policía la víctima presentaba indicios de extrema violencia por todo el cuerpo. Nikolaos Tsaldharis, de setenta y tres años de edad, era un multimillonario armador de barcos de origen griego, afincado en España desde su retiro del mundo de los negocios. Tsaldharis había recibido numerosos encargos de Israel para renovar su flota naval, llegando a ser amigo personal del ex*

*primer ministro Benjamín Netanyahu. La policía española carece por el momento de cualquier pista que conduzca a la detención...*

Con un suspiro dejó el periódico sobre la mesa. Miraba por la sucia ventana del bar sin ver. Su mente viajaba muy lejos en el espacio y en el tiempo. Un estanque por el que paseaban parejas de enamorados, jubilados ociosos, madres que empujaban carritos en los que viajaban infantes arrebujados en mantas y colchas. Niños más mayores jugando sobre la hierba...

Cogido del brazo por su preceptor, Simon Wiesenthal, que le felicitaba por la exitosa operación en la que habían capturado a Adolf Eichmann, los dos paseaban por la orilla despacio sin rumbo fijo. Menasés apenas hablaba, dejando el peso de la conversación a su compañero. Su intuición le decía que Simon estaba haciendo tiempo para tratar el verdadero motivo que le había llevado a citarlo. Ahora que Eichmann había desaparecido, Menasés no tenía una misión especial y esa reunión en apariencia informal bien pudiera ser un nuevo encargo.

Pero no estaba preparado para escuchar lo que Simon le dijo cuando finalmente se detuvo a mirar los botes que se deslizaban por la superficie del estanque. Necesitó mucho tiempo para convencerse de que su amigo hablaba en serio y que no se había vuelto loco. A partir de aquel día, el tiempo que permaneció en la organización que Simon comandaba lo empleó en llevar a cabo la esquiva misión que éste le encargó ese día en el parque.

Cuando Menasés abandonó definitivamente Austria, dejó atrás casi todo lo relacionado con el Centro de Documentación Judía y tan sólo en un par de ocasiones volvió a ver a Simon. Lo único que se llevó consigo fue una manoseada carpeta de cartón no muy gruesa, en cuya portada, escrito con un rotulador negro, se podía leer una única palabra: Bifrost.

Desde entonces, pacientemente y sin contar con los medios de los que disponía la asociación abandonada, la carpeta había ido engordando con informes, recortes de periódico, trozos de papel garrapateados, alguna fotografía.

Menasés, absorto, no oyó a Ben, que le preguntaba si la sopa no estaba buena. Se esforzaba por recordar cuándo fue la última vez que había examinado el contenido de la carpeta, de cuya existencia solamente él tenía conocimiento y que permanecía escondida dentro del desvencijado colchón en el que dormía, envuelta en una bolsa de plástico.

Posiblemente había sido un año y medio antes. Cuando introdujo en ella un recorte de una revista especializada en música que Menasés se agenciaba con escrupulosa puntualidad, en la que se daba cuenta del robo de una viola fabricada en 1701, conservada como una obra de arte, ya que McDonald, como se conocía, era la mejor viola que había salido del taller del maestro Stradivarius.

Durante el siguiente año no hubo más noticias y Menasés quiso creer que sus enemigos, dada su avanzada edad, habrían muerto o desistido en su empeño. Por eso,

cuando catorce meses más tarde el renombrado violonchelista español Xavier Puig sufrió un intento de robo en su domicilio, en el que el ladrón había tenido que abandonar en su huida el chelo que pretendía sustraer, Menasés se negó a aceptar la posibilidad de que tuviera relación.

Pero ahora no podía hacer caso omiso a la alarmante noticia del magnate griego asesinado.

Como en trance, Menasés abandonó el restaurante, sin probar su comida, sin abonarla y sin contestar a las preguntas del propietario ni a los saludos de los demás comensales. Se dirigió a su casa y rebuscó en el colchón. Junto con la ya abultada carpeta de cartón, originalmente de un color amarillo, extrajo de entre lo muelles un cilindro de celofán. En él estaban enrollados una considerable cantidad de billetes de cien dólares americanos.

No necesitó mucho tiempo para recoger la casa y poner en orden sus cosas en la sinagoga. Cuando la abandonó y cerró la puerta no sintió nada. La fatalidad aligeró la despedida. Sólo cuando pasó por casa de Sara y le explicó lo que tenía que hacer, las silenciosas lágrimas de ésta alcanzaron su corazón.

Menasés, sentado en la sala de espera del aeropuerto Charles de Gaulle, recitaba sus oraciones sin perder de vista la pantalla donde a cada momento cambiaban las salidas y llegadas de aviones. Miércoles cinco de noviembre, señalaba la cabecera y debajo una interminable lista de vuelos.

—... pasajeros con destino a Madrid, puerta ocho...

Menasés, como otros de los que pacientemente aguardaban, se levantó y se encaminó hacia el lugar de embarque. No reparó en un hombre de treinta y tantos que al oír el aviso había cerrado una revista de medicina, la había guardado en una costosa cartera de cuero y había seguido su misma dirección.

El rabino esperó a que le llegase el turno, detrás de una mujer que viajaba con un niño y una pareja de chavales que se hacían bromas, nerviosos sin duda por su primer viaje en avión. Por el contrario Ludwig Dreifuss, con su cartera de cuero y una maleta Samsonite de ruedas, pasó por la puerta VIP y subió sin demora a la zona de primera clase del aparato.

El caprichoso destino quiso que esa primera vez que coincidían no se fijaran el uno en el otro.

Eran las nueve de la mañana cuando el imponente Mercedes negro con ventanillas oscurecidas se detuvo frente a la entrada del aeropuerto. Del asiento del conductor se bajó un hombre muy rubio, de pelo corto, con un caro traje negro, camisa azul y corbata azul marino con unas finas rayas grises. La ropa hecha a medida disimulaba eficazmente el musculoso y elástico cuerpo del guardaespaldas, así como la



sobaquera que llevaba bajo el brazo derecho, de la que pendía una automática marca Steyr modelo M-9, de fabricación austriaca, con cargador para quince balas Remington Golden-Saber, nueve milímetros, de punta expansiva.

El rubio, tras echar un vistazo a los alrededores a través de sus Ray-Ban polarizadas con montura de pasta y no metálica como manda el manual del buen guardaespaldas, abrió la puerta trasera del otro lado y ayudó a bajar al anciano.

Pawlak, apoyándose en el marco, se irguió en toda su estatura. Debido a la edad, medía unos centímetros menos que en otros tiempos, pero aún tenía una figura formidable, y se encaminó hacia las puertas dobles del edificio.

Una pareja de policías que vigilaba la zona llamó la atención al rubio por haber dejado estacionado el Mercedes en un lugar prohibido, pero éste se limitó a hacer un gesto hacia el vehículo. Los policías vieron a través del parabrisas una tarjeta plastificada en el salpicadero que les hizo retroceder. Con un gesto pidieron disculpas al imparable guardaespaldas, que, ignorándolos, caminaba un paso por detrás del anciano, barriendo con la mirada todo el entorno.

Pawlak, ajeno a todo esto, alcanzó las puertas, que se abrieron silenciosamente al detectar su presencia. En el recibidor se detuvo y examinó los paneles informativos: partidas, llegadas, información, lavabos, oficinas...

Consigna. Allí estaba lo que buscaba. Girando en la dirección que indicaba la flecha, el anciano recorrió doscientos metros antes de llegar a una sala de taquillas metálicas. En la mano había ido apretando una pequeña llave de seguridad que llevaba grabado un número de serie.

Incapaz de distinguir las numeraciones sin acercarse a menos de medio metro, levantó la mano en la que sostenía la llave sin mirar atrás. Al instante, el rubio tomó la llave, miró el número y buscó entre la serie de filas. Rápidamente dio con la taquilla e introdujo la llave, la giró, abrió ligeramente la portezuela y echó un vistazo, por seguridad, al interior. Una vez satisfecho, terminó de abrirla y se apartó a un lado. Pawlak avanzó los dos pasos que lo separaban de la taquilla y sacó de ésta un maletín metálico con cerradura de secuencia numérica.

Aquella mañana su mayordomo le había traído en la bandeja del desayuno un pequeño sobre con su nombre. Por remite sólo llevaba un extraño dibujo que parecía hecho al azar y que el anciano reconoció como la runa de la vida, símbolo del Instituto Ahnenerbe.

Dentro del sobre sólo había una llave. El lugar al que pertenecía ésta le había llegado por medio de una página web encriptada como era costumbre.

Ahora Pawlak dio vueltas con dificultad a las ruedecitas de la cerradura hasta colocar la secuencia que había memorizado. Con un chasquido, hizo saltar los pestillos y levantó la tapa. Dentro, un viejo estuche de violín estaba rodeado de trozos de poliestireno expandido para protegerlo de los golpes. El anciano renunció a su

primer impulso de abrir el estuche allí mismo para examinar el contenido y volvió a cerrar los pestillos girando las ruedecitas.

Con el maletín en la mano, Pawlak se encaminó a la salida del aeropuerto, seguido por el rubio. Al acercarse, el Mercedes emitió un *bip*, señal de que se había abierto, pero sin que se encendieran las luces intermitentes como era lo normal. El puntilloso guardaespaldas se había encargado de que desactivaran esa función por seguridad.

Acomodado en el asiento posterior del vehículo, Pawlak ancló la bandeja fijada al respaldo delantero y colocó el maletín encima, volvió a hacer rodar las ruedecillas hasta dar con la clave e hizo saltar los pestillos. Sacó el estuche y retiró el maletín dejándolo descuidadamente a su lado.

Antes de abrir el estuche le dio un par de vueltas entre las manos, examinándolo. Luego, sintiendo que se le aceleraba el corazón, lo abrió. En el interior un violín rojo, por el que Nikolaos Tsaldharis y otros habían perdido la vida, indiferente a la expectación que levantaba, descansaba sobre su cama de fieltro azul.

El anciano, con reverencia, sacó del estuche el conocido como el Diamante rojo y se lo acercó al rostro. Sí, allí estaba la cruz de Malta con las iniciales A. S. encerradas en un doble círculo y la inscripción *Antonius Stradivarius Cremonensis / Faciebat Anno 1732*.

Aquello no quería decir nada. Los instrumentos de cuerda de Stradivarius tenían el dudoso honor de ser de los objetos más falsificados a lo largo de los siglos. Burdas imitaciones portaban las mismas etiquetas y grabados que los originales.

Pero éste no era una falsificación. Como un padre que reconoce cada uno de los rasgos de un hijo, Pawlak iba identificando las singularidades del instrumento: una pequeña cicatriz en el mástil; las imperceptibles huellas de unas manos cuidadosas que, con el máximo cuidado, habían restaurado el instrumento cuando un aguacero se lo había llevado, dejándolo tirado en una playa; una muesca con forma de paréntesis en el filete; la triple línea de madera de chopo y peral paralela al borde de la tapa; una imperceptible marca hecha por un antiguo propietario, Sascha Jacobsen, en el *tasto*, la pieza de ébano pegada al mástil por donde corren las cuerdas y los dedos las presionan.

Aún permaneció un buen rato Pawlak examinando el violín. Sabía que aquél era el instrumento que buscaba pero, en su manía perfeccionista, necesitaba comprobar cada uno de los detalles antes de darse por satisfecho.

—Hermann, al laboratorio —dijo el anciano sin levantar la mirada de su juguete.

El rubio, que hasta ese momento había estado conduciendo sin rumbo fijo, abandonó la glorieta que estaban rodeando en la primera salida y encaminó el vehículo hacia la autovía.

Acomodado en la parte trasera, el anciano rememoró, como le sucedía cada vez que llegaba a sus manos un nuevo instrumento, el rostro de alguien muy cercano y, a la vez, extremadamente lejano.

Cuando el seis de junio de 1944, 152 000 soldados, entre americanos, británicos y canadienses, en 2500 barcos y auxiliados por 20 000 paracaidistas, tomaron las playas de Normandía, el atareado Pawlak, que por entonces aún no se había cambiado de apellido, ni se enteró de aquella conmoción histórica, enfrascado como estaba en sus investigaciones.

Sólo a finales de abril del año siguiente, al hacerse obvio que el fin de la guerra estaba a la vuelta de la esquina y con él las represalias de los ganadores, tomó la documentación falsa que le entregaron con el nombre de Alexander Pawlak y siguió a los hombres que habrían de sacarlo de Alemania.

Durante años, tras estar escondido en un convento italiano, vivió oculto en Olsztyn, una ciudad industrial del norte de Polonia, donde trabajó en un pequeño laboratorio farmacéutico. Sus conocimientos medios de química, en un territorio devastado por el conflicto bélico y necesitado de mano de obra hambrienta de medicinas con las que combatir las plagas que acompañan a toda guerra, fueron bien recibidos.

Poco a poco sus temores a las represalias fueron desapareciendo. Se compró una pequeña casa y se casó a sus cincuenta y cuatro años con una insípida mujer llamada Marja, hija del jefe del laboratorio en el que trabajaba. En los escasos encuentros nocturnos que mantuvo con ella, Marja concibió a una preciosa niña y no el varón que Pawlak anhelaba para que continuara la agotadora tarea que se había impuesto.

Borrando de su mente la imagen de su hija, Pawlak miró distraídamente por la ventanilla del automóvil el paisaje que rápidamente quedaba atrás.

Media hora más tarde, conduciendo a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora y ajeno a los golpes de claxon que en ocasiones le daban los aterrorizados conductores a los que adelantaban, el Mercedes llegó a la verja de entrada de la alameda que rodeaba una construcción de acero y cristal.

En su garita, un vigilante leía indolente un periódico. Al ver llegar el automóvil se puso en pie de un salto, se estiró las puntas de la chaqueta del uniforme y abrió las puertas dobles de entrada. Su saludo fue ignorado por los dos ocupantes del vehículo.

Hermann dejó el Mercedes pegado al moderno edificio. Mientras el guarda cerraba la verja, el escolta ayudó a su señor, abriéndole la puerta y cogiendo el estuche.

Seguido de Hermann, Pawlak entró en el edificio y avanzó hasta el ascensor sin hacer caso a los saludos que le dedicaba la recepcionista. El silencioso aparato los llevó hasta el tercer piso. Un largo pasillo, con dos puertas a la derecha y una frente a éstas, se encontraba custodiado por un trajeado esbirro que, de inmediato, viendo el estuche que transportaba el escolta, abrió la solitaria y pesada puerta de la izquierda.

—Señores, les traigo trabajo —dijo a modo de saludo el anciano, señalando el estuche que traía su guardaespaldas—. Éste es el Diamante rojo.

Uno de los dos técnicos de laboratorio, que en esos momentos se encontraba mirando las pantallas de un microscopio electrónico, se levantó de su taburete para recoger el maletín.

El laboratorio no era grande, pero estaba admirablemente bien dotado de los últimos adelantos en tecnología: sondas, videoendoscopios, un aparato de rayos X fluorescentes portátil, y otro de rayos ultravioletas, minicámaras, espectrógrafo de infrarrojos, un escáner y otros similares. También había sámlers, amplificadores, limitadores digitales, grabadoras, altavoces y una mesa de mezclas, además de camillas, mesas, recipientes de todos los tamaños, herramientas y sustancias químicas. Dos de las cuatro paredes quedaban cubiertas por enormes pantallas planas, gráficos y pizarras.

En el tabique que separaba la estancia con la contigua, se abría una gruesa puerta insonorizada que daba acceso a una sala anecoica, cuyos muros estaban recubiertos por diedros de espuma para absorber las ondas sonoras y eliminar las reverberaciones.

Esta sala permitía aislar el sonido de cada instrumento y registrar con exactitud en los ordenadores toda su escala de frecuencias. Allí los técnicos estudiaban las características acústicas y los diferentes sistemas de afinado.

La cuarta pared del laboratorio era de cristal blindado. Como una enorme vitrina, exhibía la colección de valiosísimos instrumentos que hasta ese momento había logrado reunir el anciano, guardados en óptimas condiciones de humedad, temperatura, presión y composición atmosférica.

El técnico, con el maletín en las manos, se acercó a una de las mesas de acero y lo dejó encima con precaución. Extrajo de su interior el estuche y, como ya había hecho entre tanto su compañero, se puso unos guantes blancos para abrirlo. Dentro descansaba el violín causante de la muerte de su último dueño.

Sacaron el instrumento y lo depositaron con exquisito cuidado sobre la superficie metálica. Mediante un mando unido a ésta por un cable enrollado, levantaron el tablero hasta colocarlo a una altura que les permitiera observarlo sin tener que agacharse.

—Si le parece, doctor Pawlak, empezaremos por hacerle una endoscopia y una tomografía —dijo el segundo de los técnicos, preparando el instrumental necesario.

—Lo dejo en sus manos —repuso el anciano, sin dejar de observar el cálido colorido del instrumento objeto de tanto interés.

Pawlak, tras un último vistazo, se giró y abandonó el laboratorio, encaminándose hacia el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, apareció ante él el director de la fundación, el señor Koerner, que hasta ese momento no se había enterado de la presencia en la escuela de su jefe.

—Doctor Pawlak —lo saludó con una sonrisa ensayada—. Disculpe que no me haya presentado antes. Lamentablemente, no he sido avisado de su llegada hasta hace un instante.

—Buenas tardes, señor Koerner —respondió el anciano—. Espero no llegar demasiado tarde.

—En absoluto, no se preocupe, doctor. Sígame, por favor. Está todo preparado, comenzaremos enseguida.

Bajaron hasta el segundo piso, respetando Koerner el silencio de su jefe y sintiendo en su espalda la mirada acerada del guardaespaldas.

Franz Koerner, austriaco de nacimiento y amante de la más absoluta de las puntualidades, había proferido un exabrupto al recibir una llamada del rubio guardaespaldas para que retrasasen el comienzo de la clase, ya que el anciano mecenas quería estar presente. Pero era demasiado inteligente para poner en peligro su fabuloso sueldo, que doblaba el anterior, ya de por sí respetable, como director de una central de gas en una remota región de la antigua Unión Soviética.

En la escuela que Pawlak le había confiado para su dirección, estudiaban cincuenta alumnos, elegidos entre los más prometedores violinistas del mundo. Ninguno abonaba cantidad alguna. Aquel que era elegido para ingresar en la prestigiosa Escuela Superior de Violín Antonius Stradivarius recibía una espléndida beca, que incluía el internado en el mismo centro, los gastos pagados para que una vez al mes visitaran a su familia, aunque ésta viviera en la otra punta del planeta, y una educación integral, incluso con los estudios religiosos que sus progenitores estimaran oportunos.

Obtenían, además, la más sobresaliente formación musical que era posible conseguir. Pawlak no había escatimado en gastos. Los mejores maestros del mundo eran reclutados a golpe de talonario para la escuela, a pesar de que no necesitaban ese reclamo. Aun manteniéndose en el anonimato, entre los profesionales del gremio ser seleccionado como profesor para la escuela suponía un prestigio tal que muchos no hubiesen dudado en prestar sus servicios de forma gratuita durante unos años, sabiendo que, después, los más afamados conservatorios de Europa y América se darían de tortas por incorporarlos a sus claustros.

Cuando los alumnos terminaban la carrera, durante un período más o menos largo en función de su edad y preparación, eran contratados de forma automática por las principales orquestas del mundo. Un joven violinista que se matriculara en esa escuela no necesitaba preocuparse por su futuro económico y laboral.

Claro que, como en todo, existía un precio. Los alumnos aprendían pronto que había normas. Máxima aplicación, obediencia y sacrificio. Los ratos de ocio y distracción estaban severamente racionados. Más de un alumno no había podido adaptarse a esa vida monacal, habiendo sido expulsados algunos de la escuela.

Franz Koerner había sido el artífice implacable de todo aquello, siguiendo las instrucciones del visionario Pawlak. Era el abad de aquel monasterio musical. Temido por alumnos y profesores, y respetado por el anciano nazi, en la mente calculadora de Koerner estaba el permanecer sólo un par de años más en el centro, algo que, desde luego, se había cuidado mucho de explicar a Pawlak.

Lo que no sabía el director de la escuela era que a ésta le quedaban unos pocos meses de vida, algo que el nazi, a su vez, había olvidado mencionar.

—Creo que le va a encantar el programa escogido para hoy —señaló Koerner cuando entraron en la espaciosa sala dotada de la mejor acústica que la tecnología del momento podía permitir.

—No lo dudo, señor Koerner —contestó el anciano sin hacer caso de las lisonjas de éste y tomando asiento en una cómoda butaca situada en una posición privilegiada.

—Maestro Heifetz —le dijo el director al nieto del famoso maestro Jascha Heifetz—, puede comenzar cuando guste.

El director tomó asiento en otra butaca de respaldo alto, cerca de Pawlak, en un segundo término. A sus espaldas, sentados en las gradas, el resto del claustro de profesores y los alumnos de la escuela guardaban un sepulcral silencio.

Koerner siguió con atención el concierto echando subrepticios vistazos al rostro del viejo, que lograba ver de refilón, para tratar de adivinar si lo que escuchaba era de su agrado. Koerner era sordo, musicalmente hablando, y le resultaba casi imposible distinguir la música salida de unas manos virtuosas de la que procedía de un violinista callejero.

Se guiaba por las expresiones en las caras de los profesores y en la de Pawlak. Por el momento no le cabía duda de que el recital estaba siendo un éxito.

Cada dos meses se llevaba a cabo un pequeño concierto en el que participaban los doce alumnos elegidos por el claustro, lo cual suponía un acicate para los estudiantes. Por qué el número de estos debía ser doce suponía un misterio para el director.

Entre los concertistas, de todas las edades hasta los diecisiete años, había chicos y chicas de todos los continentes y colores. Pawlak aparcaba sus manías racistas a la hora de escoger a sus alumnos. Para él un virtuoso judío o negro resultaba igual de útil que uno ario.

Durante las dos horas que duró el concierto, con una breve pausa para que descansaran los concertistas, Pawlak no se movió ni un ápice de su butaca, siguiendo las evoluciones de sus muchachos. Era un repertorio muy variado, con piezas de Giuseppe Valentin y Niccolò Paganini, algunas de gran complejidad técnica, y ejecutadas magistralmente. Cuando terminó el recital, Pawlak y el resto de los presentes premiaron a los esforzados violinistas con un largo aplauso.

El viejo nazi había confirmado lo que ya sabía: los muchachos estaban preparados. Ya sólo faltaba terminar de reunir los instrumentos.

—Hermann, llévame a casa —dijo Pawlak una vez que se hubo acomodado en el asiento trasero del Mercedes. Se encontraba fatigado y nada más acabar el concierto se había levantado para felicitar a los niños. Luego se apresuró hacia la salida, ignorando la palabrería del director, que lo siguió hasta la entrada.

Impasible, el rubio guardaespaldas puso en marcha el Mercedes y salió a la carretera. No tardaron demasiado en llegar a la mansión blindada donde vivía Pawlak.

De todos los empleados de la casa, sólo Hans y Hermann eran alemanes. El primero llevaba muchos años a su servicio. Hermann, sin embargo, solamente tres, pero su lealtad y eficacia estaban fuera de toda duda. Había llegado recomendado por la desconocida hermandad que también le facilitaba a Pawlak los ingresos necesarios para mantener aquel nivel de vida.

Mientras Pawlak descansaba en un sofá de la sala de abajo, Hermann revisaba la mansión desde la sala de cámaras que grababan todos los movimientos tanto del interior de la casa como del exterior. Examinaba de forma aleatoria fragmentos de grabación del tiempo que había permanecido ausente.

El rubio guardaespaldas era capaz de un solo vistazo de encontrar cualquier nimia anomalía. El desafortunado responsable debía dar cuenta de manera inmediata de ella. Si el alemán consideraba que se trataba de una negligencia, el empleado era despedido en el acto. Si no, una bronca con afiladas expresiones germánicas convencía al sirviente de que sería mejor estar más atento en lo sucesivo.

Hans dejó sobre una mesita baja una bandeja de plata que contenía un platillo con la medicación del anciano y un vaso de agua, y se alejó en silencio, sin enturbiar la ensoñación de su señor.

Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, Pawlak pensaba en los tres instrumentos que aún le faltaban.

## JUDÁ (ALABANZA)

*La música constituye una revelación más elevada que ninguna filosofía.*

Ludwig van Beethoven

- **N**ada, inspector —dijo el subinspector Ponte, dejando caer sobre la mesa un dossier grapado, donde estaba la comparecencia del gerente de la empresa de alarmas que había renovado el sistema de seguridad en la mansión del armador griego—. El pobre hombre está acojonado, con perdón de la expresión. Al parecer el pasante, ese tal Robert Aldrich, hombre para todo al servicio de Tsaldharis, había contratado los servicios de la empresa de alarmas hacía dos meses. El viejo desconfiaba de la anterior, según dijo el pasante, sin motivo y quería cambiar. No se reparó en gastos. A pesar de que el gerente de la empresa insistió en hacer un presupuesto previo, el pasante lo único que deseaba saber era cuándo empezaría la instalación, cuánto iban a tardar y la fiabilidad del sistema. El gerente sacó la conclusión de que, a ojos del pasante, el cambio de sistema de seguridad era innecesario, tan sólo un capricho del viejo.

—¿Y qué dice del sistema instalado? —preguntó Herrero—. ¿Es normal que fuese tan fácilmente burlado?

—Jura y perjura que es lo mejor que hay actualmente en el mercado. La mansión está rodeada por un muro de piedra de tres metros de altura. Separada del muro, a dos metros de éste, se levanta una alambrada medio metro más alta que la tapia, rematada con alambre de espino. El pasillo entre la alambrada y el muro se mantiene perfectamente limpio de maleza y suciedad, y está permanentemente vigilado por un circuito cerrado de televisión. Las cámaras tienen visión nocturna y las imágenes llegan a una oficina de la empresa. Además, cuentan con sensores de movimiento, lo mismo que la propia alambrada. Basta que un objeto del tamaño de un gato se mueva en el pasillo interno o toque la alambrada para que se dispare la alarma en la centralita.

—Vamos, que el asesino entró por la puerta principal.

—Eso o volando —repuso Ponte restregándose los fatigados ojos—. El único acceso al recinto es por la verja de entrada por la que accedimos cuando la visitamos. Tiene un interfono y la apertura es remota, desde la casa. Tras ésta, si recuerda, hay un segundo portalón de hierro. Si alguien tratara de derribarlo, necesitaría poco menos que un tanque. También tiene cámaras.

—Estupendo.

—¿Verdad? Pues no es todo. La casa está rodeada por un haz de infrarrojos a diferentes alturas y cruzados. Para sortearlos, además de unas gafas especiales, hay



que ser Catherine Zeta Jones, como en la película esa con Sean Connery.

—Me temo que no la he visto —dijo Herrero, encogiéndose de hombros.

—No se ha perdido nada. La casa, por dentro, lo que todas: detectores de movimiento, infrarrojos en los accesos, detectores de cambios de temperatura, ventanas con cristales a prueba de balas, puertas blindadas, detectores de cambio de presión y algunas virguerías más que ahora no recuerdo —dijo el subinspector para terminar.

—¿Y todo eso funciona?

—Según el gerente, a la perfección. Dos veces al día se hace una simulación desde la central, no me pregunte cómo porque no he logrado entenderlo, y una vez cada quince días se revisa *in situ*. La última revisión fue cuatro días antes del crimen y todo parecía funcionar correctamente.

—¿Quién efectuó la revisión? —preguntó Herrero—. ¿El desaparecido técnico de alarmas?

—Así es, pero debe de ser lo normal. El sistema lo monta un equipo y las revisiones las hace un miembro del mismo acompañado por un supervisor que garantiza que el montador no modifica el sistema. Ya sabe, para evitar tentaciones a los empleados.

—Pues parece que no ha dado muy buen resultado esa precaución.

—Cierto. Cuéllar ha tomado la comparecencia del supervisor que acompañó a San Gil, el técnico desaparecido. Está deseoso de colaborar. Creo que su empleo cuelga de un hilo. Afirma que en la revisión siguió todas las rutinas y que en ningún momento se separó de San Gil. Cuéllar cree que el supervisor dice la verdad.

—¿Qué dicen del técnico?

—Trabajaba bien y no se quejaba, lo cual, viendo las horas que metía y el sueldo que cobraba, es bastante decir. El gerente pidió los antecedentes, pero como la ficha es muy antigua, la tiene en blanco. Nunca antes había dado problemas ni faltado al trabajo. Callado, solitario. No han podido añadir ningún dato más. Tampoco los padres de San Gil, a los que hemos entrevistado, aportan nada. No saben de su hijo desde hace tres años.

—Repasemos —dijo Herrero cerrando los ojos y echando peligrosamente el cuerpo hacia atrás en la silla—. Tenemos dos cadáveres en una mansión aparentemente invulnerable en la que, en teoría, no había nadie más. Las medidas de seguridad no parecen haber sido violadas. Por otro lado tenemos un técnico en alarmas, con antecedentes por pequeñas faltas, que colaboró en la instalación y revisión del sistema de seguridad y permanece desaparecido desde la víspera del doble crimen. —El inspector hizo una pequeña pausa antes de preguntar sin abrir los ojos—: ¿Cree posible que ambas cosas no tengan relación?

—Difícilmente —respondió Ponte—. A menos que alguien permaneciera en el interior de la mansión cuando se marcharon los empleados del servicio y la abandonara al día siguiente, aprovechando el revuelo, el asesino ha necesitado de la

colaboración de alguien que conociera a la perfección el sistema de seguridad y que le franqueara la entrada.

—Estoy de acuerdo. Ocúpese de encontrar a ese tal San Gil. Llévase a Ramos. Alonso y Cuéllar seguirán con el resto de la investigación y las entrevistas. Estévez y Aldaya los ayudarán y se ocuparán de atender a la gente que llame.

—No creo que a Estévez le haga mucha ilusión atender a los pirados —se aventuró Ponte a insinuar.

—A mí tampoco el tenerlo cerca, pero ¡qué le vamos a hacer! Si no está conforme, que vuelva a coger la baja o se vaya a otra comisaría.

El subinspector Ponte se alejó de la mesa de Herrero para impartir las órdenes recibidas. Sentado en su silla de plástico amarilla el inspector volvió a echar un vistazo a la autopsia del griego: *Colapso multifuncional por agonía extrema...* El pobre hombre había pasado por un infierno.

Herrero descartaba la venganza: nadie en su sano juicio era capaz de cometer aquella carnicería por grande que fuese la ofensa. No se habían llevado ni revuelto nada. Cada vez estaba más convencido de que el asesino buscaba algo concreto. Algo a lo que no tenía acceso o no sabía dónde se ocultaba. Y de que la violencia sobre el griego había sido usada para sonsacarlo.

El inspector jefe dejó sobre la mesa las enormes tijeras con las que cortaba triángulos de papel y se frotó la nuca. Al fondo de la oficina, el subinspector Estévez hacía aspavientos y le lanzaba miradas asesinas que a Herrero le resbalaban.

—Cuéllar, ¿le importaría ir un poco más despacio? —preguntó el inspector jefe Herrero, aferrado al asidero situado en el techo del vehículo camuflado—. No creo que el cadáver se vaya a escapar.

En realidad, el agente Cuéllar circulaba a la misma velocidad que el resto de los ocupantes de la vía a pesar de llevar encendidos los distintivos magnéticos destellantes que les daban prioridad. Pero, acostumbrado a las manías de su jefe, prefirió no decir nada y continuar un poco más lento.

Hacía dos horas que Herrero había ordenado al subinspector Ponte que se ocupara personalmente de encontrar al técnico en alarmas y ahora compartían plaza en un Renault *Laguna* blanco sin distintivos policiales junto a Cuéllar y Ramos.

En tan breve plazo de tiempo, como sucedía a menudo, los acontecimientos se habían precipitado. Primero al aparecer, tras penosas investigaciones, un familiar y heredero del viejo griego asesinado.

El hecho de que el sobrino del armador Nikolaos Tsaldharis tuviese nacionalidad suiza y, aparentemente, no hubiese tenido contacto antes con su rico pariente, no había facilitado la labor de la brigada de homicidios para solicitarle una entrevista. La suspicaz y poco colaboradora policía helvética, muy celosa en todo lo concerniente a

sus conciudadanos, había precisado de muchas explicaciones antes de facilitar su cooperación.

El comisario, ávido de noticias, no se había mostrado muy satisfecho cuando Herrero se había presentado en su despacho para contarle las novedades y pedir su intervención ante la embajada suiza.

—¿Cree necesario hacer venir a ese hombre? —había preguntado el comisario, Eusebio Martín—. Al fin y al cabo usted mismo dice que no conocía la existencia de su tío, cosa que lo descarta como sospechoso. ¿En qué podría ayudarnos?

—Eso mismo debió de objetar el tal Dreifuss, según dice la policía suiza —contestó pacientemente Herrero—, lo que no quiere decir que sea cierto, como puede imaginar.

—No me venga con ésas. Se está pasando con sus impertinencias y me está cansando. El doctor Dreifuss es una eminencia. ¿Qué interés podría tener en mentir y negar que conociera a su tío?

—Bueno —repuso Herrero alzándose de hombros y sin inmutarse por las veladas amenazas—, yo diría que la herencia que va a recibir, descontando por supuesto lo que se quede Hacienda y los gastos de papeleo, es una buena razón para jurar no tener ni idea de estar emparentado con un millonario.

—¿Y por qué no habría de reconocer que sabía de su existencia y que, simplemente, no tenía trato con él? Nos resultaría muy difícil implicarlo en el crimen. Además, si nos está mintiendo y realmente se conocían, podríamos llegar a averiguarlo y en ese caso pasaría a ser el principal sospechoso.

—Quizá haya pensado que, en su calidad de eminencia y por su nacionalidad, no lo molestaríamos si aseguraba no tener noticias de la existencia de un lío rico...

—*Como yo estaba sugiriendo*, iba usted a añadir. ¿Me equivoco? —retrucó el comisario visiblemente incómodo.

La conversación había durado unos minutos más, durante los que el comisario había tratado de alterar la flema del inspector jefe amenazándolo sutilmente con cambiarlo de brigada. El problema era que a Herrero le daba igual y que ambos sabían que el comisario no tenía dónde elegir para sustituirle.

Cuéllar detuvo el coche camuflado delante de la barrera que los agentes uniformados trataban de mantener. Varios aburridos y morbosos paseantes trataban de atisbar entre los cuerpos de los policías inclinados sobre la hierba. Algunos preguntaban sobre el motivo de aquella actuación y, ante la negativa de los agentes a facilitar cualquier explicación, llegaban a exigir, como ciudadanos contribuyentes, información fidedigna.

A esa hora de la mañana los paseantes eran numerosos. Había salido un día despejado aunque frío y los madrileños que no debían acudir a sus puestos de trabajo disfrutaban de un buen paseo por el parque del Retiro.

—Pase, inspector —dijo uno de los agentes uniformados que mantenían la barrera y, a duras penas, la paciencia con los ciudadanos contribuyentes.

—Gracias —repuso Herrero—. ¿Sería posible aumentar el perímetro de seguridad? Si no tienen suficientes efectivos, solicítenlos. Creo que con colocar la barrera en aquella esquina será suficiente.

El agente, haciendo uso de su radiotransmisor, llamó a su superior, comunicándole las órdenes del inspector. Enseguida, varios de los agentes que se encontraban curioseando se sumaron a la barrera y ésta fue trasladada a donde Herrero había indicado, de manera que, a pesar de las protestas de los curiosos, la diversión se les acabó, ya que desde la nueva posición no se podía ver nada.

—Vaya, Dos Anjos. Me alegra verlo de nuevo. Qué casualidad que le haya tocado este caso —saludó satisfecho Herrero al inspector de la policía científica.

—Yo también me alegro de verlo —contestó éste, levantando la mirada de la carpeta donde tomaba notas, al lado de un cuerpo tirado sobre la hierba—, pero no es casualidad. No me tocaba a mí, pero me avisaron de quién podía ser la víctima e insistí en hacerme cargo. Me pareció que a usted le gustaría.

—Y no se ha equivocado, créame. Veamos, ¿qué tenemos?

—Sobre las diez de la mañana —explicó Dos Anjos—, un hombre que paseaba su perro tuvo que meterse entre estos arbustos porque el animal no atendía a sus llamadas. Lo que había atraído la atención del animal era esto. —Señaló con el bolígrafo el cadáver—. Se trata de un varón de unos treinta y pocos, de raza blanca, metro setenta y cinco y unos setenta kilos de peso.

»El dueño del perro llamó a comisaría y desde allí desplazaron una patrulla y un camuflado. Los tiene allí. Los agentes comprobaron que el cuerpo estaba sin vida y, sin tocar nada, acordonaron la zona y dieron aviso.

—Entiendo que no quisieran tocar nada —repuso Herrero contemplando el estado lamentable en que se encontraba el cadáver.

El cuerpo, tendido de espaldas y ligeramente inclinado sobre un costado, tenía los párpados y los labios mordisqueados por las alimañas del parque. En el cuello, una repugnante herida llena de huevos y larvas de mosca le iba de oreja a oreja, manchando la camiseta blanca de sangre coagulada. Bajo ésta algún animal había estado alimentándose y algunos restos quedaban salpicados en la hierba.

—¿Quién ha identificado el cuerpo? —preguntó Herrero.

—Los agentes que se encargaron de acordonar la zona descubrieron un ciclomotor detrás de aquellos árboles. Estaba sin candar y sin bloqueo. Pensaron que se trataba de otro ciclomotor robado y comprobaron la matrícula. No figuraba como sustraído. Por si acaso cotejaron la placa con el número de bastidor y descubrieron que no coincidía. El ciclomotor era robado y le habían cambiado la matrícula. ¿Adivina a nombre de quién está la matrícula falsa?

—Imagino que de nuestro desaparecido técnico en alarmas, San Gil.

—Exacto —contestó Dos Anjos—. Así que los agentes han pedido que les trajeran la foto del carné de la empresa de alarmas y han comprobado que se trataba de él. Cuando me he enterado, he pedido venir. Como puede imaginar, el compañero que debía venir ha quedado encantado con la idea.

—Me hago una idea. ¿Qué más me puede decir?

—Probablemente la causa de la muerte sea ese corte profundo en la garganta. No he querido hurgar, pero da la impresión de que la tráquea ha sido seccionada completamente y el objeto cortante ha llegado hasta la columna. No se aprecian síntomas de lucha. Sobre el tiempo transcurrido, a primera vista yo diría que unas setenta y dos horas, claro que es difícil de asegurar. Ahora le estamos tomando las huellas dactilares.

—Usted cree que lo han asesinado una vez muerto el armador griego —dijo Herrero.

—Bueno, es mucho aventurar. Pero si me deja divagar, yo diría que este tío había quedado con el asesino aquí, igual para cobrar su parte del trabajo, y cuando se descuidó, el asesino lo agarró por detrás, tapándole la boca con una mano, y con la otra le abrió la garganta, dejándolo donde está. No hay rastros de que el cadáver haya sido arrastrado y las livideces se corresponden con la postura del cuerpo. Está oculto a la vista. Naturalmente, era cuestión de tiempo que lo encontráramos pero el que lo mató se aseguraba así unas horas o días, como ha sido el caso, para desaparecer. ¿Qué opina?

—Que verdaderamente es mucho aventurar, pero creo que está usted en lo cierto —repuso Herrero metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo y recorriendo los alrededores con la mirada—. Es una lástima —añadió con resignación—. Era nuestra mejor pista. ¿Qué me dice, Ponte?

El subinspector, que había acompañado a Cuéllar a interrogar a los primeros policías en llegar al lugar del crimen, y al dueño del perro que había descubierto el cadáver, se incorporó al grupo. Sus datos no aportaron nada nuevo.

—Lo siento, inspector jefe —dijo Dos Anjos cuando Ponte terminó de leer sus escasas notas—. Esperemos que la autopsia o la inspección ocular nos ofrezcan algo. Revisaremos palmo a palmo la zona para ver si encontramos huellas o cualquier otra cosa, no se preocupe.

Muy bien. Ahí tenemos al juez de instrucción, con la secretaria y el médico forense. Ramos, hágame el favor de acompañarlos hasta aquí.

El vuelo había resultado movido. En su asiento de primera clase, Ludwig trataba de concentrarse en la revista de medicina sin conseguirlo. Dos asientos más atrás, al otro lado del pasillo, una mujer de mediana edad y más que mediano peso chillaba como si la estuvieran torturando cada vez que el aparato descendía por una turbulencia. El

pobre hombre que viajaba a su lado, probablemente su sufrido marido, le agarraba de la mano dándole con la otra unas palmaditas.

Los lamentos de la señora se mezclaban con los que provenían de la parte trasera, tras las cortinillas, mucho más concurrida. Las azafatas habían tenido que mostrarse muy activas para atender a aquellos que tenían el estómago demasiado delicado.

Cada vez que el aparato entraba en una zona especialmente turbulenta y comenzaba a agitarse como una lavadora, los viajeros menos avezados gemían al unísono, y cuando caía, los gritos acompasados parecían ensayados. Ludwig, visto que no había manera de concentrarse en la lectura, los esperaba con malicia.

Al tomar tierra en el aeropuerto de Barajas, los viajeros suspiraron aliviados y comenzaron a aplaudir como si hubiesen sobrevivido a un naufragio. Ludwig no perdió el tiempo y se desentendió de los comentarios de la histérica mujer. Con paso ágil se encaminó a la salida y abandonó el avión sin contestar a las palabras de la bonita azafata que le agradecía haber volado con su compañía.

Tras los trámites burocráticos en la aduana, Ludwig buscó un taxi. Desechó los dos primeros pues, a su particular juicio, eran vehículos muy viejos y presentaban unas lamentables medidas de higiene. Al taxista elegido le presentó un papel en el que se leía una dirección. El taxi arrancó y se adentró en la jungla de tráfico.

—Deberíamos ir por la M-30, pero he oído por la radio que un camión ha arrollado una furgoneta y está todo atascado. Parece que están desviando la circulación...

El conductor trató un par de veces más de entablar conversación, primero en español y después en un pésimo inglés. Al ver que el pasajero no respondía puso la radio.

Ludwig había entendido lo que se le decía. Hablaba castellano como para mantener una conversación sin problemas, ya que durante un año había vivido en Barcelona, colaborando con un prestigioso especialista en su campo. Pero no tenía ninguna intención de conversar con el desconocido conductor de un taxi.

Las vistas eran espantosas, como suele suceder en los suburbios de las grandes capitales. Enjambres de polígonos industriales y alguna deslucida urbanización, todo rodeado por carreteras con más o menos carriles. Solares en los que crecían salvajemente arbustos y hierbas de color grisáceo por el polvo que les llegaba de la carretera, lucían unos carteles en los que con dificultad se podía leer el número de teléfono de su afortunado propietario.

El paisaje cambió al entrar en el paseo de la Castellana. Ludwig se alarmó por la forma en que el taxista cambiaba de carril continuamente buscando adelantamientos imposibles. Pronto descubrió que era la manera en que conducían todos. El paseo estaba saturado de vehículos cuyos tubos de escape volvían el aire irrespirable. Los cláxones se mezclaban con sirenas de ambulancias, que, a duras penas, lograban abrirse paso en aquella marea.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Ludwig, que ya se estaba irritando, haciendo uso de su castellano con fuerte acento.

—Cinco minutos —contestó el taxista—. Enseguida llegamos al Prado. Aquello que ve al final es la plaza Cibeles, la madre de los dioses del Olimpo, ¿conoce su historia? A los turistas les suele gustar —continuó el conductor, que parecía encantado de poder mostrar sus conocimientos en el campo de la mitología clásica—. Era una diosa romana. Estaba casada con su hermano, Crono, y entre los dos gobernaban el mundo. Crono fue advertido de que uno de sus hijos le quitaría el trono así que en cuanto nacían se los comía. Hasta que nació Zeus y...

—Disculpe —cortó Ludwig—. ¿Le importaría subir un poco el volumen de la radio?

El conductor, resentido, se calló y pulsó la tecla correspondiente, sumiéndose en un taciturno silencio. Al poco pasaron por delante de la fuente donde se alzaba la diosa. Ludwig observó pasar el edificio de Correos, el Museo Naval y el de Thyssen-Bornemisza.

El taxi se detuvo en la plaza Cánovas del Castillo. El conductor se limitó a anunciar el importe de la carrera y rechazó, con un gesto de altanería, la propina que le era ofrecida tras sacar las maletas de la parte trasera de su vehículo. Sin dar tiempo a Ludwig de recoger sus bultos, el taxi arrancó.

—Buenas tardes —lo saludó con educación el recepcionista del Gran Hotel Canarias.

—Tengo reservada una habitación a nombre de Dreifuss.

—Desde luego, señor. Un segundo, por favor —contestó el recepcionista moviendo el ratón del ordenador—. Aquí está. Doctor Dreifuss, habitación 602.

Con un gesto llamó a un botones, que aguardaba expectante.

—¿Desea alguna cosa más? —preguntó solícito el recepcionista.

—¿Le importaría conseguirme un plano de la ciudad? A ser posible en inglés.

—Descuide, señor. Se lo subiremos a su habitación.

—No. Déjelo aquí. Querría descansar sin ser molestado. Al bajar ya lo recogeré.

Cuando el botones cerró la puerta, con la propina discretamente oculta en el bolsillo, Ludwig se tiró cuan largo era en la enorme cama. Alargando la mano cogió el mando a distancia de la pantalla plana Sony situada enfrente y fue cambiando de cadena sin hacer demasiado caso.

Al cabo de un rato, aburrido con la programación, apagó el televisor y se asomó al ventanal. En la calle, la fuente de Neptuno sobre un carro entre los chorros de agua lucía espléndida con la iluminación artificial, a pesar de no haber oscurecido del todo aún.

Ludwig abrió el minibar y comprobó el contenido. Al final se decantó por una Heineken suficientemente fría. Con la botella en una mano entró en el cuarto de baño revestido de mármol, puso el tapón a la bañera y abrió el grifo del agua caliente, dejando que se llenara. Mientras aguardaba, colocó sobre una de las mesillas unos

altavoces alimentados con pilas a los que conectó el ipod que solía llevar. Encendió el aparato y reguló el sonido.

Instantes después el cantante de Manowar interpretaba *Courage*. Desde la cama, donde se había vuelto a tumbar para hacer tiempo, Ludwig seguía el ritmo de la balada, moviendo un pie. Quienes llegaban a conocer sus peculiares gustos musicales nunca dejaban de extrañarse.

Entre los sonos de los coros, Ludwig se quedó dormido. En el ipod, las voces masculinas se esforzaban en un himno guerrero propio de las películas de *Conan el Bárbaro*. La música introdujo en sus sueños a un enorme jinete de largos y enredados cabellos, poblada barba, pecho descubierto lleno de cicatrices, vestido tan sólo con un pantalón ajustado de piel y unas calzas atadas con cintas de cuero, que, espada en mano, avanzaba al frente de una nube de polvo, causada por el ejército de bárbaros que lo seguía.

En el sueño parecían avanzar a cámara lenta. El caballo, negro como la noche, movía la cabeza a ambos lados enseñando los dientes. El jinete saltaba arriba y abajo, siguiendo el movimiento del galope, blandiendo la enorme espada de doble filo sobre su cabeza...

Ludwig se despertó repentinamente. Al abrir los ojos no supo dónde se encontraba. Tenía la boca seca y el cuerpo sudado. Sentía la cabeza como embotada. Poco a poco fue siendo consciente: se encontraba en una habitación de hotel en Madrid. El ipod continuaba con otro estilo de música y posiblemente el cambio lo había despertado. Estaba tumbado en la cama esperando que la bañera se llenara... ¡La bañera!

Levantándose de un salto entró en el baño. El agua ya había sobrepasado el aliviadero y caía mansamente por un costado de la bañera, encauzándose hasta un desagüe de seguridad del suelo. Ludwig cerró el grifo y quitó el tapón para que el agua no siguiera desbordando. Cuando calculó que ya era suficiente colocó de nuevo el tapón, se desnudó y se sumergió. El agua estaba muy caliente. Ludwig cerró los ojos asomando tan sólo la nariz y trató de no pensar en nada.

Sin embargo una y otra vez le venía a la mente la cuestión que no lo había abandonado desde el día en que su piso y después su consulta fueron allanados. ¿Quiénes habían entrado en su casa y qué buscaban? Y por si fuese poco misterio, ¿quién era ese tío, hermano de su madre, del que nunca había oído hablar? El policía suizo pensaba que ambos enigmas tenían una conexión. Ludwig opinaba lo mismo, pero ¿cuál podía ser? La única conclusión era que los asaltantes buscaban algo en casa de su desconocido pariente, algo que no habían encontrado y que creían poder encontrar en su propia casa o en su consulta.

Por mucho que tratara de pensar, Ludwig estaba convencido de que, fuese lo que fuese lo que buscaban los asaltantes, él no lo poseía. Había llegado a analizar todos los objetos, cuadros y documentos heredados de su madre, por si alguno de ellos tuviera algún valor que lo hiciese interesante. Sin ningún resultado. Tenía que ser



algo que su tío tenía o había tenido en algún momento y que, al no dar con ello, los asaltantes daban por hecho que obraba en su poder.

El agua se había quedado tibia y su piel arrugada como una pasa. Se puso de pie y quitó el tapón mientras se aclaraba con agua. Una vez libre del jabón se vistió y cogió el teléfono. De la cartera sacó un número que marcó.

—Brigada de homicidios —dijo una voz de hombre con fuerte acento local que dificultó a Ludwig la comprensión.

—Desearía hablar con el inspector Herrero —contestó Ludwig de forma pausada.

—En estos momentos no se encuentra aquí —repuso la voz—. ¿Con quién hablo?

—Soy Ludwig Dreifuss. Acabo de llegar a Madrid. Había quedado en reunirme con el inspector.

—Desde luego, señor Dreifuss. El inspector se ha marchado a casa y hoy no volverá. ¿Le parece que le concierte una cita para mañana?

Una hora más tarde, tras recoger el plano de la ciudad en recepción y seguir el consejo del recepcionista, Ludwig se encontraba sentado en un moderno restaurante de diseño, cerca de la céntrica plaza del Carmen. Una ensalada demasiado aliñada para su gusto, y un *carpaccio* de salmón regados con una botella de Bordón, dieron paso a un sorbete de cava, previo al café.

Justo antes de tomar el postre, en una mesa cercana se habían sentado dos chicas y un chico. Ludwig no tuvo problemas para darse cuenta de que dos de ellos formaban pareja y que la chica que quedaba, una pelirroja de piel pálida, cara alargada, ojos azules y figura estilizada, lo miraba a él de manera discreta. El instinto depredador de Ludwig se despertó y la siguiente vez que la muchacha miró, Ludwig le mantuvo la mirada. La chica, después de esbozar una sonrisa, desvió la mirada y pareció concentrarse en lo que se hablaba en su mesa.

Ludwig llegó a la conclusión de que su presa no tenía el mismo interés que él. Si la muchacha pretendía un cortejo en toda regla, Ludwig no estaba dispuesto a lucharlo. Con un gesto llamó al camarero y le pidió la cuenta. Cuando se la mostraron la revisó y la depositó sobre la bandejita de cristal en la que la habían traído, junto a una tarjeta bancaria y su pasaporte.

Con una sonrisa de despedida dedicada a la pelirroja, Ludwig aceptó su abrigo, que le ofrecía el camarero, y abandonó el restaurante. Fuera se encontró con que la fauna había cambiado. Mujeres, casi todas sudamericanas o de origen eslavo, se apostaban en las paredes. Ecuatorianos y peruanos extendían sobre las aceras sábanas llenas de fulares, pañuelos y pequeños juguetes de todo tipo. Altos africanos exponían de la misma manera discos compactos piratas, atentos por si de improviso se presentaba la policía.

Un par de magrebíes y luego una pareja de lo que seguramente eran yonquis lo evaluaron, terminando por dejarlo pasar sin meterse con él. Ludwig, por si acaso, apretó el paso. No necesitaba mirar el plano. Ya se lo había memorizado mientras

aguardaba la cena. Optó por bajar hasta la calle de Alcalá y desde ahí, por la carrera de San Jerónimo para llegar hasta la plaza donde se encontraba su hotel.

Un cuarto de hora más tarde, tras lavarse a conciencia los dientes y quitarse las lentillas, Ludwig dormía plácidamente. En esa ocasión no soñó con ningún jinete guerrero al frente de sus hordas cabalgando a cámara lenta.

El rabino había sido uno de los que no lo había pasado bien en el avión. Con un suspiro de alivio, se soltó el cinturón cuando el aparato ya se había detenido al final de la pista.

A pesar de haber volado lo suficiente como para haber dado un par de vueltas alrededor del mundo, no conseguía acostumbrarse a la sensación de vacío en el estómago cuando el aparato se desplomaba. No había resultado el peor de sus viajes, pero ya hacía años que no se apartaba del suelo y suponía un alivio volver a tocarlo. El viaje de vuelta, que ya carecería de urgencia, lo haría en barco.

Si es que volvía, pensó de nuevo. Desde que decidió ir a Madrid, la sospecha de que era un viaje sin retorno lo había asaltado constantemente. Sin ser consciente de lo que hacía, en las últimas horas pasadas en Jerusalén se había despedido de los pocos amigos que tenía, de su sinagoga, de sus alumnos y lugares más queridos.

El adiós más doloroso había tenido lugar, como no, en casa de Sara.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó su amiga.

Menasés no había sabido cómo sacar el tema. Después de una charla insustancial, la perspicaz mujer había intuido que el anciano tenía algo que decirle y que iba a resultar doloroso para los dos.

—Dime, ¿qué te preocupa?

—Sara, me tengo que ir —respondió el rabino tras un largo rato de dar vueltas entre sus manos al sombrero de ala ancha.

—¿Adónde irás?

—A España. A Madrid.

—¿Es por lo de...?

—Sí. En Madrid creo que está la clave para terminar con esto de una vez.

—Menasés —dijo Sara con una sonrisa triste en el rostro—. Eres un anciano. Ya no puedes ir por ahí tú solo como antes ocupándote de esas cosas. Deja que otros lo hagan. Puedes llamar al grupo de Simon. Son más jóvenes y —añadió con dulzura— han tenido un buen profesor.

—¿Y qué les cuento? Me tomarían por loco, lo sabes muy bien. Pensarían que son los delirios de un viejo que no se resigna a pasar a la Historia. No, Sara. He sido un perezoso demasiado tiempo. Ahora cada día que pasa el riesgo es más alto. Se acerca el momento.

Fue en ese instante, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre los dos, cuando ella hizo la pregunta que atormentaba a Menasés y que aún escocía: «¿Estás seguro de lo que haces?».

¿Lo estaba? ¿No era un gesto de orgullo? ¿Un intento de conjurar la fatalidad? ¿La tentativa de alguien, que desde niño se había convertido en un superviviente, para eludir la muerte, cada vez más cercana? ¿Un querer beber del Grial?

Se había hecho todas estas preguntas. Conocía el alma humana. Sabía que, a las puertas de la muerte, un hombre se siente vulnerable y trata de aferrarse a la vida. Pretender salvar a la humanidad era un motivo ideal para considerarse imprescindible, una razón de peso para convencer a la muerte de que retrasase su llegada.

Sara lo había estrechado entre sus brazos como nunca antes lo hiciera. Durante un buen rato los dos ancianos habían permanecido abrazados en silencio.

—Adiós, Menasés Liebnitz —fueron sus últimas palabras.

Menasés subió al autobús que recogía a los pasajeros al pie de la escalerilla. El vehículo arrancó y se encaminó hacia la aduana.

Una vez cumplimentados los trámites, algo que le llevó más tiempo que a Ludwig, que ya había tomado el taxi para cuando Menasés aún no había recogido su maleta, el rabino salió a la zona de espera y buscó con la mirada.

A su alrededor los pasajeros sonreían y saludaban con la mano a aquellos que habían venido a recogerlos. Menasés se sumó a aquellos que aún no habían encontrado a los que esperaban y buscó entre aquel mar de brazos y rostros sonrientes.

No conocía a la persona que debía acudir a buscarlo, sólo sabía que se llamaba Sholem. Había contactado con él por mediación de un colega cabalista que durante años había vivido en Madrid y tenido mucho contacto con toda la comunidad judía de la capital española. El cabalista había llamado al tal Sholem, buen amigo suyo, pidiéndole encarecidamente una cálida acogida para Menasés. Sholem había insistido en que, durante lo que durara la estancia de Menasés en Madrid, éste se alojara en su casa.

Pero Menasés había rechazado categóricamente tal posibilidad. Necesitaba plena libertad de movimientos y no quería estar atado a celebraciones, reuniones y vida familiar con toda clase de tíos, primos y demás parientes de Sholem, que se mostraría muy orgulloso de acoger en su casa a una leyenda viviente. Para no contrariar demasiado al desilusionado Sholem, había accedido a dar un par de charlas en el centro principal de la comunidad.

Por un hueco que se hizo entre la multitud apiñada en la zona de llegada del aeropuerto, Menasés vio a un hombre de mediana edad, de poblada y arreglada barba,

acompañado por un aburrido adolescente que, desde el fondo, también estaba buscando a alguien.

—¿*Hakam* Liebnitz? —preguntó el hombre cuando el rabino se acercó.

—*Shalom aleichem* —contestó el anciano rabino y, recordando su oxidado castellano aprendido en Argentina, añadió—: Por favor, llámame Menasés. Te estoy muy agradecido por venir a buscarme. ¿Este hombretón es tu hijo?

—Así es, Menasés —repuso el hombre, orgulloso de la confianza que le ofrecía su huésped—. Se llama Zalman. Permite que lleve tu maleta.

—Vaya, le quedaré muy agradecido. No sé muy bien qué he metido dentro, pero pesa mucho.

Manteniendo la informal conversación, los tres salieron del aeropuerto y se montaron en un Opel Vectra estacionado en el aparcamiento. Sholem no se había enterado del accidente del que le había hablado el taxista a Ludwig y se metió de lleno en la M-30, sin entender las indicaciones de la policía de tráfico, que intentaba encauzar el máximo de vehículos por otras vías.

Dos horas más tarde, sumidos los dos adultos en una conversación teológica de la que Sholem parecía disfrutar mucho, no tanto Menasés y desde luego en absoluto Zalman, llegaron a un hostel en la zona de Trafalgar, cerca de la sinagoga Beth Yaacov. El dueño del hostel, Joseph Beguin, un madrileño descendiente de judíos afincados en España un siglo atrás, estaba esperando al que iba a ser su ilustre huésped. Le proporcionó la mejor habitación y entre él y Sholem lo convencieron de que la estancia sería pagada por la comunidad, teniendo la delicadeza de no preguntar qué urgente problema le había traído de forma tan precipitada a Madrid.

Menasés, destrozado por el viaje, aún debió conversar un rato con sus anfitriones para no herir su sensibilidad. Sholem le brindó repetidas veces la ayuda de su hijo para que le sirviese de guía durante su estancia en la capital, declinando Menasés amablemente el ofrecimiento. Cuando al final se marcharon el anciano respiró aliviado. Ya era tarde para él. Aquella noche no habría cena. Instantes más tarde dormía.

—*Shalom aleichem*, Joseph —saludó Menasés a la mañana siguiente cuando, tras ducharse, bajó a la recepción.

A pesar de que en el hostel no daban de desayunar, el dueño le tenía preparado un termo con café, una jarra de leche y unas magdalenas, que Menasés comió con mesura. Mientras lo hacía, Joseph le entregó, tal y como se lo pidiera el rabino la víspera, un plano de Madrid con los horarios y recorridos de los diferentes servicios públicos de transporte y le recordó que los servicios religiosos eran a las ocho de la tarde, y que estarían muy contentos de poder contar con su presencia.

Media hora más tarde Menasés y su plano caminaban por la calle en dirección a la comisaría más cercana que, según había podido ver, se encontraba a unas tres manzanas.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

La policía que se encontraba en la recepción miró con curiosidad a aquel anciano enjuto, calvo y bien afeitado, que se había descubierto, al entrar, de su sombrero de fieltro de ala ancha. Vestido con un usado traje también negro, el hombrecillo la miraba a través de unas gafas de cristales redondos con determinación.

—Buenos días, señora. Deseaba hablar con alguien sobre un asesinato cometido hace unos días.

—¿A qué asesinato se refiere usted?

—Al de un hombre griego que mataron en su domicilio. Tengo información que podría ser de interés.

La policía no mostró demasiado empeño por saber qué información podía tener un anciano tan extraño pero, por si acaso, tomó el teléfono. Les habían advertido sobre este asunto. Cualquiera persona que insinuara tener algún tipo de información sobre el salvaje asesinato del armador griego debería ser entrevistada por los investigadores de homicidios. El problema era que la brigada de homicidios estaba en la comisaría de otro barrio.

Tres llamadas más tarde, la policía hablaba en persona con el inspector Estévez. Éste, que estaba solo, pretendía escaparse para hacer una visita a un amigo con el que tomar un trago y la inoportuna llamada lo puso de mal humor. Preguntó a la agente si el individuo tenía pinta de estar loco, como casi todos los que entrevistaba en relación con el crimen, pero la agente no cayó en la trampa. Si por algún motivo la entrevista no se llevaba a cabo y resultaba después que habría sido importante, el inspector alegaría que la agente había catalogado de loco al hombre y se lavaría las manos.

Soltando una maldición, Estévez dio orden de que un *búho*, coche sin distintivos de la policía, recogiera al informante y lo acercara al despacho. Calculó que si no había mucho atasco y resolvía pronto la entrevista aún estaría a tiempo para esa copa.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntó el inspector Estévez.

—Menasés Liebnitz.

Al rabino no se le escapaba la incomodidad del policía sentado con indolencia tras la mesa del despacho. Acostumbrado a tener que catalogar a las personas, no tardó en calificar al policía de incompetente.

—¿Dice que tiene información sobre el asesinato del señor Nikolaos Tsaldharis? —preguntó levantando una esquina de una carpeta para leer el apellido del griego, con el que se hizo un lío—. ¿Lo conocía usted?

—No, no lo había visto nunca. Realmente no sé quién lo ha matado, pero sí por qué.

—¿Sabe por qué han matado a ese hombre? —preguntó socarrón el policía—. Vaya, me alegra oírlo. ¿Y por qué cree usted que lo hicieron?

—Para robarle un violín.

Estévez se incorporó un poco en la silla y prestó atención. Hasta ese momento todas los entrevistados le habían manifestado móviles a cada cual más incongruente. Amantes despechados, deudas millonarias con gente que no tenía dónde caer muerta, misteriosas tramas políticas...

Pero el griego tenía una variada colección de piezas de arte, muchas de ellas relacionadas con la música, y entre ellas había varios valiosos violines.

—¿Qué le hace pensar que querían robar un violín?

—El señor Tsaldharis poseía un violín que sus asesinos buscaban. Un stradivarius de 1732.

Estévez abrió la carpeta, en cuya tapa se podían apreciar varios círculos oscuros, sin duda por haber servido de posavasos, y revisó el contenido mientras Menasés guardaba silencio.

—Encontramos en casa del señor Tsaldharis varios violines —dijo el inspector, tras releer parte del *dossier* en silencio—. Dos eran de Antonius Stradivarius. Uno fabricado en 1703 y el otro en 1715. Ninguno coincide con el año que usted dice y créame, hemos buscado a fondo. No falta ninguno. El servicio doméstico y su pasante coinciden en ello. Hemos hablado con la aseguradora que cubría cualquier eventualidad de los instrumentos y sólo tenía estos dos, aparte de otros fabricados por diferentes artesanos.

—El señor Tsaldharis tenía en su poder ese violín. No podía asegurarlo porque lo había adquirido ilegalmente. Ese violín fue robado hace dos años y los ladrones se lo vendieron a Tsaldharis.

Estévez mostró una sonrisa de autosuficiencia. Ahí estaba. Por fin había aparecido la teoría conspirativa. Miró el reloj de pared situado detrás del rabino y pensó que aún estaba a tiempo para quedar con su compañero de juergas.

Ante la mirada impaciente del policía, el hombrecillo desglosó su intriga, hasta que de pronto se interrumpió bruscamente. Había llegado a la conclusión de que aquel desagradable policía no iba a suponer ninguna ayuda. Estaba perdiendo el tiempo hablando con un majadero.

—Bueno. Veo que usted no cree nada de lo que digo —dijo Menasés poniéndose en pie—. Imagino que tendrá usted cosas mucho más importantes que hacer que atender los desvaríos de un loco. Creo que será mejor que me vaya.

Un confundido inspector Estévez, cogido en renuncio, trató de convencer a Menasés de que en absoluto pensaba que estuviera loco. A pesar de ello el rabino se dirigió con resolución a la salida.

En la calle, una vez recuperado el pasaporte y devuelto la tarjeta que lo identificaba como visitante, Menasés se detuvo ante la puerta de la comisaría y respiró profundamente. Había previsto desde el primer momento que no lo tomarían en serio, así que había contado la parte de la historia más creíble con la esperanza de despertar la curiosidad de la policía.

Pero estaba claro que aquel idiota no tenía el más mínimo interés. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Sería posible hablar con algún superior de aquella nulidad? No podía ser que un tipo como Estévez estuviera al frente de una investigación como ésta. ¿O sí?

Meditando sobre su siguiente paso. Menasés se alejó de la comisaría. Sumido en sus pensamientos chocó al doblar la esquina con un hombre de mediana edad. La diferencia de corpulencia y reflejos terminó con Menasés en el suelo en una caída ridícula. Enseguida el hombre se inclinó para ayudarlo a levantar.

—Discúlpeme, no tenía intención —dijo el preocupado hombre mientras le tendía el sombrero recogido del suelo—. ¿Está usted bien?

—Sí, sí. Ha sido culpa mía, no se preocupe. Venía despistado.

Por un momento la mirada de los dos se cruzó. El rabino vio a un buen hombre, sensato y sinceramente interesado por su estado.

—No se preocupe, de verdad. Estoy bien y no, no necesito que me atienda una ambulancia, muchas gracias.

—Estupendo entonces. De todas maneras tenga mi tarjeta. Si necesitara algo, no dude en llamarme.

De manera descuidada, Menasés guardó la tarjeta en un bolsillo y se despidió con un sentido apretón de manos. Mientras se alejaba no pudo evitar comparar la amabilidad de aquel hombre con la impertinencia del policía que lo había atendido en la comisaría.

Ludwig se despertó tarde y con hambre. Había dormido de un tirón doce horas. Las últimas dos semanas habían resultado muy intensas y su cuerpo precisaba descanso. Tomó el mando que tenía sobre la mesilla de noche y, pulsando un botón, descorrió las cortinas, permitiendo que la luz inundara la habitación. Tras estirarse a fondo se levantó para tumbarse en el suelo, sobre la espesa alfombra artesanal.

Primero una tanda de veinticinco abdominales, seguida por otra igual de flexiones y vuelta a empezar. Después de las cuatro series de ejercicios, realizó varias *asanas* estirando suavemente los distintos músculos y terminó sentándose sobre sus talones, controlando la respiración y tratando de aislarse de lo que le rodeaba volviendo su mente hacia su interior.

Quince minutos después Ludwig se incorporó y entró en el baño. El afeitado y la ducha posterior se vieron amenizadas por los sonos de saxofón de Charlie Parker en el ipod. Concluida la higiene personal, bajó al restaurante, donde pidió un abundante desayuno, del que dio cuenta mientras leía el *New York Times*.

La entrevista concertada con el inspector Herrero estaba acordada para primera hora de la tarde, o lo que a juicio de la voz con la que había hablado Ludwig era primera hora. Para Ludwig las cuatro era más bien media tarde, pero se abstuvo de comentarlo. Había apuntado la dirección y luego la había buscado en su plano. La

comisaría se hallaba prácticamente al lado de la plaza de España. Calculó que andando tardaría poco más de media hora en llegar, así que si salía para allí a las tres y cuarto sería puntual.

Aún quedaban casi dos horas para las tres y cuarto, había terminado de almorzar y el sol lucía. Ludwig llegó a la conclusión de que alargar el trayecto dando un paseo por el parque del Retiro podía ser una buena idea.

A esas horas el parque no tenía muchos visitantes. Para las costumbres españolas se acercaba la hora de la comida, y los madrileños se dirigían a sus mesas. Ludwig lo prefería así. Los únicos ocupantes del parque eran algunas parejas, pocas, de ancianos sentados en los bancos más próximos a las entradas del parque, que se calentaban con los tibios rayos de sol, al igual que sucedía a los pies del lago Léman, cerca de su hospital, y en todos los parques del mundo. Todos en silencio, se dijo Ludwig. Sin duda tantos años de convivencia habían acabado con los temas de conversación.

También se encontró personas solitarias paseando perros que, gracias a sus animales, confraternizaban entre ellos. En el estanque del Palacio de Cristal una mujer madura trataba de plasmar el paisaje en un óleo, con más voluntad que acierto según Ludwig, y otra anciana daba de comer a las palomas, que se alborotaban tratando de conseguir su parte de migas de pan.

Pasando al costado del Palacio de Cristal, ante la mirada interesada de la mortalmente aburrida vigilante, continuó el paseo hacia el gran estanque, donde se detuvo. Miró su reloj e hizo unos cálculos rápidos. Aún le daba tiempo para sentarse en uno de los chiringuitos y tomarse tranquilamente un café.

Ya instalado en la terraza al sol fue calibrado por un par de subsaharianos. A pesar de la ropa informal que Ludwig llevaba —botas altas Timberland, vaqueros ajados a la piedra, una camiseta azul y una cazadora de cuero de aviador—, el corte de las prendas hablaba de una buena cantidad de dinero, no lo que solían vestir los maderos de paisano que a veces patrullaban el parque para tratar de pillar in fraganti a los vendedores de droga. Al final uno de ellos se le acercó y en un mal inglés le ofreció su mercancía mostrándosela en una inmensa mano semicerrada: marihuana y hachís. El proveedor también podía proporcionarle cocaína, heroína y *speed*, si Ludwig así lo prefería.

Sin dignarse a mirar a la cara a su interlocutor, Ludwig se desentendió de éste con un gesto y esperó a que se marchara. Un nuevo vistazo al reloj le indicó que ya era la hora de seguir la marcha. En la esquina del estanque cogió el camino diagonal hacia la Puerta de Alcalá y salió del parque. A esa hora la circulación todavía era más o menos fluida y los vehículos pasaban a toda velocidad.

Desde la plaza de la Cibeles, la misma cuya historia tratara de contarle el taxista el día anterior, llegó hasta la Gran Vía. En la otra punta de la calle estaba la comisaría.



—Buenas tardes. ¿Qué deseaba? —preguntó solícito un agente de la policía en el recibidor.

—Buenas tardes —contestó Ludwig—. Tengo una cita con el inspector jefe Herrero.

—¿Le importaría decirme su nombre?

—Dreifuss. Ludwig Dreifuss.

El agente, al que parecían quedarle pocos días para su jubilación, se caló unas anticuadas gafas bifocales que le colgaban de una cadenita en el cuello y miró atentamente el monitor del ordenador, mientras con mano inexperta movía el ratón.

—Sí, aquí está. Ludwig Dreifuss ¿verdad? —dijo el policía, satisfecho de haber conseguido encontrar lo que buscaba—. Avisaré al inspector. Casualmente hace un rato que ha llegado. Estará en su despacho.

Mientras hablaba, tomó el teléfono y examinó una lista pegada con celo en el canto del mostrador donde recibía a las visitas. Tuvo que revisarla un par de veces antes de dar con el número. Una vez lo vio, marcó cuidadosamente cuatro cifras y aguardó a que le cogieran.

—El señor Dreifuss pregunta por el inspector jefe Herrero... sí, acaba de llegar... Un segundo, inspector. —Y dirigiéndose a Ludwig preguntó—: Disculpe, señor Dreifuss, ¿desea un intérprete? ¿No? Muy bien. —Volviendo al teléfono continuó—: No, no necesita intérprete... de acuerdo, ahora mismo.

—Lo están esperando, señor Dreifuss —dijo el agente cuando colgó el aparato—. Ahora vendrán a buscarlo. ¿Me permite su documentación, por favor?

Ludwig le extendió su pasaporte, que el policía guardó en un casillero. A cambio le entregó una tarjeta plastificada, en la que se podía leer, en grandes letras azules, la palabra visitante, con una pinza metálica para que se la colgara de la cazadora.

—¿El señor Dreifuss? —dijo a su espalda una voz que Ludwig reconoció como aquella con la que había hablado por teléfono para concertar la cita—. Soy el inspector Estévez, ¿qué tal el viaje?

Ludwig trató en un primer momento de hacer como que no veía la mano tendida, pero finalmente se vio obligado a estrecharla cuando se hizo evidente que el policía vestido de paisano no iba a retirarla. El apretón que recibió fue blando. El policía tenía la mano fría y húmeda. Era como darle la mano a un pez.

Ludwig siguió al policía por el edificio sin entrar en la conversación que éste mantenía solo. No se le escapó que los saludos recibidos por su anfitrión por parte del resto del personal eran puro formulismo. Había quien, descaradamente, miraba a otro lado cuando se cruzaban o quien después de saludar ponía una mueca de desagrado.

Al parecer el policía no se daba cuenta de nada de esto. O estaba ya acostumbrado, se dijo Ludwig. A él le resultó particularmente desagradable. No le hacía ninguna gracia tener que tratar con un tipo así.

—Inspector jefe Herrero —dijo el policía después de abrir una puerta en la maraña de pasillos de la comisaría—. El señor Dreifuss.

—¿Qué tal está, doctor Dreifuss? —le dijo el inspector jefe—. Me alegra tenerlo aquí, ¿quiere sentarse, por favor?

A Ludwig le sorprendió el tono de voz cálido y sereno que tenía el inspector jefe. Sentado en el otro lado del escritorio en una silla de plástico amarillo, el policía, algo mayor y con cierta barriga, vestía una usada camisa blanca con finas rayas verticales de color azul y una ancha corbata, también azul, con un estampado antiguo.

Lo que más llamó la atención de Ludwig fue su rostro. Parecía el de un apacible San Bernardo. Mejillas flojas, nariz bulbosa bajo la que aparecía un recortado mostacho entrecano, la parte superior de la cabeza calva y los costados de pelo blanco protegiendo unas enormes orejas peludas.

Pero sus ojos, entrecerrados por unas profundas ojeras, tenían una húmeda mirada que desmentía lo anterior. Era una mirada curiosa y a la vez respetuosa. Una mirada que había visto muchas cosas; unas terribles y otras tiernas. Una mirada que ofrecía confianza y sinceridad. Era la mirada de un hombre que hacía mucho tiempo había aceptado el mundo tal y como es y que vivía en paz consigo mismo. Ludwig pensó que mucha gente se había rendido a esa mirada.

El inspector Herrero permanecía en silencio, dando tiempo a su visitante para que se encontrara cómodo, mientras Estévez acercaba una silla y se acomodaba a un lado de la desvencijada mesa.

—¿Le apetece un café, doctor Dreifuss? —preguntó Herrero sin apartar la mirada—. ¿Sí? ¿Quizá un cortado, o un café con leche? Estupendo. —Y sin mirar a su subordinado añadió—: Estévez, ¿sería tan amable de traer un café solo para el señor Dreifuss y un chocolate para mí? Gracias.

No se le escapó que Herrero se estaba deshaciendo sin demasiadas ceremonias de su segundo. Una breve sonrisa afloró a los labios de Ludwig. Sin duda el inspector jefe había intuido que Estévez no era del agrado del visitante, como tampoco parecía serlo del suyo.

Para su propia sorpresa Ludwig se sentía cómodo. El inspector parecía una persona con la que se podía hablar, agradable, intuitivo, y había comprendido enseguida que a Ludwig no le gustaba ir estrechando la mano de desconocidos y lo había respetado.

—Mientras esperamos los cafés —dijo el policía—, ¿qué le parece si hablamos un poco de lo que le ha traído hasta aquí? Imagino que es usted un hombre ocupado y no me gustaría hacerle perder el tiempo.

—Gracias, inspector. La verdad es que me gustaría terminar con esto cuanto antes. Es una situación insólita y bastante desagradable. Han allanado mi casa, asesinado a mi empleada del hogar y después me he enterado de que soy el heredero de un millonario tío materno de quien no tenía la menor idea que existiera. Todo esto es demasiado confuso.

—Lo entiendo perfectamente, doctor Dreifuss, ¿le parece bien que lo llame doctor? Estupendo. Efectivamente, como usted bien dice, la situación es insólita. He

hablado con mis colegas de Ginebra, con la Interpol y, no lo voy a engañar, he investigado acerca de su persona al igual que lo ha hecho la policía suiza, aunque ellos lo nieguen, por supuesto. Sólo algunas multas de tráfico por conducir a velocidad excesiva. Es un Porsche 911, ¿verdad? Magnífico coche. Siempre he soñado con tener uno.

Ludwig sintió que el policía hablaba con sinceridad, incluso el comentario acerca de su vehículo no era para agradar. Le estaba cayendo bien aquel inspector.

—¿Tienen idea ustedes de quién ha podido hacer esto?

—La verdad es que estamos a oscuras. El crimen ha sido de una planificación y ejecución perfectas. Él o los asesinos son excelentes profesionales. No hemos encontrado huellas, ni testigos, ninguna pista. A pesar de las medidas de seguridad de la casa, alarmas, cámaras, cerraduras, etcétera, han entrado limpiamente y actuado con absoluta impunidad. Seguimos buscando pero me temo que no vamos a encontrar nada por ese lado. Por ahora nos estamos concentrando en el móvil. Es posible que por ahí podamos avanzar más.

—Creo —señaló Ludwig—, y la policía de Ginebra coincide en ello, que el allanamiento de mi casa y el asesinato de mi desconocido tío están relacionados.

—Es lo que parece, ¿verdad? —asintió el inspector—. Ahora. ¿Por qué cree usted que se cometieron ambos delitos?

—No lo sé. He estado pensando sobre ello. La única conclusión a la que llego es que alguien quería algo que pensaba que podía tener mi tío. Al no encontrarlo, de alguna manera supo de nuestro parentesco y pensó que lo podía tener yo.

—¿Y es así?

—Estoy seguro de que no. No se me ocurre nada que pueda poseer y que alguien desee. Carezco de joyas o de obras de arte valiosas. En cuanto a mi tío, como sabe, me he enterado de su existencia hace sólo unos días.

—Cierto. Así me han informado. En resumen: tenemos una persona o personas en posesión de algo que puede estar en poder de un anciano millonario. La casa de éste es un fortín y para acceder hay que conocer al detalle las medidas de seguridad, algo muy difícil de conseguir, por lo que los asaltantes, digamos que son varios, no actúan a la ligera. Es de suponer que, antes de tomar al asalto la casa, se han asegurado de que su tío, el señor Tsaldharis, no tiene lo que buscan en otro lugar. Así que entran, matan a la enfermera y torturan a Tsaldharis para que éste les diga dónde tiene escondido lo que sea que quieren, ¿le parece que hasta aquí podríamos ir bien?

Tras un gesto de asentimiento de Ludwig el inspector continuó:

—Estupendo. Entonces, el anciano, en cuya casa los asaltantes no encuentran nada, atormentado de manera salvaje, lo involucra a usted. Los asaltantes se ponen en contacto con alguien en Ginebra para que den con su casa y la registren a fondo. Sin duda los autores son unos tipos con recursos para poder improvisar de semejante manera.

—Quizá ya conocían de antes la relación de parentesco —aventuró Ludwig.

—Buena puntualización —aplaudió el inspector—. Sin embargo, pienso que de haberlo sabido, primero hubiesen registrado su domicilio. Es más fácil y si, como parece, son excelentes profesionales, usted no se hubiese dado cuenta. No hubiera hecho falta montar semejante espectáculo ni matar a la empleada de hogar, algo que, estoy convencido, hubiesen preferido no hacer.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ludwig—. No creo que esa gente tenga reparos en matar.

—Está claro que no. Pero suelen preferir los trabajos limpios. Traen menos complicaciones, ¿sabe? Rehúyen todo lo que sea llamar la atención sobre sus actividades.

»No, yo creo que el anciano les habló de su sobrino en la capital suiza. El registro de su domicilio es apresurado, lejos de la planificación con la que entraron en casa de su tío. He cotejado las horas. Me inclino a creer que los asaltantes desconocían su existencia y que Tsaldharis les habló de usted.

—¿Y adónde nos lleva eso?

—Si convenimos que en casa de Tsaldharis los asaltantes no encontraron nada, sólo nos quedan dos posibilidades: una, que tampoco encontraron lo que buscaban en la casa de usted y dos, que sí lo encontraron.

Al llegar a este punto Herrero calló y se quedó mirando de manera plácida a Ludwig.

—¿Espera usted que yo diga algo? —preguntó Ludwig al cabo de un larga pausa.

Entre tanto Estévez había llegado con el café y el chocolate, los había dejado sobre la mesa de su superior y se había vuelto a marchar sin que nadie pareciera darse cuenta.

—Ya le he dicho que en mi casa no faltaba nada y que tampoco recuerdo que guardara nada de valor.

—¿Su madre de usted, no le dejó alguna herencia, un recuerdo que para usted pueda no tener demasiado valor pero que sí lo tuviera para otras personas?

—¿Y cómo sabría yo que lo que para mí pueda tener sólo un valor sentimental, pudiera ser tan importante para alguien? Pero no. He revisado lo poco que me quedé de mi madre y no hay nada que justifique todo esto.

—Si los asesinos pensaban que usted estaba en posesión de lo que buscaban y no lo encontraron en su domicilio, resultaría lógico pensar que lo abordarían a usted como hicieron con Tsaldharis o registrarían otras pertenencias suyas, no sé, por ejemplo, su consulta, ¿no está de acuerdo? ¿Le molesta que haga esto? Estupendo. Me aclara la mente y me ayuda a pensar con más claridad.

Herrero había sacado de un cajón sus tijeras con mango de plástico azul y recortaba triángulos de un folio ya usado.

—La verdad —empezó a decir despacio Ludwig, tras pensarlo un momento— es que mi consulta también fue registrada y de una manera muy discreta, tal y como

apuntaba usted. No dije nada a la policía suiza porque no quería enredarlo todo aún más. No se llevaron nada tampoco.

—Bueno —dijo animadamente Herrero—. Eso ya está mejor. La verdad es que me tenía preocupado. ¿Le importa que dé aviso a mis colegas suizos? Me temo que, dadas las circunstancias, es necesario, y quién sabe, quizá encontremos alguna pista. Hará falta que me firme una autorización para que puedan acceder a su consulta pero ya la prepararemos luego.

Si Herrero pensaba que Ludwig ocultaba algo, o podía estar implicado en los crímenes, lo disimulaba muy bien. En ningún momento había cambiado la expresión amable de su rostro.

La conversación no daba para más. Quedaba claro que el policía no había esperado conseguir demasiada información y que Ludwig o no sabía o no iba a admitir saber nada. Aún permanecieron hablando diez minutos más de generalidades sobre el caso, mientras Estévez redactaba la autorización de registro para que la firmara Ludwig. En ella se facultaba de forma voluntaria a la policía suiza para entrar en su consulta y registrarla en presencia de dos testigos escogidos por Ludwig. Una vez hechos los trámites, el inspector Estévez acompañó a Ludwig a la salida. En esta ocasión el policía no abrió la boca hasta la misma puerta, donde masculló un inaudible adiós.

En la calle, Ludwig se abrochó la cazadora. Quedaba ya poca luz. En la cabeza daba vueltas a la reunión mantenida con el chocante policía. No habían sacado nada en claro, algo con lo que el inspector parecía contar. Debía admitir que éste le había causado impresión. Aún podía sentir sus húmedos ojos mirándolo con curiosidad.

Tratando de despejar la mente decidió comenzar la noche con un aperitivo antes de decidir adónde ir a cenar.

## DAN (JUEZ)

*Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella.*

Génesis 28; 12

**H**errero observó con resignación el almuerzo que tenía delante. Era mediodía, estaba hambriento y como siempre que se daban ambas circunstancias había abierto la bolsa donde su mujer le ponía la comida con la secreta y nunca cumplida esperanza de que aquella mañana se hubiera apiadado de él.

Sobre la mesa de su despacho aguardaban, impertérritos, dos sándwiches, uno de atún y el otro de pollo a la plancha, sin una pizca de mayonesa o cualquier otro aliño, y una manzana de postre. Para beber, la perenne botella de litro y medio de agua que tenía que vaciar al menos dos veces al día por culpa de los cálculos de riñón que se le formaban periódicamente.

En las otras mesas sus subalternos, aquellos que no tenían un sitio mejor adonde ir a comer y no querían dejarse parte del sueldo en un restaurante, se aprestaban a dar cuenta también de sus comidas.

Ponte y Cuéllar habían pedido unos platos chinos por teléfono que les habían llegado cinco minutos antes, en manos de una adolescente con un *piercing* en el labio y un tatuaje que le recorría la mejilla hasta el párpado.

Herrero nunca había probado la comida china. No le llamaba la atención comer una cosa totalmente desconocida que, fuese lo que fuese que hubieses pedido, siempre olía igual. Pero debía reconocer que tanto el inspector Ponte como el agente Cuéllar parecían disfrutar más que él con su almuerzo. Armados con unos palillos, que Cuéllar dominaba como un maestro, remojaban los rollitos de primavera en una salsa anaranjada contenida en un pequeño envase de plástico y se los metían en la boca. A Ponte, no tan ducho en el manejo de los cubiertos orientales, de vez en cuando se le resbalaba su trozo y caía sobre un papel absorbente dispuesto a modo de mantel, obtenido del rollo para secarse las manos que había en los aseos.

En otra mesa y para mayor tortura de Herrero se encontraba Estévez. Al parecer aquel día no había encontrado compañía más agradable y se había encargado una enorme *pizza* de cuatro quesos cuyo olor agredía los sentidos de Herrero.

No sólo le asqueaba el olor. Era también la forma en la que Estévez se introducía en la boca un desmesurado y deforme triángulo de *pizza*, al que le colgaban hilos de queso semifundido y goterones de tomate. A continuación la masticaba a medias, se limpiaba con una servilleta del mismo material que los manteles de sus compañeros,

sorbía de una lata de cerveza, traída del bar, ya que las de la máquina de la comisaría eran sin alcohol, y seguía hablando con la boca llena.

Otros dos miembros de la brigada, que se encontraban más cerca del maleducado inspector, eran involuntarios receptores de la intermitente charla de éste.

—No te jode que ayer me vino un loco y me empieza a contar una historia de un violín que querían robarle al griego y que por eso se lo habían cargado.

Viendo que sus dos compañeros más jóvenes no tenían más remedio que hacerle caso, mientras comían sus almuerzos, consistentes en sendos bocadillos, uno vegetal y el otro de jamón con tomate, Estévez continuó:

—Cuando yo le contesté que en la casa habíamos encontrado varios violines y que no faltaba ninguno, el tío me respondió que el que él decía estaría escondido porque era un violín robado que el griego había comprado en el mercado negro «¿Y cómo sabe usted eso?», le pregunto y el tío no sabe responder, así que le vuelvo a preguntar: «¿Se trata de algún violín especial?». El judío, porque, no os lo perdáis, el viejo loco era un enano rabino que aseguraba haber venido expresamente desde Jerusalén para contarnos esa historia, ahí estaba, frente a mí, todo vestido de negro, con un sombrero como los que salen en las noticias de Palestina, pero sin esos churros colgando, pues tenía la cabeza monda y lironda.

»Total, que me contesta que era muy valioso, aunque me reconoce que su valor económico sería parecido al de los otros violines que vimos. “¿Y porqué iban a robar ese violín oculto, si podían coger mucho más fácilmente los otros?”. El judío se me queda mirando y me dice al cabo de un rato que el ladrón necesitaba ese violín en concreto. “Ese violín pertenece a una colección muy especial”. Pero no me sabe decir por qué la colección esa es tan especial ni me da más datos...

Herrero, que no había prestado atención al principio al monólogo, aceptándolo como una penitencia añadida a la que suponía el insípido almuerzo, ayudaba a pasar los sándwiches con el agua, abstraído con la mente puesta en algo que había oído.

Según Estévez el rabino había dicho «el ladrón». ¿Era una casualidad, una forma de hablar o el rabino sabía que había sido una sola persona la que había entrado en la casa de Tsaldharis y asesinado a éste y a la enfermera?

Aún no tenían la certeza, pero Herrero sospechaba que realmente el asaltante había actuado solo. ¿Por qué el rabino se había referido a él en singular?

Otro pensamiento, aún más curioso, se le cruzaba. Él conocía al viejo loco del que hablaba el inspector Estévez.

Masticando mecánicamente un trozo de pollo resaco, el inspector jefe recordó el incidente del día anterior cuando llegaba a comisaría para entrevistar al doctor Dreifuss. Venía distraído, preparando la cita, cuando, al doblar la esquina, se tropezó con un hombrecillo todo vestido de negro, con el sombrero típico de los rabinos, que venía en la otra dirección. A consecuencia del encontronazo el anciano se había ido al suelo, rodando el sombrero y mostrando una cabeza «monda y lironda» como había dicho Estévez.

Al ayudar al hombre a levantarse, sus miradas habían coincidido un instante. Aquel momento le había bastado a Herrero para sentir la poderosa serenidad que emanaba de aquel anciano. El inspector jefe, tras recogerle el sombrero, le había entregado una tarjeta por si necesitaba algo, a pesar de entender que los dos habían sido por igual responsables del topetazo.

La entrevista con el médico suizo y el caso que lo ocupaba le habían hecho olvidar el incidente. Recordaba perfectamente la mirada del anciano. Para Herrero, aquel hombrecillo no tenía nada de loco.

Tras el almuerzo, los miembros de la brigada salieron de la oficina para tomar un café en la máquina de la sala de estar. Todos menos Estévez, que salió de la comisaría con una excusa que nadie se molestó en escuchar, y el propio Herrero, que se quedó en su mesa.

Una vez solo, el inspector jefe se acercó a la mesa de Estévez y con cuidado de no desordenar el caos imperante, revisó los papeles hasta dar con lo que buscaba: «Menasés Liebnitz». El rabino se alojaba en un hostel en Trafalgar. Cerca de la sinagoga, recordó Herrero.

Rápidamente, por si regresaba alguno de sus hombres, Herrero echó un vistazo a la declaración del anciano. No había mucho más de lo que había contado Estévez. Lo más llamativo era que la entrevista se cortaba de golpe.

El inspector jefe volvió a su mesa, abrió el cajón, extrajo las descomunales tijeras, tomó de la bandeja de reciclaje una hoja, emborronada por la impresora, y comenzó a hacer triángulos de papel.

—¿*Hakam* Liebnitz? —preguntó un poco preocupado el dueño del hostel por el teléfono—. Un inspector de la policía pregunta por usted... de acuerdo, se lo digo.

—Enseguida baja, inspector. Me ha pedido que tenga la amabilidad de aguardar un momento.

El policía, sin quitarse su sempiterno abrigo y dando vueltas al sombrero entre las manos, se dedicó a echar un vistazo a los cuadros que colgaban de las paredes. Eran todos unas marinas bastante vulgares pintadas por el mismo autor. Cuando estaba examinando la que parecía más prometedora, oyó una voz a sus espaldas.

—*Shalom aleichem*, inspector. Soy el rabino Liebnitz. ¿A qué debo esta agradable sorpresa?

—Buenos días, rabino —dijo el inspector extendiendo la mano—. ¿Se acuerda de mí? ¿Qué tal se encuentra?

—Cómo olvidarlo —respondió Menasés con una sonrisa—. ¡Ahora me doy cuenta de que hacía tiempo que no tenía un encontronazo con la justicia!

Los dos se echaron a reír ante el juego de palabras.

—Pero no se preocupe. Me encuentro perfectamente. Así que es usted inspector jefe de policía —dijo Menasés echando un vistazo por primera vez a la arrugada



tarjeta de visita que le había entregado el policía el día anterior, cuando chocaron en la calle, en la que se podía leer: «Inspector Jefe Pablo Herrero, Brigada de Homicidios»—. ¿Y qué lo trae por aquí?

—Ayer, antes del tropezón que tuvimos, usted había estado en comisaría. Se entrevistó con uno de mis hombres. Según tengo entendido, aseguraba tener información sobre un terrible crimen cometido hace unos días en una mansión a las afueras de Madrid.

Herrero se dio cuenta de que el hombrecillo que tenía enfrente echaba un vistazo por el rabillo del ojo hacia donde se encontraba el dueño del hostel, que fingía ocuparse del libro de entradas.

—Joseph —dijo el rabino—, ¿sería tan amable de dejarnos una salita donde pueda conversar con el inspector?

El aludido se apresuró a guiarlos a su propio despacho y, tras preguntarles si deseaban tomar algo, se marchó cerrando la puerta a sus espaldas.

—En efecto —dijo el rabino, sentado en una pequeña butaca frente a Herrero, que se había acomodado en el ajado sofá en el que, sin duda, se tumbaba Joseph a descansar cuando las noches eran tranquilas—. Ayer tuve la oportunidad de conocer a uno de sus inspectores. Creo recordar que se llamaba Estévez. ¿Me equivoco?

—En absoluto —contestó Herrero—. He estado examinando su declaración. En ella afirma conocer el motivo por el que asesinaron al señor Tsaldharis. ¿Es eso cierto?

—Sí. Como le expliqué al inspector Estévez, el señor Tsaldharis estaba en posesión de un valioso violín hecho por el mejor *luthier* de todos los tiempos, Antonius Stradivarius. Violín que su atacante robó.

Herrero miraba directamente a los ojos de su interlocutor. La mirada decidida, limpia y sincera, no ofrecía lugar a dudas.

—Cuando el inspector Estévez le explicó que en la mansión encontramos varios instrumentos, tanto de Stradivarius como de Giuseppe Guarneri, Andrea Amati y Jacob Stainer, todos ellos reconocidos violeros, pero que no hallamos indicios de que faltase ninguno, usted le dijo que el violín del que hablaba no estaría expuesto porque había sido adquirido por el señor Tsaldharis de manera irregular.

—Ese violín fue robado a su propietario y subastado ilegalmente. Tsaldharis se hizo con él después de una dura pugna.

—Los violines que hemos encontrado en la mansión son obras de arte de muchísimo valor. El precio del violín que dice, según usted admite, no es superior al de éstos.

—Le expliqué a su compañero que el valor que tiene ese violín, para el que ordenó robarlo, no es económico —repuso el rabino—. Pertenece a una colección singular. Los demás no le interesan.

—Mire, antes de que me explique cuál es el valor de esa colección, tengo un par de dudas. Primera: como le he dicho, he leído su declaración. Me ha llamado la

atención que ésta se vea interrumpida de repente. ¿Hubo algún motivo?

El rabino se lo quedó mirando con una sonrisa que daba a su rostro una expresión de cordialidad que ayudaba a sentirse cómodo en su presencia. En ese momento guardaba silencio, como reflexionando sobre la idoneidad de responder a la pregunta de Herrero, que aguardaba tranquilamente.

—Verá, inspector —comenzó a decir, hablando despacio—. Según transcurría la entrevista fui dándome cuenta de que el inspector Estévez parecía incómodo, como si tuviese prisa y se lamentara de estar perdiendo el tiempo con un desequilibrado. Claro que esto era una apreciación mía, puede que estuviera equivocado. El caso es que no quise perder ni su tiempo ni el mío. Temo que no fui muy educado. Simplemente me levanté y me marché. Espero no haber ofendido a su compañero.

Herrero continuó mirando aquel rostro impasible mientras una sonrisa se iba dibujando en su rostro, que resultó ser contagiosa, pues pronto ambos hombres rieron abiertamente.

—No me gusta hablar mal de mis compañeros, pero he de admitir que el inspector Estévez es un inepto. Si se sintió molesto por su actitud, espero que pueda aceptar mis disculpas.

—Desde el momento en que usted ha tenido la amabilidad de acercarse a mi hostel, no necesito más disculpas, inspector.

—Estupendo —contestó Herrero golpeándose la rodilla con el sombrero—. Primera duda aclarada. Pasemos a la segunda: en su comparecencia usted se refirió a un ladrón en singular. Antes también se ha referido a un asaltante. ¿Por qué cree usted que fue sólo una persona?

—Como le he explicado, ese violín pertenece a una colección. No sé exactamente quién está detrás de todo esto, pero no es el primer instrumento que roba. He estado reuniendo datos a lo largo de muchos años. En los últimos tiempos se han producido varios robos y en todos, aunque en éste quizá no sea así, las pruebas apuntan al trabajo de un profesional. Estará de acuerdo conmigo en que los profesionales en este campo casi siempre trabajan solos.

Herrero lamentó no haber recibido el informe solicitado a la Interpol sobre la persona de Menasés Liebnitz. El aparentemente simple hombrecillo que tenía frente a sí escondía más de lo que mostraba.

—Bien. Dejémoslo así por el momento. Dígame, ¿qué hace a esa colección, como usted la denomina, tan importante como para que alguien mate y torture a un anciano indefenso?

El rabino volvió a guardar un pensativo silencio, calibrando a Herrero, que se mantenía expectante.

—Como se suele decir en estos casos, es una larga historia, inspector —dijo, una vez que se hubo decidido—. No sé si es buena idea contársela. Quizá piense que estoy loco, pero necesito ayuda.

El gesto del inspector manifestaba carecer de prisa e invitaba a comenzar el relato.

—A lo largo de su vida Antonius Stradivarius fabricó más de mil quinientos instrumentos, de los que aún quedan unos setecientos. De éstos, hay doce que son únicos. Esa docena de instrumentos guarda una clave secreta, que es lo que busca la persona que ha contratado a ese sicario que usted busca.

El rabino volvió a guardar silencio.

—¿Cuál es el resto de la historia? —preguntó Herrero cuando quedó claro que el hombrecillo no iba a continuar—. Creí haber entendido que iba a ser larga.

—Durante la segunda guerra mundial —siguió el rabino tras pensárselo un rato— los nazis crearon la Deutsches Ahnenerbe, un instituto para estudios de todo tipo, conocido como la Herencia de los Ancestros. En ese instituto se llevaron a cabo estudios de medicina, aeronáutica, criptología, física, matemáticas, historia, geografía, mitología, literatura y gramática, arte y un largo etcétera. Uno de los departamentos estaba dedicado al esoterismo y lo dirigía un tal Friedrich Hielscher.

»En ese departamento se llevaron a cabo los más extraños y absurdos proyectos. Uno de ellos tenía que ver con unos instrumentos de cuerda fabricados siglos atrás por el genial *luthier* cremonés. De alguna forma que ignoro, los nazis se enteraron de lo que escondían aquellos instrumentos y buscaron la clave para identificarlos y obtener su secreto. Cuando dieron con esa clave la guerra había entrado en su final y tuvieron que escapar, dejando atrás una pira de documentos ardiendo que no se terminaron de consumir. Parte de esa documentación fue recuperada por los aliados y examinada. Lo que no les servía fue entregado a los Archivos Yad Vashem de Israel. Tras los juicios se lo dieron todo.

»Entre esa documentación había una carpeta chamuscada en la que parecían faltar muchos documentos y a la que los nazis habían otorgado un nivel de confidencialidad muy alto, señal de que para ellos tenía muchísima importancia. Esa carpeta llegó hasta mí y durante años estudié su contenido. Por lo que pude ver, habían logrado identificar parcialmente cuáles eran los instrumentos, pero se encontraron un inconveniente, posiblemente nada serio si no hubiesen perdido la guerra, pero sí para solventarlo desde el exilio.

»Verá. Stradivarius les puso a esos instrumentos los doce nombres en latín de los meses del año. Por algún motivo cambió estos nombres por los de los doce hijos de Jacob, las famosas doce tribus de Israel, de las que provenimos los judíos.

—Imagino que se referirá al Jacob que se hizo pasar por su hermano para que su padre lo bendijera.

—Exacto, inspector, el mismo que se quedó dormido sobre una piedra y soñó con una escalera que subía hasta el cielo, con ángeles subiendo y bajando, y Dios en lo más alto de la escalera. El caso es, inspector, que los nazis sabían los nombres que Stradivarius había puesto a sus instrumentos pero, y aquí está el problema, hoy esos

instrumentos han perdido su nombre original. Debían averiguar qué nombres tenían en la actualidad y si habían sobrevivido al paso del tiempo.

—¿Y los encontraron?

—Los han ido encontrando, ahora uno, ahora otro. Pienso que recientemente, y me refiero a este último año, han logrado identificarlos todos y saber dónde se encuentran. Evidentemente han llegado a la conclusión de que la colección está entera, de otra forma no les hubiese servido de nada.

—¿Piensa que aquellos científicos están detrás de este robo? —preguntó Herrero sin mostrar su sorpresa por la rocambolesca historia que estaba escuchando.

—Estoy seguro —contestó sin alterarse el rabino—. Como le he dicho, cuando los alemanes admitieron haber sido derrotados, no perdieron el tiempo. Destruyeron toda la documentación que pudieron y corrieron a ponerse a salvo. Antes le he hablado de Friedrich Hielscher, responsable de la sección esotérica de ese instituto. Además de éste escaparon otros tres nazis que conocían el proyecto. —El anciano rebuscó dentro de su chaqueta hasta dar con un papel doblado varias veces que alisó—. Aquí tiene los nombres de estos tres científicos. Oswald Dönitz, matemático y musicólogo, Friedrich Schäuble, físico, y Martin Eichhorts, historiador especializado en historia de las religiones. De estos cuatro no se ha vuelto a saber. Todas las indagaciones que he llevado a cabo invitan a pensar que han muerto, pero al menos uno de ellos tiene que seguir vivo.

Herrero examinó el papel que tenía en la mano. En una de las caras, escritos con minuciosidad en letra pequeña y anticuada, y con tinta azul, aparecían los nombres de los cuatro mencionados y un pequeño texto a continuación de cada uno de ellos, en un idioma que Herrero fue incapaz de reconocer. La tinta se veía desvaída, por el tiempo transcurrido.

En el otro lado del papel venía un listado de muchos nombres, con unos años al lado. Bastantes de esos nombres habían sido tachados.

—¿Esta lista es de los instrumentos que usted dice?

—Así es, inspector. Como verá, he eliminado varios según he podido ir identificando los que componen la colección. Sólo quedan veinte. En el catálogo que había en la carpeta incautada a los nazis, venían solamente los nombres de éstos tal y como los había bautizado Stradivarius, es decir con los nombres de los doce meses en latín. Cada uno venía con un año concreto entre 1690 y 1737, lógicamente el año en que fue fabricado, lo que eliminaba muchos instrumentos. Ya he señalado que el hecho de que se continúe buscando los instrumentos quiere decir que todos ellos se mantienen íntegros, lo que ayuda a reducir el número de los posibles. Todos ellos deben ser perfectos, así que he descartado de la lista algunos trabajos considerados menores.

»De los veinte que quedan, los que tienen un asterisco, que como verá son nueve, pertenecen seguro a esa colección. De esos, ocho, los subrayados, ya están en poder de ese hombre. Entre los once restantes, todos ellos fabricados en los años 1690, 1713

y 1726, hay tres que completan la colección pero aún no sé cuáles son. No deben caer en manos de esos hombres. Tiene que protegerlos.

—Mi trabajo es detener al que mató al señor Tsaldharis.

—«Nos dirigimos a lo que parece urgente, pero nunca alcanzamos lo que es importante de verdad» —citó el rabino—. Usted quiere encontrar al asesino. Yo, sólo impedir que consiga llevar a cabo sus planes.

Herrero seguía mirando el papel que tenía en la mano. Le costaba volver a mirar aquellos ojos que lo escrutaban.

—¿Y qué se supone que pueden hacer estos instrumentos? —preguntó Herrero, tras un largo y embarazoso silencio.

—Abrir la escalera de Jacob. Son las llaves del Cielo.

Armado con un plano de Madrid, Ludwig conducía el Mercedes alquilado, tratando de situarse. No quería reconocer que se había perdido. La casa del armador griego se encontraba fuera del plano y hacía tiempo que su ruta también se hallaba fuera de los límites del mapa.

Según sus cálculos, un par de kilómetros atrás debía haberse abierto un camino a su derecha, lo suficientemente ancho como para aparecer en un mapa. En un mapa más grande y detallado que el que le habían facilitado en el hotel.

Dándose por vencido, maniobró el Mercedes para entrar en una gasolinera, donde un empleado de raza gitana, con larga cabellera ondulada, negra como el carbón, y unas frondosas patillas llenaba el depósito del ciclomotor de una chica que se reía con sus ocurrencias.

—¿Qué va a ser? —preguntó el gitano sin dejar de servir—. ¿Llenamos?

—No —contestó Ludwig sin bajarse del coche—. Sólo quería saber por dónde se puede llegar a la mansión Hybris.

—¿La casa donde se cargaron al griego? —dijo el gitano—. Se ha pasado el cruce. Tiene que volver por donde ha venido. A kilómetro y medio verá un camino al otro lado. Viniendo de aquí se ve fácil, pero cuando se viene de allí para aquí la entrada queda tapada por los árboles.

—Gracias. ¿No tendrá un mapa mejor que éste?

—Claro, no faltaba más. Tiene unos cuantos. Ahí, al lado de las revistas.

Ludwig bajó del Mercedes, entró en la cafetería de la gasolinera y miró el surtido de mapas, optando por uno de uso complicado pero muy amplio. Esperó a que la chica abonara el importe del combustible entre las descaradas insinuaciones del encargado y después pagó el mapa. Como experto en estas cuestiones, estaba convencido de que la chica no tardaría en regresar por aquella gasolinera.

Conduciendo despacio para no volver a pasarse el cruce encontró, tal como le había dicho el gitano, la entrada al camino. Ahora veía claro por qué se la había

pasado. La entrada estaba situada de forma oblicua a la carretera nada más pasar una tupida maraña de árboles muy altos, sin ninguna señalización.

Ludwig se apartó al estrecho arcén, a la espera de hacer la irregular maniobra de pasar por encima de la raya continua. Tenía su riesgo, ya que no podía ver los coches que venían de frente a causa de una cerrada curva. Aun así, cuando lo dejaron de adelantar y no vio venir vehículos, aceleró el Mercedes y cruzó la carretera hasta entrar en el camino.

Trescientos metros después, llegó hasta las cerradas verjas de la mansión. Detuvo el coche y se bajó. Las verjas de hierro, con unas anticuadas filigranas, permitían ver un sinuoso camino también asfaltado, flanqueado por árboles. Los altos muros donde pivotaban las verjas tenían en su parte más alta una alambrada de espino.

A la derecha de las verjas había un interfono dotado de cámara con un único pulsador. Sobre el muro, otra cámara enfocaba la entrada. En una pequeña y sencilla placa de bronce al lado del interfono, venía escrito el nombre de la mansión: Hybris.

Viendo aquellas espartanas instalaciones se preguntó el porqué del nombre. En la entrevista con la policía, el inspector le había explicado que el nombre se lo había puesto su tío y que en griego quería decir «soberbia».

¿Qué persona podría elegir «Soberbia» como nombre para su hogar?

Ludwig pulsó el timbre y aguardó. Al momento se encendió una luz sobre la cámara del interfono y una modulada voz con fuerte acento británico preguntó:

—¿Qué desea?

—Soy Ludwig Dreifuss. ¿Es usted míster Aldrich?

—Sí, señor. Bienvenido. Ahora mismo le abro. Siga, por favor, el camino hasta la casa, al final.

Ludwig condujo el Mercedes entre los árboles, hasta que de pronto éstos dejaron paso a un enorme y cuidado jardín de hierba en medio del cual se alzaba, impresionante, la mansión, de un blanco inmaculado. En la puerta, sobre la escalinata de mármol, severamente vestido, aguardaba un hombre mayor.

—Encantado de conocerlo, míster Dreifuss —dijo en español el pasante del asesinato griego—. Soy Robert Aldrich, ayudante de su difunto tío, míster Tsaldharis. ¿Le ha costado mucho encontrar la casa?

—Un poco, sí —contestó también en español Dreifuss—. Me he pasado el cruce y he tenido que preguntar en la gasolinera.

—¿Mario le ha explicado cómo llegar hasta aquí? —preguntó con una sonrisa el pasante—. En ese caso, para estas horas todo el pueblo sabrá que usted ha venido. Es un buen chico, pero un poco curioso.

—¿Le parece que hablemos en inglés? —preguntó Ludwig y, cambiando de idioma, añadió—: Creo que nos resultará más cómodo a ambos.

—Muy bien, míster Dreifuss —aprobó Aldrich haciendo otro tanto—. ¿Entramos y vemos la casa?

Traspassando el dintel de la entrada, Ludwig se encontró un enorme vestíbulo con una escalinata de mármol en el centro, abrigada con una espesa alfombra roja, sujeta en cada escalón por una barra dorada. En un costado, ingeniosamente integrado, había un ascensor.

—Es esta planta están las cocinas, la biblioteca, el salón principal y el comedor. En la segunda planta, las habitaciones de su tío, su despacho y también el mío, y varias salas más, donde míster Tsaldharis guardaba sus colecciones. También hay una sala con material hospitalario, para el caso de que su tío lo necesitara. La planta de arriba contiene habitaciones para el servicio, pero que no se usan, ya que el servicio no pernocta en la casa, más salas llenas de vitrinas y expositores, y habitaciones para invitados vacías. Su tío apenas recibía visitas. Como verá, era un apasionado coleccionista de arte. Todos los cuadros y esculturas que vea en la casa son auténticos y de enorme valor. También coleccionaba instrumentos de música, auténticas obras de arte. En la biblioteca hallará ejemplares únicos.

—¿Los asaltantes no se llevaron nada?

El pasante se envaró un poco ante tan delicada cuestión.

—Como ya dije a la policía, no hemos echado de menos nada. Estos días hemos llevado a cabo un inventario con los catálogos que míster Tsaldharis guardaba. Hasta la última estatuilla, pergamino o pintura están donde deben.

—Resulta extraño que los asaltantes no se llevaran nada.

—A mí me parece que es cosa de locos —apuntó el pasante con un escalofrío.

Dos horas después, Ludwig se despidió del pasante y montó en el Mercedes. Aún estaba anonadado por lo que había visto. Hasta ese momento no había sido consciente de lo que suponía la herencia. Una vez satisfechas las obligaciones con Hacienda, los empleados y la burocracia, le iba a quedar lo suficiente para vivir como un rey durante diez reencarnaciones.

Sobre la cama de su apartamento, Etzel rememoraba.

En una escueta carta se le había comunicado que el violonchelo Chevillard había sido localizado en Lisboa. Su poseedor trataba de venderlo a través de internet y ya estaba convenido el precio. Etzel sólo tendría que dirigirse a la capital lusa, contactar con el vendedor y hacer efectivo el pago. Sin embargo, en la misiva se lo conminaba a estar alerta. Su cliente sospechaba que el vendedor del violonchelo pudiera tratar de engañarlos.

El pago debía hacerse en efectivo: trescientos mil euros en billetes usados y con numeraciones no consecutivas. Un buen precio para un violonchelo. El nazi no había querido regatear a pesar de saber que el vendedor hubiese tenido muchos problemas para venderlo por la mitad de lo que exigía, pues estaba claro que la procedencia del instrumento era ilícita.

Etzel había tomado un vuelo para Lisboa y se había alojado en un céntrico hotel. Allí debía esperar a que el vendedor se pusiera en contacto. Había permanecido tres días, prácticamente sin salir de la habitación, esperando pacientemente, sumido en la lectura de los *Comentarios al Corpus Aristotelicum*, del médico y filósofo árabe Averroes. La experiencia le había enseñado que en su trabajo la paciencia era una virtud.

El tercer día de estancia recogió en la recepción un sobre dirigido al nombre falso que había dado. Dentro tan sólo encontró un pequeño plano de la ciudad de Viana Do Castelo, con una cruz sobre lo que era una catedral en lo alto de un monte y una fecha: la del día siguiente, a las seis de la tarde.

Abandonó el hotel lisboeta, alquiló un pequeño pero potente utilitario y se encaminó hacia la ciudad costera.

La cita tendría lugar detrás de la catedral de Santa Luzia, pequeño templo que dominaba la ciudad costera desde un monte, al que se llegaba tras machacar los amortiguadores del coche sobre una pista de adoquines.

El día de la cita, a las cinco de la tarde, un despistado turista, joven, de cabellos negros, piel sumamente blanca, ojos verdes, alto y espigado, visitaba la catedral cámara en mano. En el museo que encontró en la parte de atrás, con gestos corteses, pidió la hora a un hombre con unas feas gafas espejadas colocadas sobre un pelo de lo más sucio. El hombre parecía alterado y lo despachó con malas palabras. Pero Etzel ya había comprobado lo que quería: el tipo estaba armado, nervioso y no era policía.

Fuera, en los jardines por los que aún paseaban algunos ociosos, el curioso turista descubrió otro individuo que hacía juego con el anterior. No vio nada más extraño por el lugar y bajó parte de la ladera hasta el vehículo, alquilado, que había aparcado en un lugar discreto, donde se despojó de su disfraz.

Momentos después, con el maletín en la mano, subió las escalinatas que daban a la parte trasera de la catedral y se dedicó a contemplar los jardines tal y como estaba acordado.

Quince minutos más tarde se le acercó un hombre, fumando nervioso un cigarrillo.

—Buenas tardes —dijo el hombre en un mal inglés—. ¿Me esperaba?

Etzel asintió.

—¿Trae el dinero? —preguntó sin preámbulos el hombre.

—Lo traigo —dijo Etzel abriendo un poco la cartera para que al codicioso vendedor se le fuesen los ojos—. Quiero ver el Chevillard.

—Claro, claro. Acompañeme —dijo el hombre, dirigiéndose hacia el interior de los jardines, donde la niebla, cada vez más espesa, y la falta de luz artificial dificultaban la visión.

Etzel suspiró para sus adentros. Durante su reconocimiento previo del lugar, con su disfraz de turista, había llegado a la conclusión de que la zona era peligrosa y, si



querían tenderle una trampa, el mejor lugar sería aquel jardín. Siguió al hombre pero no se le pasó el movimiento de los dos tipos que había visto antes cerrándole la retirada.

Había esperado entregar el dinero y marcharse con el instrumento, pero aquellos aficionados se empeñaban en complicar las cosas. Con irritación pensó que los tres indeseables sólo pretendían robarle y en realidad no tenían el Chevallard en su poder.

—Aquí lo tiene, amigo, ¿qué le parece? —dijo el hombre al llegar hasta una vieja furgoneta, donde abrió las puertas traseras, dejando a la vista el enorme estuche de un violonchelo.

Etzel lo abrió. En su interior encontró un bello y exquisito instrumento. Sacándolo de la funda lo examinó con cuidado: la cruz de Malta con la firma de Antonius Stradivarius, la fecha de 1726. Por ahora todo estaba bien, pero resultaba relativamente sencillo falsificar el sello. No lo eran tanto otras marcas que Etzel sabía dónde buscar: un rasponazo en la tapa que cruzaba el filete, una pequeña desviación de la espiga, la decoloración en el batidor, por debajo de la cuerda de sol.

Tras el concienzudo examen respiró aliviado. Por lo menos el Chevallard era auténtico. Podía ser, incluso, que el vendedor sólo quisiese su dinero y todo el montaje hubiese sido por miedo a caer ellos en una trampa.

—Está bien. Me quedo el instrumento. Aquí tiene el dinero.

—¿Sabe? El caso es que el precio ha subido —dijo el hombre con una sonrisa torva sin dejar de mover las manos—. Tenemos otro comprador muy interesado en este violonchelo. Claro que podríamos llegar a un acuerdo...

—¿Cuánto más quiere?

—El doble.

—No tengo tanto dinero.

—Es una lástima. Pero no se preocupe. Nosotros —dijo apuntando con el mentón a los dos hombres que se acercaban con gesto amenazador— guardamos el dinero, usted nos trae lo que falta y entonces se lleva el violonchelo.

Los tres sonreían dejando entrever sus armas.

—Me temo que eso no será posible —repuso Etzel con voz gélida.

Los matones no llegaron a borrar la sonrisa de sus caras. Mientras uno de ellos se ahogaba en su sangre alcanzado en la garganta por la pistola con silenciador que humeaba en manos de Etzel, su compañero se derrumbaba con un tercer ojo en medio de la frente. Peor suerte corrió el que había llevado la corta negociación. Dos centímetros por encima del ombligo, una mancha roja empapaba su camisa.

—«Las almas de los hombres están entregadas a la avaricia» —dijo Etzel citando un pasaje del Corán mientras apoyaba el tubo del silenciador en un ojo del aterrorizado matón.

Otro suspiro brotó de la pistola empujando violentamente la cabeza del hombre hacia atrás.

Momentos después, con el Chevillard en el asiento trasero bien tapado con una manta, Etzel abandonaba Portugal camino de Santiago de Compostela. En la ciudad gallega contrató los servicios de una prestigiosa empresa de transportes. Serían los encargados de trasladar el valioso instrumento hasta una consigna en la estación de tren de Niza, donde su nuevo propietario se haría cargo de él.

Sujetando en la mano el folleto que le había entregado una simpática estudiante cerca de la Puerta del Sol, Menasés miraba sin ver el estanque donde media docena de barquitas se dejaban llevar movidas por sus intrépidos navegantes.

Le dolía la pierna. Ahora, sentado en uno de los bancos del parque del Retiro, flexionaba de vez en cuando la rodilla, tratando de mitigar un poco el dolor. Había llegado andando por la calle de Alcalá, un buen paseo que le iba a pasar factura.

Sin embargo no eran las molestias de su maltrecha pierna lo que le ocupaba la cabeza. Desde luego, el inspector jefe Herrero no tenía nada que ver con aquel otro individuo que le entrevistara en la comisaría, pero a pesar de ello el policía había sido franco, reconociendo que la historia contada por Menasés era demasiado fantástica para ser dada por cierta sin contrastarla. Al menos, Herrero le había prometido tenerla en cuenta.

Pero no quedaba demasiado tiempo. Menasés sabía por experiencia lo lenta que es la burocracia para estos temas. El inspector tendría que ponerse en contacto con la Interpol, si no lo había hecho antes de la entrevista para comprobar sus antecedentes. También debería comprobar con la policía especializada en arte los detalles que le había facilitado, así como hacer averiguaciones para confirmar la muerte de los cuatro nazis de los que habían hablado. Sobre esto Menasés no tenía mucha fe. Él, a lo largo de los años, había indagado a fondo sin encontrar nada.

Menasés no podía culpar al inspector por poner en duda su historia. Bastante había hecho con escucharla hasta el final, sin levantarse a mitad de explicación y marcharse. Debía reconocer que a los oídos de cualquiera sonaría como la trama ideada por un loco.

Lo único que parecía claro era que debía tomar otras medidas al margen de la policía pero... ¿qué hacer? En otros tiempos podría haber pedido ayuda al equipo de Simon. ¿Quizá aún podría hacerlo? Sabía adónde llamar. Sin duda lo ayudarían.

Pero el grupo de Simon también había cambiado. Sus compañeros se habían retirado o muerto. Sus sucesores estaban relajados y no conocían las operaciones de los viejos tiempos. Quizá ni siquiera se dignaran a escuchar a un viejo como él, o lo trataran como a un desequilibrado, al igual que había hecho aquel policía.

Estos pensamientos habían cruzado por la mente de Menasés mientras descendía por la calle Montera, desde la Gran Vía madrileña hasta la Puerta del Sol. Un par de veces se vio abordado por mujeres vestidas con ajustadas prendas que, con cansadas sonrisas, le proponían subir a una de las pensiones situadas en la calle, donde

mantendrían inolvidables relaciones. Menasés no era un mojigato. En los buenos tiempos había mantenido en más de una ocasión el pabellón alto, pero ahora no estaba seguro de pasar la más elemental prueba.

Sumido en sus reflexiones, el rabino llegó hasta la entrada del Corte Inglés de la Puerta del Sol. En ese momento un ulular de sirenas fue creciendo hasta convertirse en un estrépito insoportable. Motos de la policía circulando a toda velocidad abrían paso a una caravana de impresionantes y blindados vehículos negros con las lunas tintadas que impedían ver su interior. Cerraban la comitiva otros vehículos algo más discretos, que lucían destellantes imantados en los techos.

Cuando pasó la comitiva y se apagó el estruendo pareció que la ciudad volvía a tomar el ritmo, como si durante ese paréntesis se hubiese sumido en un letargo. En ese momento una joven de unos diecisiete años, que se ganaba un dinerillo repartiendo publicidad, le entregó sin mirarlo el folleto.

Menasés lo recogió por educación, sin dedicarle más que una somera mirada antes de arrojarlo discretamente en una papelera llena ya de esos y otros deshechos. Continuó andando unos metros antes de detenerse. Algo nuevo daba vueltas en su cabeza. ¿Qué era? Había una nueva variable en el problema que se le escapaba.

Se fijó en el escaparate de una librería y trató de limpiar su mente mientras lo observaba. Una colección de novelas históricas ocupaban la zona principal: *El Código Da Vinci*, *La Conjura Sixtina*, *El Santuario*... En segundo término había libros sobre informática, tratamiento de textos, diseño gráfico. A un lado, manuales sobre la cría del caballo, ajedrez y coches antiguos...

De pronto se volvió y a punto estuvo de chocar con una pareja mayor que también estudiaba la oferta literaria. Esquivado el incidente se encaminó hacia la papelera donde había arrojado el folleto. Y allí, con diversidad de letras y dibujitos para captar la tenue atención del ocasional lector, encontró lo que buscaba.

Se trataba de un programa musical. De las piezas que se presentaban, algunas le sonaban y otras no. El nombre del intérprete, un tal Xavier Puig, le recordaba algo. Pero sobre todo era el nombre del instrumento el que hablaba por sí solo: Piatti.

El violonchelo Piatti. Antiguamente llamado Red Stradivarius, y conocido mucho antes, algo que solamente sabían unas pocas personas que se podían contar con los dedos de una mano, como Isaachar o November. Un noble instrumento que había recibido el nombre de uno de sus antiguos propietarios, Alfredo Piatti, un gran concertista italiano.

En ese momento y mientras se guardaba el panfleto en un bolsillo de su abrigo, caminando sin destino, una idea empezó a forjarse en su cabeza. Cuando llegó, sin ser consciente de ello, a la Puerta de Alcalá, entró al parque del Retiro. Anduvo tranquilamente hasta el estanque y tomó asiento en uno de los bancos, al lado de una joven sudamericana que daba de comer a un ruidoso niño rubio de ojos azules.

Volvió a examinar el panfleto con más atención. En el mismo se informaba de un concierto que se celebraría la noche siguiente en el Teatro Real a cargo del

violonchelista Xavier Puig, acompañado de la Joven Orquesta del Conservatorio de Madrid. Se trataba de un acto benéfico para recaudar fondos con los que sufragar la remodelación del conservatorio y la entrada más barata costaba treinta euros.

El Piatti, Menasés tenía la convicción, era uno de los instrumentos que pertenecían a la colección de los doce stradivarius que buscaban sus enemigos. Como cada uno de ellos, era único e insustituible. No quedaba mucho tiempo y dudaba que la policía española hiciera algo para protegerlo o para recuperar el del griego asesinado.

Pero si él conseguía tener acceso a uno de aquellos instrumentos, podría frustrar los esfuerzos de sus adversarios. Con que uno de los doce fuera inutilizado todo el diabólico plan se vendría abajo. Nunca había tenido acceso a una de aquellas preciadas piezas, pero ante sus ojos se abría una oportunidad.

La noche siguiente el Piatti estaría en el Teatro Real y Menasés podría, con un poco de suerte, llegar hasta él.

A pesar de las repetidas indicaciones para que fueran desconectados todos los móviles, una interpretación discordante de las cuatro estaciones de Vivaldi rompió el respetuoso silencio, mientras el avergonzado propietario del artefacto trataba de sacarlo del bolsillo. Un par de chistidos recriminaron al maleducado.

Menasés no captó nada de esto, de la misma manera que era incapaz de apreciar los virtuosismos de los músicos que se esforzaban en dar lo máximo de sí. La atención del rabino se concentraba única y exclusivamente en el enorme instrumento que parecía cobrar vida en manos de su dueño. Su voz grave y poderosa, que a veces destacaba y otras se escondía para dar realce al resto de la orquesta, era disfrutada por todo el público menos por Menasés.

El rabino ocupaba una de las últimas filas del enorme anfiteatro. Aún con las lentes puestas le costaba hacerse una idea de los detalles del escenario. Sumido en un estado de catarsis era incapaz de retirar la mirada del borroso violonchelo mientras en su cabeza trataba de dar sentido al descabellado plan.

—Señoras y señores —dijo el maestro de ceremonias cuando se apagaron los aplausos—. Antes de comenzar la segunda parte del concierto, haremos un pequeño descanso de quince minutos. Les recordamos que no se puede fumar en la sala. Los que deseen hacerlo tienen un espacio habilitado en la cafetería. Asimismo, les agradecemos que mantengan apagados los teléfonos móviles.

Entre tanto, parte del público se había levantado de sus asientos buscando alivio en los baños, inhalar desesperadamente un poco de humo, estirar las piernas o atender el teléfono de las posibles llamadas que se hubiesen producido durante el primer acto.

Siguiendo a la manada, Menasés abandonó la sala sin tener demasiado claro qué iba a hacer. Quizá sería mejor esperar a que terminase el concierto, pero cabía la posibilidad de que en ese momento hubiera demasiada gente en torno al instrumento

y su propietario. Por otra parte, podía suceder que a Menasés se le esfumase la determinación.

Deambulando por el pasillo, nadie se fijó en el pequeño anciano que traspasaba las puertas gemelas donde se indicaba que estaba prohibido el paso. Tras las puertas, otro pasillo desnudo llevaba hasta otra puerta doble, donde se indicaba la misma prohibición de acceder. Haciendo caso omiso de nuevo, el rabino penetró en otro pasillo.

Esta vez el pasillo estaba lleno de jóvenes orquestistas con sus instrumentos. Algunos estaban sentados en unas sillas de plástico forradas de tela ignífuga azul. Otros permanecían de pie, demasiado excitados para sentarse. Botellas de agua eran repartidas por sus profesores, que corregían los nimios errores cometidos por sus pupilos. Unos pocos sentados en el suelo repasaban las partituras, afinaban sus instrumentos o ensayaban de manera discreta.

Sin detenerse para evitar que alguien le preguntara qué estaba haciendo allí, el rabino paso entre los estudiantes y sus maestros, continuando a través del pasillo hacia lo que parecían las puertas de los camerinos. Un vigilante jurado aburrido tomaba un café de máquina a la vez que trataba de establecer contacto con dos jóvenes y muy arregladas azafatas.

Como si de un fantasma se tratara, el hombrecillo vestido de negro, con la pelada cabeza cubierta por un anticuado sombrero de ala blanda y una leve cojera, fue de puerta en puerta leyendo los letreros que identificaban a los ocupantes de los camerinos, sin que nadie se fijase en él.

Cuando al final dio con la puerta donde se podía leer Xavier Puig, Menasés golpeó suavemente con los nudillos como si temiera que le respondieran. ¿Qué le diría a su ocupante si éste abría la puerta? ¿Que debía destruir su amado violonchelo para que un loco no se hiciese con él? ¿Le explicaría lo que ese loco pretendía hacer con el valioso instrumento? ¿Cuánto tardaría el vigilante en sacarlo del auditorio y llamar a la policía?

Pensando en alguna disculpa peregrina, Menasés volvió a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza. En el interior no se oía nada. Una tercera llamada aún más fuerte tuvo el mismo efecto. Sin pensarlo dos veces, el rabino giró el pomo de la puerta y con sigilo entró en el camerino. No era demasiado grande. Una pequeña cama para descansar, un baño con lo indispensable, una mesa con un gran espejo en la pared, otra más grande con unas sillas alrededor y un cómodo diván con una lámpara de pie al lado era cuanto contenía la estancia.

Sobre la cama había un enorme estuche de color negro con la misma forma que el instrumento que buscaba. Menasés luchó con los cierres hasta lograr abrir la funda. El corazón le empezó a latir más rápido. Allí estaba, en su lecho de terciopelo azul, el magnífico instrumento salido de las manos del gran *luthier* cremonense Antonius Stradivarius. Uno de los mejores violonchelos que se hubiesen fabricado jamás, de un

precio incalculable y por el que sus enemigos no dudarían en matar con tal de hacerse con él.

Indefenso y silencioso, el codiciado violonchelo permanecía ajeno a las emociones que provocaba. Menasés, aún consciente de que el tiempo apremiaba y de que enseguida se abriría la puerta por donde entraría el alarmado concertista, era incapaz de apartar la mirada del interior del estuche. Finalmente y con un gran esfuerzo consiguió levantar la vista. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y extrajo una pequeña lata para rellenar mecheros que había comprado en un estanco. Con torpes manos trató de abrir el precinto de la lata pero sus dedos artríticos se mostraban incapaces.

Cada vez más nervioso, el rabino tiraba de la argolla de plástico. No podía ser. La increíble buena suerte de la que había disfrutado hasta ese momento, permitiéndole llegar hasta el Piatti, le daba la espalda justo en el momento clave. Fuera del camerino, se oían voces que se acercaban. Menasés buscó alrededor, tratando de encontrar alguna herramienta que lo ayudara a abrir la lata.

Sobre la mesa de maquillaje encontró unas tijeras de manicura. Cogiéndolas como si fuesen un puñal atacó el tapón de plástico. Un chorro de gasolina le salpicó las manos. Menasés dejó caer las tijeras y se encaminó hacia la cama, donde aguardaba indefensa su víctima.

En ese momento se abrió la puerta. El propietario del camerino regresaba para recoger el chelo y continuar el concierto. El fuerte olor a gasolina y la presencia de un desconocido que se encaminaba hacia su estuche lo dejaron momentáneamente paralizado.

—¿Qué hace usted? —gritó el concertista, reaccionando por fin, a la vez que se arrojaba encima del anciano y lo derribaba.

El vigilante, que había oído el grito, entró en el camerino e inmovilizó al rabino y le arrancó la lata de gasolina de las manos.

Humillado por el fracaso, Menasés no respondió. Levantado como si fuese un fardo, lo sentaron en una de las sillas, custodiado por el guarda, que, a la vez, informaba a sus compañeros de la situación. En menos de un minuto el rabino se vio rodeado por otros dos hombres y una mujer, todos vistiendo el mismo uniforme. El primer guarda jurado, como el concertista comprobaba el estado de su violonchelo, pintó una escena en la que él combatía heroicamente con un insignificante viejo de setenta y ocho años, mientras le retorció el brazo a la espalda para dar mayor firmeza a sus palabras e impresionar a las dos azafatas con las que había estado distraído y que, al reclamo del alboroto, se habían acercado.

—Disculpen, señores —dijo irritado el concertista, que veía cómo su intimidad se veía violada por toda aquella gente—. ¿Les importaría abandonar mi camerino? Eso va por ustedes también —añadió, señalando a los vigilantes que se habían apostado en torno al hombrecillo, como si de un peligroso criminal se tratara.

Solamente la intervención del director del auditorio logró que, a regañadientes, los guardas jurados abandonaran su presa.

—¿Le importaría decirme quién es usted y qué trataba de hacer con mi violonchelo?

—Nadie importante —contestó el rabino—. Y mis intenciones ya las sabe. Intentaba destruirlo —añadió señalando el instrumento, que continuaba incólume en su estuche.

—Pero ¿por qué? —preguntó el director del auditorio, un pomposo individuo enfundado en un caro traje cortado a medida.

—Si se lo dijera no me creerían. Pensarían que estoy loco. Y tal vez tengan razón.

—Llamaré a la policía —dijo el director.

—Espere un momento, por favor —dijo el concertista, sin dejar de mirar al hombrecillo. A pesar de la situación, aquel anciano no le parecía un perturbado ni un delincuente. La paz y determinación que percibía en aquel hombrecillo no eran comunes.

—Déjeme marchar —dijo Menasés mirando directamente a los ojos al concertista.

—¡Ni hablar! —protestó el director alzando la voz—. Voy a presentar una denuncia contra usted. No se moverá hasta que venga la policía a llevárselo.

Ajenos a sus palabras, los otros dos hombres continuaron examinándose.

—No va a llamar a nadie —dijo finalmente el concertista—. No deseo presentar ninguna denuncia contra este hombre.

—¡Pero yo, como director del auditorio, sí! —repuso escandalizado el otro.

—¡No hará nada! Su sistema de seguridad es un desastre. Este hombre ha entrado aquí como Pedro por su casa. Si no quiere que denuncie al auditorio por flagrante desidia, va a permitirle marchar ahora mismo. Me hubiese gustado saber por qué quería usted destruir mi violonchelo —dijo el concertista una vez en la salida, mientras el director, rojo como la grana, sujetaba la puerta.

—No merece la pena, señor Puig —contestó Menasés mirándolo de nuevo a los ojos—. Le agradezco lo que ha hecho. Hágame un favor. Vigile como nunca ese instrumento. Alguien tratará de arrebatárselo y no dudará en matar a quien trate de impedirselo. No puedo decirle más. Se lo he comunicado a la policía, pero me temo que no me han hecho demasiado caso.

Alexander Pawlak cerró la puerta de su despacho y se sentó en el confortable sillón situado en medio de la estancia, tras la despejada mesa. Los dos muebles, junto a unos pocos cuadros, eran los únicos objetos que ocupaban ese despacho, pocas veces utilizado por el anciano.

Sobre la mesa, una pantalla plana de ordenador de veintiún pulgadas estaba inerte. Pawlak accionó los pulsadores correspondientes para que tanto la pantalla

como la CPU se iniciaran. Al momento, el suave zumbido de los ventiladores destinados a refrigerar las tripas del ordenador se extendió por la sala.

Mientras esperaba a que el sistema estuviera operativo, Pawlak miró el cuadro que colgaba de la pared de enfrente, una representación de Parsifal, pintada por Franz Stassen. En ella, el héroe, símbolo de la pureza y de los ideales nazis, montaba un caballo, con la cabeza gacha y la lanza apuntando al suelo, extenuado en su inútil lucha por encontrar el esquivo Grial.

Pawlak entendía la fatiga del caballero. Él también llevaba demasiado tiempo detrás del Grial pero, a diferencia del héroe, Pawlak estaba a punto de encontrarlo.

Con un acorde, el ordenador anunció su disposición para ponerse a trabajar. El anciano sacó de un cajón de la mesa un teclado inalámbrico y un ratón láser. Introdujo su clave personal y aguardó mientras la máquina la certificaba. Después tecleó en la barra superior: «[www.es.groups.yahoo.com](http://www.es.groups.yahoo.com)». Al momento, la página solicitada apareció en la pantalla.

Consultando un mensaje en el móvil de prepago que le habían mandado, introdujo dentro del grupo *fotos-familia* el *password* solicitado, una clave alfanumérica, y esperó mientras en la pantalla aparecía un catálogo de una veintena de fotografías. En todas ellas aparecía un joven matrimonio con su preciosa hija de cinco años. En unas el trío se encontraba jugando en la playa, otras mostraban a la familia subiendo un monte con gran ánimo. En las últimas se veía a los tres pertrechados con guantes, gorros, gafas de sol, bastones y esquís, en lo alto de unas cumbres nevadas.

Pawlak volvió a consultar el móvil y eligió una de las fotos en la que se veía a la pequeña con cara de susto, iniciando el descenso a bordo de sus pequeñas tablas por una suave ladera nevada. Manejando el ratón, guardó la instantánea digitalizada en el escritorio del ordenador. Acto seguido eligió el grupo *fotos-naturaleza* y volvió a meter la clave. En el álbum abierto había una quincena de fotos hechas con mucho entusiasmo y poca idea, como las que sacaría un turista en lugares pintorescos. En casi todas aparecían puestas de sol. En unas ocasiones el exceso de luz quemaba la fotografía, en otras no había prácticamente luz y no se apreciaba más que un poco la rojiza línea del horizonte. Algunas estaban sacadas con *flash*, lo que ayudaba a arruinar, aún más, la fotografía.

Según el móvil, la foto que debía escoger correspondía a un paisaje donde el mar chocaba contra una escarpada costa en la que crecían algunos pinos, mientras el sol se escondía bajo las aguas. El postrero brillo del astro sobre la superficie contrastaba con la negrura del acantilado.

Una vez guardadas las dos fotos en el escritorio, Pawlak abandonó internet. Pulsando doblemente uno de los iconos, inició *Camuflage*, un programa de esteganografía y, con el ratón, abrió desde el programa la fotografía de la niña. En vez de la foto, apareció en la pantalla un galimatías incomprensible de números y letras que componían el código digital de la fotografía. El anciano no se molestó en



mirar la ventana abierta, limitándose a guardar su contenido en una carpeta. Otro tanto hizo con la foto de la puesta del sol.

Cerró el programa *Camuflage* e inició otro de criptografía, desde el que recuperó las carpetas con los galimatías. El programa sólo tardó un par de segundos en verter el resultado. Al verlo, Pawlak, que se había ido incorporando sin darse cuenta, se recostó con un suspiro de alivio y satisfacción en el sillón.

En la pantalla se leía: «El instrumento va de camino. Reconocimiento positivo. Más problemas de los esperados. Los intermediarios eliminados. El paquete llegará al lugar convenido en veinticuatro horas».

Pawlak borró archivos, carpetas e historiales y pasó un programa de limpieza para eliminar cualquier rastro. Adicto a la seguridad más extrema, no le parecieron exageradas las medidas que tenía por costumbre adoptar su sicario al mandar mensajes.

Una vez apagada la CPU y recogidos el teclado y el ratón, Pawlak aguardó pacientemente sentado en el sillón con el móvil sobre la mesa. Diez minutos después un suave timbre, acompañado de un breve bailoteo del aparato, anunció la llegada de un mensaje.

Su sicario tenía un servicio de telefonía que le advertía cuándo era abierto el álbum de fotos. Había dado tiempo para que el anciano recuperara la información y se mandaba después el inocente mensaje que faltaba. Pawlak no lo leyó, memorizando tan sólo la quinta palabra, tal y como se indicaba en las instrucciones del descifrado correo fotográfico.

Se trataba de la clave para acceder a la taquilla de la estación de Niza donde guardaba el preciado stradivarius.

## NEPTALÍ (MI COMBATE)

*La Divinidad es un círculo cuyo centro se encuentra en todos los sitios y la circunferencia en ninguna parte.*

HERMES TRISMEGISTO

-¿Inspector jefe Herrero? —preguntó la voz de la telefonista de la comisaría—.  
Aguarde un momento, le paso una llamada de la oficina nacional de Interpol.

—¿Inspector jefe Herrero? —dijo la voz de otra mujer—. Soy la inspectora Amanda Sanmartín. ¿Qué tal está?

—Muy bien, inspectora —contestó gentilmente Herrero—, encantado de hablar con usted.

—Lo he estado llamando al móvil —dijo la policía—, pero no había manera. Todo el rato me daba fuera de cobertura.

—Lo tenía sin batería —mintió con descaro Herrero, acostumbrado a echar mano de esta excusa—. Siento causarle tantas molestias.

—No se preocupe, no ha sido ninguna molestia. Aquí tengo los resultados que me pidió. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Si no le importa, por Menasés Liebnitz.

—Menasés Liebnitz, nacido en Rzeszów, ciudad situada al sureste de Polonia, capital del voivodato del mismo nombre, junto al río Wislok, en 1925, posiblemente en el mes de junio. Su familia murió durante el internamiento en el gueto de Varsovia. Desde los dieciséis años estuvo internado en campos de concentración, de los que visitó tres, protagonizando varias fugas. Del último de ellos, el de Mauthausen, fue liberado en 1945 por los americanos. Matemático y cabalista, además de rabino. Se le respeta como un *Hakam*, un sabio en su religión. Durante años colaboró con Simon Wiesenthal, el famoso cazanazis. Se le atribuye haber tomado parte en la detención y secuestro de Adolf Eichmann, un nazi fugado que vivía en Argentina, considerado el padre de la «solución final». De ser verdad, habría trabajado con el Mossad. Se casó, pero su mujer murió. Al cumplir cuarenta y tres años lo dejó todo y se exilió en Israel, donde ha llevado una vida tranquila, como rabino, a las afueras de Jerusalén.

—¿Tienen alguna fotografía reciente?

—Sí, se la mando ahora mismo por fax, junto con todo su historial. En realidad le mando tres fotos. Una de ellas está sacada en el campo de concentración de Mauthausen cuando fue liberado. Otra es de la boda con su mujer. La más reciente es de hace dos años. Es un hombre pequeño, lleva la cabeza afeitada, viste siempre de negro y tiene una cojera, probable consecuencia de un accidente sufrido durante una de sus fugas de los campos nazis. ¡Ah! Carece de número tatuado, como es lo normal

en los prisioneros judíos. Se lo hizo borrar de una manera muy dolorosa nada más quedar libre.

Todo aquello concordaba con la imagen que Herrero tenía del pequeño rabino.

—¿Qué me dice de los cuatro nombres alemanes que le facilité?

—No mucho. Sí le puedo adelantar que ha costado bastante esfuerzo que nos facilitaran la información. Parece evidente que hay interés en no remover viejas heridas. En cualquier caso le adelanto lo que luego le llegará por fax.

»Friedrich Hielscher. Fue miembro de una oscura organización racista en la que luego se inspiraría Hitler y a la que pertenecieron muchas celebridades de aquella época y miembros del Estado Mayor del ejército alemán. Parece ser que los nazis crearon un centro de estudios en el que entraban todas las ramas del saber, desde la física nuclear, en la que estaban bastante avanzados cuando fueron derrotados, gracias a Dios, hasta la medicina, pasando por la historia y la gramática. Este Hielscher se ocupó de dirigir, y no se asuste, la sección esotérica de ese instituto. ¿Ha visto usted la película de Indiana Jones? Pues realmente los alemanes estuvieron buscando el Arca de la Alianza, el Santo Grial, la lanza con la que atravesaron a Jesucristo en la cruz y todo tipo de cosas igual de extrañas. ¿Qué le parece? Hielscher fue detenido en septiembre de 1944 por la Gestapo, no se sabe bien por qué, y liberado tres meses después. Tras la guerra compareció en los juicios de Nuremberg como testigo a favor de un tal Sievers. Él no fue encausado. Después desapareció. Se cree que se marchó a Costa Rica y murió en 1956.

»Oswald Dönitz. De origen austríaco. Un genio matemático y musicólogo. Trabajó en la sección matemática del instituto, pero fue trasladado a la sección esotérica de manera fulminante, sin conocerse los motivos. Tras la guerra fue llevado a Argentina, como la mayoría de los nazis fugados. En 1963 falleció de una trombosis y fue enterrado en Buenos Aires, sin ceremonias, ya que nadie se quiso hacer cargo del cuerpo.

»Friedrich Schäuble. Un joven y prometedor físico captado por el instituto y llamado a colaborar en el proyecto de la bomba atómica. Al igual que Dönitz fue trasladado al departamento esotérico. Tampoco se sabe el motivo. Cuando estaba terminando la guerra fue sacado del país a través de Suiza, pasando por Italia. De allí a Egipto, donde estuvo un par de años para terminar en Brasil. Al cabo de un año de llegar a Brasil murió en un accidente de avión.

»El último: Martin Eichhorts, historiador y teólogo. No se sabe cuáles son sus orígenes, ni cómo llegó hasta el instituto. El caso es que junto a los anteriores y otros cinco especialistas en distintos campos, trabajó, bajo la dirección de Hielscher, en sus absurdos proyectos. Éste fue detenido por los aliados cuando trataba de abandonar Italia a bordo de un barco mercante. Lo llevaron a Nuremberg para ser juzgado. Pero los aliados bastante tenían con los juicios a los carniceros nazis como para ocuparse de un historiador. Lo dejaron libre y, cuando se dieron cuenta del posible error, el

hombre había desaparecido. De cualquier forma, se le da por muerto y enterrado en Panamá.

—Dígame, inspectora —preguntó Herrero tratando de asimilar el chorro de información—. ¿Qué edad tendrían hoy en día estos hombres?

—Hielscher posiblemente andaría por la centena. Dönitz y Schäuble ochenta y tres. Eichhorts ochenta y uno.

—¿Podiera estar alguno de ellos vivo?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio durante unos instantes. Cuando Herrero iba a preguntar si se había cortado la comunicación, se oyó de nuevo la voz de la inspectora:

—Verá. Sobre los nazis que tuvieron cierta relevancia, y éstos la tendrían si tenemos en cuenta las molestias que se tomaron para sacarlos de Europa, es difícil saber qué ha pasado. No es el primer caso en que un antiguo nazi es dado por muerto y sigue andando por ahí. ¿Podiera ser el caso de alguno de éstos? No sabría decírselo a ciencia cierta. Personalmente creo que no eran tan importantes como para molestarse en falsificarles los certificados de defunción una vez que ya se encontraban a salvo fuera de Europa. Me inclinaría a pensar que realmente fallecieron. En todo caso no les quedaría mucho tiempo de vida, ¿no cree?

—Eso parece. ¿Qué me cuenta del violín por el que le pregunté?

—¿El stradivarius conocido como el Mesías? Fabricado en 1716. Parece ser que ha tenido una existencia un tanto azarosa, pasando por varias manos. Actualmente se encuentra expuesto en el Museo Ashmolean, en Oxford, Inglaterra. El acceso a la sala donde se halla está muy restringido y las condiciones de seguridad son extremas. A pesar de ser el violín más conocido de Stradivarius y una de sus mejores obras de arte, no ha sido tocado nunca en un concierto. Existen algunas dudas sobre si fue fabricado por Antonius Stradivarius o uno de sus hijos. Los peritos que lo han examinado no se ponen de acuerdo. Hay quienes consideran que la madera empleada en la parte superior del violín es posterior a la fecha de fallecimiento del artista. De cualquier forma su valor actual es, aproximadamente, de unos veinte millones de libras, unos trece millones de euros.

—Perdone que le pregunte —dijo con voz suave Herrero—, ¿el violín expuesto en el museo de Oxford pudiera tratarse de una imitación?

Al otro lado de la línea se hizo de nuevo el silencio.

—Inspector Herrero. Estoy acostumbrada a responder las preguntas más insólitas que pueda imaginar. Pero la investigación que usted está llevando a cabo se lleva la palma. ¿Tiene motivos para pensar que el Mesías ha sido suplantado? No es mi especialidad. Tendría que llamar a la Sección Internacional de Arte, pero debería explicarles un poco de qué va esta historia.

—No, no se moleste. Era una pequeña idea. Un palo de ciego, por así decirlo. Bueno, inspectora Sanmartín, me ha ayudado usted mucho. No sé cómo agradecerélo.

—¿Quizá contándome un poco de qué va todo esto? —repuso la policía, que no se dejaba engañar por la súbita pérdida de interés de Herrero—. Me ha despertado la curiosidad.

—Tal vez más adelante, inspectora —repuso evasivo Herrero—. Créame que lo siento, pero por ahora no puedo ser más explícito. Muchas gracias otra vez. La llamaré algún día.

—Estaré esperando con ganas esa llamada, inspector —contestó la mosqueada inspectora, antes de interrumpir la conversación.

Dejando el teléfono sobre su base, Herrero se quedó mirando al techo. Las averiguaciones parecían confirmar la tesis de Estévez sobre la inestabilidad psíquica del rabino. Pero Herrero, por principios, no se fiaba de las hipótesis fáciles de su subalterno. Le gustaba dejarse guiar por su instinto y éste le decía que el rabino no estaba loco.

Si los cuatro sospechosos del rabino Liebnitz estaban muertos y los instrumentos sobre los que había reunido información se hallaban a salvo, la trama del judío era irreal. Podía ser incluso que tuviera razón en que al griego lo hubiesen matado para robarle un violín. Al fin y al cabo se trataba de un objeto de extraordinario valor y no resultaría extraño que un conocedor de su existencia quisiera hacerse con él. Un estafalario coleccionista, algún perturbado mitómano. Preferir el violín oculto y dejar otros más accesibles e igual de valiosos podía tener una explicación más racional que la propuesta por Liebnitz.

Al cabo de un rato de profunda meditación, ajeno al paso de sus ayudantes y al jaleo de teléfonos y pulsaciones en teclados de ordenadores y anticuadas máquinas de escribir, Herrero tomó de nuevo el auricular a la vez que abría un manoseado cuaderno con números de teléfono.

—Buenas tardes, soy el inspector Herrero. ¿Se acuerda de mí? ¿Qué tal se encuentra?... estupendo, yo también, muy bien, gracias. Tenía interés en hablar con su marido... no, no hace falta. Si le viene bien, preferiría pasar por allí y hacerles una visita... Estupendo, ¿le parece bien dentro de media hora? ¿Sí? Estupendo. Muchas gracias, nos vemos enseguida. Sí, me acuerdo de la dirección... hasta ahora, adiós.

Herrero dejó el teléfono y miró su reloj de pulsera, regalo de su mujer el día de su boda, hacía miles de años. Hizo un rápido cálculo mental. Todavía podía encontrar en su despacho al inspector de Scotland Yard al que había conocido en un congreso de policías y con el que había entablado amistad.

Poniéndose de pie cogió el odiado móvil y se lo metió en el bolsillo del abrigo. De la percha tomó el sombrero, se aseguró de llevar las llaves y la placa, se recolocó el revólver corto para que ni molestase ni quedase a la vista y abandonó la oficina en dirección a la calle, tras advertir a sus compañeros que estaría localizable en el móvil.

De camino a la boca de metro, sacó el aparato del bolsillo, examinó la agenda, eligió un número y pulsó el botón verde. Al cabo de veinte segundos, una conocida voz chapurreó en castellano.

—Vaya, cuánto tiempo sin saber de ti, Pablo. ¿Qué tal va esa vida? ¿Alguna figurita que no aparece?

Ted Rendell era especialista en arte de Scotland Yard y en alguna otra ocasión Herrero le había consultado acerca de alguna pieza, sobre todo cuando tenía relación con la escultura, la debilidad del policía español.

—Muy bien, Ted. Me alegro de oír tu voz. ¿Qué tal Elizabeth y los niños?

—Fantástico. Todos muy bien. ¿Cómo es que me llamas desde el móvil? ¿Por fin entras en el mundo moderno?

—No, no temas. Es que no quería llamarte desde la oficina.

—Caramba, qué misterioso. ¿Todo bien?

—Sí, estupendo —tranquilizó Herrero a su amigo—. No te preocupes. Sólo quería hacerte una pequeña consulta. Estoy con un caso en el que ha asomado un violín expuesto en un museo de Oxford.

—¿Cuál de ellos? —preguntó el policía británico.

—Uno de Stradivarius.

—¿El Mesías de Antonius Stradivarius?

—El mismo. No pretendo hacerte perder el tiempo. Sólo quería preguntarte si ese instrumento es realmente de Stradivarius.

—¿Te refieres a la teoría de que fue uno de sus hijos el que lo hizo? ¿O a esa otra de que se trata de una imitación del tratante francés Vuillaume que le dio el cambiazo hace más de un siglo? Cualquiera de las dos es infundada.

—Me refería a una tercera posibilidad. Que el violín haya sido sustituido en los últimos tiempos.

Silencio.

—Dime, Pablo —dijo Rendell articulando despacio las palabras—, ¿vas a estar en este número el resto del día? Ahora tengo un poco de trabajo. ¿Qué te parece si te llamo luego?

Antes de que un sorprendido Herrero tuviera opción a contestar la línea estaba muerta.

—Encantado de volver a verlo —dijo Herrero extendiendo la mano—. ¿Qué tal resultó la visita a la mansión de su tío? Una propiedad magnífica, ¿no le parece? Me gustó especialmente una serie de figuras armenias. Me temo que de pintura no sé nada, aunque me han asegurado que las colecciones del señor Tsaldharis son extraordinarias.

—Yo tampoco sé mucho de arte —repuso Dreifuss, tomando asiento en una incómoda silla un tanto destartada—. Tampoco es mi estilo, así que no he sabido apreciarlas. Me ha llamado. ¿Quiere eso decir que tienen algo nuevo?

Se encontraban los dos, solos, en la oficina de la comisaría. Herrero se había ocupado de buscar trabajo para sus ayudantes lejos de allí, mientras se entrevistaba

con el suizo.

—Bueno, las investigaciones continúan. Como ya le dije, el técnico encargado de la instalación de alarma en la mansión apareció asesinado y pensamos que su muerte está relacionada con la de su tío, así que estamos buscando entre el entorno del operario. Seguimos comprobando las últimas operaciones bancarias e inmobiliarias de su tío, lo cual nos está costando un gran esfuerzo y continuamos con las indagaciones de rutina. No lo voy a aburrir con los detalles. Créame que estamos en ello. Si le he llamado es por otro motivo. Un tanto fantástico, diría yo.

Herrero se echó para atrás en su silla de plástico amarilla, entrelazando las manos sobre su regazo.

—He recibido la visita de un extraño personaje. Es un anciano rabino llegado desde Jerusalén. —El inspector se pasó descuidadamente una mano por la pernera del pantalón para quitar una pelusa y retomó la explicación—. Me ha contado una historia increíble. Según él, a su tío lo mataron para robarle un valioso y raro violín que Tsaldharis poseería de una manera un tanto irregular.

—Pero ustedes me han dicho que no robaron nada.

—Eso parece, pero este rabino insiste en que los asaltantes se han hecho con ese instrumento. En principio, tal y como comentamos, la existencia de ese violín podría explicar la inusitada violencia con la que se emplearon los asaltantes y el allanamiento de su casa y su consulta.

—Poca cosa me parece.

—Por supuesto, simplemente quería indicar que un desconocido objeto como ése pudo desencadenar la tragedia. Verá, me he informado sobre ese hombre. Aquí tiene su biografía. Impresionante, ¿verdad?

El policía dejó que Ludwig examinara el *dossier* y a continuación le relató la conversación mantenida con Menasés. Cuando terminó, después de un buen rato, los dos se quedaron en silencio.

—¿Usted cree todo eso? —preguntó, escéptico, Dreifuss.

Herrero se encogió de hombros levantando las cejas.

—He conocido muchos locos en mi vida y he escuchado historias aún más absurdas que ésa. Algunas han resultado ciertas. No sabría qué decirle.

—¿Cómo dijo ese hombre que se llamaba el proyecto alemán?

—Proyecto Bifrost —contestó Herrero—. Según he podido averiguar, es el nombre con el que los normandos conocían el arco iris, que para ellos era un puente a Asgard, el reino de los dioses, por donde los guerreros caídos en combate llegaban hasta el Valhalla.

—¿Qué me dice de los cuatro nazis sospechosos?

—Llamé a la oficina de la Internacional Criminal Police Organization. La Interpol. Según les consta a ellos los cuatro murieron hace años.

—Eso descarta la teoría del rabino, ¿no le parece?

—Debería. El caso es que, por si acaso, llamé a un antiguo capitán de la policía de cuando yo era joven. Le conté por encima el asunto. Quedó en hacer unas discretas indagaciones por su cuenta. He hablado hace un rato con él. Según me ha asegurado, uno de los alemanes ha estado viviendo en Marbella hasta hace un par de años, cuando murió a causa de un derrame cerebral.

—¿Y la Interpol no lo sabía?

—Verá, durante muchos años, después de muerto Hitler, aquí gobernó Franco y se dio asilo a algunos nazis. Oswald Dönitz, el matemático, salió de Alemania y tras unos años en Sudamérica se instaló en España con documentación falsa, a sabiendas de las autoridades. A la muerte de Franco, con la transición y la democracia, se pensó que era mejor no remover la herida y no se hizo nada.

—Así que al menos ése está muerto. ¿Y los otros?

—No sabemos nada. Friedrich Hielscher en todo caso sería centenario. La lógica dice que estará muerto, lo que reduciría los sospechosos a dos, pero no he podido averiguar nada sobre ellos, al margen de la información de la Interpol. Tampoco, en caso de dar crédito a esta historia, habría que descartar que el que esté detrás de todo esto no sea uno de los hombres que dice el rabino.

—Por lo que le he entendido, ese hombre le proporcionó una lista con los nombres de los instrumentos que, según él, buscan los asesinos de mi tío. ¿Ha podido averiguar algo de ellos?

Herrero rebuscó entre la montaña de carpetas e informes que tapizaban su mesa. Tras descartar varios, cogió una carpeta amarilla, no más gruesa que el resto, y rebuscó dentro hasta que sacó una hoja.

—Aquí está —dijo satisfecho el policía—. Veamos. El rabino Liebnitz me dio una lista con veinte nombres de instrumentos fabricados por Antonius Stradivarius. Varios de ellos están en paradero desconocido, por haber sido robados o por no haber salido a la luz. Algunos han sido comprados y revendidos, en ocasiones en subastas clandestinas o adquiridos por compradores anónimos, por lo que se han perdido sus pistas.

—¿Hay algo que pueda descartar o dar crédito a esa historia?

—Todo es muy vago y muy difícil de comprobar. Aun en el caso de que realmente el violín haya sido robado o adquirido de manera fraudulenta, no necesariamente queda probada la tesis del señor Liebnitz.

Herrero se echó hacia delante en la silla, apoyando los codos sobre la carpeta abierta.

—Tiene que prometerme que lo que le voy a decir quedará entre nosotros dos. En todo caso, yo negaría tajantemente haber dicho lo que le voy a contar.

El policía relató la conversación mantenida con su colega británico, sin dar el nombre ni la posición de su contacto. Contó también que aquella misma noche, tras haber visitado a su antiguo capitán en casa de éste —debiendo tomar el espantoso biscuit que la mujer de su exjefe preparaba y tras ponerle al día de cómo andaban las



cosas por comisaría, coincidiendo en que los tiempos pasados eran mejores, cuando el cuerpo de policía era respetado en los juzgados y en los despachos y temido en la calle, no como ahora, válgame el Cielo, con todos esos inmigrantes que atacaban a la gente decente—, Herrero había vuelto a su casa con la promesa por parte del jubilado capitán de averiguar qué había sido de los otros dos nazis fugados.

—¿Cómo vas, Pablo? —había dicho Rendell, con un tono de voz no tan jovial como en la conversación anterior.

—Vaya, ya me había olvidado de ti —contestó el policía español—. ¿Estabas muy ocupado antes?

—Algo así —respondió el británico—. ¿Puedes decirme a qué viene tu interés por el Mesías?

—Tengo un caso de asesinato —repuso con cautela Herrero, alarmado por el tono de su, en otras ocasiones, jovial amigo—. A lo largo de la investigación ha salido de forma tangencial el violín ese. ¿Por qué? ¿Sucede algo?

—¿Hasta qué punto es importante lo del violín en ese caso tuyo?

—No lo sé —contestó con sinceridad Herrero—. Todo lo más que te puedo decir es que espero que no tenga ninguna importancia.

—Mira, Pablo, lo que te voy a contar es de carácter extremadamente reservado y oficioso. Se guarda en el mayor de los secretos. ¿Tengo tu palabra?

—Tienes mi palabra de que sólo lo usaré excepcionalmente.

—Vale. Confío en ti. No sé cómo te has enterado pero tienes razón. El Mesías ha desaparecido. No sabemos cuándo con exactitud pero en los seis últimos meses alguien ha dado el cambiao, colocando en su lugar una buenísima imitación. Sólo al llevarlo al laboratorio para su limpieza los conservadores se han percatado del cambio. Ahora dime, ¿hay algo que yo debería saber sobre ese robo?

—Yo le expliqué lo que sabía —le dijo Herrero a Ludwig, que se hallaba inmerso en el relato—. Cuando colgué me prometió estar atento por si se enteraba de algo más y yo hice lo mismo.

—Así que el judío tenía razón. El violín había sido sustituido por otro —repuso el médico, impresionado—. Pero usted me ha dicho que la Interpol no sabía nada de ello. ¿Cómo puede ser?

—Lo mismo me he preguntado yo. Llamé directamente a la secretaría general, en Lyon, donde tengo un conocido con el que estuve hablando. Lo sondeé en el transcurso de una conversación amigable. No parecía saber nada y me pareció sincero. O mentía muy bien, algo que no tiene sentido, o son muy pocos los que tienen acceso a esa información, o sencillamente no tienen ni idea.

—¿Eso es posible? ¿No tienen obligación de comunicar estos asuntos?

—La policía de cada país es muy celosa de sus asuntos internos. Técnicamente la cooperación es total, pero a veces se ocultan datos. Hay una cuarta posibilidad que me asusta más.

—¿El que alguien esté tapando el asunto?

—Sí. La Interpol está en permanente contacto con el FBI. Tampoco ellos saben nada de este tema. Si hay alguien tapando esto es muy poderoso.

—¿Cree usted que éste es el caso? —preguntó muy interesado Ludwig, al que la trama le estaba absorbiendo.

Herrero tardó un tiempo en contestar, durante el cual se volvió a reclinar, para contemplar la moldura de escayola del techo, las manos sobre el regazo, como si estuviera solo.

—Pienso que hay algo raro —dijo sin dejar de contemplar la moldura—. Como le dije, el rabino afirmó que ya habían intentado robar un violonchelo llamado Piatti pero el ladrón tuvo que abandonarlo mientras huía. Bien, el caso es que nadie sabe nada de ese intento de robo. Curioso, ¿verdad? El propietario del instrumento presentó denuncia, pero ésta no aparece por ningún lado.

—¿Le explicó ese rabino qué iba a hacer el ladrón si reunía todos los instrumentos?

—No. El señor Liebnitz no tiene la menor idea de cuál es la clave que esconden esos instrumentos.

—Perdone, inspector —dijo el suizo tras reflexionar un rato—. No puedo creer que usted dé crédito a una historia tan extravagante. Un complot ideado por un anciano nazi para reunir una colección de violines fabricados hace más de dos siglos, con el fin de alcanzar el reino de los vikingos. Ese rabino tiene que estar loco y todas las pruebas sobre las que basa su quimera son circunstanciales.

—No está loco, señor Dreifuss —dijo el policía bajando la vista—. Lo miré a los ojos. Ese hombre cree de verdad lo que dice. El asunto es: ¿es cierto lo que cree? Espero con toda mi alma que no.

—¿Por qué? ¿Le asusta que se abran las puertas del Cielo? —preguntó socarrón Ludwig.

—No —contestó el policía, inmune al cinismo del médico—. Me asustan las muertes que estén por venir. Aún les faltarían algunos instrumentos y tienen prisa.

Ludwig abandonó la comisaría con la cabeza dándole vueltas. La sacudió y se restregó los ojos. No daba crédito a lo que había escuchado. Pero aún lo sorprendía más la disposición que él mismo había mostrado para tener en consideración aquel cúmulo de disparates.

A pesar de hacer un día desapacible, Ludwig optó por ir caminando hasta su hotel. Era media tarde y la luz escaseaba. Bajando por la Gran Vía fue pensando en los siguientes pasos. Aún debía pensar qué hacer con la mansión de su tío y las obras

de arte. El resto de la enorme herencia tendría que esperar. Lo mejor sería empezar por llevar a la finca un perito especializado en arte que tasara las obras y le aconsejara qué hacer. También habría que tasar la mansión.

Ludwig entró en una elegante cafetería, pidió un cortado y las páginas amarillas. Mientras le servían el café, revisó el listín apuntando en una servilleta los números de teléfono de aquellos gabinetes de arquitectura que mejor impresión le daban. Cuando terminó, comparó las direcciones con el plano de Madrid que llevaba. Estaba de suerte. Una de las direcciones que más lo habían convencido estaba en la calle del Arenal, a un par de manzanas de la cafetería.

Con el móvil, confirmó el horario del gabinete y terminó el café. Media hora más tarde salía del estudio de los arquitectos, después de haber concertado una cita para la mañana del día siguiente con uno de los socios. Ahora sólo faltaba encontrar al perito de arte. Pero, dada la hora, lo dejaría para mañana. Quizá el administrador inglés de su tío pudiera encontrar uno.

Dejando de lado estos asuntos, se concentró en buscar un buen restaurante donde regalarse con una exquisita y temprana cena. Después iría a ver algún espectáculo.

A la mañana siguiente Ludwig se levantó con resaca. La noche anterior durante la cena se había bebido media botella de un Borgoña. Un Romanée-Conti de precio desorbitado. Tras el café, el *maître* le había aconsejado un espectáculo de variedades un poco picante, donde se había bebido un par de copas de genuino champán en compañía de un par de coristas. Aburrido por las risas de las chicas y un tanto achispado, se había acercado al barrio de Salamanca, siguiendo a un grupo de jóvenes que parecía que estaban de fiesta.

Allí había perdido la cuenta de los cubalibres trasegados, de la hora y casi hasta la cartera cuando unos golfos habían pensado que se encontraba más borracho de lo que en realidad estaba.

Incapaz de encontrar por sí solo el camino de vuelta al hotel, había cogido un taxi, donde se quedó dormido nada más montarse. Al llegar no se había extrañado de la abultada cantidad que marcaba el taxímetro y le dio al sorprendido conductor las vueltas, el doble de lo que le había estafado por la carrera.

Incorporándose en la cama, Ludwig tomó el auricular del teléfono y encargó el desayuno. Un café solo, doble, con un par de comprimidos de paracetamol y un zumo de naranja. Mientras esperaba a que llegara el pedido, se metió en la bañera y dejó que el agua, muy caliente, eliminara los rastros superficiales de la juerga.

Aún estaba desnudo en el neblinoso cuarto de baño cuando llamaron a la puerta. Ludwig se puso una bata y abrió. El olor del café recién hecho inundó la habitación. Con un trago del zumo ayudó a las pastillas en su descenso por la garganta y comenzó con el café. Tenía que darse prisa. Le quedaba menos de una hora para

llegar a la gasolinera de Mario, donde había quedado con el arquitecto para que no se perdiera.

—Buenos días —saludó Ludwig a Pedro Espinosa, el arquitecto—. ¿Lleva mucho tiempo esperando? Lamento el retraso. Aún no me aclaro con los trayectos.

—No se preocupe —contestó Espinosa—. Acabo de llegar y he aprovechado para echar gasolina. ¿Le parece que empezemos?

—Claro. Sígame. Ya he hablado con el administrador, el señor Aldrich. Nos está esperando con los planos de la propiedad. ¿Voy delante y usted me sigue?

Diez minutos después ambos coches se detenían a la entrada de la mansión Hybris. En esa ocasión a Ludwig no le hizo falta bajarse del coche. El prevenido pasante estaba atento para franquearles el paso.

—Buenos días, míster Aldrich —saludó Ludwig en inglés—. Le presento al señor Espinosa. Su dominio del inglés es mejor que mi español, así que si les parece nos comunicaremos en ese idioma.

—Por mí, perfecto —dijo el pasante—. Encantado de conocerlo, señor Espinosa. Tenga —añadió mostrándole unos tubos de cartón—. Éstos son los planos de la mansión y de los jardines. Espero que esté todo.

—Me vendría bien una mesa un poco amplia para extender los planos.

—Por supuesto —contestó el anciano, retirándose de la entrada y haciendo un gesto de invitación con la mano—. Pasemos al despacho de la derecha. Creo que será el lugar idóneo.

Espinosa extendió sobre la enorme mesa los diferentes planos. Escogió los alzados de las tres plantas y de los cimientos, que sujetó en sus extremos con varios libros para que no se volvieran a enrollar. Después, calándose unas minúsculas gafas para miopes, se inclinó sobre las enormes hojas y durante un cuarto de hora no profirió palabra ni levantó la vista.

—Bueno, creo que me hago una idea. Si le parece, doctor Dreifuss, comenzamos la visita. Podríamos empezar por la planta baja e ir subiendo, dejando la base y el tejado para el final, ¿está de acuerdo?

Con el plano de la planta baja y una cámara de fotos en las manos, Espinosa fue sacando fotos, midiendo con un metro láser, calibrando estructuras y materiales, comprobando que todo se ajustara al plano y se mantuviera en óptimas condiciones. De vez en cuando se detenía y tomaba unas ininteligibles notas en un cuaderno con un lápiz que se había colocado en la oreja. El detalle del lápiz le había gustado a Ludwig. Daba la impresión de que aquel hombre conocía su trabajo y estaba acostumbrado a andar por las obras y no sólo por los despachos.

Lo mismo hicieron con la segunda y tercera plantas. Espinosa cambiaba los planos y los informes de calidades según ascendían. En la tercera planta dio la impresión de tener problemas.

—¿Sucedo algo, señor Espinosa? —preguntó Ludwig al ver que el arquitecto volvía a medir una sala por tercera vez con el moderno aparato.

Espinosa comparó las lecturas del aparato con el plano que portaba. Después se colocó en mitad de la sala y estudió el pasillo por la puerta abierta con expresión abstraída. No contento, abrió un ventanal y salió al balcón para examinar la fachada. Después volvió adentro e hizo más anotaciones.

—Señor Espinosa —dijo Ludwig, que se estaba irritando por las evoluciones autistas del arquitecto—, ¿podría decirnos, por favor, qué ocurre?

—Disculpe, doctor Dreifuss, pero es que esto es muy extraño.

—¿Qué es tan extraño?

—A esta planta le faltan unos cuantos metros cuadrados.

—¿Cómo dice? —preguntó Ludwig, extrañado—. ¿Que le falta qué?

—Veintidós metros cuadrados.

—¿Y dónde se supone que están? —preguntó el médico.

—Detrás de esta pared —contestó el arquitecto, señalando con el lápiz un muro.

—No lo entiendo —dijo Ludwig, mirando sorprendido al pasante, que le devolvía la misma mirada—. ¿Quiere decir que hay veintidós metros de la casa ocultos detrás de esa pared y que no podemos acceder a ellos? ¿Con qué finalidad? ¿Es algo estructural?

—No, si lo fuera quedarían reflejados en los planos. Yo diría que alguien se ha molestado en disimularlos y le aseguro que con gran habilidad. Es más, de no haber tenido los planos me hubiese costado dar con el engaño. Un trampantojo.

—Perdone ¿qué es eso de un trampantojo? —quiso saber el administrador.

—Una ilusión mediante la que se engaña a una persona haciéndole ver lo que no es. Algo así como un truco de magia.

—¿Me está diciendo que alguien ha hecho juegos de magia para hacer desaparecer un trozo de la planta? —preguntó Ludwig.

—Yo diría que sí. ¿Le parece que busquemos la entrada? Pudiera ser que estuviera tapiada, en cuyo caso quizá sería oportuno llamar a la policía, por si acaso. ¿No creen?

Los tres se pusieron a mirar la forma de acceder a aquella zona oculta, siguiendo las instrucciones del arquitecto. Descontando una de las paredes, que estaba desnuda salvo por dos cuadros de pintores expresionistas, las otras cuatro estaban cubiertas por librerías desde el suelo al techo.

Les llevó casi una hora dar con la entrada y fue de una manera casual. El pasante, subido a una escalera de mano, estaba retirando uno a uno los libros para mirar detrás por si encontraba un resorte escondido, cuando uno de los tomos cayó de costado, ocasionando un efecto dominó que se llevó por delante un montón de libros e hizo que varios cayeran al suelo. Los otros dos hombres llegaron corriendo desde donde estaban registrando, pensando, por el estrépito, que el anciano se habría caído.

Mientras recogían los valiosos ejemplares entre las disculpas de Aldrich, Espinosa se encontró con un ejemplar que tenía las hojas centrales recortadas de tal manera que formaban un hueco donde había un mando a distancia. Sorprendido por el hallazgo, el arquitecto pulsó el único botón. Al momento se oyó un resorte y la enorme y pesada biblioteca se levantó mediante unos poderosos brazos hidráulicos como si fuera la puerta de un garaje.

Ante los atónitos ojos de los tres espectadores apareció una sala sin ventanas, lujosamente vestida con caros tapices, gruesas alfombras y una luz artificial pensada para no dañar las obras de arte que allí descansaban, alojadas en impolutas vitrinas de cristal. Cuadros, esculturas, papiros, libros ricamente encuadernados, monedas, jarrones, instrumentos de cuerda, porcelana, cerámicas y tallas ocupaban cada rincón de la sala.

Como si de un sueño se tratara, Ludwig avanzó hasta una de las vitrinas de cristal, dentro de la cual se exponían diversos objetos sobre una cama de terciopelo rojo. Una de las baldas se encontraba vacía y la tela tenía distinto color allí donde había descansado un objeto de mediano tamaño. Una nota manuscrita por una mano temblorosa identificaba la pieza retirada: Diamante rojo.

—Creo que deberíamos llamar a la policía —dijo el anciano pasante.

—Bueno, al final parece que la historia del rabino Liebnitz tiene parte de verdad —dijo Herrero sin entrar en la sala escondida, donde los técnicos de la policía científica estaban aplicando sus dispositivos y herramientas. Rayos de luz ultravioleta provenientes de los *polilight* barrían las vitrinas en busca de huellas dactilares. Un especialista examinaba con un extraño aparato parecido a un osciloscopio el lecho de terciopelo donde supuestamente había estado durmiendo el violín robado.

—Sigo negándome a creer ese cuento —repuso Ludwig, moviendo la cabeza—. Admito que el robo de ese violín haya sido la causa del asesinato de Tsaldharis, pero no puedo aceptar la idea de un complot nazi.

—Al menos tenemos el móvil del asalto —dijo Herrero, encogiéndose de hombros—. Eso nos dará algo con lo que continuar. Hasta ahora sólo habíamos dado palos de ciego.

—No quisiera inmiscuirme en su trabajo, inspector —dijo Ludwig, apartándose para dejar pasar a otro técnico con un extraño aparato entre las manos—. Pero creo que ese rabino sabe más de lo que aparenta. ¿Tiene pensado interrogarlo de nuevo?

—Deje eso en mis manos —repuso Herrero, haciendo un gesto vago con la mano—. Dígame, ¿qué piensa hacer usted?

—Tenía idea de consultar con un perito en arte para saber qué hacer con todo esto. Pero me intriga esta historia. ¿Qué tenía tan importante ese violín como para justificar semejante barbarie? Y no me diga que es la clave para visitar a Odín.

—No lo sé —repuso Herrero—. Para mí lo importante es atrapar al asesino e impedir que vuelva a matar. Me temo que no tengo tiempo para indagar sobre los instrumentos, salvo en la medida en que sirva para capturar a los culpables.

—Mientras usted busca a esos criminales, yo buscaré un especialista en instrumentos de cuerda para ver si él puede arrojar alguna luz a este misterio. Espero que no tenga ninguna objeción.

—Ninguna, ninguna —respondió el policía—. Pero recuerde: Sea o no una fantasía la historia del rabino, si los asesinos siguen las pautas que nos ha dicho el señor Liebnitz, tratarán de hacerse con el resto de los instrumentos muy pronto. Han demostrado no tener reparos en deshacerse de aquellos que puedan suponer un estorbo para sus planes, así que no se descuide y ande con tiento, doctor.

A punto de perder la paciencia, Ludwig miró la pantalla en la que se indicaban los vuelos. De forma intermitente aparecía la lista de los que estaban por llegar y de los que iban a salir.

Su avión llevaba media hora de retraso. Una tormenta en el norte de Francia había obligado al aparato a permanecer en tierra, a la espera de que mejoraran las condiciones atmosféricas.

Ahora, en los monitores se indicaba que la puerta de embarque era la número siete, cuando media hora antes era la quince. Los pacientes pasajeros se habían levantado al conocer el cambio, recorriendo el largo pasillo hasta la puerta correcta.

Frente a un monitor, Ludwig se sentó y abrió un periódico alemán que había comprado en la librería del aeropuerto. De cuando en cuando echaba un amenazador vistazo a la pantalla como para avisar a ésta de que un nuevo retraso o cambio de puerta sería mal recibido.

Tenía intención de viajar a Viena. En Madrid poco podía hacer. Entre tanto durase la investigación sobre la violenta muerte de su tío, el juez había decretado que sus bienes fuesen retenidos. La policía no precisaba de su ayuda y no tenía sentido permanecer en un hotel de la capital española a la espera de acontecimientos.

Además, la extraordinaria historia del rabino había despertado su curiosidad. El descubrimiento de la sala secreta donde el viejo Tsaldharis escondía aquellas piezas obtenidas de forma fraudulenta había confirmado la idea del rabino acerca del motivo por el que habían asesinado al griego.

Claro que de ahí a tomar en serio toda la extravagante idea de un complot nazi mediaba una buena distancia. En ningún momento había creído Ludwig que la explicación que daba el rabino tuviera algún asomo de verdad, pero no podía negar que, efectivamente, el violín sustraído había sido el motivo del asesinato.

Decidido a descubrir cuánto de todo aquel absurdo encerraba alguna lógica, había acudido al Conservatorio Superior de Música, donde se había entrevistado con su director. Éste, un hombre sumamente serio y capaz, le había contado algo de la

historia de Antonius Stradivarius, de su fama, de su misteriosa calidad inigualada, de algunos instrumentos por él fabricados, de un precio fabuloso, de los cuales el conservatorio poseía uno.

El director había lamentado no poderlo enseñar al distinguido médico, aduciendo que esos días el violín permanecía aislado en el laboratorio para someterlo a una exhaustiva revisión. Tras la poco aclaradora charla, el director, que no tenía demasiada intención de responder las preguntas que le planteaba Ludwig, había aconsejado a éste que visitara a un especialista en el tema, pensando que era la mejor forma de terminar con aquella entrevista. Para su asombro, el estirado otorrinolaringólogo había aceptado visitar la capital de Austria con el fin de consultar a un experto en instrumentos de cuerda cremonenses.

—Por favor, señor, abróchese el cinturón.

La azafata, una morena de grandes ojos castaños y melena negra rizada, le sonrió mientras hacía una demostración de cómo se cerraba el cinto de seguridad.

Ludwig hizo como le decían y volvió a sumirse en la lectura del diario. Instantes después, el aparato, que había rodado despacio hasta el comienzo de la pista, donde habían cobrado potencia los motores, salió disparado, impulsando a los pasajeros contra sus asientos. Enseguida el morro y después la cola se separaron del asfalto y el aparato cogió altura.

En el asiento de al lado del de Ludwig, un niño repeinado y vestido como un pequeño adulto, comentaba con la señora que posiblemente era su madre, sentada a su lado, tratando de concentrarse en una revista de interiorismo, que las nubes que quedaban atrás, por debajo del enorme pájaro, tenían la consistencia de fabulosas montañas de algodón.

A la altura a la que volaban, el cielo se encontraba despejado, aumentando la belleza del espectáculo, hasta que el morro del avión descendió, entrando en las nubes, que pasaban como sedas rozando las ventanillas. Momentos más tarde unas furiosas gotas golpeaban con fuerza los cristales, aumentando la sensación de frialdad y tristeza, al pasar del cielo azul a uno casi negro.

—Por favor, permanezcan sentados en sus asientos y con el cinturón abrochado mientras el aparato siga en movimiento.

Al descender para realizar la maniobra de aproximación, el avión se sacudió a causa de las turbulencias por la tormenta que habían estado sobrevolando.

La advertencia de la azafata fue unánimemente ignorada en cuanto todas las ruedas del pájaro tocaron tierra y se estabilizó.

Cerca de la terminal el avión se detuvo. Un enorme tubo, similar al de un aspirador, se adhirió como una sanguijuela a la portilla de salida para que los pasajeros pudieran acceder al edificio.

Tras pasar los trámites, Ludwig abandonó el aeropuerto internacional de Schwechat y se aproximó al primer taxi de la fila.

—Hotel Albatros, por favor —dijo en alemán.



El taxista metió la marcha y se incorporó al tráfico en dirección al centro. Ludwig ya había estado varias veces allí, bien de turismo, bien por algún congreso médico. En tales ocasiones siempre había cogido una habitación en el Albatros.

Veinte minutos después subía en el ascensor del hotel con su pequeña bolsa de viaje colgando en bandolera del hombro, dispuesto a darse una buena ducha. Tenía una entrevista con el experto al día siguiente, en un conservatorio. Ludwig se había sorprendido de que el especialista no trabajara en el principal conservatorio de Austria o, al menos, en alguno de los más reputados.

Tras la ducha y el cambio de ropa, había bajado para cenar y después había acudido a su tradicional cita, cuando visitaba la ciudad, con el café Kleines en la Franziskanerplatz. Como siempre, el local se hallaba atestado de gente. Mientras Ludwig miraba la carta de cafés y se decidía entre un *turkischer*, un café turco, solo y fuerte, servido a la manera tradicional, o un *einspanner*, un gran vaso de café cubierto de nata montada, estudiaba la parroquia, que conversaba distendida.

Dos horas más tarde y sin haber captado la atención de una joven y seductora morena de ojos azules, ni caído en las garras de dos rubias veteranas que lo miraban sin disimulo, Ludwig se volvió solo y frustrado a su hotel.

—¿Profesor Mazowiecki? —preguntó Ludwig en alemán cuando entró en la sala.

Se encontraba en el conservatorio donde tenía concertada la entrevista con el experto en violines. Había dormido toda la mañana, almorzado en un café y asistido a un concierto de *jazz* en otro café hasta la hora convenida. Al preguntar por el profesor en la entrada, le habían dicho que lo esperaban en el despacho número tres, segundo piso.

—¿Doctor Dreifuss? —preguntó a su vez una cabeza rubia sin levantar la mirada de un violín que estaba encordando sobre una estantería.

—¿Es usted Mazowiecki? —volvió a preguntar Ludwig con un tono un poco sorprendido.

En esa ocasión la corta melena rubia dejó lugar a un bello rostro, cuando su propietaria levantó la cabeza. Pómulos altos, piel blanca y los ojos grisazulados más pálidos que Ludwig hubiese visto nunca. El esbelto cuerpo, de largos miembros, le hacía parecer aún más alta. Iba vestida con un jersey verde de punto grueso, con el cuello vuelto, que se ajustaba en torno a dos pequeños y redondos pechos, unos vaqueros ajados y unas botas parecidas a las de Ludwig, de color amarillo.

—Sí, soy yo —contestó con tono seco la profesora—. ¿Hay algún problema?

—En absoluto —repuso con rapidez Ludwig—. Sólo que me habían dado a entender que iba a entrevistarme con un profesor.

—Si quiere puedo buscarle uno. ¿Le parece bien uno mayor, gordo, un poco calvo, de barba poblada y chaqueta de lana apolillada?

—No, no es necesario —dijo Ludwig poniéndose nervioso por las maneras autoritarias que mostraba la profesora—. No tengo nada en contra de que usted sea mujer. Más bien es al revés.

—¿Al revés? —preguntó la profesora, alzando las cejas—. ¿Qué espera usted de esta entrevista, doctor?

Ludwig se estaba poniendo cada vez más nervioso e irritado. Era la primera ocasión en que una mujer era capaz de descolocarlo.

—Disculpe —contestó cortante—. Lamento si la estoy molestando o haciendo perder el tiempo.

—La verdad es que sí que me está haciendo perder el tiempo —repuso sin inmutarse la profesora y volvió a centrarse en el violín.

Ludwig se quedó sin saber qué hacer. No había previsto la respuesta. Su orgullo le ordenaba salir de la estancia con un portazo, pero a la vez le pedía que resolviera de inmediato aquella situación vejatoria. En ese momento, había olvidado el motivo que lo había traído hasta allí.

—¿Aún sigue aquí?

—Sigo aquí. Me temo que no esperaba un recibimiento tan desagradable.

—¿Ah, no? ¿Y qué esperaba entonces? ¿Un profesor olvidadizo y bien educado que le aclarara sus dudas? —dijo la joven maestra, volviendo a levantar la mirada—. Mire, doctor Dreifuss, la verdad es que estoy muy ocupada. Deberían haberme consultado sobre la posibilidad de concertar una cita con usted, pero no lo han hecho y ahora aquí está usted. Sé que no es su culpa, pero tampoco lo es mía. Lo siento.

—Me han dicho que es usted una de las mayores expertas en violines stradivarius y necesito hacerle unas preguntas.

—El mayor experto del mundo es mi padre. Por desgracia, es muy mayor y no le gustan las visitas. Creo que he heredado su carácter —dijo la profesora, dejando los pequeños alicates encima del instrumento—. ¿Son muchas esas preguntas?

—En realidad no lo sé —contestó Ludwig, que no quería desaprovechar la pequeña tregua—. Verá, un tío mío ha sido asesinado de una forma bastante desagradable, casi con toda seguridad con el único motivo de robarle un violín stradivarius.

La profesora Mazowiecki sufrió un pequeño sobresalto del que se recuperó de inmediato. Entornando los ojos con interés preguntó:

—¿Qué violín?

—¿Cómo?

—Le pregunto que qué violín.

—Se llama el Diamante rojo —respondió Ludwig confuso—. Es un stradivarius de 1732.

—Varios instrumentos fabricados por Stradivarius han llevado ese nombre. Pero sé de cuál me habla. Siéntese, por favor.

El aula, estrecha y alargada, carecía de mesa. Un piano adosado a la pared, un par de espejos de cuerpo entero para ensayar frente a ellos, unas estanterías metálicas y una pizarra pentagramada con emborronadas anotaciones hechas con rotulador negro componían, además de las dos sillas plegables en las que se sentaron uno frente al otro, el único mobiliario.

—Así que su tío tenía el Diamante rojo. Y lo han matado para robárselo —dijo la profesora, cruzando una pierna sobre la otra y cogiéndosela por la rodilla con las manos entrelazadas—. Sabrá que el violín no le pertenecía, ¿verdad?

—Eso me han dicho —contestó Ludwig molesto.

—Ese violín fue robado hace años y comprado en una subasta clandestina. La vida de ese instrumento ha sido un tanto agitada, ¿sabe? Su propietario era un tal Sascha Jacobsen, de la Filarmónica de los Ángeles. En 1953, cuando viajaba en su coche, fue sorprendido por un aguacero tan fuerte que el agua se llevó el vehículo, con el violín dentro, sin que Jacobsen pudiera evitarlo. Al día siguiente un paseante caminaba por la playa y se encontró el estuche de un violín medio enterrado. La funda estaba llena de arena y agua, y el violín, roto. El hombre resultó ser amigo del director de la orquesta y lo llamó. De esta manera Jacobsen recuperó el violín, que mandó restaurar a Han Weisshaar, un *luthier* sobresaliente. De vuelta en sus manos, Jacobsen decía que sonaba mejor que nunca.

—Y después lo robaron —añadió Ludwig, que no lograba retirar la mirada de aquellos fríos ojos aguados.

—Sí. Se lo robaron a su heredero hace unos diez años. Desde entonces nadie ha vuelto a saber nada de él. Dígame, doctor, ¿por qué le interesa el violín? ¿Apreciaba mucho a su tío?

—Llámame Ludwig. ¿Puedo tutearte?

—Ya lo estás haciendo. Mi nombre es Martha.

—En realidad no lo llegué a conocer —continuó explicando Ludwig—. Me enteré de su existencia cuando me llamaron desde España para comunicarme que era el único heredero de su fortuna.

—La cual tiene que ser respetable, si se ha podido permitir comprar un stradivarius —apuntó Martha.

—Sí, lo es. El caso es que la policía no encontró nada que pudiera indicar quiénes fueron los asesinos ni por qué lo habían matado. Fue un viejo rabino el que nos puso sobre la pista del violín.

—¿Un viejo rabino? —preguntó la profesora.

Ludwig le contó cuanto sabía del extraño personaje, lo cual se reducía a lo que le había dicho el inspector de policía Herrero. Durante un buen rato, y ante el completo silencio de la profesora, Ludwig le fue explicando la teoría del judío.

—¿Qué te parece? —preguntó cuando hubo terminado.

—Una completa sandez —contestó Martha, justo antes de que se oyeran unos golpecitos en la puerta y apareciera un niño de unos diez años con un estuche de

violín tan mojado como su ropa de abrigo.

—Buenas tardes, Bruno —saludó la profesora—. Entra. Mira, Bruno, éste es el señor Dreifuss. Se va a quedar mientras damos la clase. —Al decir esto, Martha levantó las cejas en un gesto de interrogación hacia Ludwig, que, sin darse cuenta, asintió.

Durante una hora, Ludwig fue transparente. El niño y la profesora, centrados en su ensayo, no parecían acordarse de su presencia. La clase había comenzado con un ensayo de escalas y arpegios. Bruno, pese a su corta edad, dominaba bastante bien el instrumento. Sin embargo, Martha le cortaba de vez en cuando y le hacía repetir, mostrándole con su propio violín cómo debía hacerse.

—¿Has preparado Vivaldi? —preguntó Martha, colocando una partitura sobre el atril—. Bien. Vamos a empezar desde aquí.

A Ludwig le pareció que la profesora era muy exigente. Su relación con el niño aparentaba ser distante, muy profesional, lo que corroboraba la idea que se había hecho de ella.

—El acento más marcado. Como si fuese una campanada, mira.

Y lo repetía ella, exagerando el movimiento. Ludwig, al que la clase le estaba aburriendo, no pudo dejar de apreciar la intensidad con la que Martha vivía la música. Con la cabeza inclinada sobre el violín y golpeando en el suelo con el pie para marcar el ritmo, se mostraba ajena a todo cuanto no fuera la melodía que expresaba su instrumento.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Martha cuando terminó la clase y el niño se hubo marchado, algo aliviado según le pareció a Ludwig.

—Muy interesante.

—¿Ah, sí? Me ha dado la impresión de que te has aburrido mortalmente. Te he visto contener un par de bostezos.

El médico se puso rojo y carraspeó, nervioso.

—A mí también me aburre dar clases. En realidad nunca lo hago pero me han pedido que sustituyera hoy a un profesor que se ha puesto enfermo.

—Tenía entendido que dabas clases en este conservatorio.

—Soy profesora de violín pero no ejerzo —dijo Martha sin dar más detalles—. Tengo el resto de la tarde libre. ¿Te apetece ir a tomar algo?

—Esa historia absurda que me has contado, ¿la crees? —preguntó Martha mientras sostenía la jarra de cerveza de la que había echado un buen trago, que le había dejado un bigote blanco que no se preocupó en limpiar enseguida.

—No, claro —repuso a la defensiva Ludwig, sin poder retirar la mirada de aquellos ojos hipnóticos—. Pero no me negarás que es curiosa.

—Sí, está bien para una novela de suspense, pero es una patraña. ¿La policía le ha dado alguna credibilidad?

—Creo que no. El caso lo lleva un tal inspector Herrero. Es un policía a la antigua. Un buen tipo, y parece que sabe lo que hace. Está intrigado con esa historia.

—Vamos a ver —dijo la profesora—, imagino que querrás que te explique por qué me parece una sandez esa historia. Hay varios motivos.

»En primer lugar, los instrumentos de cuerda, como el resto de las cosas, envejecen. Un violín fabricado hace tres siglos suena distinto a como lo hacía cuando salió de las manos del *luthier*. La madera es como el buen vino, su sonido se perfecciona con los años. Su estructura interna se va secando, fosilizando, endureciendo y ganando rigidez, lo que le da más calidad, pero altera el tono. Bien, sigamos. Además del cambio a través de los siglos, están las restauraciones, algunas de ellas merecedoras de la pena de muerte para los que las perpetraron. A casi todos, por no decir a todos los stradivarius, al igual que a los instrumentos de otros grandes *luthiers* de aquellos tiempos, se les han hecho transformaciones. Han sido abiertos, vueltos a barnizar, sustituidas algunas de sus piezas, modificado el puente, que antiguamente era plano y ahora es curvo, elevado en arco, a consecuencia de lo cual la presión de las cuerdas, más largas, ha aumentado, siendo necesario aumentar las medidas de la barra armónica. Y así todo.

»Un violín es algo muy complejo. Para que te hagas una idea: cada uno lleva doscientas cincuenta horas de trabajo, está compuesto por unas setenta piezas y lacado con cuarenta manos de barniz. Las partes principales exteriores son: la *tapa*, normalmente dos piezas de abeto pegadas a lo largo de la línea central; el *fondo*, que suele ser de arce o álamo; las *costillas* de arce, que son las piezas curvas laterales que unen la tapa y el fondo, seis en total, tres por cada lado; la *cabeza*, también de arce, que termina en una espiral o voluta, donde va el *clavijero*, donde están las *clavijas* de ébano, para tensar las cuatro cuerdas; el *mástil*, con el *bastidor* de ébano, que es donde el violinista presiona las cuerdas. Esto además de las cuerdas, antiguamente de tripa y hoy de acero o fibra sintética.

»¿Te aburres? Pues eso no es todo. Por dentro, y de vital importancia, tenemos: la *barra armónica*, una pieza de pino que ayuda a aguantar la presión de las cuerdas a través del puente; el *alma*, que como su nombre indica es el alma del instrumento, una pequeña barra de abeto sujeta tan sólo por la presión entre la tapa y el fondo. Su función es transmitir las vibraciones de la tapa al fondo y así hacer resonar todo el interior. Dependiendo de su colocación sonará más agudo, cuanto más cerca esté del puente, o más grave, cuanto más alejada. El más leve cambio en la colocación altera por completo la calidad y el volumen del sonido.

Martha hizo un alto en la explicación para echar otro trago de la jarra sin perder de vista la expresión del abrumado Ludwig.

—¿Te das cuenta? Cualquier alteración, por mínima que sea, en una de estas piezas, y sólo te he nombrado las más importantes, cambiaría el sonido del violín. Como te he dicho todos han sido abiertos y a muchos les han cambiado piezas. También han sido barnizados posteriormente, ya que con el tiempo pierden laca.

—¿Y eso tiene importancia?

—Decisiva. El barniz sella el instrumento e impide la entrada de impurezas y humedad. Pero, y lo que es más importante, influye en la resonancia del instrumento o, lo que es lo mismo, en su sonido. La laca no es, como se podría pensar, una película lisa meramente decorativa. Si observáramos un violín a través de un microscopio electrónico, descubriríamos que la superficie en realidad parece una cadena montañosa. Esos *picos* y *valles* absorben y modifican las vibraciones cuando el instrumento es tocado.

»La calidad de un violín depende de cuatro factores: la madera, el *luthier* que lo fabrique, el diseño y, por supuesto, el barniz. Es determinante. De hecho la leyenda asegura que el secreto de los violines stradivarius viene dado por el barniz que empleaba su fabricante.

Ante el silencio de Ludwig, la profesora continuó:

—Hay quien dice que Stradivarius sumergía la madera que iba a utilizar en agua, para que el poro se abriera. Con esto se conseguirían dos cosas: una, eliminar las impurezas de la madera y dos, que el barniz penetrara luego más adentro. También hay quien afirma que Stradivarius, para ahorrar dinero, utilizaba madera de barcos de guerra hundidos en la costa de Venecia. ¿Curioso, verdad? El caso es que Stradivarius barnizaba sus instrumentos con tonalidades rojizas, lo que no era corriente, los demás artesanos lo hacían con tonos ocres. Sobre esto también hay discrepancias: unos dicen que Stradivarius utilizaba los mismos componentes para el barniz que sus colegas, añadiendo algún colorante vegetal por cuestiones estéticas, y otros aseguran que ese elemento adicional, al que llaman *sangre de dragón*, una resina gomosa roja, obtenida del fruto de una palmera malaya que Marco Polo trajo de Oriente, es lo que le confiere ese sonido casi mágico.

—Ahora que lo dices —dijo Ludwig haciendo memoria—, algo de eso me explicó el director del conservatorio madrileño que me dio tu nombre. Hablaba del secreto de Stradivarius.

—Seguro. Se ha convertido en un mito para explicar por qué son los mejores.

—Pero no parece estar muy convencida.

—Con Stradivarius ha pasado lo que con otros muchos mitos de hoy en día —dijo Martha—. Por circunstancias, se ha convertido en el elegido. Pero en su tiempo, sus instrumentos se cotizaban a la par que los Guarneris y por debajo de los Amati y los Stainer. Pero ocurrió algo que nadie podía prever. Cambiaron los gustos. Los cuartetos de cuerda que tocaban en pequeñas salas dieron paso a las grandes orquestas, que actuaban en amplios auditorios. Los instrumentos necesitaban más volumen, más potencia. Los Stradivarius, por la forma en que habían sido fabricados, ofrecían una gran potencia en frecuencias de dos mil a cuatro mil hercios, a las que el oído humano es más sensible. Estas frecuencias en salas pequeñas son absorbidas por las paredes, pero en estancias grandes resultan más audibles.

—¿Qué hace que un instrumento sea perfecto? —preguntó Ludwig.

—Varias cosas. Primero su potencia acústica, o sea, el mayor volumen sonoro que puede emitir sin ruidos, ni oscilaciones. Sin alteraciones. Segundo, que posea un timbre agradable. El timbre es la cualidad específica que nos permite distinguir dos o más sonidos iguales en altura, duración e intensidad producidos por diferentes instrumentos o voces. Tercero, que tenga un equilibrio sonoro perfecto... La sensibilidad o fácil respuesta del instrumento para todos los sonidos... La sensibilidad *di soglia*, es decir, inmediata... Una duración notable de vibración...

Ludwig se estaba arrepintiendo de haber hecho la pregunta pero no le quedaba más remedio que continuar atento.

—También es importante la fácil emisión de los sonidos parciales, la ausencia absoluta de ruidos, batimientos, notas falsas...

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Ludwig al ver que Martha había terminado la jarra, deseoso de tomar la iniciativa.

—No, es tarde —dijo la profesora y, mirando directamente a los ojos de Ludwig, añadió con toda naturalidad—: Vivo aquí cerca. ¿Te apetece venir a cenar a mi casa?

—Señor, es para usted —dijo el guardaespaldas rubio alcanzando su móvil a Pawlak.

El anciano se quedó un momento perplejo. Aquello se salía de lo habitual. Alguien llamaba al móvil de Hermann preguntando por él. Alguien que conocía el número de teléfono de su ayudante, lo cual indicaba que también sabía que Pawlak no solía hacer uso de esos artilugios. Alguien lo suficientemente cercano como para que el susceptible guardaespaldas no se alarmara y le tendiera el aparato.

Se encontraban en la escuela privada del anciano con el director Koerner preparando el programa para el concierto que los jóvenes violinistas ofrecerían ante un selecto número de invitados, con motivo de la Nochebuena, en la mansión del anciano nazi. Sentados alrededor de la mesa del director, elegían las piezas que serían interpretadas en tan especial noche. De pronto, el teléfono del rubio comenzó a sonar.

Ajeno al timbre, Pawlak había continuado fingiendo atender las disposiciones del director, que aconsejaba unas obras y desechaba otras. Koerner también proponía los nombres de los alumnos más brillantes que podían tomar parte en el recital y los solistas más apropiados para cada pieza. El anciano asentía con descuido a las explicaciones del director.

El rubio guardaespaldas había sacado el aparato de su bolsillo y mirado la pantalla para reconocer el número. No movió un músculo cuando vio en ella que el teléfono desde el que llamaban tenía un número sin identificación. Se lo colocó en la oreja derecha antes de proferir un seco *Ja*. Después permaneció un rato escuchando, sin decir nada, hasta que, tapando el auricular, se lo ofreció a su jefe.

Pawlak consiguió vencer su fobia a aquellos aparatos y se lo acercó al oído.

—Buenas tardes —dijo una voz desconocida en alemán—. No se alarme, señor. Mi teléfono y el de su hombre están protegidos por un sistema de codificación muy

seguro y casi imposible de rastrear. Aun así, la conversación será breve. Tras ella, su hombre tiene instrucciones precisas para deshacerse de este aparato y cambiar de número.

Pawlak no había dicho ni una palabra y consideró superficial hacerlo ahora, por lo que se limitó a escuchar.

—Hemos recibido cierta información que podría suponer un grave peligro para usted. La policía española está trabajando en un caso de asesinato. Sus investigaciones los han llevado a preguntar por el paradero de cuatro hombres, los señores Eichhorts, Schäuble, Dönitz y Hielscher. También han preguntado por un tal Menasés Liebnitz, un judío polaco que estuvo en los *lager* y que, tras la guerra, se unió al grupo de Simon Wiesenthal. Dicho judío abandonó años después al cazanazis y se retiró a Jerusalén, de donde no había vuelto a salir hasta ahora. Parece ser que, en estos momentos, se encuentra en Madrid y posiblemente esté detrás del interés de la policía por esos cuatro hombres.

»También han preguntado, aunque no sabemos si esto guarda relación, por la situación en que se encuentra un violín expuesto en un museo de Oxford, conocido por el nombre de el Mesías, y han pedido un listado con todos los instrumentos robados en los últimos cinco años. Se han interesado por el intento de robo de un violonchelo conocido como el Piatti. El policía que ha cursado la petición se llama Pablo Herrero, es inspector jefe de la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional, un hombre metódico, tranquilo y poco ortodoxo en su profesión. Tiene fama de ser un buen profesional.

»Continuaremos vigilando al judío y al policía, y le tendremos informado de cuanto ocurra. De todas formas, creemos que quizá sería necesario eliminar a Liebnitz. Puede que guarde información relevante de los tiempos en que trabajaba para Wiesenthal. Si desea algo más, ya sabe cómo localizarnos.

El anciano colgó y mantuvo el mismo silencio. El director de la escuela había dejado de hablar hacía rato al ver el inescrutable rostro de su jefe.

—Disculpe, señor Koerner —dijo pensativamente Pawlak—. Me temo que he de irme. Siga usted con el programa y lo discutiremos en otro momento.

El anciano se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta, seguido por el silencioso guardaespaldas.



## GAD (VENTURA)

*Hay geometría en el canturreo de las cuerdas; hay música en el espacio que separa las Esferas.*

Pitágoras

**M**enasés se hallaba sentado en un banco frente al Palacio de Cristal, en el popular parque del Retiro, al que se había aficionado, contemplando cómo una señora daba de comer a los peces del estanque. Como lenguas rojas corrían por debajo del agua tratando de situarse en la mejor posición para recoger las migas de pan que la mujer arrojaba. El sol no calentaba demasiado, pero bendecía con su luz a los ociosos paseantes.

Cerca de la buena mujer una chica, apoyada en la balaustrada, daba la espalda al estanque. Era alta y bastante agraciada. Llevaba la morena melena rizada sobre los hombros. Vestía unos vaqueros deshilachados en algunas partes, según la moda, y una blusa granate sobre la que lucía un bonito abrigo de piel color arena. La muchacha, con los ojos cerrados, parecía estar disfrutando de la música que escuchaba a través de unos auriculares.

Menasés de vez en cuando miraba a la guapa chica con la que había coincidido al salir de la boca del metro, situada prácticamente a la entrada al parque. Quizá en otros tiempos se hubiese fijado mejor en ella, tanto por su belleza como por la casualidad de la coincidencia. Pero esos tiempos habían pasado. Si alguien quería hacer algo con él, no necesitaba disimular demasiado.

De pronto la muchacha se envaró y apretó el auricular derecho contra su oído como si quisiera prestar especial atención. Al instante dijo unas pocas palabras sin dirigirse a nadie y se alejó.

El anciano esperó pacientemente a ver qué sucedía. No tuvo que esperar demasiado. Por el caminito por el que se había alejado la chica llegaba un personaje conocido para el rabino. El hombre, de mediana edad, con su sempiterno abrigo jaspeado, el sombrero de fieltro bajo el que destacaba el recortado bigote, no se daba excesiva prisa en acercarse.

—Buenos días, inspector Herrero. Hermosa mañana para pasear, ¿no cree?

—Lo sería si estuviese de fiesta, pero no es el caso —respondió el policía con las manos en los bolsillos—. ¿Qué tal se encuentra, rabino?

—Bien, bien. ¿No desea sentarse a mi lado?

—Estaba a punto de preguntarle si le importaba que le hiciera compañía. ¡Ahh! —exclamó Herrero tomando asiento—. Qué bien se está. Debería venir más a menudo.

—¿Todas las agentes son tan bonitas? —preguntó Menasés observando al policía.

—Algunas lo son más aún —respondió sin inmutarse el inspector—. Elena pertenece a mi brigada. Quería hablar con usted y se me ocurrió que hacerle seguir sería una buena manera de encontrarlo. Espero que no le haya molestado.

—No, no. Por favor. A mi edad es un honor ser el centro de atención de una chica tan guapa.

—Pues ya puede quitársela de la cabeza —señaló Herrero sonriendo—. Elena está felizmente casada con un vendedor de seguros, aunque —apuntó bajando la voz para hacerle una confidencia—, no sé qué ve en ese hombre, pero en fin, ¡así son las mujeres!

Los dos se quedaron en silencio disfrutando de la tibia luz. Por un momento olvidaron los asuntos que les preocupaban y se limitaron a descansar.

—Menasés... es un nombre bíblico, ¿verdad? —dijo el policía sin abrir los ojos, ofreciendo el rostro al sol—. Del Génesis, el primer libro de la Biblia. *Olvidadizo*. No es un nombre que le haga justicia. Usted no olvida.

—No, es cierto, no olvido. Usted tampoco olvidaría. ¿Qué me dice del suyo? Pablo, de Saulo. No me recuerda usted a ese santo cristiano.

—Mi abuelo se llamaba así. Fue minero en la provincia de León hasta que enfermó por el carbón —contestó el policía y abriendo los ojos añadió mirando a su compañero de banco—: No puedo llegar a imaginar semejante barbaridad.

—Nadie puede hacerse una idea —asintió el anciano, con la mirada perdida al frente—. Los campos de concentración, los vagones de la muerte, las cámaras de gas, el humo día y noche saliendo por las chimeneas de los hornos crematorios, mis padres muriendo ante mis ojos, el exterminio, la locura humana.

—Menasés, ¿puedo llamarlo así? —dijo el inspector tras guardar un respetuoso silencio en honor de los que habían sufrido la barbarie—. Estupendo. Menasés Liebnitz: matemático, cabalista y exégeta. He tenido que mirar el diccionario para saber qué significa esa palabra: «persona que interpreta o expone un texto», en su caso la Torá, ¿verdad? Prisionero de los campos de exterminio nazis, y colaborador del famoso Simon Wiesenthal. Ayudó al Mossad en la detención de uno de los nazis más buscados. Realmente impresionante su currículum.

—Me alegro de que le guste.

—Impresionante, sí —repitió el policía—. Dígame, ¿por qué dejó el grupo de Wiesenthal?

El anciano miró al cielo mientras pensaba. A su lado Herrero fingía hacer lo mismo.

—«Si luchas contra monstruos, tú serás uno de ellos. Si miras al abismo, el abismo te devolverá la mirada» —recitó al final Herrero ante el pertinaz silencio de su acompañante.

El rabino había vuelto la cabeza en cuanto el policía había comenzado la cita, mirándolo fijamente.

—Friedrich Nietzsche —dijo Menasés cuando el policía acabó—. El filósofo alemán en el que se apoyaron los nazis con su teoría del superhombre. Veo que entiende mis motivos. Es verdad, me estaba convirtiendo en un monstruo como ellos de tanto mirar al abismo. Noté que él también quería mirar dentro de mí. Por eso me retiré.

Herrero hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Al cabo de un rato preguntó:

—Siempre he tenido la curiosidad. ¿Qué es un cabalista? He leído cosas, todas un tanto místicas y ambiguas. Nunca he conocido a uno. ¿Me lo podría aclarar?

—No existe el término «cabalista» —contestó el rabino—. Esa palabra es una invención de los estudiosos occidentales. El que practica la Cábala se llama *Mekubal*, que quiere decir «el que ha sido recibido». «Cábala» en hebreo significa «tradición recibida». Es una antigua fuente de sabiduría judía que explica las leyes eternas del movimiento de la energía espiritual a través del Cosmos. Se considera que la Cábala es tan antigua como el hombre, pero en el sentido que hoy se le da se considera que apareció en la Edad Media, en el siglo XIII, precisamente en España, de manos de Moisés de León que publicó el *Sefer ha-zohar*, el Libro del Esplendor, custodio de las enseñanzas cabalistas. Pero este libro había sido manuscrito mil años atrás por el rabino Simeón bar Yojai a partir de una tradición oral que se remonta al comienzo de la Humanidad.

»Aunque la realidad es más compleja, se suele relacionar la Cábala con el conocimiento esotérico de la naturaleza del mundo divino y sus conexiones con el Universo. La Cábala pone mucho interés en el análisis de las palabras y de las letras, en su equivalencia numérica, en la sustitución de unas por otras, ya que las veintidós letras del alfabeto hebreo corresponden a las veintidós fuerzas del Universo, ¿entiende? La comprensión absoluta de estas correspondencias nos facilitaría el conocimiento del Universo. Por ejemplo, si yo supiera con exactitud todo el contenido encerrado en la palabra rosa, yo tendría poder sobre esa flor.

»El *Zohar*, el Libro del Esplendor, entiende la divinidad como un flujo dinámico de energía. En lo alto de la escala está Dios y su relación con el Universo, creado a través de los diez *sefirot*, las esferas o planos, que están por debajo de Él. El estudio zohárico se centra en la naturaleza e interacción de estos diez *sefirot* como componentes de la naturaleza divina.

—¿Qué me dice de la búsqueda de un nombre secreto de Dios?

—Que me gustaría saber con quién ha estado hablando, inspector. El nombre de nuestro Dios, Yahvé, está formado por cuatro letras hebreas; *yod*, *hei*, *vav* y otra vez *yod*. Nadie sabe realmente cómo se pronuncia. Ese nombre impronunciable y desconocido tiene poder para mover montañas y secar mares. El que lo pronunciara, el que fuera capaz de calcular el valor del Nombre, del tetragrámaton, sería capaz de sacar un planeta de su órbita.

—¿Qué me dice sobre la capacidad para predecir el futuro, las curaciones milagrosas, incluso la suerte de las batallas?

—El sentido de la Cábala es más profundo y global que todo eso —repuso el rabino—. Lo más interesante de la Cábala, lo que ésta nos enseña, es la armonía, el equilibrio con la naturaleza, el Orden en el Universo. Ciertamente hay fórmulas empleadas en la Cábala en determinadas ceremonias. Algunos charlatanes han pervertido la Cábala usándola como si fuera una vulgar magia para los crédulos, al igual que hacen los adivinos y echadores de cartas que se anuncian en los periódicos. Pero lo principal está en el interior de cada uno, en su relación con el resto del Universo. Esas enseñanzas son las que los *mekulin*, o cabalistas como dice usted, tratan de transmitir a los profanos.

—Veo que no niega los poderes sobrenaturales —apuntó el inspector.

—Lo que digo es que esos supuestos poderes no son relevantes —repuso Menasés sin caer en la trampa.

—Me da la impresión de que ha simplificado mucho —dijo meditativo el inspector—. En todo caso me ha bastado para hacerme una idea de su complejidad.

—Es necesaria más de una vida para entender por entero la Cábala.

—Lo creo. Cambiando de tema, dígame una cosa —preguntó Herrero frunciendo las cejas y sonriendo—. ¿Qué pretendía hacer prendiendo fuego a un instrumento de madera?

—Impedir que caiga en malas manos —contestó Menasés sin pensárselo—. Un solo instrumento que falte y la cadena se romperá.

—Lo único que casi consigue es terminar en comisaría. Gracias a Dios, su propietario no deseaba poner una denuncia, aunque el director del Teatro Real quería mandarlo a usted a galeras.

—Hubiese merecido la pena.

—No sé —repuso Herrero, rascándose la barbilla—. El caso es que ha costado convencer a aquel hombre de que olvidara el incidente. Fíjese, con la descripción que nos daba: ¿cómo íbamos a localizarlo? Un anciano desprovisto de pelo, todo vestido de negro y con un sombrero de ala ancha. Esto es Madrid. ¿Cómo esperaba que lo encontráramos?

—Gracias, inspector.

—Olvídelo. Sólo quiero que me prometa que no volverá a cometer una locura semejante.

—No puedo —contestó el rabino, mirando directamente a los ojos del policía—. Ha investigado sobre mí. Sabe lo que he hecho a lo largo de mi vida. No puedo prometérselo. Lo siento.

—Bueno. La verdad es que esperaba algo así. Por cierto, antes de que se me olvide, tengo noticias para usted. Tenía razón con lo de el Mesías, pero para confirmarlo he tenido que pedir un favor especial. Por lo que se ve, es una información altamente confidencial, así que no sé si querrá contarme cómo lo supo. Lo mismo que lo del violín de Tsaldharis, también tenía usted razón.

—Ya se lo dije. Llevo años siguiendo la pista a esos instrumentos.

—Sí, claro. Pero resulta demasiado vago. Creo que tendrá que especificar un poco más. Pero eso no es todo. He mirado el resto de los nombres de la lista. El primer instrumento debería haber sido fabricado en 1690, ¿no? Usted tenía varios candidatos. Si no recuerdo mal son el Ayleford, el Toscano y el Bingham. Puede tachar los dos últimos. Robaron hace casi un año el Ayleford y no ha vuelto a aparecer.

—¿Así que el violonchelo Ayleford es Rubén o Ianuarius? Hubiese apostado por el Toscano. En fin, el caso es que ya les falta uno menos.

—Dos menos. Hace unos días han robado en Lisboa, en el Museo de la Música, el Chevillard. Aún no se ha difundido la noticia porque la policía portuguesa quiere tratar de encontrarlo antes de que se sepa. Unos tipos malos, con unos antecedentes como para llenar un libro, aparecieron muertos en una ciudad al norte de Portugal. El asesino o asesinos eran profesionales. Parece bastante probable que estuvieran tratando de vender el violín y los mataran.

—Eso quiere decir que el Greville y el Burmester no son Zabulón, alias October —dijo el rabino consultando el papel arrugado que guardaba.

—He estado preguntando por los hombres que usted me dijo —comentó Herrero—. Según la Interpol están todos muertos desde hace bastantes años.

—Ya se lo había dicho —contestó Menasés, mientras se metía el papel doblado en el bolsillo interior del abrigo.

—Sí, es verdad que me lo dijo —repuso el inspector, agitando la mano como para quitar importancia al asunto—. Por si acaso consulté mis propias fuentes: Oswald Dönitz, el matemático y musicólogo, murió en Marbella hace dos años, protegido por las autoridades españolas, de lo que no me siento orgulloso, de un derrame cerebral tras permanecer mucho tiempo como un vegetal a consecuencia del Alzheimer que padecía.

—No puedo decir que lo lamente.

—Me lo imagino. Sobre los otros tres no he logrado saber nada. De todas formas, Friedrich Hielscher, si sigue vivo, sería demasiado mayor para estar detrás de todo esto, ¿no le parece? Yo lo descarto.

—Puede que tenga usted razón, Pablo —repuso tras meditar el rabino—. Lo que nos deja sólo dos sospechosos: Friedrich Schäuble, el físico, y Martin Eichhorts, historiador y teólogo.

—No necesariamente. ¿No me dijo que la sección estaba compuesta por más científicos? ¿Y ha pensado en la posibilidad de que uno de ellos confiase el secreto a alguien más joven de su confianza?

—Lo he pensado. Muchas veces. Pero creo que es uno de ellos el que está al frente de la operación. No se fiarían de nadie.

—Menasés, ¿por qué no me cuenta toda la historia desde el principio?

—El principio —dijo ensoñadoramente el rabino—. Le contaré cómo llegué yo a enterarme de la existencia de la operación Bifrost. Como ya le dije, los aliados,

después de destruir el Tercer Reich, el tercer imperio tras los de Carlomagno y Guillermo I, incautaron toda la documentación de los nazis. Aquello que les interesaba se lo quedaron y el resto se lo dieron a los Archivos Yad Vashem de Israel. ¿Se acuerda? Vale, éstos nos entregaron copias de estos expedientes al Centro de Documentación Judía, creado por Simon Wiesenthal, por si, gracias a ellos, podíamos atrapar a algún nazi fugado.

»De esta manera llegó a mis manos una requemada carpeta de cartón en cuya portada se podía leer Operación Bifrost, nombre que los antiguos escandinavos daban al arco iris, al que consideraban un puente para unir el reino de los dioses con el nuestro.

»Así que tenía en mi poder la documentación de una operación integrada en el Proyecto Asgard, del que ya estábamos al corriente, pues conocíamos los estudios sobre el Grial, el Arca de la Alianza, los atlantes y demás, que estaban llevando a cabo los nazis. Pero ¿qué era la Operación Bifrost? Estaba claro que una nueva forma de dar con el mundo de los dioses pero ¿en qué consistía? La documentación era escasa y fragmentaria. Resultaba prácticamente imposible sacar algo en claro.

»Encontré una autorización para llevar a cabo unas excavaciones a las afueras de la ciudad italiana de Cremona, pero en la que no se detallaba los motivos. También tenía una lista con los doce nombres de los meses en latín adjuntos a unos años, en orden ascendente. Con esto poco se podía hacer y lo aparqué en favor de otras investigaciones más adelantadas. Sin embargo, siempre que tenía que interrogar a algún antiguo prisionero de guerra que hubiese estado preso en la Italia de Mussolini, le preguntaba si sabía algo de unas excavaciones a las afueras de Cremona. Un par de veces tuve suerte, en parte, pues encontré a antiguos presos que trabajaron en ellas, pero sólo supieron decirme que buscaban entre los antiguos osarios un libro. ¿Cuál? No lo sabían.

»Un día, por fin, la suerte me sonrió. Un maquis detenido por el ejército fascista recordaba bien las excavaciones, en las que había trabajado. Este combatiente había oído hablar a los nazis desplazados allí de cierto objeto al que llamaban Heimdallr. Según este prisionero, las excavaciones terminaron el día que encontraron una estropeada Biblia enterrada entre los huesos. En el interior de esta Biblia, que los nazis se apresuraron a llevarse, el prisionero que la había encontrado pudo leer un nombre: Antonius S. No volvieron a ver a los nazis y los carceleros les ordenaron volver a enterrar las montañas de huesos profanados. A mí me sonaba Heimdallr. No tardé en comprobarlo: era el dios que protegía la entrada al Bifrost para que nadie entrara sin haberlo merecido. Era la llave al reino de los dioses.

»Ya sabía qué buscaban los nazis en Italia, pero seguía sin saber por qué lo buscaban. ¿Quién era Antonius S.? Esta nueva incógnita tardó meses en despejarse. Un antiguo compañero de barracón, con el que solía quedar de vez en cuando para hablar, me apuntó la posibilidad de que el propietario de la Biblia fuera Antonius Stradivarius. Según mi amigo, Stradivarius había sido enterrado en una iglesia de

Cremona y, cuando derribaron la iglesia, sacaron todos los esqueletos y los sepultaron en una fosa común a las afueras de la ciudad. Pero ¿por qué iban los nazis a buscar la Biblia de un antiguo *luthier*, por mucho que hubiese sido el mejor artesano de todos los tiempos? Por el barniz, me dijo. Yo no entendía de qué me hablaba: ¿el barniz? Me contó la leyenda que afirma que Stradivarius había sido enterrado con su Biblia, en la que estaba escrita la fórmula secreta de la composición de su barniz, gracias a la cual la calidad de sus violines no había podido ser superada aún. ¿Era Heimdallr la fórmula del barniz? Sin duda podía ser muy valiosa, pero ¿qué tenía que ver con el reino de los dioses? ¿Lo aburro, inspector?

—En absoluto —repuso Herrero, que jugueteaba con su sombrero—. Imagino que la Biblia en cuestión tiene alguna relación con los violines robados.

—Así es, aunque yo en ese momento no tenía la menor idea. Investigué la vida de Antonius Stradivarius para ver si hallaba alguna pista y tuve suerte. Verá, Stradivarius había entrado en la profesión como aprendiz del mejor *luthier* que había entonces, Niccolò Amati, y permaneció a su lado aun después de que su fama ganara a la del maestro. Pero, de pronto, un día se estableció por su cuenta. Y no sólo eso, sino que se compró una casa de tres pisos con taller y secadero, algo sin duda muy difícil para un hombre casado y con hijos sin un respaldo económico fuerte. Además, empezó a hacer la competencia a su mentor, algo que éste no podía consentir. Sin embargo, Amati no pudo hacer nada contra su exalumno, ¿por qué?

—¿Porque había encontrado un patrocinador poderoso que le ofreció protección y dinero con el que independizarse? —sugirió Herrero.

—Exacto, don Pablo. Eso mismo pensé yo. ¿Y quién era ese poderoso desconocido y cuál era el motivo por el que se había convertido en mecenas de Stradivarius?

Herrero aguardó a que el rabino continuara con el relato.

—Entiendo que no lo ha podido averiguar... —dijo cuando resultó evidente que Menasés no iba a hablar.

—No, no he logrado averiguarlo —admitió con un suspiro el anciano—. Aunque creo que no es lo más importante en este momento.

—Usted piensa que, fuera quien fuese, proporcionó a Stradivarius la clave para acceder al Bifrost, clave que éste escondió de alguna manera en esos doce instrumentos, ¿no es así?

—En efecto. Stradivarius comenzó a trabajar muy joven, como todos los aprendices. Sería prácticamente un analfabeto. Alguien le tuvo que instruir sobre la clave.

—Menasés, no se ofenda, pero usted es cabalista, algo que como ha reconocido, tiene un fuerte componente esotérico. Quizá para usted todo esto tenga algún sentido, pero vivimos en la era de la razón. Ya no se quema a las brujas, simplemente se las relega a los anuncios por palabras o a las consultas televisivas a altas horas de la madrugada.

—Le entiendo, inspector —contestó el rabino asintiendo—. Sé que usted ve paralelismos entre mi especialidad y la idea nazi. Los dos buscamos, de formas diferentes, alcanzar a un Dios que consideramos propio. Tratamos de encontrar la fórmula para establecer contacto con una entidad superior que se muestra inalcanzable, de la que nos separamos al principio de los tiempos por nuestros pecados. Pero nosotros lo hacemos mediante el estudio, con el fin de alcanzar la gracia para toda la Humanidad. Ellos lo hacen desde la perversidad, para eliminar a las demás razas, a las que consideran inferiores.

Herrero mantuvo un pensativo silencio mientras se rascaba el mentón.

—¿Cómo relacionó usted todo esto con los instrumentos? —preguntó al cabo.

—En la lista de los meses en latín con las fechas adjuntas, venían los nombres en alemán de dos instrumentos requisados a músicos judíos durante la guerra, que fueron devueltos a las familias de sus propietarios al finalizar el conflicto. Los comparé con los fabricados por Stradivarius y las fechas, y coincidían. También encontré una correlación muy antigua, en la documentación nazi, entre los nombres en latín y los que posteriormente les había dado Stradivarius. No me costó esfuerzo darme cuenta de que coincidían con los nombres de las doce tribus de Israel, los hijos de Jacob, aquel que, como ya sabe, soñó con la escalera al Cielo, el Bifrost.

»Sin saber cuál era la clave, ya tenía más o menos cuáles eran las intenciones de los nazis, así que hice una lista con todos los instrumentos fabricados por Stradivarius en los años que venían en la documentación y fui estudiándolos uno a uno, hasta acortar la lista. Como ya ha visto usted, algunos han sido comprados, otros robados y los hay que han sido suplantados. Todos coinciden.

—Y algunos otros que no coinciden también han desaparecido. No lo olvide.

—No me lo estoy inventando, inspector.

—Póngase en mi lugar —dijo el policía sin retirar la mirada—. ¿Usted qué pensaría?

—¿Que estoy hablando con un loco?

—Lo ha dicho usted, no yo —señaló Herrero encogiéndose de hombros.

—Por eso traté de quemar el Piatti. Usted se resiste a creerme. Yo le ofrezco credibilidad, la historia no, ¿me equivoco? Pero, mientras, el tiempo se agota y no les quedan más que dos instrumentos por conseguir.

—¿A qué se refiere con eso de que el tiempo se agota?

—Verá —contestó el rabino cogiendo aire—. Este año el solsticio de invierno será el día veintidós de diciembre. A lo largo de la historia todas las culturas han celebrado este día mágico en el que la naturaleza renace. La mitología germana no ha sido una excepción y como sabe los nazis se apoyaron en ella para sus planes.

—¿Quiere decir con eso que para entonces deben estar en posesión de los doce instrumentos?

—Así es. Y, como verá, no queda mucho tiempo.



El inspector guardó silencio un rato mientras digería aquellas palabras y después preguntó:

—¿Qué pretenden conseguir los nazis con todo esto?

—La higiene racial, la limpieza étnica —contestó Menasés—. ¿Qué otra cosa podrían pretender? Era su mayor y única obsesión. Lo intentaron todo. Esterilizaciones en masa de deficientes y no arios, exterminio, experimentos médicos. Prohibieron los matrimonios o relaciones entre arios y otras razas. La eugenesia, o lo que es lo mismo, el estudio de la herencia genética para el perfeccionamiento de la raza, no es algo nuevo. En *La República*, escrita por Platón, ya se hace mención de ella. No fueron los alemanes los únicos. Ingleses y americanos también se interesaron, siempre desde el sentimiento de superioridad blanca anglosajona. En Estados Unidos ya se habían aprobado en varios estados leyes de esterilización dirigidas a diversos *inadaptados* sociales como retrasados mentales, criminales y enfermos psíquicos, e incluso a los indios.

»En 1933 el gobierno nazi promulgó una ley para la prevención del nacimiento de niños con enfermedades genéticas, por la cual se obligaba a la esterilización de todos aquellos que padecían enfermedades físicas o psíquicas supuestamente hereditarias. Por este motivo fueron esterilizadas cuatrocientas mil personas. Entre esas enfermedades estaban la debilidad mental, la esquizofrenia, la epilepsia y el alcoholismo. Cuando los alemanes ocuparon Polonia secuestraron a los niños con sangre aria y los trasladaron a Alemania para ayudar en la reproducción de arios puros. A este secuestro en masa se le llamó proyecto Liebensborn, que en español se traduciría paradójicamente como “fuente de vida”.

—Pero ¿qué función tienen los instrumentos en todo esto? No me imagino a los alemanes pidiendo a los dioses que exterminaran a los judíos.

—Los nazis se consideran descendientes de los dioses arios. Están convencidos de que la contaminación judía los ha alejado de ellos. Buscan la redención.

—¿Cómo pueden unos violines abrir las puertas al Reino de los Cielos? —preguntó Herrero—. No le veo ningún sentido.

—Los neonazis llevan décadas gastando cantidades ingentes de dinero y esfuerzos para dar con ellos. Eso quiere decir que lo creen posible.

—O que están locos.

—Es posible, pero... ¿usted se arriesgaría? Yo no.

A solas en su banco, Menasés gozaba de los últimos rayos de sol. Había disfrutado con la conversación. Herrero, por el que sentía aprecio, era un buen oyente: atento, paciente, empático.

Había sido una pena que la guapa policía hubiese venido a cortar la conversación, sujetando en la mano un móvil, tapado con la mano, que tendió al inspector mientras gesticulando con la boca le decía en silencio quién era el que llamaba.

Herrero había hecho un gesto de fastidio antes de coger el aparato. Menasés había sonreído al darse cuenta de la mentira que el policía le endosaba a su superior, al asegurarle que hasta ese momento había estado en un lugar sin cobertura y que por eso no había respondido a las llamadas.

—Bueno. Me parece que tendremos que continuar esta agradable conversación en otro momento —le dijo Herrero al devolver el teléfono a la agente—. Me reclaman en la oficina. Usted no tiene uno de esos dichosos aparatos, ¿verdad? No sabe cuánto lo envidio. Son invento del diablo. Por suerte, el mío casi siempre está sin batería o sin cobertura. En fin, qué le vamos a hacer. Ya nos veremos. Que pase una buena tarde.

—Igualmente, inspector. Ha sido un placer para mí conversar con usted. Espero no haberlo aburrido.

—En absoluto. Me ha parecido de lo más interesante. Espero con impaciencia la continuación. Mientras, hágame un favor, no se meta en más líos.

—Como le he dicho, no puedo prometérselo, inspector.

Herrero, tras lamentar que su nueva intentona hubiera caído en saco roto, se alejó tras la agente, sin apresurarse, hacia la salida del parque más cercana.

Media hora más tarde el rabino seguía los pasos de los dos policías, abandonando el parque, que, al no recibir el calor y la luz del sol, había quedado desierto. Con paso tranquilo llegó hasta la boca del metro, donde consultó el plano para indagar qué combinación debía tomar para llegar a la estación de Ríos Rosas. Aquella noche había quedado para cenar en casa de Sholem, algo que no le apetecía. El devoto hombre bebía de sus palabras como si cada frase estuviera cargada de un significado más allá de lo que, verdaderamente, había tratado de decir Menasés. A veces se preguntaba si no sería lo mismo que hacían los propios rabinos al interpretar la Torá.

Como había previsto, la cena resultó aburrida. La mujer de Sholem, Ruth, no abrió la boca, y de los hijos que tenía la pareja sólo estaba Zalman, al que la presencia de su importante huésped le agradaba tanto como a Menasés serlo. Tras la sobremesa, alegando un cansancio que estaba lejos de padecer pero que todos aceptaron, el rabino regresó al hostel, acompañado por el insistente Sholem en el coche de éste.

Allí lo aguardaba una sorpresa. El sobrino de Joseph, que esa noche estaba al cuidado del negocio, le tendió un hojita de papel en la que venía un número de teléfono y un nombre: Ludwig Dreifuss, seguido de una petición para que lo llamara cuando regresara al hostel. Menasés sabía quién era Dreifuss, así que, en cuanto subió a su habitación y se quitó los zapatos, que le apretaban sus atormentados pies, marcó el número del teléfono que le habían dado y esperó a que respondieran, mientras con la mano libre se daba un pequeño masaje en la pierna mala.

—Ja?

—*Herr Dreifuss?* —dijo Menasés en alemán—. Soy Menasés Liebnitz. Me ha dejado usted recado para que le llamara cuando regresara.

—¡Ah!, buenas noches, rabino —contestó Ludwig—. He llegado esta tarde de Viena y de camino a mi hotel me he pasado por el suyo para ver si podía charlar un rato con usted, pero me han dicho que había salido. Tenía que haber llamado antes.

—Hacía buena tarde y he ido a dar un paseo. Al final ha resultado doblemente provechoso, pues me he encontrado con el inspector jefe Herrero. Me encantaría tener esa charla con usted. Esta noche ya es un poco tarde, ¿no le parece? Si le viene bien mañana, podíamos quedar en algún sitio.

—Me viene bien. ¿Qué le parece la entrada del Real Jardín Botánico? Me han dicho que es un lugar tranquilo. ¿A las diez y media? De acuerdo. Hasta mañana entonces.

A la mañana siguiente Menasés se bajó en la estación de Atocha. Aún quedaban veinte minutos para las diez y media y el jardín estaba a menos de cinco. Levantándose el cuello del abrigo, pues el día había salido con viento, subió la calle hasta la entrada.

En la plaza de Murillo, entre el Museo del Prado y el Real Jardín Botánico, el anciano aguardó paciente, observando cómo un grupo de escolares, acompañados por dos profesores, hacían cola bajo el dintel de piedra, sujeto por las dos enormes columnas que recibían a los visitantes. Un mocoso de unos doce años, con una enorme mochila a la espalda, sujetaba entre las manos un pequeño aparato, una consola de juegos o un móvil, se dijo Menasés, y dos compañeros suyos le daban instrucciones, volcados los tres sobre la pantalla del artefacto, ante la desesperación de la profesora, que se desgañitaba para que pasaran por el torno de la entrada.

—¿Rabino Liebnitz? —preguntó en alemán un individuo que se le había acercado.

Menasés estudió al hombre que le estrechaba la mano. Alto, rubio, de pelo pajizo, piel y ojos claros, mirada arrogante y severa, impecablemente vestido con ropa cara de *sport*. Menasés no tuvo duda de que, sesenta años atrás, el médico hubiese pertenecido a la élite alemana. ¿Se habría convertido ese hombre en uno de esos carniceros inhumanos?, se preguntó como hacía cada vez que conocía a un alemán o a un exponente de la raza *superior*. Mirando dentro de los ojos del médico llegó a la conclusión de que sí.

—*Shalom aleichem*, doctor Dreifuss —repuso intencionadamente el anciano y, cambiando del hebreo al alemán, añadió—: ¿Qué tal está usted?

—Muy bien, rabino —contestó Ludwig sin reaccionar ante el saludo judío—. ¿Le parece que entremos? Ayer, después de hablar con usted, me llamó el inspector Herrero y me contó por encima la charla que habían mantenido.

Lo que Ludwig no dijo es que el inspector lo había llamado para interesarse por su estancia en Viena y ver si había conseguido averiguar algo, y que había sido Ludwig el que preguntó al policía sobre su conversación con el rabino.

—¿Y qué opinión le merece?

—No creo en esas cosas —contestó Ludwig—. Lo mismo que no creo en la Cábala, en la resurrección de un hombre, en la virginidad de una madre, ni en plagas divinas.

Mientras hablaba, los dos se habían acercado a las taquillas del jardín. Ludwig abonó el importe de las entradas y a cambio le dieron dos tiques de cartón que guardó distraídamente en el bolsillo.

—¿No profesa usted ninguna fe? —preguntó con amabilidad el anciano, examinando los paneles donde se detallaba el itinerario y contenido de los jardines, en los que pudo leer, sin especial interés, que habían sido erigidos por Carlos III en 1781.

—No. Pienso que son engaños, destinados a mantener un sistema de castas por medio de la ingenuidad humana. Todavía estoy por encontrar una religión que no me pida *a priori* una fe absoluta en algo que no se puede demostrar.

—¿Cree usted que el Universo es cuanto conocemos y que no tiene ningún fin?

—No lo sé. Pienso que puede haber algo que no alcanzo a entender, pero no creo que sea ni el Dios cristiano, ni Yahvé, ni Alá, ni tampoco Thor, Zeus, Júpiter, Ra, Mitra, Tezcatlipoca o como quiera llamarlo.

—Es usted un agnóstico, por lo que veo. ¿O quizá un panteísta?

—¿Se refiere a si identifico el Universo con Dios? —preguntó Ludwig pensando la respuesta—. No. Eso implica aceptar que Dios existe y no encuentro ningún motivo para llegar a esa conclusión. Tengo entendido que los nazis sí lo eran, ¿no?

—Algo así —repuso el rabino, sin mostrarse molesto por el recordatorio—. ¿Le parece que empecemos por aquí? —añadió mostrando un sendero con la mano—. Tenían una idea más sutil. Consideraban la sustancia divina como una forma de energía o un estado de vibración de la materia. Pensaban que los arios, que en sánscrito significa «noble», descendían de los dioses, mientras que las demás razas, a lo que llamaban pueblos inferiores, lo hacían de las bestias. Por eso estaban convencidos de que el cruce entre razas los debilitaba. Así, los seres superiores podían transmitir a los arios puros sus facultades parapsíquicas. Pero sí es cierto que pretendían deshacerse del cristianismo, algo que les iba a costar un gran esfuerzo, pues estaba muy arraigado en toda Europa, y sustituirlo por un culto a la naturaleza.

»De hecho Himmler, ministro del Interior de Hitler, trató de contrarrestar la festividad cristiana del día veinticinco de diciembre por la pagana del *Julfesta*, propia de los pueblos del norte, durante la cual se queman grandes troncos de árboles para que el invierno se aleje y el sol brille con fuerza y se regenere. Piense que esa fecha coincide con el solsticio de invierno y que a partir de ella el día se va alargando y llega la luz y el calor, algo muy necesario en esos países fríos.

»En realidad Himmler intentó hacer lo mismo que san Juan Crisóstomo y san Gregorio Nacianceno siglos atrás, pero a la inversa. Estos santos, viendo la dificultad para imponer la doctrina cristiana, optaron por absorber, en vez de reprimir, los ritos

de la llegada de la primavera, y la Iglesia proclamó el día veinticinco como el día en que había nacido Jesús, algo sumamente improbable si nos atenemos a los Evangelios.

—¿Es eso cierto? —preguntó extrañado Ludwig—. Siempre había pensado que la elección venía dada por la interpretación de algún Evangelio.

El anciano, con las manos entrelazadas a la espalda, observaba un magnífico ejemplar de olmo de más de cien años de edad, según reflejaba el cartel situado en su base, al que la imaginería popular había bautizado con el nombre de «Pantalones» por los dos troncos que lo formaban y que, efectivamente, aparentaban ser las perneras de un pantalón colocado del revés, con la cintura en el suelo, como si pertenecieran a un gigante enterrado en tierra con los pies hacia el cielo.

—No —repuso Menasés sin dejar de admirar el frondoso árbol—. Fue fruto de una jugada maestra de la Iglesia católica. Como otras muchas. ¿Recuerda que antes me ha dicho que no cree en la virginidad de una madre, ni en la resurrección de un hombre? Pues bien, ¿sabía que Jesús no es el primero ni el único que lo ha logrado? Casi la totalidad de los pueblos con culturas desarrolladas, desde los egipcios a los persas, de los griegos a los romanos, los fenicios, los aztecas y otros muchos, han celebrado durante lo que hoy es Navidad el nacimiento de un hijo de la Reina de los Cielos.

»En los mitos solares ocupa un lugar especial la figura del joven dios solar que cada año muere y resucita, metáfora de los ciclos de la vida en la naturaleza, que nace con la primavera y muere con el invierno. ¿Le sorprende? Horus, Mitra, Adonis, Dionisos, Krisna, el escandinavo Balder, perteneciente a la mitología adoptada por los nazis, y luego Jesús. Todos comparten la misma historia.

»En Egipto, Horus, hijo de Osiris e Isis, nacía a finales de diciembre, concebido milagrosamente, ya que Osiris había muerto despedazado antes de la concepción. Horus se representaba acostado en un pesebre, con un dedo en la boca y el disco solar sobre la cabeza. ¿Le recuerda eso algo? Mitra, dios persa del sol, llevado por el general Pompeyo a Roma, donde el mitraísmo se convirtió en una importante religión, cargaba con los pecados de los hombres y dispensaba la Luz. Según sus seguidores algún día volvería como juez. También le suena, ¿verdad?

»Todos estos dioses expían los pecados de la humanidad, son asesinados violentamente y resucitan, algunos al cabo de tres días, igual que Jesús. Todos son dioses que bajaron al Infierno y regresaron vigorosos, como la naturaleza, al acabar el invierno. La Iglesia católica lo único que hizo es despojar a Jesús de su humanidad, y vestirlo con los ropajes de la divinidad, convirtiéndolo en un dios que los paganos pudieran aceptar. La noche que los romanos, y el resto de los pueblos con religiones solares, festejaban como el *Natalis Solis Invicti*, la Iglesia católica la tomó como fecha del nacimiento de Jesús. ¿Qué le parece?

—Sorprendente —dijo Ludwig—. ¿Así que los nazis trataron de volver a los orígenes?

—Eso es. Buscaban el culto a la naturaleza, al sol y a su propia divinidad. El compositor Richard Wagner fue un profundo alentador del pangermanismo y el antisemitismo. Una idea básica en su obra musical es la redención del ario degenerado por mezclarse con los seres inferiores. En *El Anillo de los Nibelungos*, Sigfrido y Brunilda encarnan la nueva raza pura. En *Parsifal*, el Grial es entregado a los puros. Resulta lógico que para Hitler y sus acólitos Wagner fuera su compositor favorito.

—Siempre había pensado que los nazis habían hecho del cristianismo su religión, llevándola hasta el extremo.

—No. Se aprovecharon de ella. No podían enfrentarse a las Iglesias cristianas, demasiado poderosas, hasta conseguir dominar Europa. Entre tanto hacían creer que seguían sus dictados para no entrar en conflicto directo con las creencias de sus fieles.

—Parece que usted está convencido de que el día de Navidad es el elegido por el que está detrás de todo esto para llevar a cabo sus planes.

—Será antes. El solsticio de invierno, cuando todo renace, tendrá lugar este año el veintidós de diciembre. Y ese día buscarán el resurgir de la raza aria.

Mientras Ludwig rumiaba lo que el rabino le decía, Menasés observaba con curiosidad los ejemplares, forzando la vista para tratar de descifrar las etiquetas informativas.

—Me contó el inspector Herrero su charla sobre la Cábala —dijo Ludwig tras una pausa, como si hubiese recordado algo de pronto—. Asegura que es usted maestro. Según le entendí, los cabalistas también identifican a Dios con el Universo, ¿no?

—No. Dios es una entidad que está por encima de todo y el resto del Universo, en diferentes planos, estamos por debajo. De todas formas, sí que existe una corriente, la llamada Cábala Luriánica, que se aproxima más a la idea panteísta. Esta corriente sostiene que en un momento dado ocurrió una catástrofe cósmica por la que la Luz Divina estalló y las chispas quedaron prisioneras en el mundo que conocemos. El hombre, mediante la oración y el cumplimiento de los mandamientos, debe liberar esas chispas prisioneras, ganándose la redención, lo mismo que intentaron los nazis a través de la depuración de la raza, y la reunificación con la esencia de Dios.

—¿Cómo consiguieron los nazis llegar a conocer ese secreto que escondía Stradivarius?

—En la carpeta que los aliados entregaron a los Archivos Yad Vashem había un expediente muy antiguo que se encontraba en condiciones lamentables, empapado de agua y parcialmente quemado. Ese documento, que traté en vano de restaurar con la colaboración de un departamento del Mossad especializado en documentos antiguos, estaba escrito en latín y era prácticamente ilegible. Los análisis indicaron que había sido escrito hacia el año 1720. Poco más se pudo obtener de él. Pero una de las pocas frases reconocibles mencionaba un nombre: Christian Rosenkreuz.

—¿Y? —preguntó Ludwig, impaciente ante la pausa que hizo Menasés a continuación.

—Christian Rosenkreuz era el pseudónimo de un oscuro personaje que, allá por el año mil quinientos, viajó por todo Oriente y tomó notas de la sabiduría secreta que aprendió. Un siglo después, sobre sus cuadernos se fundó una orden fraternal dedicada a la búsqueda de la sabiduría esotérica. Los rosacruces, como se los conoce, no creían en un Dios al estilo cristiano, hebreo o musulmán, sino en una Inteligencia Cósmica, un dios impersonal, parte del Universo, del Todo, que actúa en armonía con las demás fuerzas de la naturaleza. Según la tradición, lo que Rosenkreuz aprendió provenía de las enseñanzas herméticas egipcias, del cabalismo y otras creencias esotéricas. Su símbolo era una rosa y una cruz. Se dice que Beethoven, Descartes, Newton y otros grandes hombres pertenecieron a la fraternidad.

»Bien. Quizá sea un exceso de especulación pero no tengo más. Creo que, de alguna forma, ese documento irrecuperable puso sobre la pista a los nazis. En él había alguna clave que les indicaba qué o a quién debían buscar y cuál era el secreto.

—¿A qué se refiere con eso de las enseñanzas herméticas? —preguntó el médico, al que se le acumulaban las preguntas.

—Imagino que habrá oído hablar de Hermes Trismegisto —preguntó a su vez el rabino—. ¿Sí? Lo suponía. Pues ese mítico legislador egipcio, al que se le atribuyeron toda clase de portentos, no es seguro que llegara a existir de verdad, ni en qué época lo hizo. Lo que sí es cierto es que resultaría de todo punto imposible para cualquier persona llegar a hacer la mitad de lo que se supone que llevó a cabo. Entre otras cosas, sus discípulos afirman que escribió seis libros de medicina. También los diecisiete tratados del *Corpus Hermeticum* sobre cuestiones teológicas y filosóficas. ¿Sabe cuál es su tema principal? La regeneración y deificación de la Humanidad a través del conocimiento de Dios. Se supone que estos tratados fueron revelaciones del dios egipcio de la sabiduría Thot. Están escritos en griego y latín, y tratan de alquimia, astrología y magia negra.

»De ahí proviene el término “hermético”. En un principio se refería a lo que no le está permitido conocer al hombre común, sino sólo al iniciado. “Hermético” significa “cubierto por Hermes”. La tradición dice que Hermes condensó toda la sabiduría del antiguo Egipto en la Tabla Esmeralda, llamada así porque fue grabada en una piedra verde. Esta tabla es la Biblia de los alquimistas y ahí se encuentra la famosa Ley de las Correspondencias que dice: “Lo que está abajo es igual a lo que está arriba y lo que está arriba es igual a lo que está abajo, para realizar los milagros de una única cosa”.

—Así que usted piensa que, a través de esos escritos, de la Cábala y otras pseudociencias, los rosacruces adquirieron un conocimiento reservado sólo para los iniciados al que Antonius Stradivarius tuvo acceso de alguna forma y que éste lo transmitió escondido dentro de sus instrumentos.

El rabino se limitó a asentir mientras, como si estuvieran hablando del estado del tiempo, continuaban paseando. De vez en cuando echaba un rápido vistazo al folleto que le habían entregado junto a la entrada.

—No me entra en la cabeza cómo los nazis podían creer en esas estupideces.

—¿Estupideces? —respondió Menasés, arqueando las cejas—. La frontera entre lo real y lo irreal es a veces muy delgada. A lo largo de los tiempos ha habido muchas creencias de ese tipo. Grandes pueblos han creído en oráculos, fuerzas desconocidas, mensajeros del más allá. Y no sólo los hombres comunes. También los más sabios. Las hermandades de templarios, rosacruces, masones, los *assassini* persas, Thule, nosotros los cabalistas y otras muchas están llenas de grandes personajes. Desde Napoleón a Mozart, Pitágoras, Paracelso, Verne, Benjamin Franklin. No es de extrañar que los nazis lo hicieran.

—Ha mencionado Thule —apuntó Ludwig—. ¿No es así como se llamaba antiguamente a la zona más al norte de Europa?

—Cierto. Islandia y el norte de Noruega. También fue una sociedad de iniciados germanos previos a Hitler, de la que éste aprendió muchos de sus prejuicios raciales. Precisamente uno de sus miembros fue el que propuso la esvástica como símbolo nazi. La sociedad buscaba la construcción del *Halgadom*, un templo espiritual y material, el imperio de los germanos puros, a los que consideraba sobrehumanos, imperio que debía conquistarse mediante la *guerra santa*. Para pertenecer a esa sociedad había que garantizar una pureza de sangre de por lo menos hasta la tercera generación, como posteriormente pasaría con las SS.

—Vale —dijo Ludwig haciendo un gesto con la mano como para dejar de lado la lección de historia—. Queda claro que los nazis creían poder dominar el mundo y volver a recuperar la divinidad perdida y que se dedicaron a ello. Pero, dígame, ¿cómo podrían usar esos instrumentos para conseguir sus propósitos?

—Como le dije al inspector, no tengo ni idea. No crea que no me he hecho mil veces esa pregunta.

—¿Y no ha llegado a ninguna conclusión?

—Ninguna que pueda tener sentido.

—Nada de todo esto tiene ningún sentido. Dígame qué se le ha ocurrido.

—Bueno —contestó Menasés alzando los hombros mientras mantenía las manos enlazadas detrás de la espalda—. Una posibilidad es que los instrumentos escondan una fórmula matemática a la que los nazis atribuyan la capacidad de crear el Universo.

—¿Una fórmula matemática? —respondió escandalizado el médico.

—Usted me ha pedido que le dé mi opinión. —Menasés volvió a alzar los hombros—. No digo que sea cierta o realizable. En la antigua Grecia, primero Pitágoras y luego otros muchos, afirmaban que el Universo era números. Todos los pueblos han dado gran importancia a los números y sus propiedades. La numerología cree que el número posee una personalidad propia que expresa la relación de las partes con el Todo, del individuo con el Ser. La Cábala, que yo estudio, cree en el poder de los números. Los alquimistas también. El Número de Oro o Proporción Áurea dirige la arquitectura de la naturaleza, la concha del caracol, la forma en que



salen las ramas y las hojas de algunas plantas. Sobre él se establecieron los cánones de belleza del rostro humano en Grecia. Lo utilizó Leonardo da Vinci para las proporciones del ser humano. El Partenón, la catedral de Estrasburgo o la pirámide de Keops siguen esa proporción. Beethoven la emplea en su Quinta Sinfonía. El *I'Ching* o *Libro de las Mutaciones* habla en uno de sus capítulos de los números emblemáticos celestes y de cómo pueden evocar el Universo. Y lo que es curioso, recientemente han descubierto que Stradivarius fabricó sus instrumentos de acuerdo con esa proporción.

»Para los numerólogos se puede asignar un número a todo lo que existe. Por tanto, en él está la clave de su significado y comportamiento.

»Pitágoras observó que si tensaba una cuerda, como ocurre en un violín, ésta emitía una nota al pulsarla. Si dividía la cuerda en mitades, tercios u otros números racionales, obtenía notas en armonía con la primera. Pensó que los cuerpos celestes estaban separados unos de otros por intervalos exactos, como los de la cuerda, y por tanto el movimiento de estos cuerpos daba lugar a la “música de las esferas celestes”. Sus discípulos afirmaban que las proporciones numéricas eran el modelo sobre el que se había formado el Universo. Platón así lo dice en el *Timeo*, uno de sus diálogos. La proporción de las partes de un Todo constituiría la Armonía.

»Hasta tal punto los números eran importantes para Pitágoras que tenía uno especialmente venerado: el diez. La *tetractys*, que es una pirámide de significado esotérico, fue adoptada como símbolo sagrado de los pitagóricos.

Menasés, inclinándose con dificultad, dibujó con el dedo el símbolo pitagórico en el suelo de tierra.

—Claro que también podía ser algo relacionado con la vibración —apuntó el rabino incorporándose y retomando la pregunta de Ludwig—. Esto es un poco complejo —añadió Menasés—. Usted es otorrino. Sabe cómo se propaga el sonido. La característica fundamental es la frecuencia, ¿verdad? El número de ciclos en un tiempo determinado. Cuantas más oscilaciones en ese plazo de tiempo tenga ese sonido, más alta será la frecuencia. Bien. Imaginemos que el secreto que guardan esos instrumentos es una fórmula musical por la que Stradivarius era capaz de alcanzar determinadas frecuencias que provocaran una reacción física en el medio. ¿Qué opina?

—Todo me parece la misma locura —admitió Ludwig—. En todo caso esta idea no es peor que las otras.

—Gracias —dijo sonriendo Menasés.

—Hay una teoría de un especialista japonés en medicina alternativa —apuntó Ludwig recordando los últimos artículos aparecidos en revistas especializadas—, un tal Maseru Emoto, sobre por qué la música es capaz de relajar o acelerar el ritmo cardíaco. Según él ésta puede modificar la estructura molecular. Emoto ha realizado experimentos en los que moléculas de agua expuestas a música clásica adoptan unas formas delicadas y simétricas, mientras que, si se cambia la música por otra de *rock*,

los cristales del agua se parten. Al estar el cuerpo humano compuesto en su mayoría de agua, la alteración molecular de ésta tendría consecuencias en el organismo.

Entre tanto habían terminado de recorrer el magnífico jardín botánico. Parados delante de las columnas, Ludwig echó un vistazo a su reloj y propuso:

—¿Le gustaría acompañarme a almorzar? Tengo hambre. Conozco un sitio donde se come de maravilla. Quizá podríamos seguir hablando.

—¿Por qué no? —dijo Menasés.

—Seguro que le gusta. ¿Come de todo?

—Lo que me echen —contestó Menasés sonriendo abiertamente—. ¿Lo pregunta porque soy judío? En los campos de concentración aprendí a no despreciar nada.

Durante el almuerzo, sin embargo, cambiaron de tema. El rabino le contó cómo era su vida en la sinagoga y el doctor le aconsejó sobre la pérdida auditiva que Menasés sufría. También le habló de Martha y su viaje a Viena. El rabino entendió más por el brillo de los ojos del médico que por sus palabras, pero no dijo nada. Mientras Ludwig tomaba su postre, del que se abstuvo el rabino, pues aseguraba no tener más espacio en el estómago, Menasés dijo:

—El inspector Herrero me contó que usted no conoció la existencia de su tío Tsaldharis hasta unos días antes de venir a España.

—La verdad es que me quedé muy sorprendido —confesó Ludwig—. No tenía ni idea. Mi madre jamás comentó nada de un hermano. ¿Curioso, verdad?

—No tanto. Su madre tenía poderosas razones para no querer recordarlo.

—¿Usted los conoció? —preguntó Ludwig dejando caer el tenedor por la sorpresa.

—No. Pero no olvide que llevo años recopilando toda la información posible sobre los instrumentos y sus propietarios.

—¿Sabe algo de mi tío? ¿Quién era?

—Un infeliz. Un hombre rico con un corazón pobre. Tanto él como su madre nacieron en una familia humilde. Tal vez por eso sus padres no tuvieron más hijos. El abuelo de usted murió cuando su tío Nikolaos tenía dieciséis años, dejando en la miseria a su familia. Su tío abandonó el país, a su propia madre, y a Ruth, su hermana pequeña y madre de usted, a las que no volvió a ver en su vida y de las que se desentendió incluso cuando amasó la gran fortuna con la que ha muerto. Ruth tuvo que trabajar muy duro, en toda clase de empleos, para mantenerse las dos, ya que su madre estaba impedida a causa de un grave accidente. Por lo que sé siempre había sido un poco distante, pero las condiciones la retrajeron aún más, hasta convertirse en la mujer que usted conoció. Por si todo esto fuera poco se casó con el padre de usted.

—¿Qué más sabe usted de mi madre?

—Sólo eso. Mi interés era su tío Nikolaos, como poseedor de un violín que tenía en mi lista.

—Un viejo cabrón que se mereció la muerte que sufrió.

—Créame. Yo he visto morir a muchas personas y de las maneras más espantosas que pueda imaginar. Nadie merece morir así.

—¿Ni siquiera los que mataron a su familia? —preguntó Ludwig.

—Ni siquiera éstos —respondió muy seguro Menasés—. Es cierto que durante muchos años recé para que murieran entre grandes agonías, pero aquello casi me conduce a la destrucción. La venganza proporciona un breve momento de placer a costa de un sufrimiento infinito y del deterioro del alma.

Aquella noche, tras colgar el teléfono, Ludwig tardó en quedarse dormido. Por un lado se sentía un poco avergonzado porque Martha pensara que estaba comportándose como un crío al dar crédito a semejantes tonterías. Pero, por otro, no podía dejar de pensar en lo que le había contado el rabino.

—Todo eso no son más que majaderías, Ludwig. Tú eres una persona sensata e inteligente. ¿Crees de verdad que pueda haber una conspiración nazi para terminar con los judíos y dominar el mundo mediante los instrumentos construidos por un ignorante artesano?

Cuando Herrero le contó la historia del rabino, Ludwig pensó lo mismo. Pero tras conocer a Menasés y mirarlo a los ojos mientras le hablaba, el médico había comenzado a vacilar. ¡Cómo explicarle a Martha, a través de la línea telefónica, a cientos de kilómetros de distancia, para que ésta al menos entendiera sus dudas!

Pawlak alargó el brazo para que el rubio guardaespaldas tomara el teléfono que le tendía. Últimamente el anciano estaba utilizando el odioso aparato demasiado. Aquél había llegado en una caja precintada mediante un servicio de mensajería de absoluta confianza.

El mensajero no había querido ni siquiera recoger la propina que le iba a ser entregada cuando, avisado por el vigilante de la entrada en la finca, había aparecido el inmutable Hermann para hacerse cargo del paquete. El alemán había contrastado minuciosamente la foto que aparecía en la acreditación del mensajero con el rostro de éste, poniendo muy nervioso al chico. Al terminar el escrutinio, Hermann había pasado el paquete por un detector de metales, sin gustarle lo que estaba viendo. También se lo dio a oler a un enorme perro pastor alsaciano que no perdía un segundo de vista al cada vez más aterrorizado mensajero.

Al cabo de lo que al pobre muchacho se le antojó una eternidad, Hermann abrió con mucho cuidado el envoltorio. Dentro había una caja de cartón de brillantes colores junto a un delgado sobre. En ella, podía leerse el modelo del teléfono Nokia que se alojaba en su interior. Aunque estaba precintada a su vez con el celofán transparente de rigor, el guardaespaldas la abrió para examinar su contenido.

Cinco minutos después, el mensajero, sudando de miedo y con el corazón latiendo por encima de lo aconsejable, salía de estampida en su motocicleta, abriendo gas para alejarse de aquella mansión a la que no tenía intención de regresar.

Pawlak se encontraba en uno de sus despachos, revisando, una vez más, un enorme y desgastado *dossier* que se desplegaba sobre la mesa de trabajo. Se conocía de memoria el contenido pero no podía evitar releerlo una y otra vez. El día se acercaba y un error en la interpretación de las claves podía llevarlo a escoger un instrumento erróneo, unas condiciones poco propicias o a cometer cualquier otro fallo que frustrara sus planes. Y entonces tendría que esperar otro año más.

Pero Pawlak sabía de sobra que eso era imposible. O era en ese año que se acercaba a su fin o no habría otro.

—Pasa, Hermann —dijo sin levantar la cabeza de los documentos, al sentir la presencia de su guardaespaldas—. ¿Qué sucede?

El esbirro le tendió la carta y la caja al anciano, que, dejando esta última sobre la mesa con cuidado, como si fuera a explotar, abrió el sobre y leyó el sucinto mensaje. Después rompió el papel en trozos cada vez más pequeños mientras miraba la caja como si, efectivamente, fuese un artefacto explosivo.

—Hermann. Conecta, por favor, este aparato.

El alemán, con movimientos rápidos y precisos, extrajo de la caja de cartón los componentes. Abrió el móvil, metió la tarjeta de prepago, colocó la batería en su sitio y por encima del micrófono ajustó un aparato. Luego lo conectó todo, mediante el transformador del móvil, a la red. Al cabo de cinco minutos y con el aparato aún conectado alcanzó el teléfono al anciano.

Pawlak pulsó la serie numérica que venía escrita en la carta y aguardó a que se estableciera la comunicación.

—Ja?

—¿Míster Nisheradse? —preguntó Pawlak. El distorsionador, puesto por Hermann sobre el micrófono, se encargaba de alterar su voz, convirtiendo la conversación en una sopa de ruidos ininteligibles para quien la escuchara sin tener un aparato igual sintonizado en la longitud de onda correcta.

—Creo que se ha confundido —contestó la voz—. No conozco a ningún míster Nisheradse.

Ésa era la contraseña acordada. De no haber dicho correctamente su parte, el otro hubiese destruido el aparato en cuestión de segundos.

—Tenemos un problema —continuó la voz—. Creo que puede ser peligroso. Hay un policía en España que está haciendo demasiado caso a un viejo conocido. El rabino se encuentra en Madrid y ya se ha entrevistado un par de veces con ese policía. Le ha contado cuanto sabe y creo que sabe demasiado. Está muy cerca. Por ahora el policía lo considera un excéntrico. Pero cree que en la historia del judío hay mucha parte de verdad y me parece que está dispuesto a dejarse guiar por lo que cuenta el viejo aunque no termine de creérselo todo.

—¿Podríamos terminar la operación?

—Están muy cerca.

—¿Nos han identificado?

—Aún no.

—¿Qué se puede hacer?

—Habría que eliminar al rabino. Quizá también al policía.

Pawlak no se sorprendió. Antes de preguntar sabía la respuesta. Lo asombroso era que Etzel no hubiese incluido en su lista de futuros difuntos al suizo.

—Espere antes de hacer nada —dijo con voz firme el anciano—. Nosotros también estamos muy cerca. No quiero echarlo a perder. La desaparición del policía podría agravar la situación y quizá la del rabino también. Hay gente detrás protegiendo sus pasos sin que él lo sepa.

Pawlak desconectó el aparato sin despedirse y de un tirón arrancó el cable del transformador. Las noticias no eran nada buenas. No había dicho nada a Etzel sobre el aviso que le había llegado en el mismo sentido desde otra fuente. Quizá deberían matar a ese maldito judío que llevaba toda la vida pisándoles los talones. En realidad deberían haber acabado con él hacía muchos años.

Pero bien podía hacer algo para que el policía perdiera el interés en aquel caso.

—Deshazte de esto.

Hermann cogió el aparato y el cable que colgaba del enchufe, junto con la caja de cartón, y desapareció. El anciano no tenía ni idea, ni le importaba lo más mínimo, cuál era el destino del recién estrenado aparato, pero sabía que jamás nadie volvería a verlo.

Muy lejos de allí, Etzel también recogía su teléfono, gemelo al del nazi, lo metía dentro de su caja de cartón y se disponía a inutilizarlo. Algo le había llamado la atención. No había detectado sorpresa en el tono del anciano cuando le puso en antecedentes sobre la situación. Aquello podía deberse a los distorsionadores de voz. Pero se le antojaba que el anciano no se había sorprendido porque en realidad estaba al corriente.

En todos aquellos años, Etzel no había visto responder al anciano tan rápido ante una eventualidad. Sin embargo en esta ocasión le había ordenado no hacer nada, como si ya tuviese decidida la forma de actuar. Durante unos minutos meditó sobre si todo aquello le podía ocasionar algún riesgo. Cuando llegó a la conclusión de que no, dejó de pensar en ello.

## ASER (*DICHOSO*)

*Una vida ordinaria puede llegar a transformar la creación.*

De la Cábala

**M**enasés se despertó sobresaltado. Con el corazón latiéndole a un ritmo peligrosamente rápido y la piel sudorosa, se incorporó sobre los brazos para tomar aire. Regulando la respiración llenó sus pulmones por la nariz, retuvo y expulsó lentamente por la boca. Esperó un instante y volvió a repetir varias veces la maniobra.

Poco a poco el ritmo cardíaco se fue calmando y el organismo se tonificó. Con la mente en blanco, el rabino se alejaba de su cuerpo para que éste retomara el equilibrio. Durante diez minutos el pequeño anciano se mantuvo en suspenso sentado sobre la cama.

Su cuerpo mojado, lejos de enfriarse, tomó el calor que generaba voluntariamente el cabalista.

Con el espíritu ya sereno, Menasés abrió los ojos. Despacio, apartó las sábanas, se calzó las zapatillas y abrió la ventana de par en par sin dejarse intimidar por el frío de la mañana.

Aún no había luz. La capital dormía y el silencio sólo se veía rasgado por el ruido del motor de alguna furgoneta que a esa hora empezaba a repartir por las tiendas de la ciudad. Mirando a lo lejos, el rabino meditó sobre la causa de su desasosiego.

Había tenido una pesadilla. En ella los soldados nazis entraban en formación dentro de los muros del gueto donde el joven Menasés viviera en su niñez. Todos los judíos encerrados se acercaban temerosos, como atraídos por algún embrujo fatal, a ver con mirada aterrada el letal desfile. Un comandante marcaba el paso con espantosos y cortantes gritos, y sus hombres lo seguían levantando mucho las piernas con cada paso, que, al golpear en el suelo, resonaba con un estrépito ensordecedor.

Menasés se encontraba en la tapia de un antiguo cobertizo abandonado. El edificio, que se mantenía en pie precariamente, solía servir de refugio a Menasés cuando optaba por ocultarse de la mirada de los mayores.

Encaramado sobre la tapia, el niño sentía el poder hipnótico de la marcha militar y se exponía sin remedio a ser descubierto, pero nada podía hacer por evitarlo. Abriendo la formación por detrás del *Kommandant*, cinco filas ordenadas de soldados marcaban el paso, sujetando por las traillas a horrorosos perros negros de terribles colmillos que luchaban desafortadamente por liberarse.

Detrás, el resto de la tropa, en perfecto silencio y sincronización, hacía retumbar el suelo mientras, fila a fila, entraban en el gueto. Debían de ser miles. Al llegar a la

plaza central el comandante, con un potente grito y levantando su brazo derecho, ordenó a la aterradora tropa detenerse, orden ejecutada con un último y atronador taconazo. Durante un lapso de tiempo el silencio cayó como una losa sobre el gueto, dando la impresión de succionar el aire que contenían los prisioneros, hasta sentir éstos que se asfixiaban.

Una siniestra orden ladrada por el comandante sirvió para que los perros fueran soltados y las tropas enarbolaran sus armas...

En ese momento Menasés se había despertado. No era la primera vez que tenía aquella pesadilla pero nunca, que recordara, había durado tanto. La marcha nazi que soñaba era un recuerdo deformado por la imaginación del espantado niño, pero no más terrible que otros que tenía del gueto.

Pero en esta ocasión había un detalle que aparecía por primera vez y que, paradójicamente, aumentaba el horror. Los soldados nazis, en vez de ir armados con sus fusiles automáticos, portaban violines al hombro.

Asomado a la ventana, Menasés había apartado la pesadilla y meditaba sobre las consecuencias de la revelación que le había llegado con ella. Fue un conocimiento recibido a la vez con tranquilidad, algo de preocupación y, por qué negarlo, se dijo el anciano, alivio.

El rabino cerró la ventana. Se cubrió con el *talit*, el chal de oración con flecos. Con tiras de cuero negro se ató a la frente y al brazo izquierdo los *tefilin*, las pequeñas cajas negras y cuadradas que contienen pergaminos con pasajes de las Escrituras, tomó la Torá, y comenzó, agradecido, la *shaharit*, las oraciones de la mañana. Con voz monótona y en hebreo fue desgranando su rezo.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó el anciano retirando del banco la desgastada Torá que llevaba a todos sitios.

—Hola, rabino. La verdad es que he tenido días mejores —contestó el policía sentándose pesadamente al lado del hombrecillo. Aún era temprano para que las madres pasearan a los niños, las parejas se hicieran arrumacos y los jubilados dejaran pasar el tiempo. Tan sólo se veían por el parque del Retiro los empleados de las brigadas de limpieza y algún esporádico deportista.

—¿Ha dormido mal? —se interesó Menasés.

—Yo no. Pero a mi mujer le han dado unas taquicardias. Al final, para que se tranquilizara, hemos ido a urgencias. Ya sabe cómo es aquello. Entre pruebas y con tantos pacientes, nos hemos pasado allí toda la noche.

—Espero que se encuentre bien —repuso cortésmente el anciano.

—Sí, sí. No era nada. A veces le ocurre, ¿sabe? Es un poco aprensiva, pero está estupendamente. Ahora la he dejado dormida en casa. Le han dado un tranquilizante suave. Mire —añadió mostrando el móvil que sostenía en la mano—, esta vez me he

traído este maldito aparato, con la batería cargada. No me fío de oírlo si me lo guardo en el bolsillo, así que lo llevo en la mano. ¿Y usted, que tal? ¿Ha podido dormir bien?

—Como un niño —mintió el rabino.

—No lo diría —replicó el sagaz inspector, que había advertido que la habitual palidez del hombrecillo se había acentuado. Sin ahondar en el tema añadió—: tengo entendido que ha quedado con el doctor Dreifuss para almorzar.

—Así es. Ha tenido la gentileza de invitarme. Ayer vino desde Viena la señorita Mazowiecki y el doctor insiste en presentármela. Como sabrá, es una experta en instrumentos de cuerda cremonenses, por lo que imagino que querrá comentar entre los tres todo este asunto.

—Eso tengo entendido —comentó el policía mirando el estanque—. No tengo el placer de conocer a esa señorita, pero me parece que ha supuesto una buena influencia para nuestro joven doctor, ¿no le parece?

—Sí, sin duda —contestó el rabino esbozando una cómplice sonrisa—. Parece que ha logrado suavizar un poco su áspero carácter.

—Estoy de acuerdo —asintió Herrero—. He investigado un poco su historia. Una infancia difícil con un padre muy exigente y una madre apática. Estudiante distinguido. Muy diestro en su especialidad. Su vida privada, sin embargo, ha sido como un barco en medio de la tempestad. Separado. Su mujer se fue con otro, menos brillante pero más cariñoso.

—Espero que esta joven pueda ayudarlo a fondear en buen puerto —dijo Menasés haciéndose eco del símil marítimo.

—Usted estuvo casado, ¿verdad? —dijo el policía, cambiando de tema—. ¿Qué pasó?

El rabino levantó la mirada al cielo, concentrándose en las nubes que lo cubrían. No se tomó a mal la pregunta. Estaba seguro de que el inspector no la había hecho por fisgonear. Con nostalgia trajo a su mente a Leah.

—Conocí a Leah en el campo de concentración de Mauthausen. Ella llegó en un tren de ganado, como tantas otras, de las que no se diferenciaba más que en una cosa. Pequeña, con el pelo moreno y apariencia frágil, tenía un brillo en los ojos del que carecían sus compañeras y fue lo que me enamoró de ella. No teníamos permitido acercarnos a las mujeres, ¿comprende? Así que resultaba muy difícil entablar una relación. No me pregunte cómo, el caso es que logramos entablar una amistad hasta que llegaron los aliados y nos liberaron.

»Leah resultó ser una mujer muy fuerte y llena de ánimo. De hecho no sé si hubiese aguantado yo de no ser por ella. Había conocido varios campos de concentración, no tenía a nadie. Mi cuerpo y mi mente estaban a punto de quebrarse. El brillo de Leah me mantuvo en el mundo de los vivos. Pero ¡qué mundo! —concluyó con un suspiro de resignación.

—¿Se casaron en el campo de concentración?



—Sorprendente, ¿verdad? —dijo Menasés—. En condiciones extremas haces cosas así. Cuando llegaron los americanos la situación era crítica. Llevábamos días sin comer y con la angustia de un futuro más que incierto. Los nazis no querían dejar que cayéramos en manos de los aliados y las ejecuciones eran masivas. Miles de prisioneros fueron evacuados a otros campos en medio del más absoluto caos. La mayoría murió por el camino, bajo los bombardeos, o fusilados por las SS. Claro que esto lo supimos más tarde. Los que quedamos en Mauthausen éramos cadáveres andantes, sin comida ni agua. Leah encontró un rabino y nos casamos siguiendo la tradición tan bien como pudimos. Hubiésemos preferido hacer la ceremonia en otro momento y lugar, pero no sabíamos si íbamos a sobrevivir, así que nos casamos allí mismo.

—Pero luego se separaron...

—Sí. La llegada de los aliados no es como se ve en las películas. Imagínese. Todo en ruinas, unos aterrados soldados muy jóvenes que no entendían qué hacían tan lejos de su hogar y qué era aquella barbarie. El hambre, el frío. Nuestras condiciones de vida tardaron en mejorar. Las mujeres fueron trasladadas y me aseguraron que Leah había fallecido. Fue un duro golpe. Tardé años en saber que Leah seguía viva y al final la encontré. El pelo, negro, se le había vuelto blanco. Había conseguido rellenar un poco los huesos en los que estaba, pero había perdido el brillo de los ojos. No conseguí que lo recuperara. Durante nuestro internamiento había supuesto un pilar para mí y para sus compañeras, pero una vez terminada aquella locura no logró asimilar el horror presenciado y se fue consumiendo. Al final ya no me reconocía. Sólo llamaba a su madre, asesinada por un oficial de las SS de un tiro en la nuca, delante de ella.

Herrero mantuvo un respetuoso silencio, imaginando lo que habían tenido que suponer aquellas atrocidades para aquel hombrecillo que se sentaba a su lado, y en el que no parecía anidar ningún sentimiento de venganza ni rencor.

—Dos tíos míos murieron en Mauthausen —dijo con voz queda el inspector Herrero al cabo de un rato.

—¿Eran expatriados republicanos?

—Así es —repuso el policía—. Lo poco que sé me lo contó mi madre. Mi padre nunca quiso saber nada de sus propios hermanos. Tenía miedo a las represalias franquistas. Cuando se enteró de que los habían atrapado, ingresó en el ejército de Franco y trató por todos los medios de agradar al régimen.

—La guerra enfrenta a los hermanos —sentenció el rabino—. Al padre contra el hijo. Al amigo contra el amigo. Siempre ha sido así.

—¿Conoció usted a algún español?

—Muchos. También albaneses, yugoslavos, belgas, franceses, rusos, italianos, húngaros, noruegos...

—Mi madre me dijo que estaban en una cárcel y que murieron por las heridas de los bombardeos. Cuando supe la verdad me dolió que me mintiera. Ahora creo que se

mentía a sí misma.

—En aquella guerra, todos se mentían a sí mismos. Los alemanes no querían creer lo que veían, ni lo que hacían. Durante los juicios de Nuremberg, los pocos que fueron juzgados afirmaban no saber nada del genocidio. Algunos se escudaban diciendo que cumplían órdenes, que, de haberse enfrentado al aparato, se hubieran convertido en víctimas, que no ocupaban cargos suficientemente importantes como para detener aquella barbarie. Todos se ponían vendas en los ojos: los criminales, los soldados, el pueblo alemán, la Iglesia, los colaboracionistas y el resto de los países, que tardaron demasiado en detenerlos.

—¿Mauthausen fue uno de los peores?

—Fue considerado un *Konzentrationslager* de la categoría *Stufe III*, destinado a individuos imposibles de rehabilitar. Era una categoría reservada para los campos con peores condiciones. Su comandante fue Franz Ziereis, un carpintero de treinta y cuatro años que encontró en el partido nazi una forma de ascender de nivel de vida. El día comenzaba a las cinco menos cuarto de la mañana y formábamos para pasar lista. A partir de las seis empezábamos a trabajar, hasta el mediodía, cuando parábamos una hora para comer una aguada y tibia sopa de verduras y patatas. Luego continuábamos hasta las siete de la tarde, volvíamos al campo y vuelta a pasar lista y la cena: más sopa. Algunos trabajaban en las fábricas de armamento, pero la mayoría lo hacíamos en la cantera. Allí cargábamos bloques de piedra de casi treinta kilos y teníamos que subir con ellos a la espalda los ciento ochenta y seis escalones de la cantera. Débiles como nos encontrábamos por el agotamiento, la privación de comida y de sueño, las enfermedades como el tifus, la disentería y la tuberculosis, el desmoronamiento psíquico o el frío, los bloques se nos caían a veces. ¿Se imagina una roca de treinta kilos rodando escaleras abajo aplastando y mutilando, incluso matando a los que subían detrás? Los carceleros se reían y hacían apuestas a ver quién caía primero. A veces nos obligaban a volver a bajar y subir la escalera con la misma piedra. Otras, por pura diversión, nos empujaban con ellas por la escalera o nos tiraban abajo. Aún oigo el espeluznante ruido de los zuecos de madera golpeando cada escalón.

»En ocasiones veíamos llegar trenes con los vagones atestados de personas. El viaje podía alargarse durante días o semanas sin que recibiesen comida ni bebida. Los que conseguían llegar vivos descendían con una sensación de incredulidad y desesperación. Los recién llegados cruzaban las enormes puertas dobles, por debajo de la gigantesca águila de bronce que abrazaba la esvástica, a la que todos debíamos saludar al entrar y salir del campo, y oíamos sus gritos y lloros al ser separados de sus mujeres, de sus hijos, de sus padres. Los alemanes, riéndose, solían decir: “Bienvenidos a Mauthausen. Entráis por la puerta, pero saldréis por la chimenea”. Y no mentían. Se nos desnudaba. Nos lo quitaban todo. Nos rasuraban todo el cuerpo con navajas melladas. Nos bañaban con agua helada y nos desinfectaban. También revisaban nuestra dentadura, como al ganado, en busca de piezas de oro que pudieran

arrancarnos en vivo y para comprobar nuestro estado de salud. Después se nos entregaba el uniforme a rayas, el *Drillich*, y unos zuecos de madera.

»Recuerdo que en una ocasión llegó un convoy repleto de hombres y mujeres. Los separaron antes de entrar en el campo. Yo estaba, como otros, cerca de la valla, mirando. Uno de los guardianes agarró a una pareja joven y la separó a tirones pese a que la mujer se aferraba al hombre y gritaba desconsolada. El hombre no podía hacer nada. El guardián, riéndose, dijo: “*Du siehst’s nie wieder*”, no volverás a verla. Luego me enteré de que se habían casado hacía una semana. En efecto, nunca más la vio. Murió despeñado.

»Muchos murieron en absurdos experimentos supuestamente médicos llevados a cabo por el Instituto de Higiene de las Waffen SS. Les inoculaban enfermedades o los sometían a pruebas para determinar la resistencia al frío, a la oscuridad, a la altitud, lo que significaba quemaduras, esterilizaciones, vivisecciones, extracciones de huesos, nervios, músculos...

El rabino, emocionado por los recuerdos, hizo una pausa, manteniendo a raya las lágrimas que pugnaban por salir. Herrero, impresionado, miraba el agua en calma del estanque.

—A la semana había unas dos mil muertes —continuó Menasés con una voz lejana, extraña, sin inflexiones—. Además de suicidios de los más desesperados, había ejecuciones, ahogamientos en tanques de agua, asfixia en las cámaras de gas, inyecciones de bencina, apalizados, despeñados. De los cadáveres se aprovechaba el cabello, la grasa y los huesos. Murieron unas ciento veinte mil personas, entre ellas, más de seis mil compatriotas de usted.

La luz que entraba por la ventana fue despertando poco a poco a Ludwig. Acostado sobre un lado, sentía el cálido cuerpo de Martha. Perezosamente fue abriendo los ojos y abrazó la espalda de su amante, que dormía profundamente.

Ludwig se sentía de maravilla y a la vez agotado. Estaba radiante, lleno de ilusión y con ganas de levantarse y proclamar a los cuatro vientos su felicidad. A la vez, no se atrevía a mover un solo músculo para no alterar el momento.

La noche había sido de una intensidad como no recordaba otra. Por la tarde se había acercado al aeropuerto de Barajas para recoger a Martha. Tras el paso por el hotel para dejar las maletas, ducharse y cambiarse de ropa, habían ido a un exquisito restaurante para cenar. A Ludwig no se le habían escapado las miradas que los empleados del hotel y los camareros dirigían disimuladamente a su bella acompañante, ajena a la atención que suscitaba.

Durante la deliciosa cena conversaron de todo tipo de cosas. Sólo evitaron un tema, por tácito acuerdo, para no enturbiar el reencuentro. Hablaron sin parar hasta que el propietario del local se acercó para comprobar que la cena había sido de su

gusto. Sorprendidos, se dieron cuenta de que el resto de los comensales hacía rato que se había marchado.

Durante el trayecto en taxi hasta el hotel habían continuado alegremente la conversación, como lo harían dos buenos amigos que llevaran años sin verse. Solamente sus miradas ardientes los traicionaban.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Martha se arrojó en los brazos de Ludwig, apretando su cuerpo contra el del hombre, sintiendo la dureza de él en su vientre y comiendo con desesperación su boca.

Al abrirse nuevamente las puertas en el piso correcto, Ludwig la cogió en brazos y la llevó en volandas hasta el interior de la habitación, donde, aún unidos, cayeron sobre la cama.

La primera vez, como ya les sucediera con anterioridad, hicieron el amor brutalmente, todavía vestidos, entre dolorosos jadeos. Las embestidas terribles de Ludwig, que habían provocado el temor en anteriores conquistas, eran aceptadas con ansiedad por Martha, que, lejos de tratar de separarse, como le ocurriera en más de una ocasión al doctor, lo atraía hacia sí, clavándole las uñas en la espalda.

Una vez acabaron, se desvistieron en silencio y se acostaron bajo las sábanas. No tardaron nada en empezar de nuevo el ritual. Esta vez, calmadas las ansias iniciales, lo hicieron más pausadamente, tratando de encontrar el mayor placer y alargando éste lo más posible. Martha, sentada sobre las caderas de Ludwig, ondulaba su pelvis sobre el miembro de su amante, contrayendo los músculos vaginales, sobre los que parecía poseer un control absoluto.

Ludwig, en cambio, se había encontrado sumergido en una vorágine de sensaciones que le provocaban espasmos en la espalda y arqueaban su cuerpo. Con las manos aferrando las caderas de Martha, la acompañó en su danza, empujando en su interior y realizando un esfuerzo sobrehumano para no terminar antes de que ella llegara al orgasmo.

Cuando Martha, sin ningún pudor, elevó el volumen de sus voluptuosos gemidos y la cadencia de sus movimientos, con un último y vigoroso empujón, Ludwig se vació.

Echó un vistazo al Rolex de su muñeca. Les quedaban menos de dos horas para llegar al restaurante donde habían quedado con el rabino. Por un momento se arrepintió de la invitación. No le apetecía lo más mínimo abandonar la cama.

A pesar de que tenían poco tiempo, Ludwig acercó los labios al cuello de Martha y lo recorrió a besos. A la vez, con una mano, inició un masaje entre las piernas de su amante, que pronto se vio recompensado por una pegajosa humedad. Mientras Martha se agitaba sensualmente, aún en la frontera entre dos mundos, Ludwig levantó la nalga de su amante y con la verga preparada sondeó la invitadora entrada.

Una hora más tarde, entre risas cómplices, ambos se metieron a la vez en la ducha para ganar tiempo. Al final resultó peor el remedio que la enfermedad. Con bromas y salpicaduras, se enjabonaron el uno al otro. Dos minutos más tarde Martha se

aferraba a la barra vertical donde se colgaba la manguera de la ducha, para no perder el equilibrio, mientras a su espalda Ludwig la penetraba de nuevo bajo el potente chorro de agua caliente.

—Creo que será mejor que salga del baño —dijo Ludwig, exhausto, cuando terminaron con una última sacudida—. Si no, me parece que nos vamos a quedar aquí todo el día.

—Vaya, hombre —bromeó Martha—. Qué poca resistencia. Eres como todos, enseguida te retiras.

—No diría yo que sea enseguida —siguió Ludwig la broma—. Creo que lo que aquí ha sucedido en las últimas horas muy bien podría ser considerado una gesta.

—Venga ya, exagerado, que no ha sido para tanto. Seguro que aún te queda cuerda para rato.

—No estoy yo tan seguro. Pero de todas formas nos tenemos que ir, ¿recuerdas? Dentro de media hora hemos quedado con el rabino Liebnitz.

—¿Por qué has tenido que quedar con ese hombre? —protestó ella—. Vaya recibimiento. ¿A quién se le ocurre quedar con un viejo el primer día en que uno se reencuentra con su amante?

—Bueno, no creo que te puedas quejar —contestó Ludwig—. Además, pienso que nos vendrá bien coger fuerzas para esta noche, ¿no te parece?

—Lo que creo es que voy a tener razón y que realmente no tienes aguante —repuso Martha, aún mosqueada.

—Rabino Liebnitz —saludó Ludwig al anciano, que se encontraba mirando el escaparate de una librería al lado del establecimiento elegido para almorzar—. Sentimos haberle hecho esperar. He tenido una llamada desde la clínica que se ha alargado más de lo que esperaba.

El rabino no hizo ningún comentario sobre la excusa. Su penetrante mirada estaba fija en la compañera del médico y una expresión mezcla de concentración y sorpresa cruzaba su semblante.

—No importa. He estado mirando esta librería hasta hace un momento, cuando han cerrado —contestó el anciano, restando importancia al asunto con un gesto de su mano—. ¿Usted debe ser la señorita Mazowiecki?

La conversación transcurría en alemán, idioma en el que se podían expresar todos de manera más fluida. Sin embargo los diferentes acentos de los tres mostraban las distintas procedencias.

—Encantada de conocerlo, rabino Liebnitz —contestó la profesora ofreciendo su mano a Menasés, aunque en realidad no parecía encontrarse muy a gusto.

—El placer es mío —repuso Menasés, al que la disimulada incomodidad de su amante no le había pasado inadvertida.

—¿Qué les parece si entramos en el restaurante? —sugirió Ludwig—. Estaremos más abrigados.

Menasés accedió al establecimiento detrás de la profesora, mientras Ludwig sostenía la puerta.

—Tenemos una reserva a nombre de Dreifuss para tres personas —dijo Ludwig cuando el *maître* se acercó a recibirlos.

—Desde luego —comentó éste, un tipo bajo con la coronilla pelada y el ralo pelo que le quedaba pulcramente peinado de forma que tapara de la mejor manera la calva—. Les hemos colocado en aquella mesa del fondo. Síganme, por favor.

—Bonito restaurante, ¿no le parece señorita Mazowiecki? —dijo el anciano, sentado con la espalda recta como un poste a la izquierda de Martha.

—Sí, está muy bien.

—¿Sabe? Su rostro se me hace conocido —comentó al poco el anciano—. ¿Ha estado alguna vez en Jerusalén?

—No, no he tenido ocasión —contestó Martha, a la que se veía cada vez más incómoda—. Me han dicho que es una ciudad preciosa. Tengo muchas ganas de ir a verla.

—No deje de hacerlo. La Princesa de la Paz no la defraudará. Es una maravilla.

—¿La Princesa de la Paz? —preguntó Ludwig.

—Ése es el significado de *Yerushalayim*, Jerusalén —dijo Menasés y, volviéndose hacia la muchacha, añadió—: Hace más de treinta años que no salía de la Ciudad Santa, usted casi ni había nacido, así que no hemos podido coincidir en otro lugar. Espero no haberla molestado, pero realmente la sensación de que ya la conocía ha sido muy intensa.

Ludwig estaba desagradablemente sorprendido por la tensión que se respiraba en el ambiente. No entendía a qué se debía el malestar de Martha, ni la mirada inquisitiva del rabino.

Sabía que a Martha no le hacía ninguna ilusión conocer al rabino, al que consideraba culpable de que él «perdiera el tiempo con tonterías», pero en ningún momento hubiera pensado que fuera a traslucir esa antipatía. De no ser por la historia, por muy peregrina que ésta fuese, no se hubiesen conocido, ¿no? ¿Qué más le daba lo que contase el anciano?

Tampoco tenía sentido el ánimo escrutador de Menasés. En las conversaciones que hasta el momento habían mantenido se había caracterizado por ser un excelente conversador, con un gran tacto, que rehuía las polémicas desagradables y conseguía transmitir tranquilidad y buen ambiente. Además tenía muy mala cara, a pesar de que había asegurado que se encontraba bien. Su mirada no era la misma de siempre, estaba más apagada. Se le habían acentuado las bolsas de los párpados y la piel tenía un tono más pálido y amarillento. El médico que era Ludwig valoraba todos estos síntomas, tratando de emitir un diagnóstico que explicara el cambio en la actitud del anciano.

—Me ha dicho el doctor que es usted una excelente violinista.

—No le haga demasiado caso —repuso Martha, agradeciendo el cambio de tema.

Para alivio de Ludwig la tensión se relajó a lo largo de la comida y para cuando llegaron los postres los tres se encontraban hablando distendidamente. La conversación no tardó en derivar al asunto del robo de los instrumentos y su móvil.

—Dígame, rabino —preguntó Martha echando el cuerpo hacia atrás—. ¿Cómo explica usted que un pueblo instruido pudiera creer que la mezcla de sangres los había alejado de los dioses de los que, según usted, presumían descender?

—Imagino que ha oído hablar de la Teoría del Caos y del llamado «efecto mariposa» —dijo el anciano, depositando al lado del plato el tenedor—. Bien. Como recordará, el efecto mariposa se refiere a las posibles consecuencias que puede tener un mínimo suceso. Una mariposa agita las alas aquí, en Madrid, y a causa de ello un tornado arrasa Tokio. Con el transcurrir del tiempo sucede otro tanto. El que un piloto de un barco portugués fuera desviado de su curso por una tormenta y posteriormente conociera a Cristóbal Colón, antes de morir, permitió al genovés tener una idea bastante exacta de qué iba a encontrar y de la configuración del planeta.

»Los nazis entendían que esto era lo que había sucedido. Es decir, en la trama del Universo, en un momento dado, un hilo se había escapado. A partir de ahí, lo que parecía un defecto insignificante había degenerado en el Caos. Este error en la trama fue la mezcla de las razas y su consecuencia este mundo caótico que habitamos. Los nazis sostienen que las guerras, los desastres naturales como terremotos, erupciones volcánicas, huracanes... son los efectos de este *desalineamiento*. Para ellos el Universo ha perdido la armonía y hasta que no la recupere no volverá el Orden. Algo así como el motor de un coche. Las válvulas y las bujías deben estar sincronizadas. En otro caso, el vehículo no se moverá, o lo hará muy mal.

—No responde a mi pregunta —dijo animosamente Martha, removiéndose inquieta en su asiento—. Entiendo la explicación pero no me dice cómo unos científicos pueden llegar a esas absurdas ideas.

—¿Por qué cree que son absurdas? —preguntó Menasés levantando las cejas—. ¿Es absurdo pensar que se puede teletransportar una cosa de un sitio a otro? Los científicos aseguran que ya se ha logrado hacer con un átomo. ¿Y los viajes a través del tiempo? Sin embargo, la moderna física cuántica cree que, teóricamente, eso es posible. Recuerde los llamados «agujeros de gusano» del físico inglés Stephen Hawking. Según él, podrían conectar entre sí universos múltiples, por los que, supuestamente, se podría viajar.

Martha se miraba las cuidadas uñas de sus manos tratando de no mirar al anciano, que continuaba con su monólogo:

—¿No le parece absurdo pensar que el Universo se ha originado en una gigantesca explosión de una pequeña pelota de hidrógeno y helio? Hoy día la Teoría del Big Bang es mundialmente aceptada. Por no hablar de los agujeros negros, de los que ni la luz puede escapar. ¿Se imagina la luz prisionera por la gravedad? Yo no.

—Todo eso tiene una base científica y explicable —se defendió la profesora, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se apoyaba nerviosa en el respaldo de la silla.

—¿De veras? —dijo Menasés con voz tranquila—. Hace muchos años los científicos aseguraban que ningún elemento más pesado que el aire podría volar y mire cómo erraron. Si le dijéramos a un científico del siglo XIX que el hombre inventaría una bomba con un poder de destrucción que amenazaría su propia supervivencia, o que las personas se podrían comunicar las unas con las otras desde diferentes continentes a través de una cajita, ¿qué cree que hubiese pensado? Hace años los físicos llegaron a la conclusión de que su especialidad ya estaba agotada. Aquello que no se ceñía a las teorías vigentes eran, simplemente, anomalías con poco o ningún valor científico. Hoy, con la física cuántica, se ha abierto un mundo nuevo. ¿Quién sabe lo que queda por venir? ¿Qué conocimientos manejará un físico del siglo XXII?

—Entre la ciencia y la magia hay diferencia —repuso Martha.

—¿Y dónde está la frontera que las separa? El láser, los chips de los ordenadores, los aparatos de resonancia magnética y otras muchas invenciones de los últimos años, ¿sabemos cómo trabajan? ¿Puede alguien explicarlo? La respuesta es «no», y no por eso dejan de funcionar. ¿Es eso magia?

»Personalmente un error en la trama del Universo no me parece más descabellado que todo esto —terminó Menasés—. Usted sabe que los humanos consideramos una locura todo aquello que desconocemos, que nos causa inquietud. Es una manera de defendernos ante la incertidumbre. Era una locura pensar que nuestro planeta giraba en torno al sol. ¿Cómo podía no ser el mundo el centro del Universo si la Biblia dice que el hombre es el rey de la Creación?

—Débiles razonamientos para convencernos —dijo Martha sin dar su brazo a torcer—. Lo que usted dice, aun siendo verdad, lo cual reconozco, no demuestra que su teoría sea cierta. En todo caso, indica que no sería más descabellada que otras que han demostrado finalmente que eran ciertas.

—Pero yo no trato de convencer a nadie —repuso Menasés mostrando las palmas de las manos—. Lo único que he pedido a la policía es que extreme la guardia por si acaso. Que sea cierta mi idea de una confabulación nazi para hacerse con los instrumentos no es relevante, si con esa vigilancia consiguen detener al asesino del tío del señor Dreifuss.

—Para usted sí es relevante —apuntó Ludwig, que llevaba largo rato en silencio.

—Así es. Pero no me hace falta convencer a nadie. Basta con que consideren real la posibilidad de la conspiración y se mantengan alertas. Posiblemente si la policía lograra dar con los que están detrás de la muerte de su tío, nunca sabríamos si realmente yo tenía razón pero, en ese caso, ¿qué importancia tendría?

»No se confundan. No digo que los planes que tienen los nazis sean realizables. Quizá no sean más que una quimera. Pero estoy convencido de que existe ese



complot. He vivido el horror y no me atrevo a desdeñar el peligro por absurdo que parezca. Desbaratar sus intenciones, en todo caso, no puede ser malo. Recuerden que son unos genocidas.

Ludwig miró de reojo a Martha, que no perdía de vista al hombrecillo. Por debajo de la mesa, ésta taconeaba de forma compulsiva. Parecía librarse en su cabeza una dura batalla entre la fría razón y las explicaciones del anciano, que, mucho más relajado, esperaba los resultados.

—Me ha explicado Ludwig sus teorías sobre lo que podrían llegar a hacer esos nazis suyos con los instrumentos —dijo la profesora, que hacía esfuerzos por mantener la compostura—. Una fórmula matemática capaz de crear un Universo y otra fórmula, en este caso física, de las frecuencias vibratorias únicas de esos instrumentos. Debo confesar que ambas me parecen un despropósito.

—Bueno —se apresuró a intervenir el médico, tratando de suavizar las palabras de Martha—, creo que quieres decir...

—No, doctor —dijo el rabino poniendo su mano sobre la de éste, a la vez que la miraba a ella—. La profesora dice lo que piensa. Eso es bueno. La discusión nos enriquece a todos.

»En realidad me limité a hacer conjeturas. El doctor me preguntó qué virtudes podrían tener esos instrumentos que los convirtieran en imprescindibles para los nazis y me limité a exponerle un par de ideas.

—Quizá contengan una clave que logre abrir el acceso a los multiuniversos de los que habla Hawking y quieran acceder a un mundo paralelo en el que siguieran siendo puros y semidioses, o donde ganaran la guerra —dijo sulfurada la profesora. El rubor había cambiado el tono pálido de su rostro—. Quizá trataran de encontrar ese acceso para trasladarse al pasado y cambiarlo antes de ser expulsados del Edén. Esos instrumentos podrían esconder la fórmula química de esa sopa primigenia que compone el Universo y que ellos quisieran alterarlo. Al fin y al cabo, el Universo está compuesto por elementos químicos y sus reacciones.

—¿Por qué no? —se limitó a responder el rabino con una sonrisa conciliadora. Durante la atropellada exposición de Martha había mantenido una actitud prudente.

Ludwig, en cambio, se había sentido muy violento. Captó la mirada de Martha, que lo taladraba con sus ojos gélidos como diciendo: «¿Qué hacemos aquí? ¿Para esto me has traído?».

—Ya digo que son conjeturas carentes de fundamento —añadió el rabino, al que no se le había escapado la mirada de la mujer—. Repito lo que ya le dije al doctor: no tengo ni idea de qué piensan conseguir con esos instrumentos.

—Al margen de esto —intervino Ludwig para desviar un poco el tema—. Creo que podríamos partir de la base, aunque sea una locura, de que alguien, por el motivo que sea, está matando para reunir esa docena de instrumentos. Por lo menos eso ha quedado demostrado.

—No lo veo yo así —repuso Martha, sorprendida por aquellas palabras—. No pienso que haya quedado nada claro. Ha habido una serie de robos de stradivarius que coinciden con la lista que tiene el rabino, es verdad. Otros muchos, que no figuran en ella, también han sido sustraídos en diversas ocasiones a lo largo de la historia. Lo mismo que los fabricados por otros grandes *luthiers*. También se roban libros, cuadros, joyas, esculturas. El motivo no es otro que el enorme valor que tienen, no hace falta buscar razones esotéricas. ¿Y quién dice que deban ser doce? ¿Por qué no cincuenta? ¿O dos?

—Han de ser doce —intervino Menasés—. Si recuerdan, los nombres que Stradivarius dio a sus creaciones fueron los de los doce meses del año, que luego cambió por los nombres de los hijos que tuvo Jacob. El número doce tiene grandes poderes.

—Eso no indica nada —adujo Martha—. Con los números se puede hacer lo que se quiera. También el número siete es mágico y el tres. Todos tienen algo.

—Sí, Martha. Tienes razón —dijo Ludwig para calmar un poco el enojo de ésta—. Pero nada cuesta admitir la posibilidad de que el rabino también la tenga.

Ludwig, de reojo, echó una mirada al anciano, que guardaba silencio. Seguía sin entender la animadversión de su amante hacia el inofensivo anciano.

—Está bien, hagámoslo —repuso Martha con una mirada que auguraba una fuerte discusión en cuanto se encontraran a solas—. ¿Qué propones?

—Aquí tengo una copia de la lista de los posibles instrumentos. ¿Por qué no echamos un vistazo para ver cuáles serían los mejores candidatos para ser robados? —dijo Ludwig extendiendo una hoja de papel que llevaba plegada dentro del bolsillo de la cazadora—. La policía podría vigilarlos. No les costaría nada.

Ludwig miró a sus dos compañeros de mesa. Martha se mantenía con los brazos cruzados, la mirada desafiante, y el anciano guardaba la misma calma que al principio. El camarero, que se había acercado para ver si los clientes deseaban algo más, percibió la tensión y entendió que su presencia no resultaba apropiada en ese momento.

—Bien —siguió Ludwig, viendo que nadie aportaba nada mejor—. De la lista hay diez que ya están, supuestamente, en manos de los conspiradores —dijo esto último haciendo con los dedos el signo de «comillas»—, y son: Ayleford, Sandars, McDonald, Betts, Rey Maximiliano, Alard, Messia, Chevillard, Diamante rojo y el Canto del cisne. Faltarían dos para completar la docena y hay varios posibles. Como conocemos la fecha de fabricación de los instrumentos, los elegidos tienen que ser uno de los construidos en 1713 y otro de 1720. Este último, según el rabino, tiene que ser el Piatti, pues ha sufrido un intento de robo no hace tanto. El otro, de 1713, tiene que ser uno de estos cuatro: Gibson, Boissier, Viotti o La Pucelle. ¿Qué opinas, Martha?

—Que todo esto es una locura —dijo ésta con un suspiro. Pero, alargando la mano, agregó—: Déjame ver un momento.

Ludwig miró al silencioso anciano que, a su vez, observaba cómo la profesora se concentraba en los cuatro nombres, buscando entre sus recuerdos alguna pista que les pudiera conducir al violín que completaría el cuadro. Al cabo de un rato, y mientras Ludwig despachaba de nuevo al insistente camarero con una mirada, la profesora señaló un nombre con el dedo y dijo:

—El Gibson.

—¿Estás segura? —preguntó Ludwig, echando una mirada rápida al anciano, que se había aproximado un poco más a la mesa y miraba con atención a la profesora.

—¿Cómo podría estarlo? También pudiera ser el Viotti. Yo descartaría La Pucelle y el Boissier. Sobre el primero no está muy claro si se fabricó en 1709 o en 1713. Es el primero del llamado *período de oro* de los violines. Sus piezas son las originales, algo sumamente raro en instrumentos tan antiguos. Es muy hermoso y está considerado como uno de los mejores stradivarius. El nombre le viene de la talla que lleva en su extremo: una imagen de *la Pucelle*, Juana de Arco. El año pasado fue adquirido por un tal David Fulton a un vendedor anónimo, después de llevar medio siglo en paradero desconocido. Es de suponer que si éste fuera uno de los elegidos, lo hubieran comprado cuando salió a la luz. Pero no hubo ninguna puja extraña y Fulton lo compró públicamente, aunque firmando un contrato por el que se compromete a no desvelar quién se lo ha vendido hasta dentro de diez años.

—Eso es muy extraño, ¿no? —preguntó Ludwig.

—No en este mundillo —contestó la profesora sin darle mayor importancia—. El Boissier es un legado del violinista Pablo Sarasate, que lo legó al Conservatorio Superior de Música de Madrid, aunque en un principio se lo había donado al Museo South Kensington, de Londres. A pesar de destacar por su belleza, no está considerado como una de las grandes obras de Stradivarius. De hecho Sarasate no lo utilizó. En los conciertos usaba otro, también de Stradivarius, que ahora lleva su nombre y que cedió al Conservatorio de París a su muerte.

»Sin embargo, el Gibson sí se corresponde con la categoría que se le presupone a una gran obra de Stradivarius. El nombre le viene de un famoso violinista británico, George Alfred Gibson. Este violín perteneció después al virtuoso polaco Bronislaw Huberman. A Huberman se lo robaron dos veces, una en Viena, junto con otro violín. El ladrón se lo ofreció a un marchante por un precio ridículo que despertó las sospechas de éste, que lo denunció. La segunda vez fue en Nueva York. Mientras Huberman tocaba en el Carnegie Hall con un *Guarneri*, alguien se lo llevó. Durante cincuenta años el ladrón, un mediocre violinista de *cabaret*, lo estuvo usando hasta que, a punto de morir, se lo confesó a la que se convertiría en su viuda. Ésta lo ofreció a la casa de subastas Lloyd's y, tras su restauración, fue adquirido a principios de 1988 por el británico Norbert Brainin, primer violinista del cuarteto Amadeus. Posteriormente éste se lo vendió por cuatro millones de dólares a su actual propietario, el violinista Joshua Bell, que da sus conciertos con él. Precisamente no hace mucho Bell estuvo aquí, en Madrid.

—Pero esos robos de los que usted habla son muy antiguos y no se corresponden con lo que buscamos —dijo el rabino.

—Es cierto —reconoció la profesora—. Los he mencionado para que vieran lo habitual que es el robo de instrumentos valiosos. Sin embargo, Bell ha sufrido un asalto en su casa hace poco más de un año. Los ladrones revolvieron su domicilio pero no se llevaron nada. En otra ocasión, hace unos meses, en Washington, los vigilantes de la sala de conciertos donde ofrecía un recital detuvieron a un individuo que quería entrar en su camerino. El asaltante hirió con un cuchillo a uno de los vigilantes y consiguió escapar. Nunca pudieron averiguar su identidad.

—¿Y el Viotti? —preguntó Menasés.

—Podría ser —contestó Martha—. Éste perteneció originalmente al virtuoso Giovanni Battista Viotti, que lo obtuvo como regalo, según la leyenda, de Catalina la Grande, en muestra de su amor. Viotti hizo por lo menos una copia de este violín. Después pasó por muchas manos, hasta llegar a la familia Bruce, en teoría su actual propietaria.

—¿En teoría? —preguntó interesado Ludwig.

—En realidad el violín se encuentra en la Royal Academy of Music de Londres, que está gestionando su compra. El problema es el dinero. La familia Bruce lo ha tasado en tres millones y medio de libras esterlinas y no está dispuesta a bajar de ahí. La academia no puede pagar tanto, pero el gobierno está muy interesado en que el violín no salga de la isla. Además, los Bruce tienen que pagar casi millón y medio en concepto de impuestos por la herencia de todos sus bienes, y están dispuestos a que el violín sea parte del trato, siempre y cuando se les abonen los dos millones restantes. Pero han aparecido más pujadores interesados, ninguno de los cuales ha querido desvelar su identidad. Alguno de ellos ha presionado a John Bruce, con discreción pero de forma nada diplomática, lo que puede reforzar la idea de que sea uno de los elegidos.

»Este violín apenas ha sido tocado en los dos últimos siglos. Es uno de los que mejor se conservan. Su espalda, la trasera del instrumento, está hecha con una única pieza de arce, lo cual no es frecuente. Esto le da un aspecto como si fuera la piel de un tigre. He tenido la oportunidad de verlo y es realmente hermoso.

—¿Qué le parece, rabino? —preguntó Ludwig, haciendo una seña al camarero para que les trajera la cuenta—. Parece significativo, ¿no cree?

—Así es —repuso el interpelado—. Ignoraba que el Viotti estuviera en esa academia de música londinense. Creía que seguía en manos de los Bruce. Del Gibson conocía los robos sufridos y a su propietario actual, Joshua Bell, al que, con ocasión de una visita a la Ciudad Santa, fui a ver para echar un vistazo al violín. No estaba al corriente tampoco de los asaltos sufridos por el músico.

—Es algo habitual, rabino —dijo la profesora, algo más calmada—. No siempre se denuncian estas cosas. Para un músico con una agenda apretada supone una

costosa y lamentable pérdida de tiempo. Yo misma he sido objeto de un intento de robo de mi violín y ni mucho menos es tan valioso como el Gibson.

El camarero apareció con discreción y depositó sobre el mantel una cajita de madera oscura en cuyo interior estaba la minuta. Ludwig, sin echar un solo vistazo, depositó una tarjeta dorada de crédito y dejó que el camarero cotejara los datos de la misma con los de su pasaporte. Cuando hizo las comprobaciones, el camarero se llevó la cajita. Volvió al cabo de un momento para que Ludwig estampara su firma, cosa que el médico hizo de manera mecánica.

—¿Qué les parece si vamos a tomar algo? —preguntó Ludwig cuando salían del restaurante.

—Lo lamento —dijo el anciano, abotonándose el abrigo—. Me tendrán que perdonar pero he de hacer unas gestiones. Debo pasar por el hostel para recoger unos papeles. Esta noche tengo una reunión con unos amigos que han tenido la gentileza de invitarme para una larga y aburrida conversación teológica.

—Me temo que yo también voy a estar ocupada esta tarde —dijo Martha—. Se me había olvidado comentarte que he quedado con un profesor del Conservatorio de Madrid al que hace tiempo que no veo.

—Vaya —dijo Ludwig, al que el tono aparentemente desenfadado de la profesora no había engañado. Esa repentina reunión con un colega parecía más consecuencia de su enfado que otra cosa—. Veo que me voy a quedar solo. En fin, aprovecharé para dar un paseo. Encantado de haberlo visto, rabino Liebnitz. Espero que nos volvamos a encontrar pronto. ¿Tú y yo nos vemos luego?

—No lo sé —repuso Martha—. No tengo ni idea de los planes de mi colega. Es posible que haya sacado entradas para algún concierto. Me comentó la posibilidad cuando le dije que venía.

Más claro no podía ser. El enfado de Martha era descomunal y el perdón por su apoyo al anciano no se lo daría ese día. Mientras Ludwig trataba de aparentar normalidad, la muchacha, manteniendo las formas, se despidió del rabino.

Al poco, Ludwig se quedó solo en mitad de la calle.

Etsel caminaba despacio. En una mano llevaba una bolsa de un céntrico supermercado. En su interior, tres litronas de San Miguel, dos de ellas ya vacías, y un *spray* de pintura negra adquirido en una tienda de todo a cien.

Los transeúntes con los que se cruzaba iban demasiado ocupados para prestarle atención, pero aunque lo hubiesen hecho nada habría despertado su curiosidad.

Vestía ropa sencilla e informal: zapatos cómodos de cordones, Levi's Strauss clásicos, una camisa azul de rayas amarillas con los faldones por fuera y un abrigo. En la cabeza, un gorro de lana que le tapaba hasta las orejas y en las manos guantes a juego. Unas lentes de contacto daban un tono castaño a sus acerados ojos.

En la acera de enfrente, veinte metros por delante, su próxima víctima, ajena a lo que le esperaba, caminaba sin prisas, sorteando inconscientemente a los viandantes con los que se cruzaba.

Etzel había esperado pacientemente en la calle a que el anciano volviera a salir del edificio. No tenía instrucciones de matarlo, pero sentía una terrible premonición. Estaban corriendo demasiados riesgos innecesarios. Si su cliente, absorto como estaba en sus propios planes, no valoraba el peligro, era su problema.

Fingiéndose seguir su camino, no perdía ojo de los movimientos de su presa. De vez en cuando se detenía a mirar un escaparate, siguiendo en su reflejo los pasos del anciano.

Las paradas del anciano cada vez eran más frecuentes, lo que aumentaba su irritación. Deseaba acabar de una vez con el asunto. Algo le decía que debía darse prisa. Pero no podría hacer nada hasta que llegaran a algún lugar más discreto.

En la dirección que llevaban no tardarían en cruzar un pequeño parque mal cuidado. En él, los arbustos y árboles de pequeño tamaño crecían sin orden. Las farolas, las que quedaban en pie, tenían los cristales rotos por pedradas y perdigonazos. Algunas de ellas conservaban la bombilla, lo que hacía que, a la noche, cuando se encendía el alumbrado, la oscuridad no fuese total.

Era un parque olvidado que no tardaría demasiado en caer en manos de alguna poderosa inmobiliaria que se enriquecería levantando un enorme edificio de apartamentos y oficinas. Mientras, servía para que se dieran cita las parejas más jóvenes, para que los mayores que habitaban los alrededores sacaran a sus mascotas para que se aliviaran, de vez en cuando para que un toxicómano se adentrara entre los matorrales y se inyectara su dosis y, últimamente, como lugar de encuentro para pandilleros sudamericanos, que tomaban a partir de la media tarde el parque, amedrentando a los escasos paseantes.

Etzel conocía bien el parque y le parecía un buen lugar para sus fines. Cerca de la estropeada fuente, en la que un niño esculpido en piedra abrazaba un delfín de cuya boca, años atrás, brotaba un chorro de agua, unos maltrechos bancos arrancados de su base y colocados en círculo, donde se acomodaban los pandilleros, ofrecían la suficiente discreción para llevar a cabo sus planes con relativa seguridad. Al menos si se daba prisa y se esfumaba antes de que alguna vieja con su perrito diera la alarma.

Mientras perfilaba su plan, el anciano continuaba su camino. Sólo le quedaban un par de manzanas para que llegara a la entrada al parque y, de pronto, se detuvo una vez más, justo en la esquina de la calle. Se quedó quieto, pensativo, como si tratara de recordar algo que se le resistía, ante la alarma de Etzel, que veía peligrar su empresa.

Con alivio, observó que las dudas del anciano se desvanecían y que echaba a andar hacia la ratonera.

Diez minutos más tarde el anciano entraba en el parque seguido, unos pasos por detrás, de Etzel, que trataba de no hacer ruido al pisar la gravilla. Como previera, el parque se hallaba vacío. Las desvencijadas papeleras estaban llenas o tiradas en el

suelo. Bolsas, latas, mondas de naranja, rodajas exprimidas de limón usadas por los yonquis para las «insulinas» junto con excrementos, no todos de animales, adornaban el suelo.

Etzel salió del sendero, adelantó al anciano y corrió entre los arbustos hasta llegar a la fuente, para comprobar que no había nadie por los alrededores.

Entre tanto, por el camino de gravilla, el anciano avanzaba, sin ser consciente, hacia su propia muerte.

—*Baruj atá, Adonai Elohenu, melej ha-olam.* Bendito eres tú, Señor Dios nuestro, rey de la eternidad —recitó Menasés cuando, de detrás de la inutilizada fuente, surgió un extraño que le cerró el paso.

Sumido en oscuros pensamientos que no conseguía concretar pero que lo turbaban profundamente desde que había abandonado la compañía de Martha y Ludwig, caía por primera vez en la cuenta de dónde se encontraba y en qué tesitura.

Una inmensa paz cubrió al antiguo preso de los campos de concentración. La premonición que había tenido durante la noche, cuando había soñado con aquel insólito desfile de soldados alemanes armados con violines, estaba cerca de materializarse.

Nunca había tenido miedo a la muerte. Durante toda su existencia lo había rondado, llevándose a todos sus seres queridos y dejándolo solo en este mundo. Aún más, Menasés había esquivado tantas veces a ésta que estaba convencido de vivir un tiempo regalado que no le correspondía.

—Has venido a matarme —dijo con voz tranquila, mirando a su asesino a los ojos—. No te será difícil. Pero no ganarás nada con mi muerte. Dios no permitirá que unos demonios invoquen su nombre. Seréis destruidos por su ira.

—No me das miedo, viejo —repuso Etzel—. Más te hubiese valido morir en las cámaras de gas.

A la vez que decía esto levantó por el cuello una litrona vacía y golpeó la cabeza del anciano, que cayó al suelo con una brecha abierta.

La botella no se rompió, ya que el golpe había sido dado con el culo de la misma, más grueso. Etzel levantó de nuevo el brazo y volvió a descargar un terrible golpe con todas sus fuerzas. En esta ocasión el vidrio saltó en pedazos, dejando en sus manos el cuello de la botella con unas afiladísimas esquirlas de cristal que hundió con saña en el cuerpo del rabino.

Cuando se cansó, dejó lo que quedaba de la botella y empuñó la otra, que también estaba vacía. Golpeó al viejo hasta que ésta también se rompió. Sacó la última, que estaba llena, la vació sobre el ensangrentado cuerpo y luego la partió en la cabeza de Menasés.

De la bolsa del supermercado extrajo el *spray* de pintura, lo agitó y pintó una cruz gamada sobre la calva sanguinolenta del inmóvil anciano. Pintó otra en la fuente y en

la base de ésta escribió: ARRIBA ESPAÑA Y MUERTE A LOS JUDÍOS.

Tras un vistazo para asegurarse de que nadie lo había visto, guardó el *spray* en un bolsillo del abrigo, se lo quitó y se lo puso del revés.

En menos de treinta segundos se había quitado veinte años. Con las manos dentro de los bolsillos del abrigo reversible, bien calada una gorra de béisbol, salió del parque por donde había entrado, desapareciendo entre la cada vez más numerosa multitud.

Menasés aún mantenía un hilo de vida. No sentía ningún dolor. Su mente, desde el principio, como tantas veces a lo largo de su vida había precisado hacer, se hallaba lejos de su martirizado cuerpo. Su alma estaba en paz, aguardando el momento del tránsito final. Sólo lo atormentaba que, una vez partiese para reencontrarse con *Adonai*, su Dios, y también con sus padres, su mujer, Leah, su maestro, Abraham, Jacob, los profetas y sus compañeros en los campos de la muerte, nadie quedaría tras él que continuara su tarea.

Porque además de él, sólo el médico suizo y el inspector de policía conocían la historia, aunque no comprendieran el peligro que entrañaba.

Dreifuss se inclinaría por dar la razón a su reciente conquista y lo consideraría un loco, olvidando todo cuanto le había contado. Herrero era la única posibilidad. El rabino sabía que el policía trataba de dar crédito a su historia. Su trabajo le impedía creer en quimeras pero, por las conversaciones mantenidas, Menasés sabía que se había ganado su respeto y credibilidad.

¿Cómo hacer para que el policía supiera que su asesinato estaba relacionado con el resto de la historia?

Todo esto recorrió su cada vez más colapsado cerebro, mientras entraba en el mundo de la inconsciencia. Su ensangrentado dedo índice golpeó el suelo varias veces. Luego, se detuvo para siempre.

—Inspector Herrero —llamó el agente encargado de atender al público en cuanto éste entró en la comisaría—. El comisario pregunta por usted. Ha dejado aviso de que se presente en su despacho en cuanto llegue. Parece ser que lo ha llamado al móvil pero no ha podido dar con usted.

—Gracias, Manuel. Ahora subo —contestó Herrero.

Sabía que el comisario lo había estado llamando, pero, pendiente de su mujer, no lo había cogido. Precisamente la semana anterior un sobrino de ella, un mocoso de ocho años, le había enseñado cómo configurar el aparato para bloquear determinadas llamadas. El niño se había mostrado categórico al afirmar que la persona que llamara desde el número bloqueado no podía llegar a saberlo. De no ser así, hubiese resultado un tanto embarazoso darle explicaciones a su superior.



Subiendo las escaleras, Herrero manipuló su móvil, forzando su gastada vista, para desactivar la función, siguiendo las instrucciones pacientemente explicadas por su sobrino. Con el comisario Martín nunca se sabía. Quizá tratara de hacer una prueba cuando el inspector entrara en su despacho.

—Buenos días, comisario. Me han dicho que me buscaba.

—Siéntese —repuso el malhumorado superior—. ¿Puede darme una explicación de por qué no ha habido manera de contactar con usted en toda la mañana?

—La verdad es que no. Ya me ha dicho Manuel que me han estado llamando pero el teléfono no ha sonado —repuso el inspector sacando del bolsillo su móvil y mostrándolo al comisario. Se había asegurado de borrar cualquier rastro de llamada perdida o similar. Aquel niño era un genio—. Mire, tengo más de la mitad de carga. No sé qué habrá pasado.

—Hablaremos de eso en otro momento —repuso el otro, que ni por un momento se había tragado tan burda excusa—. ¿Dónde ha estado?

—He ido a hablar con el rabino Liebnitz, por el caso del asesinato del griego Tsaldharis.

—¿Tiene algún sospechoso? —preguntó el comisario Martín.

—Aún no. Estoy convencido de que el autor del crimen es de nacionalidad extranjera, del norte de Europa casi con toda seguridad, que trabaja solo y por encargo. En esas condiciones va a resultar difícil atraparlo, pero seguimos en ello. El móvil de los asesinatos fue, como le dije, el robo de un valioso violín que el griego habría comprado fraudulentamente.

El comisario, que durante la explicación de Herrero había estado hojeando el magro informe que le habían entregado, levantó la mirada y la fijó en el inspector.

—Todo eso ya lo he leído aquí —dijo Martín—. ¿No tiene nada más?

—No, señor. Como le digo, el asesino es, probablemente, un profesional llegado a Madrid exclusivamente para llevar a cabo este trabajo. Los que lo han contratado también deben de ser extranjeros.

—¿Así que usted da crédito a esa historia de confabulación nazi que ese rabino cuenta a todo aquel que le quiere escuchar? —preguntó con tono despectivo el comisario—. ¿No es usted un poco mayorcito para esas tonterías?

»Escúcheme bien —añadió apoyando los codos sobre la mesa y echándose hacia delante—. Abandone de inmediato esa absurda línea de investigación, ¿me ha entendido? No quiero que siga perdiendo el tiempo escuchando los desvaríos de un chiflado. Céntrese en buscar al asesino.

Herrero se quedó pegado al sillón en el que estaba sentado. Llevaba muchos años trabajando con el comisario Martín y pese a todas sus desavenencias y sus rapapolvos, su superior nunca había interferido directamente en las investigaciones, dejándole cierto margen de maniobra. ¿Por qué en esta ocasión era diferente? Ya en otros casos la línea principal de investigación había sido poco ortodoxa. La

importancia de la víctima podía justificar que el comisario se encontrara presionado pero no hasta ese punto. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Me ha dicho Estévez —dijo Martín, ignorante de la perplejidad de Herrero, mientras leía una hoja que había cogido de la mesa— que hay un sospechoso. Miguel Merino, amigo del técnico de alarmas que fue encontrado muerto. Al parecer el técnico, San Gil, debía una buena cantidad de dinero a Merino, que tiene un largo historial por allanamiento, posesión de estupefacientes, robo de vehículos, atentado contra los agentes de la autoridad, robos con intimidación y tirones de bolso, incluso un atraco. Una buena pieza, vamos. Según Estévez, los padres de San Gil han reconocido una foto de Merino porque fue a visitarlos para saber si conocían el paradero de su hijo. ¿Qué opina usted?

—Nada. Sinceramente, no se me ocurre nada —contestó Herrero, que no salía de su asombro—. Merino es un yonqui. Está muy gastado, con sida en fase avanzada, hepatitis y, casi seguro, tuberculosis activa. Conocía del barrio a San Gil. Los padres de éste dicen que estuvo en su casa preguntando por su hijo, sabiendo perfectamente que no estaba allí. Según ellos, lo que quería Merino era aprovechar algún descuido para robarles algo. No sé de dónde ha sacado Estévez eso de que San Gil le debía dinero. Posiblemente se lo haya dicho el camarero de alguna casa de citas de esas que acostumbra a frecuentar.

»Merino es incapaz de cometer semejante crimen, aun en el caso de que no hubiese estado ingresado la tarde de los asesinatos en urgencias, por insuficiencia respiratoria. Todavía recuerdo el atraco del que usted habla. El pobre diablo estaba tan colgado que cogió una pistola de juguete y trató de robar en la sucursal de su propio barrio, donde lo conoce todo el mundo, al mediodía y a cara descubierta. Una de las clientas se dio cuenta de que el arma era falsa porque el muy torpe se olvidó de quitar el tapón rojo que el juguete llevaba en la bocacha.

—En cualquier caso —atajó el comisario Martín, temeroso de que Herrero siguiera—, me parece más factible que ese absurdo complot que le está endilgando ese rabino. Quiero que se centre en esa línea de investigación. ¿Ha quedado claro? No más violines, supervivientes de campos de concentración, ni malvados nazis fugados que quieren cambiar el Universo. Déjese de llamadas descabelladas a la Interpol. Es una orden. Quiero que me traiga a mi despacho, de inmediato, todo el expediente relacionado con este caso y cualquier copia que tengan. Cuando termine de revisarlo, le será devuelto, por supuesto, sin aquello que tenga cualquier relación con esa fantástica trama.

»Quiero que se centre en Merino. Estévez está convencido de su culpabilidad. No crea que desconocía que Merino había estado ingresado en urgencias la víspera del crimen. Abandonó el hospital a las nueve de la noche. Tuvo tiempo de sobra. Conocía, gracias a San Gil, el funcionamiento de los sistemas de seguridad. Está endeudado hasta el cuello y el violín que robó pudo ser una forma de pago. Exijo

resultados. Pronto. Detengan a Merino e interróguenlo. No se olvide de traerme ahora mismo el expediente entero.

Con estas palabras, el comisario dio por concluida la reunión. Herrero se levantó y sin abrir la boca salió del despacho, dejando a su superior tomando notas de un voluminoso legajo que había cogido.

—Alonso, ¿sería tan amable de llevar este expediente al comisario Martín? —dijo Herrero alargando la manoseada carpeta por encima de su mesa—. Muchas gracias.

La subinspectora, muy diplomática, evitó hacer cualquier tipo de comentario, tomó el *dossier* y abandonó el despacho, dejando a Herrero recortando triángulos de papel con las enormes tijeras.

El inspector no sabía qué pensar. Entendía la presión a la que estaba sometido el comisario, pero ¿hasta el punto de buscar un chivo expiatorio al que endosarle un asesinato? Martín no era Estévez. Ni por un momento podía considerar la idea de que Merino hubiese cometido tan atroz crimen. ¿Y por qué no permitirle continuar con el caso a su manera? Podía haber asignado el seguimiento de Merino al estúpido de Estévez y, de paso, se lo quitaba de encima por un tiempo.

¿Y cómo sabía el comisario que había consultado con la Interpol? Sólo lo había comentado con el subinspector Ponte y estaba convencido de que él no lo habría divulgado.

Una idea se iba formando en su mente: la presión que sufría el comisario no era tanto por resolver el crimen como por cerrar una investigación que alguien muy poderoso temía. ¿Tendría razón Menasés al fin y al cabo y se trataría de una conspiración?

—Pablo, han asesinado al rabino Liebnitz —dijo con voz grave el subinspector Ponte nada más entrar en el despacho.

# ISAACHAR (*HOMBRE DE LA RECOMPENSA*)

*Escuchad en vosotros mismos y mirad en el infinito del espacio y del tiempo. Allí resuena el canto de los astros, la voz de los números, la armonía de las esferas.*

HERMES TRISMEGISTO

DICIEMBRE DE 2003

**E**tzel, con la espalda apoyada en la pared del cuartucho, descansaba sobre el frío suelo dejando pasar el tiempo. Quedaba apenas media hora para la medianoche y el vigilante ya habría realizado la primera de las tres rondas que haría hasta que le llegara el relevo de la mañana.

Los tres últimos días, bajo diversas apariencias, había visitado el edificio controlando los accesos, pasillos, puertas y sistemas de seguridad. La conclusión a la que había llegado era que la vigilancia era un tanto pobre.

Puertas y ventanas tenían cierres de seguridad y estaban protegidas por alarmas conectadas con la garita donde los vigilantes tenían los monitores. Las mismas alarmas daban aviso a la empresa de seguridad. Cualquier ventana o puerta exterior que se abriera o fuese violentada activaría de inmediato las alarmas. Ni siquiera los vigilantes podían desconectarlas por su cuenta. Si tenían que salir del edificio, debían dar cuenta antes a la central.

Sin embargo, en el interior no había más alarmas que las de antiincendios. Una persona que estuviera dentro no activaría ninguna medida de seguridad hasta que abandonara el edificio.

El día anterior, sobre la misma hora, Etzel había roto desde el exterior una de las ventanas para estudiar el protocolo seguido por los vigilantes. Éstos habían dado aviso a la policía, que había tardado diez minutos en aparecer con un vehículo de paisano y una patrulla uniformada. No habían mostrado demasiada diligencia y Etzel llegó a la conclusión de que, posiblemente, las alarmas saltaban con cierta ligereza y nadie se mostraba muy desconfiado cuando esto sucedía.

Durante una de sus visitas había podido observar, en la pecera donde se alojaban los monitores, un cuadrante con los calendarios laborales de los vigilantes. Por lo visto, durante la noche solían estar de guardia dos. Cuando a uno de ellos le correspondía librar no era reemplazado y su compañero se quedaba solo.

Los vigilantes nocturnos eran dos veteranos cercanos ya a la jubilación. Etzel había sido testigo del relevo nocturno. Uno de estos veteranos llevaba en una bolsa de plástico lo que parecía un monitor de televisión. Lo más probable era que de eso se

tratara y los guarda jurados, contraviniendo las normas de la empresa, miraran un poco la tele para no aburrirse demasiado antes de descabezar un pequeño sueño.

La visita de aquel día al edificio había sido hecha al acabar la tarde, poco antes de que se cerrara al público. Cuando el edificio se fue vaciando, Etzel se escondió en uno de los cuartos para los artículos de limpieza, a la espera de que los vigilantes de la tarde, más jóvenes y dinámicos, dieran la vuelta para cerciorarse de que todo quedaba cerrado y nadie permanecía en el interior.

Permaneció alerta cuando, desde fuera, trataron de girar el pomo de la puerta que había cerrado con la ganzúa tras encerrarse dentro. Era poco probable que se molestaran en utilizar la llave para revisar por dentro un cuartucho cerrado.

Cuando se hizo el silencio se dispuso a revisar su arma a la luz de una pequeña linterna. Era un modelo bastante extraño. Fabricado en un material cerámico, había evitado ser descubierto por los detectores de metal colocados a la entrada del edificio, por donde debían pasar todos los que accedieran a su interior, al margen de que se tratara de visitantes o trabajadores.

Los proyectiles eran de un compuesto similar al kevlar y las camisas de éstos también resultaban indetectables para los aparatos, así que no causaron ningún problema a Etzel cuando pasó tranquilamente por ellos antes de comenzar la visita.

La fatiga se acumulaba en su organismo. En las últimas semanas había cogido casi una docena de aviones, muchos más taxis, y visitado hoteles de diversas ciudades y países. Se había entrevistado con distintas personas y matado a algunas. Todo eso aparte de las largas horas de vigilancia.

Además, aunque no quería pensar en ello, pues sabía que estaba atentando contra sus rígidas normas y que traería desagradables consecuencias, se había echado un amante peligrosamente habitual en esas semanas. Dado su trabajo, era algo que no se podía permitir.

Se acercaba la hora. Poniéndose en pie, estiró los brazos e hizo diversos ejercicios para desentumecer los músculos. Dio un último repaso a la pistola y se la metió en la cintura del pantalón. Después, se puso una extraña máscara negra que sacó de uno de los bolsillos de la cazadora oscura.

Similar a las máscaras antigás militares, tenía dos ventanas oscuras para ver a través de ellas y a la altura de la boca un corto morro de plástico negro. Hizo una prueba antes de quedarse conforme y, con la ganzúa, abrió la puerta como lo hiciera antes para entrar en el cuartucho.

Había algunas cámaras dispersas pero casi ninguna funcionaba, así que Etzel no perdió el tiempo y se encaminó con rapidez a la pecera donde se hallaba el vigilante.

Como había previsto, el hombre se encontraba medio traspuesto. Sobre el mostrador, donde se alineaban los monitores en blanco y negro, estaba el aparato de televisión con las dos antenas desplegadas emitiendo algún programa absurdo en el que se oían risas.

—Buenas noches.

El vigilante saltó de su asiento con el corazón casi saliéndole por la boca. Sin dar crédito a lo que veía, se quedó de una pieza viendo al extraño enmascarado que lo apuntaba con una curiosa y desconocida arma.

—¿Quién es usted? —preguntó cuando se hubo recuperado un poco.

—No se preocupe por eso y présteme atención —dijo la voz grave distorsionada por el aparato incorporado en la máscara que llevaba—. Hágame caso y no le pasará nada. En otro caso lo mataré. ¿Ha entendido?

El pobre hombre no pudo sino asentir, sin poder quitar la mirada del arma que lo apuntaba. Su conocimiento sobre éstas se limitaba al pesado y viejo revólver con el percutor medio suelto que portaba al cinto y que nunca había disparado, y al *chopo* utilizado en el servicio militar durante su juventud y que le había producido moratones en el hombro por el retroceso.

—Levántese. No trate de hacer nada raro, por favor. No tengo intención de disparar. No es mi intención. Pero si me obliga, no tendré el menor reparo.

Aquello era una mala pesadilla para el vigilante. Siguiendo las instrucciones que se le daban, se desabrochó el cinto y lo dejó caer suavemente al suelo, se giró de espaldas a su atacante y, con más miedo que alma, se puso de rodillas.

Etzel sacó el viejo revólver de la cartuchera, lo estudió un momento y diestramente abrió el tambor, dejando caer las balas con un tamborileo que asustó aún más al amedrentado guarda jurado. Con un par de golpes Etzel inutilizó el arma torciendo el eje del tambor.

—Póngase en pie. Lléveme al sótano.

El hombrecillo, con las manos levantadas sin que se lo hubiesen ordenado, abrió la marcha hasta los ascensores.

—Por la escalera, por favor.

El vigilante obedeció la educada y tajante orden, y abrió la puerta antifuego que daba acceso a la escalera para bajar al sótano. Al final de ésta, otra puerta similar a la anterior daba paso a un estrecho pasillo que terminaba en unas puertas dobles de metal.

—Abra las puertas.

El vigilante tomó las llaves que le tendía Etzel, sacadas del cinto reglamentario, y con manos temblorosas buscó la que necesitaba. Tras cuatro intentos consiguió dar con la apropiada y pudieron acceder al interior.

La estancia era inmensa. Del suelo al techo, filas y filas de abarrotadas estanterías metálicas, algunas de ellas abombadas por el peso, contenían cajas de cartón y de madera, estuches, montañas de libros, algunos envueltos en paquetes aún con el celofán con el que salían de las imprentas, baúles...

Las cajas venían marcadas con números de referencia garrapateados con rotulador. Sin tener el inventario, resultaba imposible encontrar un objeto en concreto. Etzel, apuntando todo el rato al vigilante, miraba desapasionadamente la mareante estancia, rodeada por un húmedo olor a polvo y a viejo, ineficazmente

combatido por dos enormes y renqueantes deshumificadores que noche y día filtraban el aire.

Encontró lo que buscaba: un recio sillón de madera tapizado con una tela echada a perder, el clásico mueble carente de gusto que podría ocupar la sala de espera de un dentista o de un banco.

Sobre una de las estanterías había una monumental caja de herramientas de la que asomaban varios mangos de martillos y destornilladores.

Rebuscó en la caja hasta encontrar una bolsa de plástico que contenía bridas de electricista, de las utilizadas para atar los cables.

—Ponga ese sillón contra la pared, delante de esa tubería.

Con un gesto de la pistola obligó al vigilante a sentarse en el sillón y le tiró la bolsa en el regazo.

—Átese a la altura de los tobillos la brida y pásela por los travesaños de las patas. Hágalo bien y estese tranquilo —dijo Etzel observando atentamente cómo se obedecían sus instrucciones—. Ahora, con la mano izquierda haga lo mismo con la otra a la altura de la muñeca. Ajuste más fuerte.

Se guardó el arma en la cintura del pantalón y procedió a colocar otra brida en la mano izquierda del vigilante, asegurándose de que el resto se encontraba suficientemente prieto y que el guarda jurado no se podría soltar. Después cogió tres bridas y las enlazó entre sí, formando una sola. El prisionero no perdía detalle de las maniobras y cuando vio que su captor pretendía colocarle la brida en torno al cuello se revolvió gritando.

Etzel no se inmutó. Extrajo de la cintura la pistola y la puso directamente sobre la bragueta de los pantalones.

—Nadie le puede oír —dijo sin emoción, con la grave voz distorsionada por la máscara—. Si vuelve a moverse disparo. Seguro que a su mujer no le importa.

El convincente tono de voz surtió un efecto inmediato y el hombre se dejó rodear el cuello por la brida, que Etzel pasó por detrás de la tubería dejándolo inmovilizado.

—Ahora me va a decir dónde se encuentra el violín.

—¿Qué violín? —preguntó asustado el celador—. Hay docenas de ellos aquí.

—El stradivarius.

—No tengo ni idea —repuso el vigilante—. Están todos embalados. Sin el número de referencia es imposible saber cuál es cuál.

Etzel extrajo del bolsillo interior de la cazadora un extraño artilugio de aspecto inquietante. Se trataba de una varilla metálica terminada en una concavidad a modo de minúscula cucharilla. Parecía un horrible instrumento de tortura.

—¿Sabe cómo extraían los egipcios el cerebro de sus muertos antes de embalsamarlos? —preguntó Etzel. Ante el gesto de espanto del prisionero, continuó —: Metían un instrumento parecido a éste por la nariz y hurgaban en el cráneo, sacando poco a poco trozos de cerebro hasta vaciar toda la cabeza. Verá, así.

Inmovilizado como estaba y con la brida mordiéndole el cuello, no pudo hacer nada para impedir que Etzel se acercara con la pavorosa cucharilla, salvo gritar y tensar los músculos del cuerpo. Lo único que consiguió fue que las bridas cerradas en las diversas partes de su anatomía le laceraran la carne.

El alargado instrumento, diestramente introducido, avanzó suavemente por uno de los orificios nasales, ante el pasmo del guarda jurado, que, con los ojos cerrados, la frente perlada por el sudor y una húmeda mancha extendiéndose por donde momentos antes había estado apuntando el arma, era incapaz de reaccionar. Cuando llegó a un punto en que la cucharilla tropezó con un impedimento, Etzel dejó de apretar un momento.

—¿Dónde está?

Apoyó sus palabras haciendo una suave presión en la cucharilla.

—¡No, por favor! —logró decir lastimeramente el vigilante saliendo de su bloqueo—. Se lo diré. La octava columna, quinto estante. ¡Lo juro! ¡Por favor!

Etzel dejó la cucharilla colgando de la nariz del hombre y buscó donde le había indicado. Una caja de basta madera de pino, con un único número dibujado con rotulador negro escaso de tinta, ocupaba una parte del estante, rodeada de libros atados con cinchas. Con cuidado bajó la caja al suelo y, ayudándose de uno de los destornilladores de la caja de herramientas, levantó la claveteada tapa. En el interior había un estuche de violín. Abrió los cierres.

Un magnífico ejemplar de color rojo descansaba sobre terciopelo azul, despidiendo destellos bajo la iluminación de los tubos fluorescentes que colgaban del techo. Etzel sacó el instrumento del estuche y lo examinó. Firma, sello y marcas delatoras coincidían. Aquél era el stradivarius que perseguía.

Volvió a guardar el instrumento en su estuche y miró el reloj. Aún quedaban más de cinco horas para que se hiciera el relevo. Pero sabía que, en cuanto traspasara la puerta de entrada, contaría con pocos minutos hasta la llegada de la policía. Con un poco de suerte tardarían un buen rato en encontrar al vigilante, lo que aumentaría el margen para escapar.

De un tirón extrajo la cucharilla de la nariz, que empezó a sangrar entre los aullidos de dolor del hombre. De la caja de herramientas cogió cinta de embalar y dio tres vueltas con ella a la cabeza del gimiente guarda jurado, amordazándolo.

Le costó vencer la tentación de meterle un balazo. Pero no convenía que apareciera un cadáver en aquel lugar. La policía tendría que investigar y la prensa preguntaría qué había sucedido. El robo del violín, sin embargo, era más fácil disimularlo y sabía que a la institución no le interesaría airearlo.

Sin una mirada atrás, Etzel, con el estuche en la mano, abandonó a su víctima, cerró con llave el sótano y subió las escaleras. En cuanto cruzó la puerta de entrada saltaron las alarmas. Sin correr, Etzel se alejó a la vez que se despojaba de la máscara con el distorsionador de voz.



Las cámaras del edificio fueron testigos mudos de cómo se perdía entre las sombras de la noche.

—Buenas noches —dijo Herrero mostrando su placa de policía a través del cristal a la enfermera—. ¿Sería tan amable de ayudarme? Estoy buscando a una persona. Se llama Menasés Liebnitz. Es un rabino. Lo han traído esta tarde aquí.

Herrero aún estaba alterado por la noticia que le había dado Ponte en el despacho. Enseguida se había informado: efectivamente, Menasés había sufrido un grave atentado, aunque no había fallecido. Pero las noticias sobre la gravedad de su estado no eran tranquilizadoras.

—¿Liebnitz, me ha dicho? —preguntó la enfermera mirando la pantalla del ordenador—. Sí. Aquí está. Menasés Liebnitz. Unidad de Cuidados Intensivos. En la primera planta. Pero me temo que no pueda verlo. Sólo se admiten las visitas de los parientes más cercanos y en horarios permitidos.

—¿Podría hablar con el doctor que lo atiende? Es un asunto oficial.

—Ahora sólo está el médico de guardia. Aún estará pasando visita. Si quiere probar.

—Muchas gracias, señorita.

Herrero fue hasta los ascensores. Los dos estaban ocupados. Se dio la vuelta y comenzó a subir por la escalera. Tras preguntar a la enfermera en el puesto de control, aguardó diez minutos hasta que asomó un joven imberbe con una bata abierta sobre un pijama verde, con un fonendoscopio colgando al cuello y las manos en los bolsillos del pantalón. Detrás de él, y con una carpeta en la mano, venía una enfermera mayor que las otras, apuntando algo.

—¿Inspector? Soy el doctor Aranda. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Quería conocer el estado en el que se encuentra el rabino Liebnitz. Me han dicho que está aquí ingresado.

—¿Es usted familiar?

—No. El señor Liebnitz tiene relación con un caso que estamos investigando.

—Estamos buscando algún familiar para que se haga cargo, pero no encontramos a nadie —repuso esperanzado el médico.

—No se preocupe. Ha llegado hace unos días a España y carece de familiares, pero me ocuparé de avisar a sus allegados. Dígame, ¿cómo está?

—Mal. Muy mal. De hecho no creemos que llegue a mañana. Tiene la cabeza abierta por varios sitios, ha perdido mucha sangre, sus órganos funcionan muy mal, algunos a causa de los golpes y otros por la suma de las lesiones y el *shock* traumático. Le hemos extirpado el bazo, está conectado a una máquina para aspirarle el fluido que inunda los pulmones, el hígado y los riñones están afectados, la presión intracraneal está en los límites. Ésos son algunos de los problemas, al margen de costillas rotas, así como la mandíbula, un pómulo, el fémur derecho y la clavícula

izquierda. Creo que, salvo el corazón, que no sabemos cómo aún late, el resto del organismo está a punto de sufrir un fallo múltiple.

—¿No hay ninguna posibilidad? —preguntó apenado el policía, que en el poco tiempo que había conocido al anciano le había cogido un sincero afecto.

—Me temo que no —dijo el médico moviendo la cabeza—. Aun en el improbable caso de que no falleciera por un fallo multiorgánico, las lesiones son de tal envergadura que la supervivencia resultaría inviable. La recuperación, si a eso es a lo que se refiere usted, es imposible. No se detecta actividad electroencefalográfica. Está en situación de muerte cerebral. Si lograra sobrevivir a los próximos días y no se dieran complicaciones ni infecciones, el resultado sería un cuerpo dependiente de las máquinas, una vida vegetativa.

—¿Puedo verlo?

El médico a punto estuvo de explicarle la imposibilidad de las visitas fuera del horario y por personas que no fueran familiares cercanos, pero miró el rostro del policía, donde los ojillos brillantes trataban de contener alguna lágrima, y dudó. Un policía de la edad de aquel inspector y con tantos años de carrera debería ser insensible a esas cosas. Él llevaba poco tiempo haciendo el MIR y ya se había fabricado una concha que lo aislaba. Por eso había hablado con esa crudeza al inspector. Ahora, al ver la reacción de Herrero, lamentaba haberlo hecho.

—Está bien, inspector. Pero sólo un momento. Entienda que es una unidad especial.

—Gracias, doctor. Cinco minutos, se lo prometo.

La sala era redonda con una pecera situada en el medio, donde dos enfermeras controlaban los monitores con las constantes vitales de los pacientes acostados en las camas, situadas en círculo alrededor del control. Salvo la pecera, el resto de la estancia se hallaba en penumbras. Las camas estaban separadas entre sí mediante cortinas. En cada compartimiento, máquinas y monitores realizaban su trabajo entre zumbidos, acompañados con precisa cadencia por varios bips que, en ocasiones, se aceleraban. Un penetrante y desagradable olor a desinfectante y muerte pesaba en el ambiente.

Herrero vio a un joven de unos veinte años acostado que no podía dormir. Su pierna colgaba de un soporte. De la rodilla asomaban los extremos de un grueso tornillo, unidos a un cable de acero que pasaba por una polea con varias pesas de hierro. El tormento tenía que ser brutal, pensó el policía.

En otra cama un anciano amarillento y arrugado, con los ojos cerrados, llenos de legañas, se abandonaba a la máquina que, con inmutable precisión, inundaba sus pulmones de oxígeno, haciendo subir y bajar el pecho del moribundo.

Herrero, impresionado, prefirió no mirar más e hizo caso a los gestos de la enfermera, una rolliza rubia de bote, que le indicaba una de las camas.

La figura acostada podía ser el rabino o cualquier otra persona. Lo único que asomaba por debajo de la sábana era una pequeña cabeza vendada, en la que se

adivinaban las cuencas hundidas de dos ojos cerrados, uno de ellos hinchado y amoratado. Del brillo e intensidad que Herrero advirtiera desde la primera vez que se habían visto no quedaba ni rastro. Una sonda le salía de uno de los orificios nasales y un tubo de Gueder mantenía lo suficientemente abierta la boca como para que otro conducto llevara el aire a sus pulmones. De la frente vendada asomaban más tubos. Otros se escondían bajo la sábana. El resultado, impresionante, era un ser indefenso que inspiraba piedad.

—No sufre, inspector —murmuró la enfermera, que se había acercado por su espalda—. Está sedado. No puede sentir nada. Es mejor que se vaya.

Herrero siguió con docilidad a la enfermera hasta la puerta y se despidió. Si al hablar con el médico había tenido alguna esperanza, ésta se había esfumado con la visita.

El viejo nazi asintió. Se encontraba en su mansión, inclinado sobre las enormes mesas cubiertas por vitrinas dentro de las cuales se exponía su magnífica colección de mariposas. Lupa en mano, en el momento en que su guardaespaldas y ayudante entró en la estancia, estaba admirando un magnífico ejemplar de *Xanthopan morganii*, conocida como La Esfinge de Darwin.

Este lepidóptero, muy difícil de conseguir, era en extremo curioso. Se trataba de una mariposa de cuya existencia estaban seguros los naturalistas, antes incluso de haber visto un ejemplar por primera vez. Una orquídea con los órganos nectaríferos situados a treinta centímetros de la entrada de la flor había puesto sobre la pista al mismísimo Darwin, que dedujo la existencia de una mariposa dotada de una trompa lo suficientemente larga como para polinizarla. El anciano admiró el prodigio de adaptación que suponía el larguísimo apéndice bucal, ejemplo único entre el resto de los lepidópteros.

Pawlak desvió la atención hacia una mariposa gigante, la *Saturnia pavonia*. Mientras recorría con la lupa el contorno del insecto, reflexionaba sobre lo que le había dicho Hermann. Llevaba años deseando la muerte del judío, pero sentía una especie de fascinación por aquel triste hombrecillo, sumido casi en la miseria, al que se le había robado todo: los padres, el país, la casa, la salud y el futuro. Debía reconocer, pensó con amargura, que el judío había mostrado más ganas de vivir y mayor hombría que muchos de sus compañeros de la raza superior, aunque, por supuesto, jamás lo hubiese admitido en voz alta.

Ahora que el judío se apagaba en la sala de un hospital, Pawlak no sentía alivio por desembarazarse de un enemigo que día a día se había ido acercando cada vez más, poniendo en peligro su sagrada misión. Curiosamente lo único que notaba era añoranza. A su edad ya habían desaparecido todos sus amigos y enemigos. La marcha del último de éstos le hacía sentirse vulnerable.

Bueno, se dijo, por mucho que el judío hubiese sido un ejemplar adversario, estaba muerto o le faltaba muy poco y él, Pawlak, a punto de concluir el trabajo de una vida, después de lo cual le aguardaba el premio. El trofeo que toda la Humanidad había buscado desde que el hombre fuera expulsado del Edén. Y ese trofeo estaba al alcance de su mano.

—Andrés, ven un momento —llamó Herrero.

El subinspector Ponte dejó al agente de la científica con el que estaba hablando y se acercó a su jefe. Con las manos metidas en los cedidos bolsillos de su abrigo, Herrero miraba la inútil fuente donde el pétreo niño jugaba con el delfín.

—Dime, Andrés —dijo el inspector señalando con un gesto de la cabeza la fuente en la que se encontraba la pintada xenófoba—, ¿notas algo raro en lo que está escrito?

Ponte examinó detenidamente el grafiti. Ya lo había hecho antes sin encontrar nada extraño, pero pocas veces Herrero le llamaba la atención sobre algo sin necesidad. *ARRIBA ESPAÑA. MUERTE A LOS JUDÍOS.* ¿Qué podía haber de especial en esas dos frases?

—Fíjate en la «i» de judío. Está acentuada, ¿lo ves? —señaló esta vez con el dedo el inspector.

—Es verdad —contestó Ponte, que comenzaba a comprender.

—¿No crees que es extraño que una banda de descerebrados sea capaz de colocar la tilde en el lugar correcto? —preguntó sin dejar de mirar la pintada Herrero—. Además, mira el trazo de las letras. Parece forzado. No es una escritura continua. Cada letra parece independiente. Da la impresión de que el que haya escrito esto pretendía disimular su propia letra.

El inspector se giró y volvió a examinar los bancos colocados en círculo y los restos de las botellas rotas.

—Los vecinos dicen que esta zona cada vez es más insegura. Ya no se atreven ni a pasear a sus mascotas. Toxicómanos, *latin kings*, prostitución. ¿Qué harían unos *skins* en un parque controlado por los *latins*? ¿Pretendían pelearse con ellos y al ver al rabino la tomaron con él?

—La gente que hemos entrevistado asegura que hace ya tiempo que no se ven *skins* por aquí —dijo Ponte.

—Uno de esos cabezas rapadas no se aventuraría solo en el parque —meditó en voz alta Herrero—. Le resultaría muy peligroso. Tendrían que ser varios y con armas. Bates, cadenas, navajas, puños americanos. Sin embargo, las lesiones que presenta Liebnitz no coinciden. No hay heridas de armas, aparte de las causadas por las botellas. ¿Cuántas botellas calculas que se emplearon?

—Hemos encontrado tres fondos de litronas, que al ser más gruesos son más difíciles de romper. Yo diría que no se utilizaron más, por la cantidad de restos

recogidos.

—Tres botellas de cerveza para un grupo de varias personas. No menos de diez tendrían que ser para poder enfrentarse a los *latins*. Poca bebida, ¿no te parece?

—¿Quizá algunos eran abstemios? —bromeó Ponte, viendo por dónde iba su superior.

—Podiera ser —repuso abstraído Herrero—. Un grupo de *skins* que no dejan más huellas que tres botellas rotas, dos miserables pintadas y dos esvásticas. Un grupo que además de abstemios son muy educados, no cometen faltas de ortografía y recogen todo: papeles, bolsas, pipas.

—Unos *skins* que no dejan huellas de pisadas —añadió Ponte—. La gravilla debería estar mucho más revuelta en el caso de que varias personas hubieran estado andando por aquí.

—¿Qué conclusión podríamos sacar? —preguntó Herrero mirando por primera vez al subinspector.

—¿Que alguien pretende engañarnos para que no relacionemos la paliza al rabino con la historia que el pobre hombre nos había contado?

—Da esa impresión, ¿verdad?

—Inspector. El comisario Martín —dijo el agente Cuéllar con tono culpable, tendiendo su teléfono—. Pregunta por usted.

—Aquí el inspector jefe Herrero —saludó el policía con un toque de sarcasmo.

—Me parece que por poco tiempo. ¿Dónde se encuentra usted? —contestó enojado el comisario.

—Estamos en el parque de...

—¿No le ordené olvidarse de ese asunto? —gritó Martín desde el otro lado de la línea—. Le dije que se ocupara de Merino y abandonara esas tonterías.

—Señor, han tratado de asesinar al rabino Liebnitz. El atacante ha tratado de hacernos creer que se trataba de una banda de *skins*, pero estamos convencidos de...

—El rabino está vivo, ¿verdad? Pues que se encarguen los de bandas organizadas.

—Liebnitz está vivo, es cierto, pero muy grave. Esto no tiene nada que ver con las bandas. Le repito que ha sido una treta para engañarnos.

—¿Tiene pruebas concluyentes? ¿No? Pues déjelo en manos de ellos. Es una orden. Ocúpese de Merino. Quiero al asesino de Tsaldharis.

—¿Quiere al verdadero o le sirve cualquiera? —repuso alterado el inspector y le devolvió el teléfono a Cuéllar, que no sabía que hacer con él, mientras se oían los gritos del comisario.

Herrero, al que le temblaban las manos del sofoco, se alejó unos metros ante la atenta mirada de sus hombres. De espaldas a ellos, trató de recuperar la normalidad en su respiración y en el ritmo cardíaco.

—Lo siento, inspector —dijo Cuéllar al cabo de unos minutos, cuando su superior se unió a ellos, algo más tranquilo—. Me ha cogido desprevenido. Estaba hablando

con una señora que suele venir aquí a pasear a su perro y descolgué sin mirar quién llamaba.

—No se preocupe, Cuéllar. No es culpa suya. Andrés, me vuelvo a comisaría. Ocupate de todo. Si no me equivoco, Martín habrá dado aviso a los de bandas organizadas y se presentarán aquí en breve. Habla con ellos. Quiero todo lo que tengan, aunque imagino que el comisario les habrá dado instrucciones precisas para que nos mantengan al margen. Le diré a Martín que estás detrás de Merino.

—No te preocupes, Pablo. Tendrás una copia de todo lo que salga.

Dos horas más tarde Herrero, sentado en su silla de plástico amarilla tras el escritorio, iba dejando las ampliaciones de unas fotografías a color sacadas por los especialistas de la policía científica en el parque. En algunas, de menor calidad, porque habían sido hechas por los miembros del SAMUR al llegar al lugar, se veía a Menasés tendido en el charco de sangre, en una postura grotesca.

Una a una las iba dejando, tras examinarlas a conciencia, sobre la mesa. Cuéllar, Alonso, Ponte y Ramos respetaban, en el silencio más sepulcral, el estado de ánimo de su jefe. El pobre agente Aldaya no se encontraba presente. Herrero lo había mandado con el imbécil de Estévez a buscar a Merino.

Cuando Herrero volvió del parque, una orden de detención contra Merino aguardaba sobre la mesa. El inspector había maldecido en voz alta, algo que Cuéllar nunca le había visto hacer. Herrero había tomado el teléfono y llamado a uno de sus contactos, citándolo en un bar a dos manzanas de la comisaría y después se había marchado, ante la desesperación de Cuéllar, que no sabía qué inventarse si el comisario preguntaba por él.

Al cabo de media hora, más calmado, Herrero había vuelto de su encuentro con el contacto, un toxicómano que se sacaba su dosis por el tradicional método de cortar, aún más, las papelinas compradas. A éste le había dado un recado para Merino. Debía desaparecer de Madrid por unas semanas si no quería que le endilgaran un asesinato. Cuando se lo dijeran, Merino se ensuciaría los pantalones y desaparecería de inmediato por lo menos un par de meses.

De nuevo en el despacho, Herrero había dado orden a Cuéllar de buscar donde fuera a Estévez. El pobre agente había necesitado un buen rato para dar con el paradero del escurridizo subinspector, que en ese momento montaba guardia, con uno de sus amigos, en un céntrico bar estilo irlandés.

—¿Me buscaba? —preguntó malhumorado Estévez al entrar en el despacho de homicidios.

—Quiero que traigas a Merino —repuso Herrero sin mirarlo, a la vez que le tendía la orden de detención—. Que te acompañe Aldaya. No te molestes en volver sin Merino.

Aldaya, cuya cara era un poema, ya estaba avisado por Herrero de la faena que le tocaba e intentó que no se le notara demasiado.

—Siéntese, por favor —dijo Herrero, señalando una silla al otro lado de su escritorio repleto de fotografías desordenadas.

—¿Quién lo ha hecho, inspector? —preguntó Ludwig sin rodeos.

El inspector lo había llamado para contarle lo sucedido hacía un rato y el médico había acudido a la comisaría lo más rápido posible.

—No lo sé —repuso compungido el policía—. Han tratado de desviar nuestra atención para que pensáramos que era cosa de un grupo neonazi.

—¿Y no lo cree así?

—No. Lo descarto absolutamente. Creo que el autor de esa brutal paliza es el mismo que torturó y asesinó a su tío, pero no tengo ninguna prueba.

—¿Y por qué lo haría? —preguntó Ludwig—. El viejo no sabía más de lo que ya nos había contado. ¿Qué daño les podía hacer? No estamos más cerca que al principio de dar con ellos. ¿Para qué molestarse en acabar con él?

—Quizá sabía algo sin ser consciente de ello. O estaba demasiado cerca de sus enemigos y lo ignoraba.

—Usted dijo que esa gente se encuentra fuera de España.

—Y sigo pensándolo. De lo que no hay duda es de que el asesino de su tío ha vuelto a estar aquí.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó el médico—. ¿Cómo lo sabe?

—El penúltimo instrumento que les faltaba ha resultado ser el Boissier, hasta ahora en poder del Conservatorio Superior de Música de Madrid, y no el Gibson, como apuntaba su amiga.

—¿Lo han robado?

—Lamentablemente, sí. Por fortuna, esta vez no le ha costado la vida a nadie, aunque mucho me temo que sí el puesto de trabajo al vigilante nocturno.

—¿Y qué piensa hacer?

Herrero, tras mirar un buen rato a su interlocutor, se apoyó con los codos en la mesa y dijo en voz baja:

—Atrapar a esos desalmados. —Y, tras recostarse en el respaldo, añadió—: Pero no va a ser fácil. Tengo una enorme presión para que abandone este caso. Los verdugos del rabino son muy poderosos, por lo que se ve, y están tirando de los hilos para que esto se quede sin resolver.

—Tome, doctor —intervino el subinspector Ponte, dejando sobre la mesa una especie de gruesa camiseta sin mangas de color azul.

—¿Qué es esto?

—Un chaleco antibalas —repuso Herrero—. No se alarme, doctor, pero, después de lo sucedido, me sentiría más tranquilo si lo usara. Es discreto y no pesa demasiado, aunque, eso sí, da bastante calor. Pero estamos en invierno, ¿verdad? Tenemos otro para que se lo dé a su amiga. Estoy seguro de que no serán necesarios,

aunque nunca se sabe. Me temo que son bastante caros, así que los tendrán que devolver cuando todo esto termine.

Ludwig, impresionado por todo lo que estaba ocurriendo, se dejó ayudar para colocarse la prenda. Realmente pesaba poco. El médico no podía entender cómo aquella cosa podía ser capaz de detener una bala y esperaba no tener que comprobarlo.

—¿Esas fotografías son del rabino Leibnitz? —dijo cuando se hubo sentado de nuevo.

—Sí. ¿Quiere echarles un vistazo? —contestó Herrero amontonándolas.

Ludwig tomó las instantáneas y las examinó con profesionalidad. Vio la sangre seca en los oídos y los orificios nasales de la destrozada cabeza, el charco de sangre y cerveza bajo el cuerpo, los fragmentos de cristal...

—¿Qué es esto, inspector? —preguntó alterado Ludwig.

Herrero tomó la foto que le era mostrada.

—Aquí, justo debajo de la mano. Esas manchas.

—Los de la ambulancia dijeron que estaban hechas, probablemente, por los espasmos del dedo medio seccionado que se ve aquí —contestó Ponte, que se había acercado a la mesa al detectar el nerviosismo en el tono del médico, que señalaba un punto de la foto—. Seguramente el rabino levantaría un brazo para defenderse de algún golpe y el cristal de una botella le cortarían el dedo.

—¿Sería posible ampliarlo? —preguntó Ludwig.

—Pablo, déjame la foto —dijo Ponte—. La voy a escanear.

Instantes después, con un programa avanzado de fotografía, el subinspector, bajo la atenta mirada de su superior y del médico, amplió en la pantalla del ordenador la zona de la mano mutilada.

Debajo del sangriento índice aparecía una pirámide de puntos hechos con la sangre del cercenado dedo: uno en el vértice, dos inmediatamente debajo, tres en la siguiente fila y cuatro en la base.

—Esta figura la he visto yo antes —dijo muy serio Ludwig—. Me la enseñó el rabino. Es una *tetractys*, el símbolo de los discípulos de Pitágoras. Los que creían en la música de las esferas, en la armonía universal.

Sentada en la cama, Martha veía pasar una y otra vez por delante de ella a Ludwig mientras éste le contaba las últimas noticias. Su rostro, normalmente impávido, se crispaba cada vez más, apretando con fuerza las mandíbulas y frunciendo el entrecejo.

Ludwig tampoco estaba muy contento. La decisión de Martha de coger una habitación en otro hotel diferente al suyo, alegando que así estarían más cómodos, lo había molestado profundamente. No habían ayudado las exclamaciones de desdén al



mostrarle el chaleco a prueba de balas que Herrero le había entregado y que se encontraba tirado sobre la cama.

Tratando de apartar el malestar de su mente y obviando la irritación de la profesora, terminaba de explicarle cómo había dado con la clave de la *tetractys* con la que el rabino les decía que el atentado no había sido fruto de una casualidad por encontrarse en un mal lugar y momento, sino que estaba ligado a toda la historia de los violines.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Ludwig cuando hubo terminado.

—¿Qué crees tú? —repuso Martha tratando de contener su disgusto—. Al rabino lo han atacado unos salvajes, unos pandilleros criminales. No es la primera vez que sucede y por desgracia no será la última. No existe ninguna conspiración. Era un buen hombre y sé que le habías cogido aprecio. Los animales que le han hecho eso merecen pudrirse en la cárcel, pero eso no indica que haya una conjura para deshacerse de él.

—¿Y qué me dices de la *tetractys* que el rabino dibujó en el suelo con su propia sangre? —repuso alterado Ludwig.

—No creo que sea ninguna señal como tú piensas. Pudo ser perfectamente un movimiento convulsivo involuntario tras el ataque. Tú eres médico, sabes que eso sucede.

—Nadie puede formar un triángulo formado por diez puntos a causa de unos espasmos.

—Quizá el viejo, obsesionado como estaba, creyó que el ataque provenía de sus imaginarios enemigos —adujo Martha aún más enojada—. ¡Por favor! Ha vivido en los campos de concentración y después persiguiendo criminales de guerra. Era un anciano. ¿Cómo no ver la mano de sus adversarios en unos asesinos juveniles que lucen esvásticas y gritan contra los judíos?

Ludwig apreció el razonamiento de estas explicaciones, pero mantuvo un obstinado silencio. Sospechaba que Martha tendría probablemente razón. Por otra parte, Herrero estaba convencido de que el ataque no era obra de una banda de *skins* y que el que lo había llevado a cabo estaba solo y había tratado de confundir a la policía.

—Ludwig —dijo Martha en un tono más suave—, eres doctor en medicina. Un hombre de ciencia, instruido. No puedes dar crédito a esas descabelladas historias y tú lo sabes.

—Mi tío murió de una manera horrible y ahora el rabino. Otros más también han muerto por la misma razón. Tiene que haber algo.

—¿El qué? —insistió Martha—. ¿Otro loco que mata creyendo esas mismas estupideces? ¿Un perturbado que quiere alcanzar la inmortalidad con unos instrumentos fabricados hace cientos de años?

»Los humanos somos el eslabón más alto de la evolución pero, como el resto de los animales, nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. Y ya está. Lo único

que nos diferencia de ellos es que nosotros somos conscientes de nuestra propia muerte y ellos no. Después de la muerte no hay nada más. La creencia en una vida más allá de ésta es un placebo, similar a los que utilizáis en los hospitales, para tranquilizar a los pusilánimes y tenerlos dominados con la promesa de un paraíso que no existe. No resucitamos. Tampoco nos reencarnamos, ni alcanzamos un estado más elevado. Nos pudrimos y el mundo continúa. No hay cielo ni infierno. No existe premio por ser buenos, ni castigo por ser malos.

Ludwig guardaba silencio, sorprendido por la violencia de las palabras de Martha, que continuaba sentada, tensa, sobre la colcha.

—Ludwig, no existen los dioses guerreros que esperan a que alguien reúna doce instrumentos para poder llegar hasta ellos. «La religión es el opio del pueblo». ¿Recuerdas quién dijo eso? Junto a los mitos, la religión ha supuesto la herramienta principal para el mantenimiento de las castas. Los fuertes han dominado siempre a los débiles mediante la violencia y una vez en el poder se han perpetuado mediante el miedo que sus sacerdotes han impuesto. Hasta hace bien poco los reyes eran considerados divinidades. El emperador de Japón sólo renunció a ésta para conservar su vida tras perder la guerra contra los americanos.

»Los terribles castigos del Más Allá y los premios por ser buenos, trabajadores y obedientes en este mundo han sido la droga administrada por todas las religiones para mantener el poder y el orden, para explotar a los más crédulos sin que éstos se atrevan a protestar ni a ambicionar más que las migajas que les dejan. “Si eres bueno y trabajador, el premio será la vida eterna. Si ambicionas lo que yo tengo y no te contentas con tu suerte, irás al infierno”. ¿Y ellos cómo lo saben? ¿Porque Dios les ha hablado? También a mí me ha hablado y me ha dicho que no haga caso de esos charlatanes. Ésas son las leyes que se han inventado los más listos para dominar a los más débiles y vivir como reyes. Y tú lo sabes.

—Estoy de acuerdo en casi todo contigo —repuso Ludwig tratando de mostrarse conciliador—. Pero no puedo dejar de pensar en el rabino. Alguien comparte sus mismas ideas y ha tratado de matarlo para quitárselo de encima.

—El rabino era una buena persona, sí, pero ¿qué hizo? Ayudó a perpetuar el estado de castas. Cuando su pueblo fue aniquilado, ¿qué hicieron los judíos? Se dejaron masacrar esperando que su dios, el dios protector del pueblo elegido, los salvara. ¿Dónde estaba ese dios cuando mataron a seis millones de sus amados hijos? Los designios del Señor son inescrutables, dijeron. ¡Qué fácil! ¿No será que no intervino sencillamente porque no existe? Un dios que todo lo sabe y todo lo ve, ¿no supo del padecimiento de su pueblo? Quizá era un castigo por haberle dado la espalda y venerado al becerro de oro, pero ¿qué culpa tuvieron los miles de niños masacrados, apartados de sus familias, sometidos a la esclavitud, a los experimentos más sádicos? ¿Era ésa la voluntad de su amado dios? Los poderes cabalísticos de los judíos, capaces de cambiar el sino de una batalla según aseguran, ¿dónde estaban?

¿Aguardando una mejor ocasión? ¿Cuál mejor que la de detener aquel genocidio? ¿Qué hicieron los cabalistas y los rabinos cuando sus seguidores caían a miles?

»Nunca, en ninguna batalla, por mucho que digan lo contrario la Biblia y los libros de Historia, el débil ha derrotado al fuerte. Todos los ejércitos se encomiendan a su dios. En ocasiones el dios es el mismo para los dos bandos. Cuando uno de ellos gana es “gracias a Dios”. ¿Cuándo pierde es por culpa de ese dios? No. Es por Su voluntad de castigarles por sus pecados. Los fuertes siempre han ocupado el poder civil y los listos el religioso. “Todo aquel que hace creer a los demás que conoce el futuro, es capaz de dominarlos”. No te dejes engañar tú también Ludwig. Te considero demasiado inteligente para caer en esas argucias.

Tras la perorata, Martha guardó silencio esperando la reacción de su compañero. Ludwig miraba por la ventana, reflexionando sobre sus palabras. En otros tiempos hubiese alabado la claridad de ideas de ella. Ludwig siempre había despreciado las religiones establecidas y, aunque se consideraba agnóstico, estaba de acuerdo con la apreciación de que las religiones sólo servían para controlar a los crédulos. Pero aquel rabino tenía algo que nunca había apreciado en nadie. Era como si resplandeciera. Ludwig podía creer lo que ese hombrecillo dijera. ¿Tendría razón Martha y se había dejado seducir por el anciano?

Realmente la historia no se tenía en pie. Dios había dado la clave a Jacob para que el hombre pudiera acceder a Él y siglos después un artesano había introducido de alguna forma esa clave en unos instrumentos. Ahora, un antiguo nazi los buscaba para instaurar un nuevo Reich. Sonaba ridículo.

Cuando el rabino le había contado la historia de Jacob, su huida y el sueño en el que se le había aparecido Dios en lo alto de una escalera celestial, lo primero que había cruzado la mente del médico era la posibilidad de que el tal Jacob hubiese sufrido una neurosis traumática. Todo concordaba. Eran los síntomas tras un impacto emocional muy fuerte. Una ansiedad derivada de saber que su propio hermano, al que había robado la bendición paterna, lo buscaba para matarlo, le había provocado una excitación tan intensa que su psique no había podido hacerse cargo. Este trauma, manifestado habitualmente en los sueños, venía reflejado por la figura, un padre-dios inalcanzable. No se lo había dicho al rabino, pero esa explicación era infinitamente más plausible que la dada por la Biblia.

—¿Por qué los querrían robar? —preguntó Ludwig a sabiendas de que la pregunta la irritaría.

—¿Te parece poca razón el inmenso valor que tienen? —repuso Martha.

—Pero ¿por qué éstos en concreto, los mismos que había dicho el rabino?

—Será otro loco —dijo sardónica Martha—. Los hay por todos lados.

—¿Qué querrán hacer con ellos? —preguntó Ludwig ajeno al comentario despectivo.

—¡Nada! No pueden hacer nada. Solamente son instrumentos de música —contestó Martha levantando de nuevo la voz.

—Tú misma dijiste que los stradivarius eran mágicos.

—Era una forma de hablar —repuso exasperada Martha—. Quería decir que su sonido es inigualable.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Yo qué sé! —exclamó Martha, levantándose y recorriendo la habitación a grandes pasos mientras hablaba—. Ya te dije que cada uno tiene una teoría. Las hay de todos los colores. Un tratamiento de la madera con un hongo. El empleo de madera proveniente de naves de guerra hundidas. Una sustancia contra las termitas empleada por el laudero para proteger los instrumentos contra esta plaga. *La sangre de dragón*. ¿Quieres conocer la última teoría de unos científicos norteamericanos? Aseguran que el secreto está en el sol. Según ellos, en aquellos años el sol tuvo poca actividad, lo que provocó que en Europa hiciese mucho frío y poca luz. Así, los árboles crecieron más despacio pero su madera fue más densa, lo que les confirió unas características acústicas muy superiores a las normales. ¿Cuál prefieres?

Ludwig, sabiendo que Martha se estaba riendo de él, prefirió no contestar.

—Aun en el caso de que toda esta locura fuera verdad y esos instrumentos tuvieran poderes mágicos, ¿qué cambia? —dijo Martha acercándose a Ludwig, que seguía mirando por la ventana—. Un violín es extremadamente delicado. Cualquier alteración, por mínima que sea, cambia sus características únicas. Todos esos instrumentos han sufrido restauraciones y han sido en muchos casos barnizados de nuevo. Su sonido no es el original. No te obsesiones, por favor. Sabes que tengo razón. Todo eso no tiene ningún sentido.

Martha cogió del codo a su compañero que, testarudo, fingía prestar atención a algo que sucedía en la calle.

—Tú viniste a buscarme a mí —dijo indignada la profesora ante el silencio—, porque era una especialista, ¿recuerdas? Y ahora dudas de mi palabra. Prefieres creer a un viejo loco y ponernos en peligro. Si alguien está detrás de esos instrumentos por la razón que sea y se entera de que tratas de descubrirlo, ¿qué crees que hará?

Ludwig continuó en silencio. Su rostro permanecía pétreo. Cruzado de brazos, parecía no sentir el contacto de Martha.

—Quiero que te marches —dijo por fin Martha con voz gélida—. No puedo estar con alguien que pone en duda mi palabra. Vete.

Sin mirarla, Ludwig recogió la chaqueta, se la puso y abandonó la habitación sin abrir la boca. En el descansillo pulsó el botón del ascensor y mientras esperaba a que éste llegara reflexionó sobre lo ocurrido. ¿Por qué había reaccionado así? Sabía que Martha tenía razón. Él ni siquiera terminaba de creer la historia del rabino. ¿Qué lo había inducido a enfadar a su amante? ¿Se trataba de un orgullo herido por el tono recriminatorio de ella? ¿Podía ser esa actitud tan infantil el motivo de su comportamiento?

Las puertas se abrieron, pero Ludwig no se decidió a entrar. Giró la cabeza y miró la puerta de la habitación. Observó que se había cerrado mal y se veía una ranura de luz por el marco. Las puertas del ascensor volvieron a cerrarse.

Ludwig se acercó dubitativo hacia la puerta de la habitación. Aún le quedaban un par de metros, cuando le pareció oír el sonido de un violín. Se aproximó más y entreabrió la puerta. Ahora podía escuchar la melodía. Provenía de la sala situada a la izquierda del dormitorio.

Tratando de no hacer ningún ruido, Ludwig se pegó a la pared para pasar desapercibido y se acercó cuanto pudo sin descubrirse. Poco a poco asomó la cabeza. Martha se hallaba de espaldas a él, frente al ventanal, y en sus manos tenía su violín, que llevaba a todas partes, y lo acariciaba con el arco.

La melodía era melancólica. Hasta ese momento Ludwig no había caído en la cuenta de la subida de pulsaciones que sufría. Absorto por la imagen no conseguía moverse. Martha, como si del flautista de Hamelín se tratara, lo tenía embrujado, mientras ella, ignorante de la seducción que ejercía, continuaba desgranando las notas.

Ludwig conocía la canción pero no lograba situarla. Era tierna, lenta y a la vez rápida. A pesar de su melancolía hablaba de algo alegre, de esperanza y sueños. Una melodía para calmar la sed, y la inquietud; para despertar el júbilo y la ilusión. Una primavera disfrazada de otoño. El corazón de acero y plástico que Ludwig estaba convencido que tenía en su interior se estaba derritiendo en una sensación que jamás había experimentado.

Sin quitar los ojos de Martha, se dio cuenta de que la estaba viendo desenfocada a causa de las lágrimas. Ella, como una diosa, resplandecía en un efecto causado por la luz que entraba por la ventana. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Qué era aquella desazón?

No precisaba ser médico para darse cuenta de que todas sus murallas interiores estaban cayendo una a una, como si el terreno sobre el que estaban asentadas no fuera más que arena mojada. El sonido del violín las estaba demoliendo con más eficacia que el mayor de los arietes. Se dio cuenta de que, en la fortaleza de su indiferencia, estaba entrando un enemigo nuevo y que era demasiado tarde para enfrentarse a él. Por primera vez en su vida ese enemigo lograba tomar la plaza y, para su sorpresa, experimentó una inmensa alegría.

Alborozado como un chiquillo que se enamora por primera vez, notó que el rubor recorría sus mejillas. Tenía ganas de acercarse y abrazarla pero algo lo detenía. Ella podía molestarse por la profanación de su intimidad.

La melodía subió una octava. Ludwig sabía lo suficiente de música como para intuir que la cautivadora pieza estaba a punto de concluir y que Martha podía descubrirlo. De puntillas, alcanzó la puerta sin comprender cómo no percibía ella su presencia. Sin duda los mazazos de su corazón tenían que oírse a kilómetros de distancia.

En las últimas notas y con la puerta ya cerrándose a sus espaldas, logró recordar cuál era la canción que Martha estaba interpretando: *Over the Rainbow*, de la película *El Mago de Oz*.

Cinco minutos antes de que la alarma de su reloj, depositado sobre la mesilla de noche, sonara, Ludwig abrió los ojos. No había pasado muy buena noche. La discusión con Martha y, posteriormente, el vergonzante episodio de voyeurismo le habían estado rondando por la mente desde que se acostara, más allá de la medianoche. Cansado de revolverse en la cama, tratando de llamar al sueño, se había levantado y encendido la televisión, cambiando los canales rítmicamente, sin percatarse de qué emitían en cada cadena.

Una película en blanco y negro sobre algún episodio indeterminado de las Sagradas Escrituras fue el somnífero elegido por Ludwig, algo que en otras ocasiones hubiese tenido un efecto fulminante y garantizado. Sin embargo, aquella noche, Morfeo debía de estar de juerga con sus amigos.

Había abierto la nevera y bebido casi todos los botellines que contenían un mejunje cuya base fuese alcohol. Con un estado etílico interesante, había tratado de concentrarse en la película, pero era incapaz de quedarse con los numerosos personajes de rostros dramáticos y llorosos que aparecían y desaparecían de la pantalla.

Un grito, cuando ya asomaba el sol por el horizonte, lo había despertado. Provenía de la televisión, donde unas amas de casa no daban crédito a las virtudes de un prodigioso detergente capaz de exterminar cualquier rastro de suciedad de las camisas de sus desconsiderados cónyuges.

Con dificultad, Ludwig se levantó del sofá y a la vez que cerraba con fuerza los párpados, se llevó una mano a la cabeza, que parecía querer abrirse como un melón maduro para dejar espacio al comprimido cerebro. El explosivo cóctel, bien ligado en su maltratado estómago, amenazaba con cobrarse bajas.

Sin estirarse del todo ni abrir los ojos, había ido deslizándose hasta el cuarto de baño, donde, con una mano, se había encargado de cubrir las contingencias de una más que posible pérdida de equilibrio, mientras que la otra llevaba a cabo las diversas etapas de la evacuación líquida auxiliada, mal que bien, por el oído, que le facilitó la afinación de la puntería.

Con el mismo cuidado, Ludwig salió del cuarto de baño y, a tientas, llegó a la desecha cama, donde horas antes había entablado la feroz lucha con las mantas, culpables de su incomodidad y falta de sueño. Lentamente se sentó y se inclinó hasta reposar la caja de percusión que tenía sobre los hombros en la almohada.

Ahora se encontraba algo mejor, lo cual no quería decir bien. Receloso por si su cerebro trataba de comenzar otra cabalgadura, se fue incorporando sobre la cama

hasta quedar bien sentado. Bien, parecía que el cerebro se había cansado de correr y ahora se limitaba a un vago y soportable trote.

Sin embargo, el dolor de cabeza que tenía podía salirse, tranquilamente, de la escala Richter. Tras evacuar de nuevo, se miró al espejo. Se mintió a conciencia al decirse a sí mismo que no estaba tan mal después de la nochecita. Hurgó en su neceser y sacó su botiquín de viaje. Un vaso de agua ayudó a que un par de ibuprofenos bajaran por la garganta.

—Buenos días —dijo en voz baja por el auricular—, ¿serían tan amables de traerme el desayuno, por favor? Lo mismo que ayer. Muy bien, gracias.

El cuarto de hora a remojo, con un agua en la que se podrían escaldar huevos, le puso la piel roja. El último chorro frío le subió las pulsaciones al doble de lo normal. Más aliviado, se frotó con la toalla y procedió a afeitarse, tras lo cual se volvió a examinar en el gran espejo del baño. Ahora no hacía falta mentir para opinar que no se encontraba tan mal.

Unos golpecitos discretos en la puerta anunciaron la llegada del esperado desayuno, que Ludwig se apresuró a tomar.

Tras el zumo de naranja natural, dos tostadas con mermelada de arándanos y otras dos tazas de café solo, se encontraba casi en buenas condiciones físicas. Limpiándose con la servilleta los labios levantó la vista de la bandeja que el camarero había depositado sobre la mesa que estaba frente a la ventana, y miró a través de ésta, permitiendo que sus ojos desenfocaran libremente.

Hasta ese momento entre el despertar, el dolor de cabeza, la ducha y el desayuno había logrado mantener en la sala de espera a su voz interior, pero ya no le quedaban más excusas para no recibirla.

Como si de un huracán se tratase, penetró en su mente todo a la vez: ¿qué había pasado la tarde anterior con Martha? La conversación que habían mantenido rápidamente degeneró, como sucedía cada vez que se trataba la teoría del rabino, en amarga discusión. Recordó la furiosa galerna desencadenada por Martha, galerna que nada bueno presagiaba pero que había tenido un alcance devastador.

Frente a la ventana por la que vagaba la mirada perdida de Ludwig, el tráfico se había detenido. Un policía municipal trataba de hacerse entender por un conductor para señalarle la ruta alternativa que tenía que tomar aquel día, dado que la calle estaba cortada por un tráiler que descargaba una excavadora. Entre los bocinazos del resto de los conductores y los aspavientos del policía, el vehículo no se movía, aparentemente esperando a que el agente, por arte de magia, fuera capaz de hacer que se esfumaran tráiler y excavadora para que pasara él.

Ajeno a este jaleo, Ludwig se frotaba la nuca: ¿por qué se había enfadado tanto Martha con él? No tenía sentido. Quedaba claro que ella no daba ninguna clase de crédito a la historia del viejo rabino, pero ¿por qué le molestaba tanto que él no estuviese tan seguro? Ludwig era un hombre de ciencia poco dado a las especulaciones esotéricas, pero tenía que reconocer que la personalidad del judío lo

había cautivado, justo lo contrario que a Martha, a la que la simple mención del anciano le hacía endurecer el rostro.

Sin sacar en claro qué le producía a Martha tanta repulsión hacia el viejo rabino, otro sentimiento, esta vez de vergüenza, se abrió paso. ¿Cómo había sido capaz de espiarla? Había invadido su espacio íntimo, quedándose agazapado mientras ella tocaba su violín. Él no hubiese perdonado jamás que alguien hubiera entrado a hurtadillas en su despacho y se hubiese quedado para verlo trabajar. No importaban las razones que pudiera esgrimir esa persona.

Semejante invasión de la intimidad no tenía excusas. Al menos, se dijo Ludwig, ella no se había dado cuenta.

El recuerdo de este hecho lo llevo a otro que le alteró las pulsaciones del corazón. ¿Se había imaginado aquello o había ocurrido? ¿Podía ser que, como sucediera con Orfeo y su lira, la música del violín de Martha lo hubiera hechizado? Trató de estudiar con objetividad la situación, como si fuera un examen clínico de un conducto auditivo, pero fue incapaz.

Respiración agitada, arritmia, concentración de sangre en las mejillas y abotargamiento en la mente. Si aquello había sido un hechizo, aún perduraba.

Muy sorprendido, Ludwig tuvo que reconocer que no era ningún sortilegio. Mal que le pesara, se había enamorado perdidamente de aquella adusta, fría, distante, aunque en ocasiones apasionada, calculadora, lógica y desconcertante mujer.

Sonriendo como un bobalicón, Ludwig siguió mirando por la ventana a la calle, donde el policía hacía un alarde de paciencia ante los obtusos conductores, que, al igual que les ocurre a ciertos insectos, se quedaban totalmente desamparados cuando tenían que cambiar la rutina y buscar una vía diferente.

Sólo el sonido de su móvil, danzando frenéticamente sobre la mesa, próximo a despeñarse por el borde, fue capaz de hacerle recobrar la razón. Alcanzó el aparato cuando ya parecía inevitable que se consumara la tragedia.

—¿Sí?

—Hola Ludwig, soy Martha. —A lo que siguió un silencio.

—Hola Martha. Ahora mismo estaba pensando en ti... ¿te ocurre algo?

—No. —Otro silencio—. En realidad sí. —Silencio—. Verás, me cuesta mucho esto. Creo que ayer me pasé un poco de la raya y ya sabes cómo me cuesta reconocer las cosas y además estoy un poco avergonzada por mi comportamiento, ya sabes...

A Ludwig aquello le sonó a música celestial. A punto estuvo de hacerse el indignado para que el orgullo de la profesora sufriera un poco más, pero algo le decía que Martha estaba al límite de sus posibilidades y que estirar demasiado la cuerda no sería muy inteligente.

—No te preocupes. Yo tampoco tuve mucha paciencia. —«Mentiroso», se dijo. Sabía que se había mostrado paciente más allá de toda lógica, pero ahora se trataba de tender puentes, ¿no?—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó Ludwig para cambiar de tema.



—Nada en especial —repuso algo más tranquila Martha—. Estaba tomando unas notas en mi habitación. Ahora me iba a duchar y eso...

—¿Te gustaría que almorzásemos juntos? —preguntó Ludwig—. Si quieres te paso a buscar...

—Vale —contestó Martha, dejándole con la palabra en la boca—. Estaré preparada. Hasta luego.

Ludwig colgó sin salir de su asombro. Lo había llamado arrepentida, él había sido lo suficientemente cortés como para restar importancia a lo ocurrido, aceptar culpas que no eran suyas, e incluso la había invitado a almorzar, y, encima, ella le había cortado la frase, limitándose a darle instrucciones antes de despedirse.

Con un gesto de cabeza trató de cerrar las puertas interiores a la Indignación y al Orgullo, que ya llamaban al estado de sitio y a la guerra santa contra el enemigo.

Conectó el ipod, seleccionó los temas y al momento una música clásica, suave, fresca y alegre, interpretada con maestría por los violinistas Oistrakh, inundó la habitación, siendo un formidable refuerzo en la lucha contra el Orgullo y la Indignación.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Ludwig tras un ramo de flores cuando Martha abrió la puerta de su habitación.

—¡Oh! ¿Son para mí? Muchas gracias.

La profesora se apartó de la puerta para dejarle pasar mientras aspiraba el aroma de las flores. A Ludwig le pareció que con ese gesto trataba de interponer el ramo entre sus rostros, pero apartó el pensamiento.

—Estoy en un momento, siéntate si quieres —dijo Martha mientras pasaba a su lado, camino del baño. Justo antes de entrar, como si hasta ese momento no se hubiese dado cuenta, envió por el aire un beso a Ludwig, que se sentó en un costado del sofá de la salita, tratando de que no se descubriera su perturbación. Las cosas no iban como había pensado.

—Ya estoy preparada, ¿nos vamos? —preguntó Martha al cabo de cinco minutos.

—Estás muy guapa. No te había visto con falda larga. Me gusta, y más lo que se esconde debajo.

Ludwig aprovechó que ella pasaba por delante de él para cogerla por la cintura y tratar de sentarla encima de sus rodillas. Martha soltó una pequeña carcajada pero, como un gato, se revolvió y no tardó en soltarse, ante la sorpresa de Ludwig.

—Veo que te has puesto el chaleco que te dio tu amigo.

—Sí, pero tú no.

—Queda mal con esta ropa —contestó con despreocupación Martha.

—¿Te pasa algo? —preguntó Ludwig, extrañado por el comportamiento distante de la profesora.

—No. No es nada. Venga, vámonos. Tengo que pasar un momento por recepción a preguntar si ha llegado una carta que estoy esperando.

Dolido, Ludwig salió de la habitación seguido por Martha, que aún cogió una pequeña mochila de lona y un libro fotocopiado y anillado, y se encaminaron al fondo del pasillo para llamar al ascensor. Ludwig evitaba mirarla y guardaba un hosco silencio.

—No te lo tomes a mal —dijo Martha sin mirarlo—. Es mi forma de ser, estoy avergonzada y me resulta difícil tratarte como si no hubiese ocurrido nada. Ya se me pasará.

—¿Te sientes avergonzada y la única forma que tienes de pedir disculpas es tratarme así? —preguntó con acidez Ludwig mientras pulsaba el botón correspondiente al garaje.

—Ya se me pasará, venga, déjalo —contestó la profesora sin mirarlo, mientras se subía, aún más, la cremallera de la cazadora verde acolchada, a juego con la falda.

En silencio llegaron hasta la planta baja y salieron del ascensor. Nada más abandonarlo Martha hizo un gesto de fastidio y, con un rápido beso en la mejilla, le dijo a Ludwig:

—Tengo que volver a subir, se me ha olvidado coger el móvil. Pregúntale por favor al recepcionista si ha llegado algo para mí. Nos vemos enseguida en el coche. Toma, lleva esto, por favor —añadió a la vez que le metía el libro fotocopiado entre la camisa y la cazadora.

Ludwig, sin saber cómo actuar, vio cerrarse las puertas del ascensor y se dirigió hacia el mostrador, sin molestarse en sacarse el libro que llevaba contra el pecho.

El recepcionista que lo atendió aseguraba no tener nada para la señorita Mazowiecki y Ludwig volvió a tomar el ascensor hasta la planta inferior.

El médico no se encontraba tan sólo como creía en el garaje, prácticamente vacío de coches. Entre las sombras que dejaban las lámparas fluorescentes, una figura vestida de negro se desplazaba silenciosa de columna en columna.

Etsel, con una Walther calibre veintidós, provista de silenciador y puntero láser, se acercaba hasta su presa con un pasamontañas negro y unas gafas de sol. Cuando Ludwig apretó el mando a distancia y el BMW 320D alquilado emitió un alegre *beep-beep* y encendió por dos veces las luces de emergencia, Etsel se interpuso entre los dos y dirigió el arma hacia un aterrorizado Ludwig, que, blanco del espanto, no acertaba a reaccionar.

—¿Qué quiere?

Fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que su atacante, sin haber articulado palabra, dibujara en su pecho un punto rojo de láser, borrado milésimas de segundo después por dos orificios, uno tras otro, en la prenda.

Etsel contempló cómo el cuerpo del médico se proyectaba hacia atrás, haciendo más ruido al caer en el suelo que las dos balas al abandonar el arma.

En cuanto su atacante se hubo alejado, Ludwig abrió los ojos, boqueando. Debería estar muerto, pero la suerte había querido que los disparos impactaran justo donde tenía guardado el libro fotocopiado que le había metido Martha en la cazadora. El libro había amortiguado el letal impacto de los proyectiles y el chaleco había hecho el resto. Claro que eso su atacante no lo podía sospechar. Pero el intenso dolor que sentía en el pecho hizo temer al médico que se hubiera roto alguna costilla.

Con un inmenso esfuerzo logró ponerse en pie, mientras su acelerada mente trataba de asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Quién había tratado de matarlo? No se había llevado nada, ni el coche ni la cartera. Tampoco le había pedido nada. Sólo cabía una intención: acabar con su vida. Tenía que estar relacionado con el tema de los violines y con el atentado sufrido por el viejo rabino. Habiendo acabado con el anciano, ahora habían ido a por él y...

¡No! No podía ser. ¡Ahora irían tras Martha, a la que imaginarían en su habitación!

Apretándose el pecho con una mano llamó al ascensor y se arrojó dentro en cuanto se abrieron las puertas. Al instante golpeó histérico el pulsador para que comenzara a ascender.

—¡Socorro! —fue lo primero que oyó cuando se abrieron las puertas.

El grito venía de la escalera auxiliar, hacia la que corrió. En el rellano de la escalera observó una figura encogida en posición fetal, que se tapaba los oídos con manos temblorosas.

—Martha, no te asustes. Soy yo, Ludwig —dijo jadeando.

—Ha venido un hombre con una pistola y me quería matar —farfulló Martha con la cara llena de lágrimas y sorbiendo por la nariz—. Tenía una pistola... Lo he visto y me he escapado por la escalera. Ha venido corriendo, pero me he apoyado contra la puerta para no dejarlo pasar... Gritaba y decía que la abriera, que me iba a matar. Yo también gritaba, pero no ha venido nadie para ayudarme. De pronto ha dejado de golpear la puerta.

—Vale, vale —dijo Ludwig agachado y abrazado a ella, tratando de consolarla—. Ya ha pasado todo, no te preocupes.

—Pero ¿quién era ese hombre? ¿Por qué quería matarme? —sollozó Martha.

La profesora no pudo continuar, ahogándose en su propio llanto. Ludwig se sentó a su lado y colocó la cabeza de ella en su hombro. Le acarició el pelo a la vez que le hablaba suavemente para que se tranquilizara. Mientras, tratando de olvidar el intenso dolor que sentía en el pecho, su cerebro trabajaba a toda velocidad.

Aquel hijo de puta lo había dado por muerto y su intención de asesinar a su amante se había frustrado. Quizá algún ruido, como el del ascensor al abrir sus puertas, lo había asustado y había escapado... o igual no.

Quizá la interrupción le había supuesto un pequeño contratiempo y de un momento a otro regresaría para acabar su trabajo.

—Vamos, Martha —dijo Ludwig, tirando de un brazo de la profesora y conteniendo un grito de dolor—. Tenemos que entrar en tu habitación y llamar a la policía. Aquí no estamos seguros.

## ZABULÓN (COHABITACIÓN)

*Cada pensamiento musical está íntimamente, indivisiblemente relacionado con la armonía total, que es la Unidad.*

LUDWIG VAN BEETHOVEN

**E**l inspector Herrero, sentado en el sofá de la salita de la habitación de Martha, aguardaba a que sus compañeros terminaran de tomar declaración a ésta y a Ludwig.

Había sido avisado por Ponte de lo ocurrido. El doctor Ludwig, tras encerrarse en la habitación de la profesora con ésta, había telefoneado a la comisaría y pedido que le pusieran con Herrero, pero aquel día el inspector libraba y se encontraba de compras con su mujer por el centro de la ciudad, aprovechando que los comercios aún no habían subido los precios de cara a la Navidad, para ir comprando los regalos que, como mandaba la tradición, serían repartidos el día de Reyes.

Para el inspector Herrero, ir de compras no era tan horrible como pudiera parecer. Incluso le hubiese gustado, de no ser por la inevitable acumulación de gente en cualquier lugar, algo que, según avanzaban los años, llevaba cada vez peor.

Pero ir de tiendas con su mujer solía concederle momentos para sumirse en sus pensamientos. Su mujer jamás le consultaba sobre un regalo. Herrero se limitaba a transportar los paquetes. Liberado de la presión que suponía elegir, probar y pensar, tenía el tiempo libre para observar, algo que sabía se le daba muy bien.

Le gustaba entrar en las tiendas y fijarse en las personas: ese chico alto de espesas patillas que miraba una camisa, en realidad no perdía ojo a la dependienta que, a su vez, coqueteaba con uno de los encargados. La mujer bajita y rolliza que iba acompañada por una adolescente vestida a la moda y muy metida en su papel de joven rebelde, trataba de encontrar una camiseta que, siendo del gusto de su hija, le cubriera convenientemente el *piercing* que ésta lucía en su ombligo y el par de revoltosos pechos que tensaban el top negro bajo la corta cazadora vaquera que llevaba, pues el frío era el precio que había que pagar por la moda imperante.

Herrero podría haberle evitado trabajo a la buena mujer avisándola de que, por definición, cualquier prenda que pudiera ser de su agrado nunca lo sería de su hija, aunque la mujer ya era consciente de tamaña desgracia.

Por deformación profesional también estudiaba las medidas de seguridad de los locales y los movimientos de los guarda jurados. Como era de esperar, ambas cosas solían carecer del menor de los rigores, siendo muchas veces una mera coreografía para impresionar a los clientes y, teóricamente, asustar a los posibles rateros. Pero Herrero sabía que los carteristas, los que robaban al descuido, los que se metían

prendas bajo la ropa arrancando el chip de seguridad o, más avanzados tecnológicamente, se llevaban las prendas en inocentes bolsas de plástico recubiertas en su interior de papel de plata, también conocían los sistemas de seguridad y la calidad de ésta, por lo que, a la postre, los únicos que quedaban impresionados eran los clientes honrados.

De hecho, en más de una ocasión había atrapado in fraganti a un carterista. Incluso una vez había logrado evitar un atraco en unos grandes almacenes.

Aquella mañana las compras navideñas no habían tenido tantas emociones. Herrero, cargado de bolsas, se encontraba sentado al sol en un banco, mientras su mujer estaba en una juguetería, discutiendo la idoneidad de un rompecabezas para un niño de seis años. La chica del establecimiento miraba con cara de resignación a la mujer. Era muy joven, posiblemente una estudiante que se sacaba un dinerillo y pertenecía a la generación en la que los rompecabezas, *puzzles* y demás inventos quedaban a la altura de los ábacos y las hachas de pedernal. Si la vieja quería que la ayudara de verdad, podía darle el nombre de tres o cuatro juegos de videoconsola con los que su sobrino fliparía.

Herrero, en el exterior del local, echó un discreto vistazo a su reloj de pulsera, con la esfera amarillenta por los años. Se acercaba la hora de comer.

—Inspector Herrero —saludó un agente de uniforme sobre una motocicleta—. El subinspector Ponte anda buscándolo.

—Muchas gracias, enseguida lo llamo.

Si Ponte lo andaba buscando es que era algo importante. Si hubiese sido el comisario Martín, le habría llamado una vez más al teléfono apagado sobre la mesilla de noche, pero Ponte ni se habría molestado. Herrero le había dicho el día anterior que le tocaba salir de compras con su mujer y el subinspector sabía por dónde podía andar, así que habría mandado a varios motoristas y agentes a pie por la zona para localizarlo.

—Andrés, soy Pablo. ¿Me buscabas? —preguntó Herrero desde una cabina de teléfono, tras marcar los números copiados de la ajada libreta que siempre llevaba en el bolsillo.

—Hola, inspector —contestó Ponte utilizando el grado de su superior en vez de su nombre de pila, señal de que alguien más se encontraba por allí—. Ha llamado el doctor Dreifuss hace un rato muy asustado. Al parecer alguien ha tratado de matarlos a él y a la profesora Mazowiecki cuando salían del hotel de ésta. Yo me encontraba ocupado y he mandado dos patrullas, además de Cuéllar y Ramos, para allí. En estos momentos estoy llegando al hotel con Aldaya. El doctor Dreifuss insistía mucho en hablar con usted.

—Bien hecho, Andrés. Cuando llegues al hotel dile a Aldaya que pase a buscarme, lo espero frente al edificio de Correos.

La mujer del inspector y las bolsas con los regalos fueron introducidas sin protestas en un taxi y Herrero se dispuso a esperar tranquilamente a que lo vinieran a

buscar. Un cuarto de hora más tarde ya se encontraba en la habitación del hotel, donde Martha, sentada en una butaca, más pálida que de costumbre si eso era posible, tenía la mirada perdida en los dibujos de la alfombra. No se había inmutado al ver llegar al inspector, al contrario que Ludwig, que se había mostrado muy satisfecho con la presencia del policía.

De boca del médico había escuchado la versión sobre el intento de asesinato. No había hecho ninguna pregunta, dejando el control de la situación a su ayudante Ponte, ante la desilusión de Ludwig, al que le parecía que aquel caso se le estaba yendo de las manos al inspector, único policía por el que había llegado a sentir respeto. Sentado en el sofá, en silencio, sin quitarse el abotonado abrigo de paño y su sombrero de fieltro, con las manos sobre las rodillas, parecía más un abuelo que hubiese salido al parque para tomar el aire que uno de los mejores inspectores con los que contaba la policía.

Ponte, sin embargo, sabía que todo aquello era fachada. Conocía lo suficiente a su jefe como para saber que había algo extraño en todo aquello que lo confundía y que la pose aparente de ausencia se debía a que estaba dejando la mente en blanco para que aquello que lo perturbaba saliera a la luz.

Ajeno a todo esto, Herrero daba vueltas en su cabeza a los datos de los que disponía, que no eran muchos. Al llegar al lugar del incidente, uno de los miembros de la policía científica le había comentado que el asaltante había utilizado un calibre veintidós. Aquello no tenía sentido. Un profesional nunca utilizaría una munición de tan escaso poder perforante.

—Inspector, hemos terminado —dijo al cabo de un rato Ponte—. El doctor Dreifuss se personará a lo largo del día en comisaría para presentar denuncia. He dispuesto, si a usted le parece bien, que una patrulla se quede aquí hasta que recojan sus pertenencias. Posteriormente se les trasladará a otro hotel en un vehículo camuflado. Los de la policía científica ya se han ido.

—Estupendo —dijo Herrero, y con las palmas en las rodillas se ayudó para levantarse del sofá. Dreifuss se encontraba detrás del subinspector, sintiendo lástima por Herrero, que parecía acabado.

—Dígame, doctor —preguntó Herrero tras quitarse el sombrero, mostrando una calva con la piel manchada por la edad—. ¿No había nada en el agresor que le recordara algo?

—No —respondió confuso el interpelado—. ¿Qué podía haber?

—No lo sé —respondió el inspector—. Toda esta historia me resulta de lo más extraña. Quien haya tratado de asesinarlos ha resultado ser un poco torpe, ¿no cree? No puede con usted porque, por fortuna, llevaba ese libro de fotocopias bajo la cazadora y el chaleco que le dimos. Luego atenta contra la señorita y es incapaz de atraparla. No parece un trabajo muy profesional y hasta ahora todo lo relacionado con la muerte de su tío ha llevado el sello de un experto.

—No sabría qué decirle —contestó confuso Ludwig—. Igual no era el mismo.

—El que el asesino ponga tanto empeño en no mostrar ni un centímetro de su rostro, con un pasamontañas y unas gafas de sol dentro de un garaje, me hace pensar que quizá temiera que usted lo reconociera.

—¿Y quién podría ser? —preguntó Ludwig, extrañado.

—Lo desconozco, por eso le pregunto de nuevo y piénselo bien, por favor: ¿Algo en el comportamiento de ese individuo, un gesto, la forma de andar o de moverse podría recordarle algo?

Ludwig se tomó su tiempo, recordando lo vivido antes de negar con la cabeza.

—No. No hay nada —respondió el médico—. ¿Y tú, Martha? ¿Te fijaste en algo que te llamara la atención?

—Si es que prácticamente no lo vi —dijo la profesora, hablando por primera vez desde que Herrero llegara.

—Bueno —dijo el inspector calándose el sombrero—. Si recordaran algo, no olviden llamarnos. Por tonto que parezca. Y si podemos hacer algo por ustedes, díganmelo, por favor.

Poco a poco los agentes abandonaron el hotel dejando, tal y como había dicho el subinspector Ponte, una patrulla de guardia.

—¿Quiere que lo llevemos a casa, inspector? —preguntó solícito Ponte.

—No. Prefiero ir a la oficina, pero te agradecería que alguien se pasara por casa para recoger mi medicación contra el colesterol.

Sentado en su silla de plástico amarillo, frente a la mesa del despacho, Herrero dejaba que su mirada fuera de las fotos del asesinato del griego, a las del atentado sufrido por el rabino y a la enorme carpeta llena de documentos escritos en diversos idiomas, recortes de prensa y viejas fotos, que habían encontrado en la habitación del judío.

Armado con sus enormes tijeras, la pirámide de triángulos de papel iba aumentando, sin que hasta el momento hubiese servido para aclarar las dudas del inspector.

Herrero sabía que no habían avanzado nada desde el primer día. Salvo que el asesino del griego se había aprovechado del idiota del técnico en alarmas, que, en pago, había encontrado la muerte; que el objetivo de tan inhumano crimen había sido el robo de un violín, y que la persona que les había puesto sobre la pista se debatía entre la vida y la muerte, atacada por el o los mismos que se habían cargado al griego. No tenían nada. Ni una pista. Ni un sospechoso. El comisario quería cerrar la investigación y la misma Interpol veía el asunto con recelo.

El doctor Dreifuss se había implicado a fondo en el asunto y en su interior daba crédito a la sorprendente teoría del rabino, algo que podría convertirse en un problema en un momento dado. Pero la profesora era nueva en esto, no estaba relacionada con el tema, incluso consideraba una insensatez toda la historia. Caso de



haber estado en compañía de Ludwig en el garaje, podía ser lógico que el chapucero asesino tratara de matarla, pero ¿subir a buscarla? ¿Qué sentido tenía aquello?

Quizá quien se encontraba detrás de todo se había visto en peligro y había llamado a un inepto para que los matara. Pero ¿qué peligro? Si no habían avanzado nada en las investigaciones. ¿Estaban sobre la pista y ni ellos mismos lo sabían?

Herrero se había mostrado muy reacio al principio acerca de la historia del rabino Menasés y había dado más crédito a la persona que a la teoría. Según había ido avanzando la investigación, la trama nazi se había mostrado inconcebiblemente aceptable. No cabía duda de que los que estaban detrás de todo aquello tenían muchísimo poder y dinero. Eran capaces de presionar a un comisario de la policía española pese a ser, presumiblemente, extranjeros. Se podían permitir gastar dinero a espuestas para comprar los instrumentos que buscaban o robarlos y tenían sicarios capaces de todo. No era fácil disponer de una infraestructura como ésa aunque se poseyera mucho dinero.

El intento de acallar la voz del judío no hacía sino ratificar por dónde iban los tiros. Y si alguien tenía dudas acerca de la identidad de los atacantes del rabino, como le sucedía al comisario Martín, allí estaba aquella foto en la que se veía el triángulo de puntos dibujado por el moribundo rabino con su propia sangre en el suelo, para confirmar que el anciano, cobardemente atacado, había reconocido a sus agresores.

Que hubiesen intentado asesinar al médico y a la profesora indicaba que los culpables conocían sus movimientos y los de la propia policía. Así que, al revés de lo pensado en un primer momento, los asesinos no se habían limitado a asesinar al griego y robarle el instrumento para desaparecer enseguida, sino que los estaban controlando, pero ¿por qué? ¿Qué tenían ellos que fuese del interés de los asesinos? Si la trama nazi era real, ¿qué podía importarles a ellos las investigaciones y los movimientos de un inspector de la policía española, un viejo judío y un médico aburrido? ¿Estarían las respuestas en aquella carpeta de cartón arrugada descubierta en la habitación del rabino? Pero ¿qué podría descubrir él que Menasés no hubiese encontrado tras tantos años examinándola?

Recostado en su silla, Herrero utilizó con desgana las tijeras para abrir la carpeta, mostrando el primero de un sinfín de recortes amarillentos e ilegibles. Lanzó un suspiro. Necesitaría intérpretes para traducir aquello. Por lo que podía ver a simple vista, abundaba el inglés, el alemán, el francés, el italiano y el hebreo.

Dejó la carpeta a un lado y se concentró en la foto donde se veía el extraño triángulo de puntos bajo el dedo cercenado del rabino.

La *tetractys*, el extraño símbolo por el que se reconocían los alumnos de Pitágoras, formado por el mágico número diez, suma de los cuatro primeros números únicos que participaban en las proporciones por las que se regían los intervalos musicales y los movimientos de los astros, según el sabio griego.

Eso es lo que le había explicado Ludwig, y a él se lo había contado Menasés. La armonía universal era, según el rabino, lo que buscaban los nazis, lo que defendía

Pitágoras.

¿Realmente el rabino supo de dónde le había llegado el ataque o simplemente aprovechó el suceso para encaminarlos en aquella dirección? ¿Y cómo sabía que su agresor pertenecía al bando de sus enemigos? ¿Lo habría reconocido? Pero no tenía sentido que hubiesen mandado a una persona a la que el anciano pudiera reconocer.

Para Herrero era evidente que el ataque no había sido llevado a cabo por unos cabezas rapadas, como alguien había tratado de aparentar. Precisamente esa falsa apariencia apoyaba la teoría del rabino, pero ¿forzosamente le daba la razón? Quizá el rabino estaba convencido, en su obsesión, de que el ataque había procedido del complot nazi y estaban siguiendo una pista falsa a causa de una fantasía senil.

Demasiados interrogantes y peros, se dijo Herrero mientras dejaba esa fotografía y cogía otra. El rostro sanguinolento y deformado del anciano judío lo miraba a través de los párpados cerrados. Su rostro no transmitía nada. Ni miedo, ni ira, ni perdón, ni paz. Era inexpresivo y parecía estar aguardando algo. Algo, por ejemplo, como qué iba a hacer Herrero al respecto.

Mientras miraba la fotografía le vino a la mente su primera conversación con Menasés. En un momento dado y después de escuchar al anciano referir la lucha por hacerse oír sobre los horrores del Holocausto, el inspector le hizo una pregunta.

—¿No se cansa, después de tantos años, de dar vueltas a lo mismo? Fíjese: ya nadie recuerda aquellos tiempos. Los hay que no terminan de creerse lo que pasó y los otros no quieren saberlo. Hoy nadie desea rememorar todo aquello. La historia está para aprender de los errores y la Humanidad debe conocer lo que sucedió para que no se repitan semejantes atrocidades, pero insistir de continuo sólo sirve para hastiar y que nadie quiera escuchar.

—Recuerdo —contestó tranquilamente el anciano— el cuento de un orador que pronunciaba su discurso en una plaza vacía, hasta que alguien se le acercó y le preguntó para qué se molestaba si nadie lo estaba escuchando. «Para no olvidarme de mis principios», contestó el orador.

—Por mucho que usted pueda vivir —repuso el policía—, no creo que jamás sea capaz de olvidar aquella pesadilla.

—En eso tiene razón. ¡Cómo olvidar semejante barbarie! Pero lo que no debo olvidar es lo que se siente, para tratar de que nadie más lo sufra, ¿entiende? No quiero rememorar todo aquello para clamar venganza y obtener un mar de sangre nazi. Quiero justicia para con los que ya no la pueden pedir por sí mismos y atención al resto de las personas, para que estén alerta y nunca vuelva a ocurrir algo semejante.

—Lamento parecer agorero —dijo Herrero encogiéndose de hombros—, pero creo que el ser humano tiende a ser destructor. Los nazis no han sido los únicos. Ustedes mismos, en Palestina, han hecho otro tanto. Los españoles arrasamos culturas

enteras en América. Los Balcanes. Las guerras tribales africanas. Los americanos en Vietnam. Los ingleses, franceses, chinos... Nadie se libra.

—¿Y usted piensa que siempre será así?

—Creo que lo que ha dado la hegemonía al ser humano sobre el resto de los animales ha sido su capacidad de adaptación y su crueldad innata. Una ferocidad que ningún otro ser vivo ha sido capaz de igualar. Lo que en otros tiempos le dio el poder al humano sobre sus competidores, se convertirá en su perdición. Pienso, sinceramente, que la raza humana está condenada a su autodestrucción.

—Es usted muy pesimista, inspector.

—Dicen que un pesimista es un optimista escarmentado.

—Una de nuestras oraciones dice así: *Ose shalom bimbromáv, hu iaasé shalom aleinu*, que significa: «El que tiene la paz en las alturas, nos dé a nosotros la paz aquí».

»Arriba está la paz, abajo la justicia, en Oriente la compasión y en Occidente la verdad. Cuando el hombre, dueño de la tierra, sea capaz de reunir a Oriente con Occidente, es decir la compasión con la verdad, entonces habrá justicia en la tierra, lo que obligará a la paz a bajar de las alturas.

—Me gustaría poder creerlo —había contestado Herrero.

—Dígame, inspector. Usted es un buen policía. Se toma con gran interés su trabajo. No concuerda esta actitud con la que tendría una persona que está convencida de la inutilidad de acabar con el mal. A lo largo de tantos años he conocido a muchos policías que justificaban su desidia alegando que, hiciesen lo que hiciesen, el mal jamás desaparecería.

—Y yo pienso lo mismo —respondió Herrero—. Pero, al menos, hay que luchar porque el margen sea tan pequeño como podamos. Ése es el trabajo de la policía.

Dejando la fotografía sobre la mesa, el inspector siguió recortando triángulos de papel. En la pizarra blanca que tenía enfrente, sobre un caballete, y a la que no hacía caso, solamente un nombre faltaba por tachar con el rotulador rojo: Piatti.

Herrero tenía discretamente vigilado, desde hacía días, el hogar del propietario del violonchelo durante las veinticuatro horas del día. Pero aquella vigilancia carecía de autorización y estaba acumulando un montón de horas extras entre sus hombres. No podía prolongar mucho más esa protección del instrumento sin dar cuenta a su superior. Pero sabía qué diría el comisario Martín.

Sólo cabía rezar para que el intento de robo se produjera en las siguientes cuarenta y ocho horas, tope que se había puesto Herrero para mantener la vigilancia sin tener que informar de ello.

—Pablo, ¿crees que el asesino se encuentra en España?

El que preguntaba desde la mesa de enfrente era el subinspector Ponte. Llevaba un rato viendo las maniobras de su jefe, respetando su silencio. Sabía que el inspector

se hallaba entre la espada y la pared y que la vigilancia del Piatti, cuando se divulgara, porque saber se iba a saber, traería problemas al poco ortodoxo inspector.

—No sé, Andrés. Todo indica que esta operación está siendo llevada desde fuera del país. El que nos haya afectado parece circunstancial y sólo debido a que buscaban varios instrumentos que se encontraban en nuestro país. En los demás países que han sido afectados, la investigación está en punto muerto, lo que habla a las claras del poder que tiene esa gente. Aquí mismo, si fuese por el comisario, la investigación estaría cerrada. Que hayan atentado contra el doctor indica que saben que seguimos investigando la línea del rabino. Pero ¿por qué molestarse? Falta sólo una semana para el solsticio y únicamente les queda el Piatti, ¿para qué alarmarnos matando al médico y a la profesora?

—De haber tenido éxito —apuntó Ponte—, sólo quedaríamos nosotros en esta línea de investigación, y no tardaríamos en ser apartados definitivamente del caso.

—Es posible —aceptó Herrero—. ¿Tenemos la casa vigilada?

—Sí, pero hasta ahora no han detectado nada extraño.

—¿Sabemos todos los movimientos que va a hacer el violonchelo de aquí al día veintidós? Por cierto, a qué hora tendrá lugar el solsticio.

—Sí, a las siete horas de la mañana y cuatro minutos exactamente —contestó Ponte, mientras pasaba las hojas de un cuaderno hasta dar con lo que estaba buscando—. Mañana, día quince, a las once de la mañana, tiene un último ensayo en el Teatro Real, ya que al día siguiente debe dar un concierto ante los reyes a las veinte horas. El diecisiete, propietario e instrumento tienen dos reservas en primera clase para volar a Viena. El vuelo sale a las tres y media de la tarde. En Austria dará dos conciertos los días dieciocho y diecinueve. Otro avión los llevará el día veinte a Canadá, donde tienen concierto el veintiuno y el veintitrés.

—Estupendo. Entonces tenemos que el Piatti permanecerá en España tres días más y luego saldrá de nuestra jurisdicción. Hasta ahora han tenido pocos fallos, si descontamos el atentado contra el médico, que no termino de ver claro. Puede que se estén precipitando porque se les acaba el tiempo. Aun así no creo que ignoren que estamos vigilando el instrumento. ¿Por qué no vuelven a presionar al comisario para que abandonemos la vigilancia?

—¿Porque no lo van a robar en España y les da igual? —sugirió Ponte.

—Eso es lo que me temo. No creo que se arriesguen a robarlo en el concierto ante los reyes. Las medidas de seguridad serán muy superiores a las que podamos ofrecer nosotros. Una de dos: o tratan de hacerse con él mañana aprovechando el ensayo en el Teatro Real o esperarán a que salga del país. Quizá piensen que en Austria la vigilancia será menor.

—Yo también lo pienso así. Han trabajado demasiado aquí y un nuevo intento puede ser arriesgado. Los austriacos no estarán advertidos. La Interpol no va a hacer nada para avisarlos.

—Habrà que pensar algo —dijo Herrero a la vez que se incorporaba en la silla para coger otro papel de la bandeja de reciclaje y seguir haciendo triángulos.

—¿Quieres que mantengamos la vigilancia de la casa? No podremos aguantar mucho más.

—Seguiremos un poco más. Con este tema no me fío de nadie. No me gustaría que supieran de nuestras dificultades para continuar con el servicio y estuvieran esperando precisamente a que lo desmontemos. Para el ensayo de mañana haremos un esfuerzo. Además del equipo de paisano, quiero que haya agentes de uniforme preparados y en las cercanías por si son necesarios. Esto lo podremos justificar sin demasiados problemas. Es el momento más vulnerable antes de que el instrumento abandone el país.

—Muy bien. Esta noche estará Ramos con otro agente.

—Estupendo —contestó distraído Herrero. Su mente estaba en otro lugar. Había dejado de lado las tijeras y los recortes. De debajo de la mesa había sacado una caja de cartón de las usadas para empaquetar el papel de fotocopiadora y había arrojado en su interior todos los triángulos de papel. Tras hacer sitio en su mesa puso en primer plano la abultada carpeta de cartón que había pertenecido al rabino y se dedicó a examinar su contenido.

Pasaba las hojas sin mucha atención. Lo poco que estaba escrito en castellano lo leyó por encima, pero no parecía contener nada interesante. Con las fotografías se demoraba más. Prácticamente todas eran muy antiguas, en blanco y negro. Algunas estaban tomadas con antiguos teleobjetivos y el grano era muy grueso, o se trataba de ampliaciones. En cualquier caso, las instantáneas eran de muy mala calidad. Las mejores correspondían a revistas y eran de los instrumentos que figuraban en la lista. Dos de ellas pertenecían al Piatti. En una estaba con su propietario, un hombre simpático y campechano, como había comprobado Herrero cuando habló con él a raíz del intento por parte del rabino de quemar el instrumento.

Al inspector aquel violonchelo le parecía de lo más normal. ¿Qué lo hacía tan especial, aparte del evidente valor económico que tenía, para que alguien no dudara en gastarse una fortuna y lo persiguiese por todo el mundo, matando si era necesario?

Ahí estaban las fotos del Mesías, el Alard, el Canto del cisne, el Boissier, el último en aumentar la colección de aquellos chiflados, y todos los demás, junto con otras de otros instrumentos posibles pero ya descartados.

Tras un largo rato examinando inútilmente aquellas fotos de instrumentos, las dejó de lado y se concentró en las que salían personas. Muchas iban vestidas con uniformes alemanes, algunas eran de los juicios de Nuremberg. Había fotos de Hitler, Himmler, Hess, Eichmann, al que el rabino había ayudado a atrapar. Fotografías de los campos de concentración cuando fueron liberados, con esqueletos andantes asomados tras las alambradas, montañas de cadáveres apilados como sacos.

Una de las fotos que más lo impactó fue la de dos desnutridos reclusos, con trajes de rayas, sosteniendo entre los dos unas enormes tenazas con las que hacían presa en

la cabeza de un cadáver, puro hueso y pellejo, y lo arrastraban en dirección al crematorio.

Herrero no lograba quitar la vista de esa fotografía, donde se podían leer todos los horrores de aquella infamia. La mirada hacia la cámara de los dos presos que arrastraban, como una res al matadero, a uno de sus compañeros, sabiendo que, tarde o temprano, ellos mismos terminarían de la misma manera, estaba vacía. Sus rostros no reflejaban miedo, ni horror, ni piedad, ni vergüenza... nada. Eran rostros de personas a las que, hacía ya tiempo, habían robado el alma.

«¿Podía ser —se preguntó una vez más Herrero— que los mismos individuos que orquestaron y dirigieron aquello siguieran vivos y continuaran maquinando? ¿Aquellas bestias carentes de sentimientos eran las que perseguía él?». Para Herrero, lo mismo que para cualquier persona del siglo XXI, todo aquello se había acabado hacía años. Por mucho esfuerzo que hiciera, su mente se resistía a aceptar que aquellos monstruos respiraran aún el mismo aire que él.

Veinte millones de civiles asesinados, las cámaras de gas, el hambre, el frío, las marchas de la muerte, los experimentos médicos, familias diezmadas...

Si en aquella carpeta estaba la clave para acabar con aquellos salvajes, él, Pablo Herrero, hijo de un cabo del ejército de Franco, haría lo posible por encontrarla. Sentía que se lo debía a todas aquellas personas que habían desaparecido de este mundo antes de que llegara su hora. Se lo debía a sus tíos, que, traicionados por su propio hermano, el cabo Herrero, habían muerto como animales. Se lo debía a aquel hombre que, tumbado en la cama del hospital, había dado su vida para que las nuevas generaciones no tuvieran que pasar por una pesadilla parecida.

—Andrés, hazme un favor. Necesito intérpretes de hebreo, inglés, alemán, francés, italiano y, si no me equivoco, ruso.

—Pablo —repuso el subinspector Ponte tras una breve pausa—, te la estás jugando. Si se entera Martín, nos cuelga de las pelotas.

—No te preocupes, Andrés. Haz lo que te pido, por favor.

En la cama, con los pies en alto, apoyados en la pared, Etzel se cubría la cabeza con una camiseta. Se había tomado tres analgésicos y aún parecía que le fuese a explotar. Cualquier movimiento le causaba vértigo. Cualquier rayo de luz le taladraba el cerebro. Su oído se había afinado hasta lo indecible. Era capaz de oír una conversación en voz baja que dos mujeres de la limpieza mantenían en el pasillo del piso de abajo. También era capaz de oír el sonido que hacía el agua que pasaba por el desconectado aparato de aire acondicionado. Hasta el paso de su sangre por las venas le retumbaba en la cabeza.

¿Qué le estaba ocurriendo? Jamás había fallado de una manera tan estrepitosa. El médico estaba vivo. Debería haberse cerciorado de que el trabajo estaba terminado

antes de irse. ¿Por qué no se había asegurado metiéndole una bala entre los ojos, una vez que se encontraba indefenso en el suelo?

No podía justificarse por las prisas. Había tenido tiempo de sobra. El tipo no sospechaba nada y tenía el coche alquilado a más de cincuenta metros del ascensor. Cincuenta metros sin más lugares para esconderse que algunas estrechas columnas y unos escasos vehículos. Tampoco había clientes del hotel, ni personal de seguridad. Las condiciones eran las idóneas. Incluso cuando se había mostrado, su víctima, que, por su envergadura, podía haber dado algún tipo de problema, se había quedado bloqueado, como les ocurre a los conejos cuando se les deslumbra de noche con una luz.

Etzel había apuntado al pecho y disparado dos tiros silenciados por el grueso tubo que remataba el cañón del arma. ¡Puf! ¡Puf! Dos agujeros separados por menos de medio centímetro. Dos tiros perfectos y letales. El médico había saltado por los aires, catapultado por el impacto de los proyectiles de aleación, en teoría con el corazón destrozado.

Una vez en el suelo. Etzel había pasado por encima, echando un simple vistazo al rostro del médico. ¿Por qué diablos no lo había rematado?

¿Qué haría ahora aquel entrometido? ¿Se asustaría, cogería su inmensa herencia y saldría volando hacia su preciosa casa en Ginebra, o seguiría jugando a los detectives?

Lo más probable, teniendo en cuenta lo cerca que había visto la muerte, era que hiciese las maletas y se marchara a disfrutar de aquella fortuna caída del cielo. ¿Qué sentido tenía heredar semejante riqueza si luego no la disfrutabas? En cualquier caso, el trabajo había sido un desastre y el cliente no se mostraría muy contento cuando se enterara.

Le había escrito un mensaje encriptado dentro de una página web relacionada con la reforestación de la selva amazónica, informándolo de manera precisa sobre el resultado del atentado. Para calmar un poco su más que previsible ataque de furia, le había dejado entrever sus planes sobre cómo tenía previsto llevar a cabo el robo del Piatti. No acostumbraba a adelantar sus intenciones pero, después del fallo, el viejo merecía un poco de atención extra. Además, el nazi se encontraba muy nervioso y, dada la cercanía del solsticio, era capaz de cometer alguna tontería que trastocara sus planes.

Etzel sabía que el violonchelo estaba bajo vigilancia y que su propietario se hallaba sobre aviso. No convenía tentar a la suerte con una operación arriesgada. Había que aguardar el momento oportuno y Etzel sabía cuál era. Ahora sólo cabía esperar que el viejo no se precipitara y optara por hacerlo a su manera. Etzel había fallado en su último encargo, pero era algo que no alteraba para nada su tarea. Lo importante era el instrumento y hasta el momento todo había ido como tenía planeado.

No, el viejo esperaría como hasta ahora había hecho. Despotricaría y amenazaría, pero confiaría en Etzel. Sabía lo cerca que estaba de su objetivo.

—Señor, el ataque contra el doctor Dreifuss ha fallado.

El viejo Pawlak se encontraba dando de comer a sus peces de colores. Le gustaba ver cómo se peleaban por la comida, que les era racionada para fomentar la lucha por la supervivencia. En unas peceras adyacentes, algo más pequeñas, criaba, por separado, ejemplares de *Betta splendens*, el pez luchador tailandés.

Por puro entretenimiento, a veces atrapaba con un pequeño salabardo uno de los vistosos y coloridos peces tropicales y lo arrojaba dentro de una pecera ocupada por un aguerrido luchador tailandés. La pelea siempre se saldaba con la muerte del pacífico y aterrorizado pez tropical, que no tenía ninguna posibilidad ante el despiadado asesino.

En otras ocasiones, los enfrentaba uno contra otro. Entonces parecía que el agua hervía. Los dos combatientes se enzarzaban en una lucha a muerte, sin cuartel. Con sus pequeños dientes destrozaban las aletas de su contrincante. Según el ánimo que tuviera Pawlak en ese momento, el combate podía terminar con la muerte inclemente del vencido. En otros casos los separaba antes, aprovechando una peculiar característica de la especie tailandesa.

Estos peces, incapaces de obtener del agua todo el oxígeno que precisan, deben salir de vez en cuando a la superficie para tomar aire con unos pequeños órganos situados debajo de las branquias. Pawlak aprovechaba esta necesidad y, con la redcilla, devolvía al combatiente a su pecera. Los desastres derivados del salvaje combate, si no eran mortales, se regeneraban en cuestión de pocas semanas.

A veces Pawlak introducía en la misma pecera tres ejemplares. Le gustaba estudiar cómo dos de ellos aunaban sus esfuerzos para acabar con el tercero, más débil, antes de enfrentarse en la batalla decisiva.

Antes de oír las palabras de su guardaespaldas, el humor de Pawlak era plácido, mientras repartía camarones entre los hambrientos animales. Después de recibir la negativa noticia, su carácter se agrió. Sin darse la vuelta para mirar al impertérrito Hermann, el nazi sacó de la pecera grande un ejemplar precioso y ya crecido de pez ángel y lo introdujo en la del más pequeño de sus peces luchadores.

A pesar de doblar en tamaño a su asesino y de sus frenéticos esfuerzos por escapar, el combate fue desigual y breve.

—Hermann, mira a ver si hay algún mensaje —dijo con voz contenida el anciano, sacando con el salabardo el cadáver mutilado del pez ángel.

—Enseguida, señor —contestó el rubio escolta, que se encaminó al despacho del nazi, donde inició el proceso para acceder a la página en la que Etzel había ocultado su mensaje. Hermann utilizó con precisión los dos programas necesarios para abrir la fotografía de una espumosa cascada de agua en el centro de una densa vegetación.



Minutos después, Pawlak, sentado frente al monitor, leía el mensaje ya descifrado, en el que se le comunicaba el fracaso en el intento de eliminación de los adversarios.

Por supuesto, el nazi tenía sus propias fuentes de información, que le daban las noticias prácticamente al instante. Por eso Hermann había podido enterarse del fracaso antes de que leyeran el mensaje oculto en la página sobre la reforestación del Amazonas.

El rostro del anciano se había ido amarotando de la furia, una de sus manos se agitaba espasmódicamente y apenas lograba mantener el labio inferior quieto.

Hermann no tardó en percatarse de lo que estaba ocurriendo y por su radioemisor impartió las órdenes oportunas. Antes de que el anciano se desplomara sobre el teclado, Hermann ya lo tenía sujeto y lo tumbaba en el suelo, donde la enfermera, que llegó corriendo, aflojó la rígida corbata del nazi, abrió el almidonado cuello de la camisa y, con ayuda del guardaespaldas, lo sentó en una silla de ruedas para llevarlo a su habitación. En el lecho, la enfermera le colocó una mascarilla de oxígeno y le tomó las constantes vitales. Minutos después, el color, que había desaparecido del rostro del anciano al recibir el síncope y perder el conocimiento, regresaba a su rostro.

—No debería levantarse durante el resto del día, ni recibir visitas, ni ningún tipo de sobresaltos —dijo la enfermera como si hablara para sí. Sabía que el viejo haría lo que le viniera en gana, pero cumplía con su obligación de advertirlo.

La enfermera corrió los cortinones para dejar la habitación en penumbra y, tras comprobar de nuevo la mezcla de oxígeno y el nivel de la botella, abandonó la estancia. Nada más podía hacer por su paciente. Su organismo estaba tallando y el día menos esperado, más pronto que tarde, se detendría para siempre. Entre tanto llegaba ese momento, su función en aquella casa se limitaba a prolongar en lo posible aquella vida, una tarea difícil, pues sus instrucciones eran sistemáticamente ignoradas por el díscolo enfermo.

—Hermann —dijo a través de la mascarilla el anciano con voz muy débil—. Acércate más. Dile a Hans que salga.

El rubio guardaespaldas lanzó una mirada gélida al mayordomo, que se resistía a abandonar la estancia de su señor. No hizo falta más para que Hans se diese por enterado.

—Quiero que llames a Otto. Dile que quiero hablar con él ahora mismo. Me da igual dónde esté.

—La enfermera ha dicho que necesita descanso —dijo con voz átona el guardaespaldas.

—En cuanto esté preparada la comunicación, despiértame —dijo el nazi tras aspirar con ansia el oxígeno, sin aparentar haber oído las palabras de su ayudante.

Envuelto en la enorme toalla del hotel, Ludwig se miraba en el espejo. No se reconocía. El espejo no le reflejaba la imagen serena, arrogante y cautivadora a la que estaba acostumbrado. El perfil de un hombre hecho a sí mismo con gran esfuerzo. El de quien ha tenido que luchar solo toda su vida y por fin ha tocado el cielo.

En vez de eso, el espejo le devolvía la imagen de un hombre dubitativo influenciado por las mareas. Un hombre dependiente de una mujer, al que las cosas le suceden sin que él en ningún momento sea capaz de anticiparse, ni mucho menos controlarlas.

¿En qué momento el reputado doctor Ludwig Dreifuss, uno de los mejores especialistas en otorrinolaringología de toda Europa, se había convertido en un hombre corriente y hasta vulgar?

Sosteniéndose la mirada no dejaba de sorprenderse. Acababa de ducharse tras haber hecho el amor con una bellísima mujer, que, lejos del ardor acostumbrado, había mantenido una actitud estática, como si aquello no fuera con ella. El Ludwig de otros tiempos, ante ese panorama, hubiese gozado de aquel cuerpazo que se le ofrecía hasta aburrirse y después se hubiese levantado, duchado y abandonado la habitación, posiblemente sin una palabra de adiós.

Sin embargo, el nuevo Ludwig había tratado de todas las maneras posibles de seducir, hacer gozar e implicar a la mujer a costa de su propio disfrute. Y al final se había sentido mal por no lograr sacarla de su ensimismamiento.

¿Era eso el amor? ¿No implicaba, por lo menos al principio, una entrega total? ¿Un anteponer el placer y las necesidades del otro a las de uno mismo? ¿Estaba siendo él el desconsiderado al haber querido hacer el amor a pesar de que ella no se mostraba participativa? ¿O era que Martha no sentía lo mismo por él?

Nunca antes preguntas de este tipo se le habían cruzado por la mente, ni siquiera cuando empezaba a salir con su exmujer.

Para completar el cuadro, estaba preparándose para ir de buena gana a una maloliente comisaría, donde un amargado funcionario le haría preguntas, algunas de ellas de índole privada, tras esperar en una horrorosa sala blanca con un par de cuadros espantosos, unas sillas desvencijadas y una mesa baja llena de revistas manoseadas.

¿Dónde había quedado el orgulloso doctor que viajaba al volante de un flamante Porsche con una sonrisa despectiva?

Ludwig miró la revuelta cama, donde, arrebujada bajo las mantas, dormía la desconcertante belleza que había ocasionado tantos cambios. ¿Estaría dispuesto a regresar a los tiempos en que él era un semidiós inalcanzable que siempre obtenía lo que quería, al precio de no volver a ver a Martha?

Ludwig, que siempre había despreciado los impulsos primarios desencadenados por la liberación de feniletanolamina en el cerebro, sabía cuál era la respuesta y no pretendía racionalizarla. ¿Qué le importaba ahora su casa de Ginebra, los ingresos por su solicitada consulta, su magnífico Porsche de asientos de cuero, la fama y el honor

de ser considerado una eminencia en su campo, incluso la recién llegada fortuna que alcanzaría para vivir como un rey más de una vida?

En ese momento lo único que le importaba era que Martha estuviera bien arropada y descansase. ¿Qué le hubiera dicho él a un amigo que le pidiera consejo, ante semejante encrucijada?

Se terminó de vestir, tratando de dejar a un lado esas cuestiones y, tras dar un beso al bullo envuelto de la cama, abandonó la habitación y bajó al vestíbulo.

Tenía el coche alquilado en el garaje pero no le apetecía conducir por el centro de la capital, buscando la comisaría en medio de la marea de coches, así que solicitó un taxi a un botones. En menos de cinco minutos, un orondo y sudoroso taxista se bajaba de su vehículo con ciertas dificultades para ayudarlo, pensando que llevaría equipaje. Ludwig le facilitó la dirección de la comisaría y el taxista arrancó.

Para evitar pensamientos incómodos, el médico se entretuvo los veinte minutos que duró el viaje examinando al chófer, algo que no tenía costumbre de hacer. En otros tiempos, caso improbable de coger un taxi, se hubiese parapetado tras un *dossier* o una revista médica para evitar la conversación del taxista. Estaba seguro de que en esas ocasiones hubiese sido incapaz de dar la más elemental descripción del chófer si se la hubieran pedido. Otro cambio más.

Ahora observaba la brillante papada del conductor, que le tapaba el cuello cerrado de una camisa azul celeste. La que debía ser una asfixiante corbata color granate le caía sobre la hermosa colina que era su prominente panza. El hombre llevaba la cabeza muy rasurada para disimular la avanzada calvicie. Carecía de patillas y la piel de la zona donde debería ir la barba estaba brillante del sudor y azulada. Apenas tenía cuello y sus fofos brazos terminaban en unas manos limpias con bastante vello en las dos primeras falanges de los gordezuelos dedos.

El hombre conducía con pericia, sin enfadarse por las maniobras erráticas de los demás conductores, pero no se abstenía de hacer una pifia siempre que la ocasión lo aconsejaba para ahorrar la espera. Embutido en su sillón, el taxista se dedicó a su tarea hasta anunciar que ya habían llegado.

—Tendrá que esperar un momento —le dijo la agente que estaba en la recepción de la comisaría, una rubia mal teñida que aún no había asumido su verdadera edad y trataba de rebajarla con tallas ajustadas y abundante maquillaje—. Si es tan amable de sentarse allí, lo aviso en cuanto uno de los instructores libre.

Durante la siguiente media hora Ludwig fue testigo de un interminable ir y venir de gente. Muchos eran agentes de uniforme, otros iban vestidos de paisano con muy poco éxito, ya que se notaba a la legua su profesión. De otros no supo decir si eran policías o personas que, como él, habían venido a hacer alguna gestión. En cualquier caso no lo parecían. También entraron ancianos para saber si sus gafas, o su paraguas, habían aparecido, a preguntar por alguien o por una dirección.

—Doctor Dreifuss, me llamo Isabel —se presentó una joven muy delgada, con el pelo castaño recogido en una coleta—. Si es tan amable de acompañarme, terminaremos enseguida.

Tras los consiguientes formulismos y presentación del pasaporte, la chica le hizo una serie de preguntas que tenía apuntadas en una hoja. Sin duda se las habían facilitado los inspectores que habían acudido al hotel.

—Pues esto es todo, doctor Dreifuss —dijo la joven agente, pulsando una tecla. Mientras la impresora hacía su trabajo, añadió—: El inspector Herrero me ha pedido que, cuando termináramos, lo acompañara a su despacho, si a usted le viene bien. Ahora, si me firma aquí y aquí... Muy bien. Esta copia es para usted.

—Doctor, me alegro de verlo —dijo el inspector Herrero cuando la policía le franqueó el paso y se despidió con una sonrisa—. Pase, pase. Siéntese, por favor. ¿Ya ha terminado con el trámite de la denuncia? Estupendo, ¿quiere un bombón? Son unas trufas estupendas que me compra mi mujer en una pastelería pequeña de Alcobendas cuando va a visitar a su hermana. ¿No? Claro, es usted médico. Las caries, ya se sabe. En fin, dígame, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, bien —contestó Ludwig cruzando las piernas y poniéndose cómodo con una sonrisa. Por lo poco que conocía al inspector sabía que toda aquella verborrea había tenido el objeto de tranquilizarlo, como si aquello fuese una visita de cortesía—. Ahora ya mejor.

—Estupendo —repitió el policía echando un vistazo a la hoja que le había entregado la agente con la denuncia del médico, como haría el propio Ludwig con una radiografía que le mostrara su enfermera—. Me alegro. ¿Y la señorita Mazowiecki?

—Bueno, creo que más tranquila. Ahora se ha quedado en el hotel descansando. Ha sido muy duro para ella.

—Claro, claro —asintió comprensivo Herrero, dejando caer la denuncia sobre el escritorio—. Es un *shock*. Mucho descanso y tranquilidad. Pero ¿qué le voy a decir a usted? La señorita está en las mejores manos.

—Gracias, inspector. ¿Saben algo sobre el hombre que nos atacó?

—Nada. El atacante no fue en coche. Hemos inspeccionado todas las cintas de las cámaras del garaje y los accesos, y no hemos visto nada. Los empleados del garaje y los vigilantes no recuerdan haber visto a nadie extraño por allí. No nos queda otra alternativa que pensar que el atacante entró por el hotel y que tenía cierta idea de dónde se encontraban las cámaras, pues logró eludirlas todas. Los casquillos recogidos son de una munición muy poco usual, Ranger SXT. El arma se utilizó con silenciador. Las huellas de los zapatos y todo eso, en un garaje con polvo y continuo ir y venir de coches y personas, como puede imaginar, no nos van aportar mucho.

—¿Entonces?

—Seguiremos como estábamos —contestó tranquilamente Herrero—. Si conseguimos algo sobre este asaltante, lo investigaremos, por supuesto, pero me temo que no va a ser así y creo que es mejor continuar en la línea de la investigación general.

—¡Pero no tienen ninguna pista! —exclamó Ludwig levantando las manos.

—Tiene razón. Los asesinatos de su tío y del pobre desgraciado que facilitó la caída de las alarmas no han proporcionado nada, lo mismo que la agresión al rabino.

—Por cierto, ¿cómo está?

—Sin cambios. Los colegas de usted dicen que su cerebro está muerto y que en cuanto el corazón se cansa se parará.

—Lástima, era un buen hombre —dijo apesadumbrado Ludwig—. Ni siquiera he tenido el detalle de ir a visitarlo.

—No se preocupe, que no se lo tendrá en cuenta. No, no es un chiste macabro. El simple hecho de que lamente no haber ido a visitarlo para él sería todo un honor, créame.

»Como le decía, todas esas vías no nos están llevando a ningún lado. El asesino es un profesional y no creo que esté fichado en España, lo cual no quiere decir que nunca haya trabajado aquí. Actúa y se marcha. No deja huellas.

—¿Y la Interpol? ¿No puede ayudar?

Herrero se entretuvo un momento estirándose del extremo del recortado bigote antes de responder.

—Verá, doctor Dreifuss —explicó bajando un tono la voz—. Es difícil reconocerlo, pero en todos los sitios, bajo la alfombra, hay porquería, ¿entiende lo que quiero decir? Tengo motivos para pensar que la Interpol no sólo no está por la tarea de colaborar, sino que se mostraría muy interesada en estar al tanto de nuestros movimientos, por escasos que éstos sean. Es más, le voy a confesar que posiblemente los conozcan muy bien.

—Es usted el optimismo personificado.

—Sí, ¿verdad? Mi mujer opina lo mismo. En fin, las buenas noticias son que tenemos dos vías de actuación que yo catalogaría de ventajosas. Si damos crédito, aunque sea entre comillas, a la historia del rabino, y creo que debemos hacerlo, entre otras cosas, porque si no lo hacemos la investigación está muerta, tenemos, por un lado, la fecha límite para que reúnan los instrumentos, o sea, antes del veintidós de diciembre, día del solsticio de invierno. Estamos a catorce, lo que da un margen de una semana. El violonchelo que les queda por robar está en España y, mientras permanezca aquí, lo tendremos custodiado. Lo malo es que en unos días irá a Austria y allí será otra cosa.

—Eso por un lado, dice usted —repitió Ludwig ante el silencio del policía—. ¿Y por otro?

—Por otro, tenemos el atentado que ustedes dos han sufrido —contestó Herrero mirando directamente a los ojos de Ludwig.

—¿Y? Creo recordar que me ha dicho que no espera sacar nada en limpio de ahí.

—Cierto. Pero si no me equivoco, lo volverán a intentar.

—¿Cómo dice? —preguntó exaltado Ludwig.

—Tranquilícese, amigo mío. No me diga que le sorprende lo que acabo de decir.

—No, claro. Ya había pensado en esa posibilidad, pero prefiero creer que han intentado asustarnos y que no se volverá a repetir.

—Mi opinión es que, en el caso de su amiga, puede que sea así —repuso Herrero haciendo un gesto con la mano que no comprometía a nada—. Pero en su caso, creo que lo prefieren muerto.

—¿Y eso lo ha pensado ahora? Porque he venido solo desde el hotel y me podían haber matado por el camino.

—¿Quién? ¿Juan? ¿El taxista que lo ha traído hasta aquí?

—¿Le conoce?

—¿A Juan?, desde hace años —respondió sonriendo el inspector—. Hicimos juntos la academia para ingresar en la policía. Tiene un problema en la espalda y por eso está en los calabozos. Pero aún es el campeón de la comisaría en los certámenes de tiro.

—¿Es policía? —preguntó Ludwig frunciendo el ceño.

—Sí. Cuando nos fuimos, lo llamé y le pedí que me hiciera el favor de coger el taxi de su cuñado y lo fuera a buscar cuando usted pidiera uno.

—¿Y si llego a venir en el coche que tengo alquilado?

—Lo dudo, a menos de que tenga usted un buen dominio de mecánica. No arranca. Nos hemos ocupado de ello. De todas formas, otros dos agentes de paisano lo han seguido en todo momento.

—Vaya, no sé qué decir —dijo asombrado Ludwig—. Nunca antes me habían utilizado como cebo.

—No se preocupe. Estaba bien protegido —dijo Herrero metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Pero tenemos un problema. Toda esta parafernalia que hemos montado para asegurarnos de que ustedes se encuentran fuera de peligro y, de paso, para ver si el asesino vuelve a asomar, no cuenta con la debida autorización. Tampoco la tiene el servicio de vigilancia del instrumento que les queda por robar. No, no me pregunte cómo puede ser. El hecho es que es así. No dispongo de agentes para protegerlos y vigilar el instrumento. Me sería de gran ayuda que usted contratara los servicios de una agencia de seguridad que pudiera proporcionarle una escolta a usted y a la señorita.

—¿Guardaesaldas?

—Así es. La situación no tiene nada de divertida. Su vida está en peligro. Quizá la de la señorita Mazowiecki también. Sólo sería una semana, después no habrá problema, pero necesita esa escolta.

—¿Y de dónde la saco?

—Si no tiene problema —apuntó el inspector—, yo podría proporcionarle una. Sé que suena a chanchullo: yo le aconsejo un servicio y, qué casualidad, se lo puedo conseguir. No es así. Un antiguo compañero, que se jubiló por una incapacidad debida a un disparo que sufrió en una rodilla, montó una empresa de seguridad. Es igual que todas, ni mejor ni peor, ni más ni menos cara. Pero sus empleados son de toda confianza y él es amigo mío. Tendría su colaboración en el caso de que apareciera el asesino. Él me localizaría enseguida. ¿Qué le parece?

—Bien. Si usted cree que es necesario...

—Lo creo. Coménteselo a la señorita Mazowiecki. Lo de la escolta, quiero decir. Un coche camuflado lo llevará a su hotel. Esta noche seguirán bajo nuestra vigilancia y para mañana tendré preparado el servicio de escolta, no se preocupe por nada. Váyase al hotel y descansen.

Mientras Ludwig se levantaba para abandonar el despacho del inspector, éste añadió sin demasiado convencimiento:

—¿Sabe? Yo, en su lugar, aprovecharía para disfrutar de unos días de vacaciones. Si le gusta el submarinismo me han hablado muy bien de unas islas caribeñas. El agua es cristalina y hay todo tipo de peces. Podría llevar a su amiga.

—Y tiene razón —dijo Martha sentada en el borde de la cama, tras escuchar de boca de Ludwig la conversación que éste había mantenido con el inspector Herrero—. Te han disparado dos veces. Si no llega a ser por el libro que llevabas en la cazadora y el chaleco antibalas, ahora estarías muerto. Necesitas esa escolta y alejarte de todo esto.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Ludwig—. También trataron de matarte. Necesitas esa escolta lo mismo que yo.

—No estoy de acuerdo. El inspector te ha dicho que los asesinos no tienen nada contra mí. Tú, por tu cabezonería, eres el que corre peligro.

—Yo asumo los gastos. Por favor, déjame que contrate un par de hombres para que te protejan. Sólo sería una semana. Necesito saber que estás a salvo. Si te ocurriera algo, me sentiría culpable.

—¿Ahora me dices que te sentirías culpable si me sucediera algo? —preguntó enfadada Martha, retorciendo bajo su barbilla la sábana—. Te he pedido de todas las maneras posibles que dejes este asunto, que no te metas donde no te llaman. Son asesinos, Ludwig. Esto no es un juego. Aquí si te equivocas o te tropiezas con alguien, te matan. ¿Por qué no lo dejas en manos de la policía? Ellos son profesionales. Saben hacer frente a cosas así.

Ludwig se pasó una mano por el pelo y se dirigió a la ventana para no cruzar la mirada con la de ella. Sabía que tenía razón. El inspector Herrero le había aconsejado lo mismo. ¿Por qué no abandonaba? Hasta el momento lo único que había conseguido era que casi lo mataran, y a Martha con él. No había averiguado nada y

era presumible que en la semana que quedaba todo siguiera igual. ¿Por qué no dejarlo?

La mirada confiada del anciano rabino lo observaba. El mismo hombre que había tenido una vida llena de dolor, sufrimiento y una muerte atroz. El mismo que era capaz de dejar a un lado la venganza contra aquellos que le habían quitado todo, aquellos que habían hecho de él lo que era y no lo que podía haber llegado a ser. El mismo anciano que, a solas, le había confesado que la policía nunca podría acabar con aquello por sí misma.

De alguna manera sentía que el hombre que no había cruzado aún la frontera de la muerte, pero que nunca volvería a caminar entre los vivos, confiaba en él, en que él seguiría la lucha contra ese mal infame.

—Todo esto es una locura —dijo Martha junto a su oreja mientras lo abrazaba. El sonido que hacía la combinación de seda color malva al rozar contra su ropa le erizaba los pelos de la nuca—. No quiero que nos pase nada, Ludwig, sólo quiero disfrutar de estos momentos a tu lado.

Sí, era una locura dar crédito a la lunática historia de un anciano medio muerto y poner en peligro su propia vida y la de la mujer que amaba.

—Ven a la cama, Ludwig —le susurró ella tirándole de un brazo—. Ven, yo te haré olvidar.

Antes de darse cuenta, Martha ya estaba de nuevo sentada al borde de la cama, con las piernas abiertas, y él de pie entre ellas. Las manos de ella bajaban la cremallera del pantalón y lo desabotonaban. Ludwig, inmerso en el perfume animal que ella exudaba, se dejaba hacer. Un par de tirones vigorosos hicieron descender los pantalones por las blanquecinas piernas de Ludwig junto con su ropa interior.

Martha cogió con ambas manos el hinchado miembro de su amante y estiró la piel hacia abajo hasta hacerle daño. Cuando Ludwig emitió un gemido, volvió a estirar hacia arriba, apretando más. Así una y otra vez. Ludwig sentía todo el cuerpo en tensión, incapaz de relajar un solo músculo. Sentía la urgencia de tumbarla en la cama y penetrarla salvajemente, pero el cuerpo no le respondía.

—¿Te gusta así? —preguntó con malicia Martha.

Una descarga eléctrica recorrió la espina dorsal de Ludwig, obligándolo a arquear dolorosamente la espalda en un espasmo. Por dos veces no pudo contenerse y estuvo a punto de eyacular, pero ella sabía lo que se hacía y las dos veces cortó la emulsión pellizcándole en la base del pene, lo que, además de doloroso, resultaba eficaz. Esta maniobra lo estaba volviendo loco, cerca ya del paroxismo.

—Por favor —tartamudeaba él—. Por favor...

Era lo único que podía decir, mientras sus manos se enredaban en el cabello de ella.

—Ven, tómame —dijo Martha, sabiendo lo que sentía, a la vez que le ofrecía su espalda y se agachaba apoyándose en la cama.



No tardó Ludwig en vaciarse en el interior de su amante y enseguida una flojera, como si le hubiesen quitado los huesos de las piernas, se apoderó de él, impidiéndole permanecer de pie. Se tumbó en la cama y Martha se puso a horcajadas encima de él. No tardó demasiado en volver a poner en forma el asta. Montada sobre su amante, empezó a cabalgar, tirando salvajemente del vello que cubría su pecho. A pesar del dolor, que le hacía saltar las lágrimas, Ludwig notó que se volvía a enardecer. Volvió a cogerla por el cabello de la nuca y tiró hasta que Martha se arqueó hacia atrás, llegando los dos a la vez a un brutal orgasmo, entre gemidos y gritos, empapados de sudor.

Antes de caer dormido, extenuado, Ludwig oyó la voz de ella, que, desde muy lejos, le pedía de nuevo que dejara todo aquello. En la calle ya se habían encendido las luces artificiales, pero a él ninguna luz lo podía mantener ya en el mundo de la vigilia.

—Andrés, salimos ya.

—Vale —contestó Ponte, sosteniendo el móvil entre el hombro y la oreja a la vez que tecleaba en el fijo de su escritorio un número interno—. Ahora mismo aviso a los patrullas. ¿Alguna novedad?

—Ninguna —contestó el agente Cuéllar—. Parece que nos dirigimos directamente al lugar. Vamos tras él.

—¿Dónde estáis ahora? —preguntó el subinspector Ponte tapando el auricular del fijo con la mano.

—Abandonando la urbanización de Mirasierra. Dentro de un par de minutos nos meteremos en la M-607 de Colmenar. Imagino que entraremos por la M-30.

—De acuerdo. ¿Qué coche lleva el objetivo?

—Un todoterreno Toyota Land Cruiser azul oscuro, con matrícula Bravo Kilo Mike, negativo, sexto, negativo, segundo.

—Muy bien. Los patrullas asignados para el apoyo son el Papa tres y el ocho.

—Entendido. Tenemos la emisora encendida. Si necesitamos apoyo los llamamos por ella.

—Central, soy el subinspector Ponte. A partir de este momento y hasta nuevo aviso, los patrullas que le he comentado antes estarán ocupados. ¿Puede asignarnos un canal cerrado?

—Pueden utilizar el canal dieciocho —contestó escuetamente una voz grave. Por detrás se oían timbres de teléfono, voces y un teclear continuo—. A los patrullas asignados les retiro la disponibilidad hasta nueva orden.

—Gracias, central —contestó Ponte y colgó el teléfono. Con el móvil aún entre la oreja y el hombro dijo—: Canal dieciocho para comunicaros con los patrullas. Es un canal privado.

Sin esperar a que Cuéllar respondiera, Ponte cortó la comunicación y cogió el radiotransmisor que tenía sobre la mesa. Giró el potenciómetro del volumen hasta encenderlo. Con otra ruedita fue cambiando de canal hasta llegar al dieciocho.

—Papa tres y Papa ocho, para Hotel dos. ¿Me reciben? —llamó Ponte acercándose el aparato a la boca.

—Aquí Papa tres —dijo una voz a través de la estática.

—Adelante para Papa ocho —contestó otra voz parecida.

—El objetivo es un Toyota Land Cruiser azul oscuro Bravo Kilo Mike, negativo, sexto, negativo, segundo. Va por la M-607 en dirección a la M-30.

—Atención Hotel dos —intervino Cuéllar—. Estamos entrando ya en la M-30 hacia el sur.

—De acuerdo Papa tres y Papa ocho, ¿han escuchado? A partir de este momento estén a disposición de Hotel cinco.

El subinspector Ponte dejó la radio encendida sobre su mesa y se acercó al escritorio de Estévez, que fingía estar enfrascado en un *dossier*.

—José Luis —dijo Ponte inclinándose sobre la mesa de su compañero—. Espero que el comisario no llegue a enterarse de lo que está pasando, porque, si no, voy a tener una pequeña conversación con tu mujer acerca de las visitas que haces a determinados locales y, si me pide ayuda para arrancarte los cojones, tendré mucho gusto en complacerla.

Estévez, atemorizado por el tono de Ponte, dudó por un momento si discutir, incluso en ir directamente a hablar con el comisario, pero optó por mostrarse ofendido ante la idea de que él fuera un chivato.

Ponte lo dejó mascullando sus quejas y se sentó frente al monitor para continuar tecleando sin perder detalle de lo que se hablaba por el radio transmisor. Conocía lo suficiente a Estévez para saber que éste no diría nada ante su amenaza. Ahora que el comisario estaba a bien con él por haberle facilitado un sospechoso en el caso del millonario griego, no necesitaba ir a contarle las andanzas de Herrero.

A kilómetros de distancia, el Toyota azul oscuro conducido por el propietario del violonchelo más custodiado del mundo en ese momento era seguido de cerca por un Golf verde desde el que Cuéllar y Ramos no lo perdían de vista. El dueño del instrumento no se había negado a colaborar ni a ser seguido, pero había insistido en que todo se hiciera sin que su familia fuera consciente de la situación. Él mismo, aun sabiendo que era custodiado, prefería no tener ningún contacto con sus guardianes.

Cuando el inspector Herrero habló con él tras lo ocurrido con Menasés, el día en que el rabino trató de quemar el violonchelo, el propietario se mostró muy cortés pero contundente. Nada de policías rondando por su casa. Si querían vigilarla tendría que ser discretamente. Para los movimientos del instrumento fuera de la casa, el propietario había facilitado una agenda de los ensayos y conciertos que debía ofrecer, y prometido que, si se daba alguna alteración de esos planes, Herrero sería avisado de inmediato.

A unos cien metros por delante del todoterreno, circulando a velocidad crucero, uno de los vehículos patrulla trataba de mantener la distancia, algo no demasiado difícil, ya que el propietario del Piatti conducía a velocidad constante, justo en el límite señalado.

Trescientos metros por detrás del Golf camuflado, la otra patrulla rodaba tranquilamente, esperando instrucciones. Este segundo vehículo tenía menos problemas para mantener la posición, ya que, en su pantalla del GPS, los marcadores de los demás coches facilitaban la tarea.

El único coche que no aparecía marcado en el GPS era un quinto vehículo, otro todo terreno, un BMW negro, serie 5, que rodaba cuarenta metros detrás del Golf camuflado, donde su ocupante había logrado por fin sintonizar el canal dieciocho de la policía, gracias al barrido de un escáner conectado a un ordenador portátil que estaba sobre el asiento del copiloto. El conductor, trajeado de negro, no perdía de vista los coches que lo precedían. En su propio GPS se reflejaba la ruta más lógica que seguirían y, por ahora, el músico la mantenía con exactitud.

El perseguidor estaba evaluando las medidas de seguridad establecidas por la policía y hasta qué punto el dueño del violonchelo colaboraba con ellos. Por lo visto, la única contribución consistía en permitir que lo siguieran a distancia. Eso era bueno.

En un momento dado se había colocado al lado del Toyota perseguido y miró con discreción a su interior. Allí estaba. En el asiento trasero, sujeto con un arnés especial, iba el enorme estuche negro con el tan deseado instrumento. Por un momento pensó lo fácil que podía ser hacerse con él, teniéndolo a menos de dos metros, pero prefirió no precipitarse. El plan seguiría adelante.

—Papa ocho, aquí Hotel cinco —dijo Cuéllar por el micrófono—. Adelántese por favor hasta el punto Charlie y examine la zona. Controle los vehículos estacionados y el acceso.

—Recibido Hotel cinco —contestó la voz con estática.

Al momento, el patrulla que iba delante puso las luces azules rotativas del techo en marcha y aceleró para llegar con tiempo al Teatro Real. Los coches de los concertistas iban a estacionar en un aparcamiento aledaño.

—Hotel cinco para Papa ocho —llamó la radio al cabo de un rato, cuando la caravana ya estaba cerca del final.

—Adelante, Papa ocho —contestó Cuéllar.

—Todo revisado. Nada extraño. Hemos estacionado cerca de los jardines, como en una patrulla ordinaria.

—Recibido. Enseguida llegamos. Estamos abandonando la M-30 por la salida 18. Papa tres, en cuanto entremos sigan adelante y quédense por la cuesta de San Vicente.

—Recibido, Papa tres.

El conductor del BMW negro también había escuchado las instrucciones dadas por Cuéllar a los patrulleros. No quería levantar sospechas, así que no entraría en el aparcamiento donde iba a estacionar el Toyota. Su idea era dejar el coche cerca e ir

paseando como si fuese un turista. Tenía tiempo para estudiar los alrededores hasta que terminara el ensayo.

## JOSEPH (AÑADIR)

*Escuchad bien la música de las Esferas! Hay coros de ángeles entonando la música y la armonía de ellas.*

EL ZOHAR

MARTES 16 DE DICIEMBRE. 15:00 HORAS.  
AEROPUERTO INTERNACIONAL DE VIENA.

**P**or favor, señores pasajeros, permanezcan sentados en sus asientos y con los cinturones abrochados hasta que lleguemos a la terminal y el avión se haya detenido del todo. Muchas gracias.

Otra voz repitió el mensaje grabado en varios idiomas por el sistema de megafonía ante la indiferencia general. Amontonándose en los pasillos y contorsionándose de manera dolorosa, los requeridos se afanaban en abrir los cofres superiores donde habían depositado al comienzo del vuelo sus efectos personales, para rescatarlos lo más pronto posible y así permanecer, sin hacer otra cosa que molestar en las estrechas zonas de paso, encogiéndose y diciendo «perdón» y «sorry» y «pardon» y «entschuldigung». Todos ellos con la misma sonrisa estúpida de aquel que sabe que está haciendo el imbécil y es incapaz de remediarlo.

En la mitad del aparato, Martha y Ludwig aguardaban sentados en sus asientos como había recomendado la voz, mirando con desagrado a sus compañeros de vuelo.

Por la premura del viaje, no habían tenido ocasión de reservar asientos de primera clase, ocupados íntegramente por una expedición de jugadores de fútbol, y se habían tenido que conformar con plazas de turista. Por suerte quedaba alguna libre al lado de la ventanilla.

Dos filas por detrás, un par de hombres trajeados también aguardaban impertérritos sin dejar de examinar al resto del pasaje, calibrando el potencial peligro de cada pasajero. Su misión era velar por el buen estado de Ludwig y, por extensión, el de su compañera.

Antes de despegar, Martha ya se había empezado a irritar con los gritos y lloros de los más pequeños, asustados por el ruido de los motores, y por los lamentables intentos de sus madres para que cesaran las quejas. Los auriculares no lograban disimular la gresca. Viendo la situación, Ludwig optó por cerrar los ojos para no contribuir a la irritación de su pareja y permaneció así hasta que el aparato se estabilizó en el cielo tras pasar por un par de turbulencias y efectuar dos cambios de

dirección que alteraron los estómagos de los menos habituados, sintiéndose éstos en la obligación de compartir el mal trago con el resto del pasaje mediante gritos o exclamaciones.

El refrigerio plástico ofrecido por la tripulación fue otra prueba de fuego para la escasa paciencia de Martha. Las azafatas, adornadas con falsas sonrisas ensayadas, alimentaban a los pasajeros como haría un granjero con sus gallinas y, al igual que éstas, los viajeros se arremolinaban en torno a las bandejas abriendo las cajitas de cartón y plástico entre risas. ¡Ahhs! y ¡Ohhs! Unas veces apreciativos y otras no tanto. El insoportable espectáculo duró más allá del momento en que las mismas azafatas de rostro histriónico recogieran las bandejas.

—Les recordamos, señores pasajeros, que hasta que no se apague la señal no se pueden encender los teléfonos móviles, ya que podrían alterar el funcionamiento de los instrumentos de navegación. Muchas gracias por su colaboración.

Esta solicitud fue igualmente ignorada por los ansiosos pasajeros, deseosos de saber si alguien se había acordado de ellos mientras su vida había corrido grave peligro a once mil pies de altura.

Por fin el avión se detuvo y abrieron las puertas. Tras esperar a que las hordas necesitadas de abandonar el enclaustramiento padecido se atropellaran, Martha y Ludwig descendieron por las escaleras para subir al autobús que habría de llevarlos hasta la sala donde las cintas sin fin traerían sus maletas, seguidos por los dos escoltas, que, aun intentándolo, no pasaban inadvertidos.

A pesar de ser las primeras horas de la tarde y del tímido sol, la temperatura era gélida. Los enormes autobuses dispuestos para acercar a los pasajeros hasta la terminal estaban aguardando a que todos montaran para cerrar las puertas e iniciar la marcha. Los impacientes pasajeros, que habían recibido el golpe de frío al salir del avión, se estremecían, poniendo las manos encima de las rejillas por donde salía el aire caliente del vehículo.

Ludwig y Martha volvieron a ser los últimos en bajar del autobús y dirigirse a por sus equipajes, que empezaban a asomar. Ya con éstos, y tras pasar por el control policial, abandonaron el aeropuerto y se dirigieron en taxi hasta el apartamento de Martha.

—Al fin en casa —dijo ella nada más cerrar la puerta, dejando fuera a la pareja de guardaespaldas, que previamente habían revisado el domicilio.

—Humm, ¿sí, verdad? —dijo Ludwig cogiéndola de espaldas por la cintura.

—¿No estás cansado? —preguntó ella con malicia, esbozando una sonrisa provocativa.

—¿Cansado? No sé lo que es eso —contestó Ludwig mientras recorría todo el cuello de su amante mordisqueándolo.

—¡Oh! Así que eres Superman —lo retó ella, enfrentándosele—. Eso tengo que verlo.

—Nada más fácil —repuso Ludwig, levantándola en el aire y llevándola a la enorme cama que ocupaba por completo la única habitación del apartamento.

Sin aguardar a retirar las sábanas, los dos se desvistieron con prisa antes de fundirse en un ardiente abrazo. Ludwig luchaba por abrirse paso entre los muslos de su amante, pero ésta, hincando las uñas en la espalda de él, se le resistía en un juego que le excitaba aún más.

—Bueno —comentó Martha al cabo de unas horas, cuando ya la luz del día había desaparecido—. Como imaginaba, no eres Superman.

—¿Cómo que no? —repuso Ludwig incorporándose de costado sobre un brazo—. No creo que te puedas quejar.

—No, tonto —dijo ella divertida—. Te estaba tomando el pelo. La verdad es que ha estado muy bien. Me voy a levantar a comer algo, ¿te apetece? Tienes que reponer fuerzas para esta noche. Esto sólo ha sido un entrenamiento.

—¿Un entrenamiento? —preguntó Ludwig fingiendo alarma—. Me parece que voy a necesitar de todos mis superpoderes para llegar a mañana.

Riéndose como dos colegiales se metieron juntos en la ducha y se enjabonaron mutuamente. Ludwig hubiese jurado que era incapaz de volver a hacer el amor en tan breve lapso de tiempo, pero estaba equivocado.

Tras abrir unas latas y hacerse unos bocadillos con pan congelado que Martha calentó en el horno, le preguntó a Ludwig:

—¿Te importa que te deje solo un rato? Tengo que ver a un colega. No sé lo que tardaré.

—¿Quién es ese colega? —preguntó Ludwig fingiendo estar celoso.

—Un atractivo hombre de sesenta y dos años que está profundamente enamorado de mí desde mi juventud.

—Vaya, no me lo estás poniendo demasiado bien.

—Tranquilo —contestó ella, poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios a la vez que, con una sonrisa lasciva, cogía con la mano la entrepierna de su amante—. Volveré a por esto.

MIÉRCOLES 17 DE DICIEMBRE. 19:00 HORAS.

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE VIENA.

El sicario descansaba plácidamente, acomodado en su sillón. La zona reservada para primera clase tenía menos de media ocupación. Además de él, un par de hombres jóvenes, uno de ellos profundamente dormido y el otro leyendo un diario económico, vestidos ambos con los uniformes de la compañía aérea, ocupaban los asientos contiguos. No tenía forma de saber, y tampoco ningún interés, que aquellos hombres eran el capitán y su compañero, que habían pilotado el avión hasta Madrid, donde el aparato había sustituido la tripulación por los que ahora lo manejaban.

Una fila más adelante viajaba un matrimonio, él vestido con un caro traje azul marino con unas finísimas rayas, el pelo engominado y unas gafas sin montura, y ella con otro traje pantalón de color caqui y una melena ahuecada. No se habían hablado en todo el vuelo, declinando la comida que servían, algo que casualmente también habían hecho el resto de los ocupantes de primera clase, dedicándose el hombre a teclear con suavidad en un ordenador portátil que había encendido antes de recibir el pertinente permiso, nada más despegar de Madrid. La mujer, con la atención absorta en una revista, sólo había quitado la vista de ésta para decir a la azafata que sus hijos, una parejita, niño y niña, por debajo de los diez años de edad ambos, no deseaban un caramelo. Los dos críos parecían, por su forma de vestir, miniaturas de sus padres. No se habían movido en todo el viaje, el niño entretenido con una videoconsola portátil y la niña con una muñeca a la que no dejaba de peinar.

Al sicario, la pareja deshumanizada de padres le resultaba tan repelente como los dos monstruitos que jugaban en silencio, quietos en sus asientos, pero no se encontraba en el vuelo por placer sino por trabajo. Su atención estaba dedicada a los otros dos viajeros que completaban el pasaje. Uno de ellos era un hombre sobre los cincuenta años, bien vestido y que escuchaba a través de unos cascos algo placentero, por la cara de tranquilidad que tenía. El otro era un enorme estuche de piel negra con la forma de un violín inmenso, colocado al lado y fijado al cómodo asiento con un arnés.

No podía perderlos de vista. Según le habían advertido al contratar sus servicios, alguien más se encontraba tras ellos.

La azafata tocó al hombre para que abriera los ojos y le comunicó que el avión iba a tomar tierra en breve. El hombre, con una sonrisa, agradeció el aviso y procedió a examinar el arnés del estuche, mientras la azafata avisaba al tipo repulsivo para que apagara el ordenador portátil y el niño la videoconsola, algo que ambos hicieron no de muy buen grado.

El aterrizaje fue tan suave que el capitán, profundamente dormido, no se enteró hasta que su compañero lo despertó para bajar del aparato. El sicario se hizo el remolón, fingiendo examinar el contenido de su bolsa de viaje, a la espera de que el hombre del voluminoso estuche descendiera primero.

—Muchas gracias y adiós —le dijo una azafata cuando abandonó el aparato.

Él ya le había echado el ojo. Era una pelirroja de piel blanca llena de pecas, con unos preciosos ojos verdes y dos fabulosas tetas. «Lástima —se dijo— que tengo trabajo».

VIERNES 19 DE DICIEMBRE. 20 HORAS.  
SALA DORADA DEL MUSIKVEREIN,  
SEDE DE LA ORQUESTA FILARMÓNICA DE VIENA.



El Volkswagen Passat alquilado se detuvo delante del edificio del Musikverein. Del asiento del copiloto se bajó uno de los dos guardaespaldas e hizo un reconocimiento visual de la zona mientras Ludwig, vestido con un impecable esmoquin estrenado para la ocasión, daba la vuelta para abrir la puerta de su acompañante. Martha, con un estrecho vestido de noche rojo, que realzaba de manera soberbia su figura, agradeció el detalle y se puso sobre los desnudos hombros un caro abrigo de piel.

Llevaba su rubísimo pelo corto, peinado con un flequillo que le caía sobre uno de los ojos, el rostro apenas maquillado, resaltando el dibujo de sus bellos ojos.

Ludwig, un tanto molesto, se dio cuenta de que pocos hombres desperdiciaban la ocasión de echar una buena ojeada a su pareja. Realmente estaba espectacular, algo que le había costado admitir. Los tres días pasados en la capital austriaca habían terminado por desconcertarlo. Habían tenido de todo: conversaciones íntimas, otras más generales, incluso en una de ellas había salido el tema que los había conducido a conocerse y Martha, alegre, no se había mostrado desagradable. También habían tenido cenas románticas, paseos por lugares que Ludwig no había conocido en sus anteriores estancias, pequeñas excursiones a pueblitos cercanos y sobre todo sexo, mucho sexo.

Si bien Ludwig no podía quejarse de nada de eso, el comportamiento de la profesora en ocasiones lo confundía. De pronto Martha parecía entrar en un trance del que no lograba sacarla, como si un relé interno se desactivara y la desconectara, hasta que saltaba de nuevo y era la misma de antes. Un par de veces, después de una de estas desconexiones habían hecho el amor y Martha se había mostrado especialmente agresiva, como si un fuego la devorara por dentro.

Ella no decía nada de estos arrebatos ni de los trances y, si Ludwig sacaba el tema a relucir, se limitaba a cambiar de tema.

Existía otra circunstancia para que Ludwig se encontrara incómodo y eran las ausencias, éstas físicas, que había protagonizado la profesora en tan pocas horas en la capital. Ludwig entendía que ella tenía su propia vida, anterior a haberlo conocido, y no quería presionarla, pero por tres veces había alegado tener que encontrarse con algún amigo desconocido para desaparecer sin decirle dónde iba a estar ni cuándo pensaba regresar.

Ludwig sospechaba que ella se encontraba con algún antiguo amante y quería pensar que con esas visitas Martha trataba de acabar con esa relación, pero ignoraba por qué cuando volvía se negaba a contarle nada de lo que había estado haciendo. A veces le parecía que Martha trataba de esconderlo. No era lógico que en tres días no hubiese sido presentado a ninguno de esos amigos.

La segunda vez que Martha se había ausentado, dejándolo solo en el apartamento, Ludwig no había podido resistir la tentación y había registrado el apartamento. Durante hora y media había abierto cajones y armarios sin encontrar nada incriminatorio. Su malestar se acrecentaba al confirmar algo que le había extrañado la primera vez que visitó la casa de Martha.

El apartamento podía ser de cualquiera. Todo estaba impecablemente ordenado y limpio. No contenía ningún elemento personal. Ni una foto, o un cuadro o libro que transmitiese nada, ni un recuerdo de algún viaje, o un regalo. Una asepsia digna de los quirófanos en los que él operaba a sus pacientes. Por no tener no tenía ni teléfono.

Todos los muebles eran funcionales y caros, colocados de forma práctica, lo que daba una sensación de frialdad y lejanía. Aquélla podía ser la casa donde uno viviera, nunca un hogar.

Pero no sólo eso le desconcertaba. En aquel domicilio no había nada que revelara cuál era el medio de vida del que disfrutaba su dueña. ¿A qué se dedicaba? Estaba claro que su poder adquisitivo era bastante alto. ¿Quizá una herencia o algún tipo de pensión? Era todo un misterio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Martha cogiendo del brazo a su acompañante, algo no muy frecuente.

—Sí. Sólo estaba pensando —contestó Ludwig.

—¿Ya te estás arrepintiendo de acompañarme al concierto? —preguntó Martha divertida, dedicándole una sonrisa capaz de derretir un iceberg.

Ludwig sopesó la pregunta. ¿Cómo podría alguien arrepentirse de ser el acompañante de una mujer capaz de sonreír de semejante manera? Si siempre fuera así, Ludwig se encontraría en la gloria. ¿Cómo podía ser aquella mujer que apoyaba su cuerpo contra el de él y lo miraba con unos ojos como dos diamantes, llenos de brillos, la misma que de pronto se quedaba catatónica? ¿Cómo podían ser esos ojos los mismos que en ocasiones parecían carentes de cualquier asomo de vida?

—No —contestó finalmente, devolviendo la sonrisa.

—¿Seguro? No sé, no sé. Has tardado mucho en responder.

—Es que estaba mirando lo guapa que eres.

—Vaya. Gracias por el cumplido. Tú también estás muy bien. ¿Entramos?

De nuevo, Ludwig se quedó perplejo. Martha parecía haber aceptado su piropo sin reaccionar y, como de costumbre, había pasado al aspecto práctico al llegar a la entrada del magnífico edificio. Con un gesto se despidió de su escolta. Cuando terminara el concierto, y antes de abandonar el edificio, los llamaría por teléfono para que los vinieran a buscar a la entrada. A los escoltas no les hacía gracia no poder registrar el interior del edificio, pero carecían de entradas y los de seguridad no estaban por ayudarlos.

Ludwig les había dicho que no se preocuparan. Nadie podía saber que iban a acudir al concierto. Además, dentro estaría el servicio de seguridad.

—Buenas noches —dijo al portero mostrándole las dos entradas. Ni siquiera éste logro evitar mirar apreciativamente a Martha.

Una vez dentro del espectacular edificio, recogieron el programa, un tríptico a colores que les entregó una amable azafata, toda vestida de azul. Martha hizo un

explícito mohín cuando Ludwig sonrió a la azafata, pero a éste le duró poco la alegría de haber forzado una reacción en su pareja, pues ésta ya estaba buscando las escaleras para subir al palco donde se encontraban sus butacas.

Los asistentes al evento se mostraban educadamente alegres. En corrillos o en parejas comentaban el programa, saludándose entre ellos al reconocerse, los hombres con recios y diplomáticos apretones de mano, algunas veces apoyando el gesto colocando la mano izquierda sobre el nudo formado por sus diestras, o con una palmada en el hombro, dependiendo de la familiaridad, y las mujeres arrimando las mejillas las unas a las otras, pero sin establecer contacto para no arruinar los delicados maquillajes.

—Cariño —dijo Martha ante la sorpresa de Ludwig por el inusual apelativo—, ¿te importa si te dejo un momento solo? Quiero saludar a unos miembros de la orquesta y queda poco ya para que salgan.

—No —contestó Ludwig—. Está bien. Te espero aquí.

—Muchas gracias, guapo —contestó Martha agachándose para estampar un beso en los labios de Ludwig—. No tardo.

—No te preocupes —repuso Ludwig viéndola alejarse. ¿Sería ese antiguo amante secreto un miembro de la orquesta?, se preguntó Ludwig. Por un momento su curiosidad, y también sus celos, clamaron por seguirla para ver con quién se reunía. Pero, de ser ciertas sus sospechas, ella accedería a alguna sala donde él no podría entrar y se quedaría con la duda.

Tratando de despejar la mente de confabulaciones, se enfrentó al tríptico.

Etzel abrió la cisterna del baño. Remangándose para no mojarse, sacó del fondo una bolsa de plástico grueso transparente. Con una afilada navaja rajó la bolsa, que se deformó al entrar el aire. Dentro, perfectamente a salvo del agua de la cisterna y de cualquier otra humedad gracias al vacío, había varios objetos que extrajo y se guardó.

Fuera, alguien trató de abrir el pequeño compartimiento del baño, moviendo varias veces la manilla de manera infructuosa. Etzel permaneció en silencio hasta que quienquiera que fuese se aburrió y se fue.

Terminó de guardarse todo y volvió a meter la bolsa de plástico dentro de la cisterna. Luego, con sumo cuidado para no hacer ruido, colocó de nuevo en su sitio la tapa cerámica y atornilló el embellecedor del pulsador de descarga.

Cuando todo estaba en su sitio se subió encima de la tapa del inodoro y poco a poco asomó la cabeza por encima de la puerta, para ver si dentro del baño había alguien más.

Vía libre. En silencio, Etzel abandonó el baño y se encaminó con naturalidad por la zona donde los espectadores tenían vedado el paso. No era la primera vez que se encontraba en aquel edificio, lo conocía bastante bien. Los trabajadores, tramoyistas y demás personal no prestaron atención a su presencia.

Llegó hasta una puerta cerrada con un candado. Cerca, un hombre trajeado daba instrucciones a otro vestido con ropa azul de trabajo y le señalaba la disposición de los focos, asintiendo el empleado de vez en cuando.

Tras asegurarse de que no miraban, Etzel abrió el candado con una llave y penetró dentro del cuarto. Era un taller de decorados: cartón, corcho, polietileno expandido, pintura, barnices, focos, escaleras, cuerdas... se apilaban en su interior.

Tratando de hacer el menor ruido posible, recolocó varios de los objetos y abrió unos botes de pintura. Después, puso bajo el montón de objetos que había reunido una pasta grisácea y un cilindro metálico que incrustó dentro. En otro punto repitió la operación y conectó cada cilindro metálico embutido en masilla a una cajita de plástico con un interruptor que, con una luz roja de aviso, activó.

Una vez encontró todo a su gusto, movió una pieza, liviana a pesar de su tamaño, que trataba de aparentar ser la fachada de una taberna, y la colocó delante del montón que había hecho, ocultándolo. Sobre un escritorio de metal situado a unos pasos del montón vio una caja de herramientas. La abrió e introdujo una cajita gris del tamaño de un paquete de cigarrillos, sin ningún indicio que revelara su utilidad, y volvió a cerrarla.

De la navaja que había utilizado antes para rajarse la bolsa de plástico escondida en la cisterna del baño, abrió una de las hojas con forma de destornillador y manipuló la rueda de paso de la manguera contra incendios, inutilizándola. Hizo lo mismo con los manómetros de los extintores. Con una escalera de mano alcanzó el detector de humo, que como un extraño forúnculo asomaba del liso techo de escayola, abrió la tapa y cortó los cables.

Por último, sustituyó el candado que daba acceso al cuarto por uno similar. Fuera, había sonado el primer timbre que llamaba a los espectadores. Etzel cerró el candado y se alejó.

—Hola, guapo —dijo Martha entrando en el palco—. ¿Estás solo? ¿Puedo sentarme a tu lado?

Ludwig, para seguir la broma, fingió mirar por encima del hombro de ella.

—Bueno. He venido acompañado por una hermosa mujer, pero hace rato que se ha ido, así que no sé si volverá.

—¿Tanto rato te he dejado solo? —preguntó Martha tomando asiento en su butaca—. La verdad es que me he puesto a saludar y hablar y he perdido la noción del tiempo.

En ese momento sonó el tercer timbre y poco después otros tres seguidos. Con los músicos aún sin aparecer y los presentes hablando en susurros, una voz por megafonía explicaba dónde se encontraban las salidas de emergencia y las medidas de seguridad. La misma voz solicitaba a los asistentes que apagaran los móviles.

Martha y Ludwig se sumaron a los primeros aplausos al empezar a salir los músicos, de riguroso negro, que se dirigieron a sus respectivos lugares, donde comenzaron a calentar con sus instrumentos. Entre la algarabía, el respetuoso público guardaba silencio, escuchándose de vez en cuando algún murmullo de alguien incapaz de esperar para transmitir a su compañero de asiento algún comentario sagaz.

Ludwig se mantenía en silencio y miraba de reojo a su compañera, tratando de adivinar cuál de los músicos absortos en su trabajo era su posible competidor. Pero el rostro de ella resultaba hermético. Era difícil descubrir entre el centenar de éstos cuál podría ser, aunque algo menos de la mitad eran mujeres. Cualquiera de ellos podía ser el que buscaba.

Los aplausos arreciaron al salir el concertino, el primer violín, un hombre de unos cincuenta y muchos años. Por el rabillo del ojo vio cómo Martha esbozaba una pequeña sonrisa al reconocer al concertino y aplaudía con fuerza.

«Demasiado mayor —se dijo Ludwig— para ser su amante». La actitud de su acompañante más parecía tratarse de un reconocimiento profesional ante un gran virtuoso.

Los músicos, a instancias del concertino, se pusieron en pie y saludaron a los espectadores, entregados en cuerpo y alma. Las luces comenzaron a apagarse en la sala. En un costado aparecieron dos personas. Una de ellas sostenía entre sus brazos un violonchelo. A Ludwig se le aceleró el corazón. Aquél era el dichoso Piatti, el último instrumento de la colección por la que unos locos eran capaces de matar a desvalidos ancianos.

A Ludwig aquel violonchelo le pareció idéntico al resto de los otros doce que se encontraban a la derecha del escenario.

Los recién llegados fueron recibidos con un estruendoso aplauso por parte de los asistentes, puestos en pie, al igual que los componentes de la orquesta.

Tras depositar el valioso instrumento en el suelo, apoyado contra la silla que le correspondía, el músico saludó al público junto al director de la orquesta, que lo acompañaba y, después de varias reverencias, se dio la vuelta para hacer partícipe del aplauso al resto de los músicos.

El concertino, violín en mano, que parecía una miniatura del que estaba apoyado en la silla, y minúsculo comparado con los ocho contrabajos situados en la última fila de la izquierda, se acercó para saludar al solista y se dieron calurosamente la mano. El violonchelista también saludó personalmente a otros componentes de la orquesta y por fin todos se sentaron, apagándose el resto de las luces que aún quedaban, salvo las del escenario y las de emergencia. El silencio ocupó la sala y a instancias del director el concierto comenzó.

Las primeras piezas resultaron bastante aburridas para Ludwig. Conservaba en la mano el programa, pero sin luz resultaba imposible descifrar el nombre de la pieza o su compositor. A su lado, Martha parecía transfigurada, tal y como la recordara el médico el día en que la había conocido, gravitando en su particular universo musical.

Ludwig pensó que si se levantara de pronto y abandonara la sala, ella ni se daría cuenta hasta que terminara el concierto.

No sabiendo qué hacer, ocupó su atención en el solista. Totalmente entregado, se agitaba violentamente con los ojos cerrados, concentrado para sacar de su instrumento toda la música que éste tenía encerrada en su interior.

¿Qué podía tener de especial aquel violonchelo? ¿Qué lo hacía único? Aquel instrumento, además de su evidente hechizo musical, ¿era capaz, tal y como aseguraba el malogrado rabino que sus asesinos creían, de poner en contacto al hombre con Dios?

El incrédulo agnóstico que vivía dentro del cuerpo de Ludwig se sacudió con furia. ¿Cómo un pedazo de madera, por muy elaborado que fuese, podía alterar el curso del Universo?

Absorto en estos pensamientos, la primera parte del concierto llegó a su fin ante el asombro de Ludwig, que no se había enterado de nada.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Martha, que se había sumado entusiasmada a los aplausos del público—. ¿Te ha gustado?

A punto estaba Ludwig de contestar con la verdad, cuando al ver el rostro iluminado de su amada, prefirió una mentira piadosa.

—No ha estado mal. Al principio me ha costado un poco.

—Creo que ha sido magnífico —dijo Martha sin prestar atención—. ¿Te has fijado cómo sonaba el Piatti? Ésa es la única magia que tiene. El arte de Antonius Stradivarius. Nada de esas monsergas de las que hablaba el rabino. Me ha gustado también mucho el concertino. Hace años que lo conozco. Es un primera figura.

Aferrada a su brazo y hablando sin parar, algo realmente extraño en ella, salieron al vestíbulo, donde se arremolinaban los espectadores, intercambiando opiniones entre sí. Ludwig, algo molesto por el tono indiferente, casi despectivo con el que Martha se había referido al moribundo rabino, se mantuvo callado, dejando que se explayara.

Diez minutos más tarde, y aún con colas en el baño, se volvieron a oír los timbrazos de aviso. Los espectadores fueron ocupando sus asientos y se repitió el ritual del comienzo. Aún quedaba la mitad del concierto y, con Martha ausente en su mundo, Ludwig se sentía incómodo. Para su disgusto, la segunda parte prometía ser tan aburrida como la primera.

«Ojalá pase rápido —pensó para sus adentros, recostándose con disimulo en la butaca— o, por lo menos, se anime un poco la cosa».

Ludwig no tuvo en cuenta en ese momento el proverbio que dice: Cuidado con lo que desees, no vaya a ser que se te conceda.

Acababan de apagar las luces y el director daba paso a los primeros compases. Entre el público, Etzel sacó una cajita negra de plástico con un pequeño interruptor, un

pulsador y una lucecita, que se encendió en cuanto cambió el interruptor de posición. La luz roja dio paso al verde al presionar el pulsador, tras lo cual escondió la cajita entre el almohadillado de la butaca.

Ya estaba todo en marcha y se dispuso a esperar tranquilamente. Mientras escuchaba la interpretación de la orquesta, se mantuvo alerta, aguardando a que el zumbador que sostenía se activara.

El zumbador estaba preparado para encenderse cuando recibiera una señal de baja frecuencia emitida por la cajita gris que Etzel había camuflado en la caja de herramientas del taller de decorados. Esa cajita contenía en su interior un detector de calor que saltaba y emitía la señal de radio al detectar una temperatura por encima de los mil doscientos grados centígrados, más que suficiente para que el hierro se convierta en chicle.

Ocho minutos más tarde, en medio de un pasaje particularmente vigoroso de la interpretación, el zumbador comenzó a agitarse. Dio cuatro sacudidas y se detuvo. Etzel, sin inmutarse, siguió disfrutando de lo que quedara de concierto antes de que saltasen las alarmas y comenzara la confusión.

Los primeros síntomas se dieron a la izquierda del escenario, donde los espectadores dotados de mejor vista, o menos abstraídos por la música, empezaron a ver unos pequeños hilos de humo, que pronto se convirtieron en columnas.

Antes de que sonara la primera alarma, varios de los presentes ya se encontraban de pie y trataban de pasar por delante de sus vecinos de fila para alcanzar la salida. Con las alarmas llegó la voz tranquila de una mujer avisando de que, por favor, los presentes se dispusieran a desalojar con calma el edificio. Que no tenían nada que temer, que todo se hallaba bajo control. La misma voz volvió a recordar dónde se encontraban las salidas de emergencia. Aviso que, como al inicio del concierto, pero esta vez por motivos distintos, fue igualmente ignorado. El pánico ya dominaba al rebaño.

En cuestión de minutos el respetuoso y educado público se convirtió en una muchedumbre enloquecida tratando de huir de las llamas que hacían por fin acto de presencia. No se quedaban atrás los músicos, sumándose al desorden, sin olvidarse de recoger sus preciados instrumentos, menos algún intérprete de contrabajo, que, viendo las llamas peligrosamente cerca y teniendo en cuenta el tamaño de su instrumento, optaba por abandonarlo a su suerte y correr hacia la salida, haciendo oídos sordos al director de la orquesta, que mantenía como pocos la calma y trataba de hacerse oír pidiendo tranquilidad y orden.

Etzel, aprovechando el tumulto, se acercó hasta el escenario, donde varios músicos trataban de salir por el costado derecho, amontonados entre la enorme humareda que dificultaba la respiración y la visibilidad. Hizo uso de varios objetos que guardaba: unas gafas parecidas a las utilizadas por los buceadores pero más pequeñas, con la pantalla opaca de color dorado, y una botella metálica adosada a una mascarilla que se ajustó sobre la cara pasando una goma por la cabeza. Las gafas,

diseñadas especialmente para aumentar la visibilidad entre el humo, eran iguales a las usadas por los bomberos.

Respirando el oxígeno de la botella, se fue abriendo paso a codazos hasta llegar al lado del violonchelista, que, al igual que el resto de sus compañeros, tosía violentamente, con los ojos llenos de lágrimas por el escozor del humo, y luchaba por mantenerse en pie.

La densa humareda impedía ver por dónde se caminaba y algunos músicos se cayeron del escenario. Otros, ahogados también por el humo, habían perdido el sentido y eran pisoteados por sus propios compañeros, incapaces de evitarlos.

Etzel apartaba sin contemplaciones a aquellos que se acercaban demasiado al preciado instrumento, aún en manos de su propietario. Prefería evitar una lucha por la posesión del violonchelo, sobre todo teniendo en cuenta que a su intérprete no podía quedarle suficiente oxígeno como para mantenerse mucho más tiempo en pie. Era preferible esperar un poco sin perder de vista el avance del fuego.

Por fin, el músico, doblado sobre sí mismo, y con las manos sujetándose la garganta como si tratara de soltarse de una presa que lo estuviera estrangulando, dejó el instrumento contra la pared.

Sin perder ni un solo instante, ya que la temperatura se elevaba peligrosamente y su reserva de aire duraría menos de veinte minutos, Etzel se hizo con el instrumento y se separó de la marabunta en dirección al humo, hasta llegar a una puerta cerrada con el candado que, previsoramente, había colocado justo antes de que comenzara el concierto. Tenía la llave colgando de una cinta para no perderla y con ella abrió las puertas dobles y salió a la calle.

La entrada repentina de aire tuvo dos consecuencias: por un lado avivó el fuego, pero por otro permitió que se disipase un poco la humareda y los atrapados en mejor estado alcanzaran la calle.

Fuera del edificio se repetía el caos. Ambulancias y coches de bomberos competían por acercarse al lugar. Las escalas ya estaban levantadas, con las mangueras esparciendo agua. Por el suelo, como enormes serpientes, más mangueras iban de un lado al otro. Bomberos, sanitarios, policías y voluntarios se confundían con aterrorizados espectadores y músicos desorientados.

Simulando ser un músico más, sin la botella de oxígeno ni las gafas, de lo que no tardó en deshacerse al igual que del zumbador y de la navaja, fue dando tumbos con el preciado Piatti, tratando de evitar el agua y a los sanitarios, que insistían en que los acompañara a una ambulancia.

Una patada en la entrepierna a uno de éstos le permitió salir del círculo que rodeaba la pira en la que se había convertido el edificio, y perderse entre las sombras con el valioso violonchelo en sus brazos.



Martha fue la primera en darse cuenta de lo que estaba sucediendo al percatarse de que algunas personas se ponían en pie y señalaban la zona izquierda del escenario.

—Ludwig, hay humo dijo alarmada.

Saliendo de su ensimismamiento, el médico se puso de pie y calibró la situación. No tardaron los demás ocupantes de los palcos en imitarlo. Algunos, con menos calma, comenzaron a gritar y precipitarse hacia las salidas, haciendo caso omiso de las recomendaciones para conservar la calma transmitidas por la megafonía.

Pronto, los pasillos, que comenzaban a llenarse de humo, quedaron abarrotados de personas que trataban de salir, obstruyendo la huida. Los que venían detrás empujaban inclementes a los de delante, que eran aplastados contra las puertas, de manera que no podían abrirse del todo y cerraban toda escapatoria.

Los gritos de desesperación pronto fueron acompañados de agresiones en la lucha por escapar del espantoso final que todos veían llegar. La marea humana, atascada, comenzó a ondular.

—Ludwig, Ludwig —llamaba a gritos Martha, arrastrada por la muchedumbre.

—Martha, tranquila. Ahora te cojo —contestó Ludwig, tratando de acercarse a ella.

—No, es imposible. Vete, ya saldré yo —volvió a gritar Martha, cada vez más lejos.

Por más que luchaba Ludwig contra los que lo rodeaban, su amante se hallaba cada vez más lejos. Pronto la perdió de vista entre el mar de cabezas y cuerpos histéricos que comenzaban a sufrir las consecuencias de la humareda, que, como si fuese niebla, lo cubría todo.

Por fin, alguien situado cerca de las semicerradas puertas logró hacerse oír por encima del griterío:

—¡Atrás, atrás! ¡Hay fuego! ¡Las puertas están ardiendo!

La masa inconsciente tardó en hacerse cargo de la nueva situación y comenzó un movimiento de retroceso, aprovechado por el avisado que había gritado, para terminar de abrir las puertas y salir a las escaleras.

Ludwig se vio envuelto en el movimiento de retroceso primero y en el de avance hacia las escaleras después. A duras penas logró mantenerse en pie, luchando contra la marea que trataba de arrastrarlo. Repartiendo empujones, alcanzó una de las paredes, donde se hizo fuerte, a la espera de que pasaran las oleadas y retroceder hacia donde había visto por última vez a Martha.

Una azafata con el traje desgarrado y el largo cabello revuelto trató de usar a Ludwig como si fuese un ancla para no caer al suelo y ser pisoteada. El médico la agarró de la melena cuando ya estaba a punto de perder el equilibrio y la atrajo hacia sí. Cuando la aterrorizada chica ya se encontraba estable le dejó la columna que él había ganado y empezó a nadar contra corriente. En el suelo, cuerpos desmadejados luchaban, los que aún mantenían el sentido, por ponerse en pie a pesar de que la manada los pisoteaba.

Ludwig llegó hasta el pasillo que daba al escenario. En esos momentos se hallaba casi solo. A su alrededor había, aquí y allá, espectadores, algunos ya muertos, posiblemente a causa de la asfixia causada por el humo o por la muchedumbre. El fuego rugía acallando los gritos de pánico. Lenguas ígneas lamían cortinas, asientos y todo lo que encontraban a su paso antes de devorarlo.

Ludwig sabía que no le quedaba demasiado tiempo. El aire carecía de oxígeno, la visibilidad era prácticamente nula y la temperatura comenzaba a ser peligrosa. ¿Dónde estaría Martha? Iba mirando a los caídos por si se encontraba entre ellos. Aquello se estaba convirtiendo en un horno y resultaba del todo imposible localizar a alguien entre aquel caos.

En ese momento una de las pocas ventanas que quedaban enteras estalló a consecuencia del chorro de agua de los bomberos. Ludwig se quedó mirando al techo, aguardando a que el agua lo refrescase. Fue inútil. Con el calor, ésta se evaporaba antes de llegar a tocar el suelo, ocasionando el mismo efecto que una sauna.

Rindiéndose a la evidencia de que era imposible encontrar a nadie en aquel infierno y rezando para que Martha estuviera a salvo, buscó una salida. Con gran estruendo una viga se desprendió, derribando un tabique. Ludwig, armándose de valor, escaló el montículo de escombros y pasó al otro lado, hacia el pasillo. Allí había más cuerpos tendidos, algunos en posición fetal. La temperatura y el humo resultaban insoportables.

Sabiendo que cada momento perdido lo acercaba más a la muerte, el médico aguantó la respiración y, reptando por el suelo, se acercó hacia lo que suponía era el vestíbulo de entrada. Un muro de fuego se interponía en su camino. Ludwig, exhausto, miró a su alrededor. A su derecha había, aún incólume, una puerta de madera que daba acceso a uno de los palcos.

Haciendo un esfuerzo titánico logró sacar la puerta de sus goznes. Por todos lados las llamas se alzaban, cortando cualquier retirada. En el aire cubierto de humo, que, debido a alguna corriente se retorció con furia, destacaba el olor a carne quemada.

Otra viga desprendida del techo en llamas lo golpeó en la espalda, haciéndole caer al suelo. Llorando de dolor y por el humo que le abrasaba los ojos, consiguió incorporarse a pesar de tener la espalda medio paralizada. A la dificultad de respirar causada por la escasez de oxígeno en el aire, se unió la causada por el pinchazo en la espalda cada vez que trataba de llenar los pulmones.

Trató de serenarse. Tras el muro de fuego tenía que estar la salida y necesitaba de toda su fuerza para levantar la puerta que había desencajado, echarla a modo de tabla de salvación sobre las llamas y gatear por encima rápidamente antes de que la reseca madera prendiera. En su mente no había lugar para la posibilidad de que al otro lado del muro de fuego hubiera otra cosa que no fuese la salida.

Reuniendo sus escasas fuerzas y llenando los pulmones con el aire empobrecido, tiró la puerta sobre el fuego y se arrastró sobre ella todo lo rápido que pudo.

Casi sin sentido, fue levantado por el esfuerzo conjunto de un bombero y un hombre sin uniforme, que lo trasladaron a la ambulancia más cercana. Allí, una sanitaria le colocó sobre el rostro una mascarilla de oxígeno y el organismo de Ludwig sucumbió ante las tinieblas de la inconsciencia.

En el interior de una furgoneta de reparto alquilada y sin distintivos, Etzel examinaba el violonchelo depositado sobre una manta. Hacía rato que había comprobado su autenticidad y estaba tratando de establecer si el instrumento presentaba algún deterioro causado por el humo o por las altas temperaturas.

No creía que hubiese sufrido golpes. Lo había mantenido en todo momento dentro de su campo visual y defendido con su cuerpo cuando la muchedumbre se echaba encima. Más difícil resultaba saber si el humo lo había afectado. La exposición había sido corta, pero aquellos instrumentos eran de una delicadeza extraordinaria. En apariencia se encontraba en perfectas condiciones. Para una comprobación más exhaustiva tendría que hacerlo sonar pero resultaría aventurado. Alguien podía extrañarse al oír un violonchelo dentro de una furgoneta estacionada en los alrededores del palacio de la música, que en esos momentos se consumía por las llamas.

Metió el instrumento en un estuche de metal provisto de un sistema de presurización. De esta forma no sufriría cambios de presión durante el trayecto. Después, sujetó el estuche a ambos costados de la furgoneta con fuertes gomas de las utilizadas por los ciclistas para llevar objetos en la parrilla de la bicicleta, de forma que el estuche quedaba apoyado en el suelo pero aislado de las paredes.

Tras tapar todo con unas mantas, se puso al volante, arrancó la furgoneta y abandonó tranquilamente el lugar, cediendo el paso a los furiosos vehículos de bomberos, policía, periodistas y a las ambulancias, que entraban y salían del perímetro de seguridad.

De forma pausada, para no llamar la atención, condujo hasta el otro lado de la ciudad y aparcó cerca de una iglesia. Un vistazo le indicó que no había nadie a la vista y aprovechó para pasar a la parte de atrás de la furgoneta.

Soltó las gomas que sostenían inmóvil el estuche, amontonó las mantas en una esquina, y tomó un rollo de plástico de burbujas de los utilizados para envolver objetos delicados. Cubrió con él el enorme y pesado estuche. Después tomó, de uno de los lados de la furgoneta, donde se hallaban sujetas, varias tablas de madera y las ensambló, montando una especie de sarcófago, donde metió el ahora irreconocible estuche metálico, y cerró la tapa. Volvió a colocarse tras el volante y arrancó.

Diez minutos después se detenía de nuevo, ante el portón de una empresa de mensajería urgente. Dos empleados transportaron bajo su supervisión el paquete hasta otra furgoneta.

No era la manera habitual de entrega. El uso de una empresa de transportes en vez de una anónima taquilla en un aeropuerto o estación de tren entrañaba más riesgos, ya que resultaba más fácil de rastrear, pero el tiempo apremiaba.

—No se preocupe dijo la chica de recepción. El paquete estará allí mañana por la tarde. Nos aseguraremos de que no sufra ningún desperfecto.

Etzel lo agradeció con una sonrisa y abonó el importe correspondiente. Después montó en su furgoneta y la llevó al garaje donde la había alquilado. Tras deshacerse de ella buscó por las cercanías una cabina telefónica.

Un par de individuos de rostro inquietante con los que se cruzó de frente le echaron una mirada de arriba abajo ante su indiferencia. Uno de ellos debió de ver algo amenazador ya que, para su propia fortuna y la de su compañero, ambos pasaron de largo.

Dos manzanas más allá, Etzel consiguió encontrar una cabina. Marcó un número de memoria y esperó hasta que dio tres tonos antes de colgar. Aguardó un momento y volvió a hacer lo mismo. En esta ocasión fueron cuatro los tonos que dejó pasar antes de colgar. El mensaje estaba dado. La primera llamada era para identificarse y la segunda para comunicar el resultado: cuatro tonos quería decir que el nazi podría recoger su paquete en la oficina de la empresa de transportes convenida en doce horas. Si algo hubiese salido mal, sólo hubiese dejado sonar dos veces el teléfono.

—¿Ludwig? —preguntó la voz cuando el médico respondió a su móvil, que sonaba en casa de Martha—. ¿Eres tú? ¿Te encuentras bien?

Ludwig trató de despertarse. Estaba tumbado en la cama. Tenía un fuerte dolor de cabeza y el cuerpo parecía pesarle una tonelada. Su espalda se quejaba dolorosamente con cada movimiento que hacía. Le costaba pensar y no estaba muy seguro de qué había sucedido ni de dónde se encontraba. El cóctel de antiinflamatorios, analgésicos y sedantes que se había administrado lo tenían desorientado.

Incorporándose recordó que, tras haber perdido el sentido, medio asfixiado en la ambulancia hasta la que fue llevado, había sido trasladado a un hospital, donde recibió una ración extra de oxígeno. Horas después, en parte restablecido, había insistido para que le permitieran marcharse. Teniendo en cuenta la necesidad de camas que el hospital tenía y dada la cantidad de heridos e intoxicados provenientes de la calcinada sala de conciertos, no le hizo falta gastar mucha energía para convencerlos.

Sus preocupados escoltas lo trasladaron hasta la casa de Martha, lo ayudaron a acostarse y ellos también se dispusieron a descansar de la agitada noche en los sofás de la salita.

—¿Me oyes, Ludwig? ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada la voz.

—¡Martha! —exclamó el médico, despejándose de golpe—. No te había reconocido. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes. Ahora mismo acabo de salir de un hospital donde he estado toda la noche. No, no te preocupes. De verdad que estoy bien. Inhalé demasiado humo antes de poder salir del edificio y me llevaron en ambulancia a un hospital. Me he despertado hace una hora. Y tú, ¿cómo estás? Estaba muy preocupada. Me arrastraron por un pasillo y no podía volver. Fue espantoso. Había personas que se caían y la gente pasaba por encima de ellas. Yo misma pisé a una señora mayor que trataba de levantarse. No pude evitarlo. La gente me empujaba por detrás. Casi tropiezo y me caigo yo también. Por suerte me agarré a un señor que iba delante. Ha sido espantoso, no he pasado más miedo en mi vida. Creía que íbamos a morir allí mismo. En el hospital me han dicho que han muerto varias personas. Temía que tú fueras uno de ellos. ¿Cómo estás? ¿Cómo lograste salir?

—Estoy bien, de verdad —dijo Ludwig en cuanto logró encontrar un hueco en el precipitado monólogo de su nerviosa amante—. También me tuvieron que poner oxígeno, pero enseguida me dieron el alta y me trajeron a tu apartamento. ¿Dónde estás ahora?

—No sé cómo se llama este hospital, pero en cuanto cuelgue cojo un taxi y voy para casa. No te muevas de allí. Tengo muchas ganas de verte. Enseguida llego.

Media hora más tarde ambos se fundían en un desesperado abrazo. Ludwig, sorprendido por la intensidad de la reacción de Martha, acariciaba su cabello y le hablaba al oído para tranquilizarla. Él mismo se encontraba alterado. Ahora empezaba a ser consciente del peligro que habían corrido.

En la última semana había escapado por dos veces de una muerte segura y violenta. Realmente, desde que descubriera su domicilio en Ginebra asaltado, de eso hacía por lo menos cuarenta años, los sucesos, casi todos desgraciados y brutales, se habían atropellado.

—¿De verdad que estás bien? —preguntó Martha buscándole la mirada con sus desconcertantes ojos grisazulados—. He pasado tanto miedo. Cuando me he despertado esta mañana en el hospital he preguntado por ti, pero nadie me sabía decir nada. Cuando has respondido se me ha abierto el cielo.

—Estoy bien, cariño —contestó Ludwig—. Ya ha pasado todo. Estamos los dos bien. No te preocupes.

Martha, algo más tranquila, lo volvió a abrazar. En menos de treinta segundos se estaban besando furiosamente y un minuto después Ludwig la penetraba con todas sus fuerzas, sin hacer caso de los lamentos de su maltrecha espalda, notando cómo ella, con las manos en sus nalgas, lo atraía hacia su interior.

Cuando terminaron de hacer el amor, exhaustos y sudados, se separaron un poco y permanecieron tumbados mirando al techo tratando de recuperar el aliento. De pronto Martha se incorporó sobre un brazo y preguntó alarmada:

—¿Dónde están tus escoltas?

—No sé. Hasta que has llegado creía que seguirían en la salita. Quizá se hayan ido a desayunar algo.

—¿Sin decirte nada? —repuso Martha—. No me parece muy profesional.

—No puedo quejarme. Anoche, durante aquel infierno, estuvieron buscándome todo el tiempo. Uno de ellos fue el que me vio y vino a recogerme. Dudo que hubiese podido salvarme yo solo, ya no me quedaban fuerzas.

—Para eso les pagas —contestó sin inmutarse la profesora—. Pero eso no aclara dónde están ahora.

—¿Quieres que los llame y que entren en la habitación?

—No me hace ninguna gracia —contestó Martha, dándole con la mano en una pierna—. Al menos deberían estar en la puerta, controlando el pasillo o algo así.

—Has visto muchas películas —dijo divertido Ludwig—. ¿Quién va a entrar en tu casa para hacerme algo?

—¿El que ya lo intentó la anterior vez, quizá? ¿O como estás en mi apartamento no se van a atrever a entrar?

—No sé, no lo había pensado. Ya te he dicho que creía que estaban en la salita —contestó Ludwig, que también se incorporó sobre el codo, quedando su rostro a escasos centímetros del de ella—. De todas maneras —añadió—, si alguien tratara de entrar y hacerme daño, tú me defenderías, ¿verdad?

—Ni lo sueñes. Estás pagando una fortuna para que te protejan dos gorilas que son incapaces de estar donde tienen que estar, ¿y quieres que te proteja yo gratis?

—¿Y cómo querrías que te pagara?

—Si estás pensando en lo que creo —dijo Martha alzando las cejas con una sonrisa mordaz—, vas mal. Con eso no tengo ni para empezar. Me tendrías que dar pasta como a esos gorilas. Y más, porque yo sí estaría donde tengo que estar.

—Bueno —concedió Ludwig—, ¿qué te parece si te invito a comer y negociamos tus tarifas?

—Me parece bien —contestó ella saltando de la cama y dirigiéndose a la ducha.

—Están fuera de cobertura —dijo Ludwig tras colgar el teléfono cuando ya se habían duchado y vestido. Martha aún estaba en el baño, secándose el pelo.

—¿Sin cobertura? ¿Y dónde están?

—Posiblemente en el garaje. Revisando el coche.

—¿Los dos? —se extrañó ella—. Al menos uno de ellos debería estar aquí, custodiándote.

—Sabrán que estás aquí y pensarán que estoy a salvo.

—Te recuerdo que aún no hemos firmado el contrato.

—Bueno, pero a eso vamos, ¿no? —contestó Ludwig levantando los hombros—. ¿Serías capaz de no protegerme porque aún no hemos estampado una firma?

—Los negocios son los negocios. Bueno, ya he terminado. ¿Nos vamos?

Los guardaespaldas se encontraban, tal y como había supuesto Ludwig, en el garaje, dentro del Volkswagen Passat blindado. Los dos parecían estar esperando algo, serios y estirados en sus asientos, que, poco a poco, se iban empapando con la sangre manada de las respectivas puñaladas sufridas en la espalda, a la altura del corazón.

El asesino había limpiado la delgada hoja del cuchillo en el forro de la chaqueta de uno de los muertos antes de volverlo a enfundar en su tobillera. No lo esperaban, lo cual siempre es una ventaja cuando se va a matar a alguien. Había permanecido en la cafetería frente al domicilio de la señorita Mazowiecki hasta que uno de los escoltas había bajado a desayunar. Mientras el gorila se tomaba su desayuno y pedía el de su compañero, el asesino terminó de tomar su café y entró en el portal utilizando una flexible lámina de plástico con la que, diestramente, corrió el pasador. Una vez dentro, se dirigió a los ascensores y subió a la planta donde sabía que se encontraba el doctor Dreifuss.

Las puertas del ascensor eran de dos hojas y se abrían hacia ambos lados, lo que descartaba la posibilidad de coger desprevenido a su víctima. Sabía que, como un automatismo adquirido en la profesión, el escolta miraría a ambos lados antes de salir del ascensor, por lo que se ocultó en el recodo de la escalera. Antes había puesto una papelera en el dintel del otro ascensor para evitar que las puertas se cerraran y al guardaespaldas no le quedara más remedio que subir en el ascensor que estaba más cerca de las escaleras donde él se escondía.

Instantes después el ascensor se cerró y bajó. Otra vez se encendió la luz que indicaba ocupado y se puso en tensión. Cabía la posibilidad de que fuese a otro piso o que, yendo a éste, fuese ocupado por otra persona, pero más valía estar preparado.

Las puertas se abrieron y el escolta, antes de salir, miró a ambos lados sin ver nada extraño, algo que tampoco esperaba. Llevaba diez años haciendo de escolta y jamás había tenido que actuar, entre otras cosas por la atención puesta en su labor, más previsor que ejecutora.

Esta vez no le sirvieron de nada los intensos cursillos de defensa personal. Exhaló un suspiro, dejó caer la bandeja al suelo y él mismo hubiese caído si no hubiera sido por el brazo del asesino, que lo mantuvo en pie.

Rápidamente éste metió en el ascensor el cadáver, y tras él la bandeja, la taza y el bollo, sin preocuparse por la mancha de café que se esparcía por la alfombra, y pulsó el botón para bajar al garaje.

Tras asegurarse de que no había nadie cerca, sacó el cadáver, tiró el resto del desayuno a un contenedor de basura e introdujo el cuerpo en el coche con las llaves encontradas en los pantalones del hombre.

Llevando consigo el móvil del escolta volvió a tomar el ascensor. Nadie lo había visto, por fortuna, sobre todo para el que hubiese tenido la mala suerte de tropezarse con él. Abrió el móvil del muerto y examinó las llamadas hechas y las recibidas. Había un nombre que se repetía constantemente: Julio. Supuso que se trataba de su compañero. Seleccionó el número y pulsó el botón de llamada.

—Julio —dijo forzando la voz por el teléfono que mantenía alejado de la boca cuando descolgaron del otro lado—. Estoy en el ascensor con un tipo sospechoso.

—Román, ¿eres tú?

—¿Quién va a ser, si no? Sal y échame una mano. Es grande y no colabora.

Instantes después la puerta del apartamento de Martha se abrió y el segundo escolta asomó con precaución. Llevaba la mano derecha sobre la pistola, en la cintura. Inspeccionó el desierto pasillo antes de traspasar el dintel y cerrar la puerta a su espalda con cuidado.

—Román —llamó en voz alta.

—Aquí —contestó el asesino desde la zona de ascensores. Parecía como si el que hablaba estuviera haciendo un gran esfuerzo que le deformara la voz. Un esfuerzo como sujetar a un tipo grande que lucha por soltarse.

—Román, ¿estás bien? —preguntó el segundo escolta sin decidirse a separarse de la puerta.

—¡Sí!, pero ven de una vez y ayúdame —contestó la voz forzada.

Julio se debatía entre acercarse para ayudar a su compañero o seguir las normas y quedarse con su protegido. Aquella voz sonaba rara, pero no se le pasaba por la cabeza que alguien se hubiese hecho con el móvil de su compañero. Por fin el compañerismo ganó la partida y el guardaespaldas se aproximó al ascensor.

No llegó a ver a su atacante, que, escondido detrás de una columna, le arrojó el cuchillo con letal precisión. Antes de darse cuenta de que era hombre muerto, el asesino ya estaba a su lado, recogiendo su cadáver y llevándolo al ascensor para bajarlo al garaje a hacer compañía a su colega dentro del coche.

Libre del peligro que suponía la escolta de su objetivo, subió al apartamento para terminar su trabajo. Nada más salir del ascensor, el de al lado se detuvo con un suave timbrazo, abriéndose las puertas. El asesino se escondió en el tramo de escaleras y aguardó a que el inoportuno se fuera.

Pero el ocupante del segundo ascensor era la profesora con la que estaba liado el médico. Él tenía órdenes precisas al respecto. Arrimado a la pared meditó mientras la profesora entraba en la habitación. Aquello complicaba un poco su plan. Forzar la cerradura, entrar en la habitación y encargarse de los dos sin que se dieran cuenta del peligro era complicado y a él le gustaban los planes sencillos.

Sin duda no estarían encerrados todo el día. Podía aguardar a que salieran. En campo abierto resultaría más sencillo. Resuelto el problema se dispuso a esperar.

—No hay nadie en el pasillo —dijo Martha, sin decidirse a salir de la habitación.

—¿Y qué esperabas? —contestó Ludwig propinándole un pequeño empujón—. ¿Un ejército de periodistas tratando de obtener la instantánea en la que la célebre violinista abandona la habitación de un conocido gigoló?

—Ludwig, no es normal que tus guardaespaldas no estén aquí —repuso Martha.



—Tranquila, ya verás como están en el garaje, en el coche.

—Deberían estar aquí —insistió Martha.

Ludwig dejó que su amante dijera la última palabra y, cogiéndola con suavidad del codo, se encaminaron al ascensor. Martha andaba un poco envarada mirando cada hueco del pasillo. Examinó sin disimulo los tramos de escalera mientras aguardaban a que llegara el ascensor y mantuvo la alerta hasta que se abrieron las puertas. Entraron, pero ella se lo pensó antes de pulsar el botón.

—Quizá deberíamos volver a la habitación y esperar a que suban.

—De eso nada —contestó tajante Ludwig—. No voy a permitir que nos volvamos paranoicos. Bastante me molesta tener que llevar encima continuamente dos tipos como para preocuparme porque en mi propio alojamiento se hayan perdido un momento. Si no están en el garaje, subimos. Pero ya verás como están allí.

—¿Te importa al menos que bajemos por las escaleras?

Ludwig, de mala gana, accedió para no contrariarla. Molesto por las manías de su amante, descendió hasta la planta subterránea, donde Martha abrió con cuidado la pesada puerta insonorizada que daba al garaje y la volvió a cerrar, acompañándola con la mano para hacer el mínimo ruido posible. Ludwig no sabía si reírse o enfadarse por esas absurdas maniobras.

Se encontraban en un corto y estrecho pasillo que desembocaba en otra puerta similar a la anterior pero con un ventanuco redondo. Martha, antes de abrir ésta, se asomó al ojo de buey para escudriñar el interior del garaje. No vio nada extraño.

—¿Podemos salir ya? —dijo Ludwig acompañando las palabras con la acción.

La puerta tenía un muelle en la parte superior que tendía a mantenerla cerrada. El mecanismo tardó unos cuatro segundos en cerrar la hoja, tiempo suficiente para que la pareja llegara hasta el hueco de la escalera.

El asesino se vio sorprendido por el chasquido de la puerta al cerrarse. No la había oído abrirse y, para cuando reaccionó, se encontró con ambos asomando por su izquierda.

Era un experto y no tardó nada en sacar su arma de la sobaquera, apuntar y disparar el primer tiro, que, con un suspiro, salió por la bocacha del silenciador en dirección a la cabeza del médico, el cual aún no había logrado comprender qué estaba ocurriendo.

La bala se llevó un trozo del lóbulo de la oreja derecha de Ludwig. Martha, más alerta, había reaccionado en una fracción de segundo, echándose con los brazos extendidos encima del agresor y logrando aferrar la mano que empuñaba el arma. La desvió lo suficiente para que el disparo no acertara en su objetivo.

El asesino, furioso por la intervención de la profesora, le dio un puñetazo en el rostro con la mano que tenía libre, mandándola al suelo. Martha, catapultada hacia atrás, no soltó la presa de la mano que esgrimía el arma, lo que impidió al asesino hacer puntería de nuevo.

Ludwig logró reaccionar por fin y sin pensarlo cargó contra el hombre. Su metro ochenta y cinco y sus noventa kilos de peso se estamparon contra éste, haciéndole retroceder, con el equilibrio perdido, hasta chocar contra la pared. El violento impacto lo aturdió un poco, aflojando sus dedos en torno a la automática.

Ludwig, fuera de sí, cogió la cabeza de su atacante con ambas manos y la golpeó con saña contra la pared una, dos, tres veces, hasta que se calmó lo suficiente como para ver que el hombre sangraba y que había perdido el sentido. Con la respiración agitada y una expresión demente en el rostro, se puso de pie y miró el cuerpo, allí tirado pero con vida, del agresor.

Cinco suspiros en menos de un segundo abrieron otros tantos agujeros en el rostro del asesino. Ludwig, asombrado, se giró. Detrás de él, Martha, con el odio dibujado en su cara, empuñaba el arma con ambas manos. La mirada fría y despiadada de su amante asustó al médico.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Ludwig.

—Matar a este hijo de puta —contestó Martha con rabia.

—No hacía falta —repuso Ludwig—. Estaba sin sentido. Ya no era un peligro.

—Sí, sí que lo era. Ahora no lo es.

—¿Y qué le vamos a explicar a la policía?

—¿Qué quieres explicarles? —preguntó Martha—. ¿Hace falta explicarles algo distinto a lo que ha pasado? Este hijo de perra nos atacó y logramos quitarle el arma y matarlo. ¿Qué más quieres explicar?

—¿Cinco disparos en plena cara a menos de un metro de distancia y el cráneo abierto a golpes? ¿Crees de verdad que lo considerarán proporcional?

—No lo sé —gritó furiosa Martha—. No soy policía. Sólo sé que ese tipo casi nos mata. ¿Quieres que me preocupe por él?

—Bueno. Tranquilicémonos —dijo Ludwig cogiéndose la cabeza con las manos—. Lo importante es que los dos estamos bien.

—Creía que te mataba —susurró Martha, temblando como una hoja. Soltó el arma y se abrazó a su amante.

—Pero gracias a ti sigo vivo —contestó Ludwig, más calmado—. Vamos. Creo que será mejor que subamos a tu apartamento y avisemos a la policía.

—¿El agresor estaba escondido en este hueco cuando ustedes llegaron y les disparó? —preguntó el inspector de la policía austriaca.

—Así es —contestó Ludwig.

—Es probable que su atacante aguardara el ascensor, pensando que ustedes bajarían en él, y lo sorprendieran al aparecer por las escaleras.

—Eso pensamos —repuso Ludwig, tocándose sin querer el vendaje que le habían puesto en la oreja tras haber desinfectado el lóbulo amputado.

—¿Por qué bajaron por las escaleras en vez de por el ascensor? —preguntó el inspector sin dejar de tomar notas.

—Me pareció muy extraño que los escoltas no se encontraran en el descansillo —repuso Martha con la voz rota y temblando todavía—, y pensé que igual les había pasado algo. La salida del ascensor en el garaje era un buen lugar para que nos prepararan una emboscada.

—Y no se equivocó, señorita Mazowiecki —dijo admirado el policía—. Veamos. Usted logró que su atacante errara el disparo, él la golpeó y entonces usted, doctor, arremetió contra su atacante arrojándolo contra la pared, ¿sí? En ese momento, usted, señorita, cogió el arma y le disparó. ¿Había disparado usted antes un arma?

—Hace años practicaba tiro olímpico —contestó Martha ante la sorpresa del policía y del propio Ludwig.

—Vaya. Debía ser usted muy buena. Los cinco disparos están muy agrupados. Además, el cuerpo presenta unas heridas en la parte posterior de la cabeza incompatibles con un solo golpe producto de la carga realizada por usted. ¿Cómo se explica eso?

—Dígame usted —contestó Ludwig, enfadado—. Un individuo trata de matarnos escondido en un hueco dejándonos sin defensa posible, logramos repeler el ataque y usted sugiere que nos hemos propasado. Quizá usted hubiese sido capaz de mantener la calma, haberle arrebatado el arma con una llave de judo de las que practican en la academia, leerle sus derechos y llevárselo esposado. Pero nosotros no somos policías, no sabemos judo ni tenemos esposas que ponerle, así que hicimos lo que pudimos para defendernos, yo lo golpeé y ella le disparó. No dude de que si volviera a pasar haríamos lo mismo. Aprecio demasiado mi vida y la de ella como para andar con tonterías.

—No se altere, doctor. Entiendo lo que dice, pero no sé si el juez va a ser tan comprensivo. Quizá encuentre una falta de proporción entre el peligro y el resultado. No, no, por favor. No continuemos la conversación. Dejen las explicaciones para el juez. Créanme, yo estoy de su parte.

La jueza les tuvo prestando declaración durante una hora a cada uno y por separado. Tenía las mismas dudas que el policía acerca de la racionalidad en la defensa empleada. Finalmente, y tras recibir algunas llamadas de personal de la embajada suiza y de personas influyentes, decidió dejarlos en libertad y mostrarse comprensiva ante la expeditiva manera de repeler el ataque de un desaprensivo asesino.

Ludwig y Martha abandonaron el juzgado, agarrados de la mano y sin que se pudiera disimular el alivio en sus rostros. No habían comido nada desde hacía muchas horas y, apurados como estaban, no se habían percatado del hambre que sentían. Ahora, terminado aquel desagradable trámite, sintieron el zarpazo en su estómago y decidieron regalarse una buena cena.

Montaron en el Audi A6 blindado proporcionado por la traumatizada empresa de seguridad, junto con los dos nuevos guardaespaldas, que, desde que llegaron al Palacio de Justicia, no se habían despegado ni un instante de ellos.

Martha dio instrucciones al conductor para llegar a un selecto restaurante. A pesar de no tener reserva hecha tuvieron suerte y pudieron ocupar una mesa en una esquina. Los escoltas tuvieron que conformarse con situarse en un apartado desde el que podían tener sus protegidos a la vista.

Tras la espectacular cena, regresaron en el vehículo blindado al apartamento de Martha, donde tras hacer el amor suavemente y sin prisas, los dos se durmieron, protegidos por los escoltas, que descansaban en la sala, atentos a cualquier ruido o movimiento sospechoso.

Arrojado en su cama el viejo nazi trataba de conciliar el sueño sin éxito a pesar de que la enfermera le había administrado un sedante. Cada vez dormía peor y menos tiempo, pero hoy se encontraba especialmente alterado.

Su mente viajaba una y otra vez al laboratorio, donde pocas horas antes acababa de llegar el último de los instrumentos que completaban la serie. Los técnicos, ayudados por el silencioso Hermann, habían desmontado el cajón de madera donde venía guardado y lo habían sacado de su estuche con la misma delicadeza que hubiese empleado su propietario legal.

Las primeras pruebas estaban destinadas a constatar que, efectivamente, se trataba del Piatti original. Después lo introdujeron en una cámara especial para que el instrumento reposase y se fuera acomodando a las condiciones atmosféricas.

Aquella noche los técnicos del laboratorio no descansarían. El tiempo se acababa y quedaba mucho trabajo por hacer. Los demás instrumentos se encontraban listos para ser utilizados. A lo largo de las próximas horas, y como paso previo a las siguientes pruebas, le harían una tomografía axial computerizada, para recrear en el ordenador un mapa en tres dimensiones del mismo.

Por fortuna el Piatti no necesitaría demasiados ajustes. Los técnicos estaban convencidos de que el humo y el exceso de temperatura no habían dañado el violonchelo, y las modificaciones sufridas a través de los años serían rápidamente corregidas para recuperar su sonido original. Primero debería pasar una batería de pruebas y grabaciones antes de ser introducido en la cámara anecoica, donde, finalmente, sería calibrado y afinado con exactitud.

El hecho de que el instrumento hubiese sido utilizado con regularidad por manos expertas aseguraba una pronta y mejor recuperación. Otros, sin embargo, aislados en vitrinas durante toda su vida, habían llegado sordos al laboratorio, necesitando meses de convalecencia. Con éstos los técnicos utilizaron técnicas de rehabilitación como si de un enfermo se tratara. Cada día eran tocados, al principio por un brazo mecánico conectado a un ordenador, durante unos minutos, aumentando el tiempo un poco cada

vez. Después, bajo la vigilancia aprensiva e impaciente de Pawlak, los técnicos habían ejecutado acordes con ellos, enseñando de nuevo al instrumento a dar sus primeros pasos.

El Piatti no necesitaría pasar por este aprendizaje y, Pawlak estaba seguro, se encontraría en perfectas condiciones cuando llegara el gran momento.

Aun así, no lograba calmarse y disfrutar del tan necesario descanso. Seguía lamentando el imperdonable error sufrido cuando lo habían dejado escapar durante la guerra. Claro que entonces estaban lejos de conocer la extraordinaria importancia que el violonchelo tenía para sus planes.

El violonchelo había sido propiedad de una familia judía en la Alemania anterior a Hitler. Cuando éste llegó al poder, la familia Mendelsshon, muy poderosa, fue declarada «aria honoraria». Pero no se fiaban de los nazis y sacaron del país todas las obras de arte que pudieron. Francesco Mendelsshon, en cuyas manos estaba el violonchelo, se fue a vivir cerca de la frontera con Suiza.

Por aquel entonces los nazis estaban requisando todas las obras de arte que estuvieran en manos judías y un stradivarius sería una pieza cotizada, así que Francesco compró un decrépito violonchelo con una funda parecida y, montado en su bicicleta, pasaba a menudo la aduana declarando que iba a tocar a casa de unos amigos. Los aduaneros se cansaron de examinar la estropeada funda hasta que se confiaron y dejaron de registrarlo. Francesco aprovechó la oportunidad y sacó el Piatti del país dentro de la funda a bordo de su bicicleta.

No fue la única aventura que pasó el Piatti en manos de Francesco. Años después Francesco abandonó Europa y emigró a Estados Unidos, donde, desesperado, se entregó a una vida de mujeres y alcohol. Una de las noches que llegó a casa borracho, se olvidó en la entrada el instrumento y a la mañana siguiente, cuando el camión de la basura se lo llevaba, fue salvado *in extremis* por su criada, que lo reconoció.

El nazi estaba convencido de que la salvación del instrumento no había sido casual, sino que obedecía a los designios de un ente superior que ahora lo ponía en sus manos.

Todo estaba preparado. Los alumnos escogidos interpretarían, sólo para él, el mayor y más breve de los conciertos que hubiese conocido el mundo en toda su historia.

A pesar de la alegría ante la inminente culminación de su plan, no podía evitar pensar en la pérdida de su sicario. No le importaba especialmente, pero lamentaba que no hubiese llevado a cabo el trabajo. El médico suizo seguía vivo y podía suponer un peligro.

«Nada de eso tiene ya importancia», se repitió una vez más. Quedaban solamente treinta y tres horas para que se produjera el solsticio de invierno. En ese momento el

sol parecería detenerse en el cielo. A partir de entonces el astro rey volvería a calentar la zona norte del planeta, la única que tenía importancia para los nazis, el momento en que la luz ganaría la batalla a la oscuridad, el campo se deshalaría y renacería la vida en todo su colorido, un año más.

Pero esta vez sería diferente. Friedrich Schäuble, alias Alexander Pawlak, iba a cambiar para siempre el orden del Universo.

## BENJAMÍN (*HIJO DE LA DIESTRA*)

*Ajaron ajaron javiv.*

(El último de todos es el más querido).

Refrán hebreo

DOMINGO 21 DE DICIEMBRE. 08:15 HORAS.

VIENA, APARTAMENTO DE MARTHA MAZOWIECKI.

**C**on un sobresalto, Ludwig se despertó. La habitación se hallaba a oscuras, el sol aún no había salido. Acababa de tener un mal sueño, del que no recordaba nada, y se sentía un tanto confuso. «Estoy en el apartamento de Martha —se dijo—, han intentado matarnos pero estamos bien».

Satisfecho y contento por tener al lado a la mujer que había comenzado a amar, alargó la mano por debajo del edredón. El lugar donde debería estar Martha se encontraba vacío. Ludwig se giró y examinó la habitación: nadie. ¿Estaría Martha en el baño o en la cocina? Podía ser, pero su lado de la cama estaba frío.

Se levantó y, poniéndose encima un albornoz, abrió la puerta y se acercó al escolta que estaba de guardia mientras su compañero dormía, vestido y tapado con una manta, en el sofá.

—Disculpe —dijo Ludwig—, ¿ha visto a la señorita Mazowiecki?

—Sí, señor —contestó el guardaespaldas dejando sobre la mesa la revista que estaba leyendo. Se trataba de un individuo no muy alto, atlético, de tez pálida, con el poco pelo que le quedaba muy corto y unas gafas graduadas sin montura, que, a pesar de su aspecto poco peligroso, era el jefe de su compañero, un gorila de metro noventa, moreno, con perilla, de más de un centenar de kilos y unos brazos como las piernas de Ludwig—. Salió hace poco más de dos horas. Me dijo que no quería despertarlo, que debía hacer una gestión y que no la esperase antes de mediodía. Insistió en que no necesitaba que la acompañáramos y que nos quedáramos con usted.

—¿Dijo adónde iba? —preguntó el médico, alarmado. ¿Una gestión a las seis de la mañana de un domingo? ¿Y por qué no le había dicho nada?

—No, señor, no dijo nada más —contestó el escolta, comenzando a inquietarse—. Nos aseguró que se encontraría segura y que ya lo había hablado con usted. ¿Hay algún problema?

—No. Imagino que no. No se preocupe, gracias —contestó Ludwig y se volvió a meter en la habitación.

¿Dónde podía ir a esas horas? Otra vez los celos comenzaron a corroerlo. ¿Habría ido a visitar a su antiguo amante? La comprensión de la que antes hacía gala,

teniendo como una virtud su no injerencia en la vida privada de sus acompañantes, se estaba descomponiendo. Ahora no quería ni pensar en Martha rodeada por los brazos de otro hombre.

Tenía que ser eso. ¿Adónde, si no, iba a ir? Debía encontrarse sin duda con la misma persona con la que había estado en sus ausencias anteriores, incluso momentos antes de empezar el concierto, dos días atrás.

Además, ¿donde había estado la noche del incendio, cuando se perdió entre el gentío que huía? Ella aseguraba que la habían trasladado sin sentido a un hospital, donde había quedado ingresada toda la noche, pero ¿era cierto? A la mañana siguiente Ludwig recordaba haberse despertado destrozado y con dolor de cabeza producto de la intoxicación por humo y el estrés pasado, mientras que Martha, cuando apareció, llegó fresca como una rosa.

Los celos lo atormentaban como nunca antes lo habían hecho. Al igual que el incendio del palacio de la música había comenzado con un pequeño foco de luego, extendiéndose rápidamente hasta devorarlo todo, los celos empezaron a consumirlo. Ya ponía en duda cualquier cosa que su amante le había contado y, atormentándose, cada vez se exaltaba más.

Marcó el número del móvil de Martha. Una voz grabada le informaba de que el teléfono marcado estaba fuera de cobertura. Enfadado, aguardó su llegada hasta media tarde, como un león enjaulado, sin que ésta hiciese acto de presencia.

Decidió que no podía quedarse allí encerrado esperando a ver qué sucedía. Se vistió y, seguido por los alarmados escoltas, que lo vieron salir del apartamento hecho una furia, tomó el ascensor y bajó a la planta baja, donde el portero limpiaba los cristales del portal a pesar de ser domingo.

—Buenas tardes —saludó Ludwig—. ¿No habrá visto hoy por casualidad a la señorita Mazowiecki?

—No señor, no la he visto —contestó el hombrecillo, un viejito que había pasado ya la edad de jubilación pero que se aburría en casa y continuaba con su labor para sentirse útil, algo que los vecinos toleraban de buena gana—. Pero mi mujer, que sufre insomnio la pobre, me ha comentado, cuando me he levantado, que la ha visto desde la ventana salir muy pronto. Sobre las seis más o menos. Parecía ir con prisa, eso es lo que me ha dicho.

—No le habrá dicho hacia dónde se dirigía, ¿verdad? —preguntó sin mucha fe, Ludwig. ¿Qué más daba que hubiese ido para la derecha que para la izquierda?

—Me ha comentado mi señora —contestó el anciano, deseoso de colaborar con aquel caballero tan importante que necesitaba escolta—, que ha cruzado la calle y llamado a un taxi.

—¿Un taxi, eh?

—Eso me ha dicho.

Ludwig dio las gracias al portero y salió pensativo a la calle, ajeno a las maniobras profesionales de sus guardaespaldas, que peinaban con la mirada la calle



para detectar cualquier peligro. Sumido en negros presagios, entró en la cafetería de enfrente y pidió una cerveza y el listín telefónico.

Sentado a una mesa, en un rincón, examinó la guía de teléfonos. Había varias compañías de taxis. Probó a marcar el primer número.

—Central de taxis Hermanos Schuschnigg —contestó una voz femenina—. Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Buenas tardes —contestó Ludwig—. ¿Me podría decir por favor si esta mañana han recogido a una mujer cerca de la catedral de San Esteban, sobre las seis de la mañana?

—Lo siento, señor —contestó la telefonista mientras por detrás se oían las comunicaciones de los vehículos en servicio—, no damos ese tipo de información.

—Soy el doctor Dreifuss —contestó Ludwig improvisando sobre la marcha—. Se trata de mi mujer. Es diabética y se le ha olvidado la insulina en casa, tengo que llevársela urgentemente.

—Aguarde un momento, señor, veré qué puedo hacer —dijo la chica.

Ludwig oyó unos cuchicheos, como si la telefonista estuviera tapando el micro con la mano y consultando con alguien. Al cabo de un rato la chica volvió a ponerse al aparato:

—Lo siento, señor. No nos consta haber hecho ningún servicio a esa hora cerca de la catedral.

—Gracias, señorita —dijo Ludwig antes de colgar.

Pasó al segundo número de la lista y marcó. En esta ocasión contó directamente la historia de la mujer diabética a la que le podía dar una acidosis cetónica si no recogía su insulina. Salvo una telefonista de mediana edad, que no hacía más que disculparse por no poder facilitar la información requerida, ya que iba en contra de las normas, pero que finalmente cedió viendo que Ludwig insistía y que no habían realizado ellos el servicio, las demás operadoras se mostraron serviciales.

Con la sexta compañía de taxis hubo más suerte.

—En efecto, señor. Sobre esa hora hemos recogido a una mujer joven en esa zona.

—¿Podría decirme adónde la han llevado?

Más cuchicheos por el teléfono. El encargado de la centralita buscaba asesoramiento sobre la idoneidad o no de facilitar semejante información.

—Disculpe, señor —dijo el hombre al otro lado de la línea—. Es una información restringida. Quizá si usted se acercara a nuestras oficinas...

—Lo entiendo —contestó Ludwig tratando de parecer conciliador—. El caso es que estoy en casa con mis hijos pequeños y no tengo manera de que nadie se haga cargo de ellos.

Otra tanda de cuchicheos con la mano sobre el micrófono del teléfono.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba, señor? —preguntó la voz.

—Soy el doctor Dreifuss, Ludwig Dreifuss. Soy ciudadano suizo. Apunte, por favor, mi número de pasaporte.

Con paciencia fue repitiendo los datos un par de veces, para que el telefonista, haciéndose el despistado, contrastara que los datos eran siempre iguales y que no se los inventaba sobre la marcha.

—Gracias, doctor Dreifuss —dijo al final el telefonista—. Nuestro taxi llevó a su mujer al aeropuerto internacional.

Ludwig agradeció la información y apagó el teléfono móvil, cada vez más confundido. El aeropuerto. ¿Para qué habría ido Martha al aeropuerto? Volvió a hacer un nuevo intento de llamarla con el mismo resultado: fuera de cobertura.

La cerveza seguía intacta. En la mesa contigua el gorila se zampaba unos huevos con beicon y unas tostadas, todo regado con cerveza sin alcohol. Su compañero, el que había informado a Ludwig de la ausencia de Martha, había terminado ya su bocadillo de salchicha y no dejaba de controlar discretamente el rostro de su protegido.

El escolta tocó el brazo de su colega, que seguía engullendo, sin dejar de observar el movimiento interior y exterior del establecimiento, a través de la ventana. Limpiándose de los labios una gota de huevo, miró inquisitivo a su colega. Éste le hizo un gesto inequívoco: se marchaban.

Dejando la servilleta sobre la mesa y tras apurar de un trago lo que quedaba de cerveza, el gorila se puso en pie y salió fuera del local, revisando con la mirada la calle arriba y abajo. Tras él salió el médico con el otro escolta y se dirigieron al subterráneo del edificio de Martha.

—Vamos al aeropuerto, por favor —dijo Ludwig.

El gorila, que iba al volante, arrancó el vehículo y salieron del garaje, donde sus compañeros habían hallado la muerte unas cuantas horas atrás. Sumándose al escaso tráfico que había, se encaminaron hacia la terminal.

En el aeropuerto los tres hombres se dirigieron a la zona de embarque. Ludwig no sabía qué hacer para encontrar el destino de Martha. Podía ir compañía por compañía contando la misma historia que había endosado a las empresas de taxis, para ver si le decían algo, pero una cosa era llevar insulina a alguien que había cogido un taxi y se la había olvidado en casa y otra un avión. Qué iba a decir, ¿que quería coger un vuelo para darle la insulina? ¿O para avisar a su mujer de que uno de los niños se había puesto de repente enfermo?

Mientras estaba cavilando miraba las pantallas donde se indicaban las llegadas y las partidas de los vuelos del día. Madrid, Lisboa, Nueva York, Barcelona, Brescia, Milán, Hamburgo... De pronto algo se activó en su cerebro. Uno de los vuelos que había salido a las siete y media tenía como destino Brescia. Si no se equivocaba, Brescia se encontraba no muy lejos de Cremona, la ciudad donde nació Antonius Stradivarius.

Los otros destinos no le decían nada. Cremona. Era demasiada casualidad. Con la corazonada de haber acertado, se acercó a la ventanilla de la compañía.

—Buenos días. Mi mujer, Martha Mazowiecki, debía coger el vuelo de las siete y media de la mañana para Brescia. ¿Podría confirmármelo, por favor? Llegaba un poco apurada de tiempo y no hay manera de contactar con ella.

La azafata no sospechó nada de aquel apuesto hombre que le dedicaba una cautivadora sonrisa y miró la pantalla de su ordenador. Enseguida apareció la información requerida. Efectivamente, la señora Mazowiecki había viajado en ese vuelo, llegando a su destino con puntualidad y sin contratiempos.

Por el momento no podía hacer nada más. Se alejó de la ventanilla y estudió los vuelos que debían salir. El que tenía su destino más próximo a Cremona era un vuelo a Milán que despegaba a la una de la madrugada. Ludwig miró su reloj. Eran las siete de la tarde. En coche tardaría más de siete horas. No adelantaba nada. Debía esperar el vuelo de medianoche.

Furioso, frustrado, y a la vez temeroso, regresó al apartamento con sus escoltas. Hasta la hora de volver al aeropuerto no hizo otra cosa que cambiar espasmódicamente de canal en de televisión, mirar la hora y el móvil. Probó suerte cuatro o cinco veces más, pero siempre salía la misma voz informándolo de que el número estaba fuera de servicio.

Dos horas antes de que el avión despegara ya se encontraba en la sala de espera. Sus escoltas esperaban pacientemente. Ya le habían comunicado que no podían salir del país armados y que deberían cumplimentar los requisitos necesarios para obtener los permisos correspondientes. Pero Ludwig no tenía la menor intención de aguardar ningún tipo de trámite. En el estado de nervios en el que se encontraba era capaz de enfrentarse a cualquiera que se pusiera por delante, así que ¿para qué llevar escolta?

Cuando llamaron para embarcar Ludwig pasó el primero, como si de esa forma el avión pudiera despegar antes. En su asiento, con el cinturón abrochado, cerró los ojos y trató de imaginar, una vez más, cuáles eran las intenciones de ella. ¿Para qué querría ir a Cremona? Eso si su corazonada era cierta y realmente se había dirigido a la ciudad lombarda, cosa que no dudaba. No se le ocurría ningún motivo para semejante destino por más que le daba vueltas en su cabeza.

Las puertas del avión se habían cerrado, los motores habían cobrado potencia, empezando a rodar el enorme aparato, y las azafatas recorrían el pasillo, bajando las tapas de los portaequipajes situados sobre las cabezas de los pasajeros, cuando sonó el móvil de Ludwig, al que se le había olvidado apagarlo. Pensando que pudiera tratarse de Martha, se apresuró a cogerlo. No era ella, sino el inspector Herrero.

—Hola, inspector —dijo Ludwig tratando de no elevar demasiado la voz y de contener la impaciencia—. ¿Cómo se encuentra? Disculpe pero no lo oigo bien. No, no me encuentro en España. Ahora mismo estoy en un avión en el aeropuerto de Viena dirección a Milán. ¿Cómo? No lo oigo, inspector, hay mucho ruido. Martha ha

desaparecido y creo que va a Cremona, por eso he cogido el vuelo a Milán. ¿Qué dice? —preguntó agachando la cabeza y tapándose el otro oído, sin resultado.

—Señor, vamos a despegar —dijo una azafata tocándole en el brazo—. Tiene que desconectar el teléfono.

—Sí, de acuerdo —contestó Ludwig y, quitando la mano del micrófono, se despidió del policía—. Tengo que apagar el teléfono inspector. No sé si puede oírme, yo a usted no. Cuando llegue a Milán lo llamo.

DOMINGO 21 DE DICIEMBRE. MEDIANOCHE. MADRID.

DOMICILIO DEL INSPECTOR JEFE PABLO HERRERO.

El policía, sentado en el sillón, ni se percataba de lo que echaban en la televisión. Su mujer, en el sofá, se divertía con un programa en el que unos descerebrados aceptaban ser encarcelados en una casa comunal donde no podían hacer otra cosa que insultarse los unos a los otros, establecer pactos que pronto rompían y ataques salvajes en una degradación progresiva de su condición humana, mientras eran grabados por diferentes cámaras en lo que la presentadora llamaba un «experimento sociológico».

De vez en cuando la buena mujer hacía un comentario sin aguardar respuesta. Muchos años de convivencia tendían a hacer rutina, algo que al matrimonio le gustaba. Para ellos significaba una vida apacible y tranquila, sin sacudidas, en amistosa compañía.

Habían pasado la mañana dando un paseo por el parque del Retiro, tras asistir a misa de diez. Después habían comido en casa el arroz a la cubana con filete de ternera y yogurt natural de postre de todos los domingos, y Herrero se había acostado para echar la siesta mientras su mujer llamaba a su hermana. El resto de la tarde había estado consagrada a los espacios televisivos, con preferencia a aquellos que *informaban* sobre la salud y las andanzas de la gente famosa.

El inspector, entre tanto, revisaba nuevamente el *dossier* del rabino Liebnitz. Con la carpeta abierta sobre su regazo, examinaba una y otra vez la documentación archivada y sus traducciones, así como las pésimas fotografías.

En algún sitio tenía que haber algo. ¿Por qué, si no, se habían tomado la molestia de atentar contra un pobre viejo y disfrazar el asesinato como si fuese una salvajada de unos jóvenes neonazis?

¿Y por qué habían tratado de matar al médico y su compañera si éstos no sabían nada? ¿Tan cerca se encontraban de dar con algo? Pero ¿qué era ese algo?

Herrero estaba al corriente del último atentado en el garaje de la casa de Martha en el que habían muerto los escoltas y el asesino. También conocía el robo, el día anterior al atentado frustrado, del último de los instrumentos de la lista, pese a que la policía austriaca, a la que había llamado y donde tenía un antiguo colega al que había

conocido en un cursillo sobre medicina forense, había prometido someter el instrumento a una vigilancia discreta mientras se hallara en aquel país.

Seguía pasando una a una las hojas sin prestarles demasiada atención. Se sabía de memoria el contenido. Una vez recibidas las traducciones las había estudiado a conciencia. ¿Qué era aquello que se encontraba delante de sus narices y que podía poner en peligro a los asesinos?

—Pablo, ¿te apetece un vaso de leche con unas galletas? —le preguntó su mujer en uno de los intermedios, levantándose para ir a la cocina—. Yo me voy a hacer una infusión.

—Muy bien, cariño —contestó distraído Herrero, y continuó con la revisión del material reunido por el anciano judío. Un listado, una carta, una foto, un *dossier*, una entrevista, otra foto, otra lista con numerosos nombres tachados y alguno subrayado, otra foto...

De pronto se incorporó en su sillón, cubierto con unas tapas de ganchillo, provocando un susto de muerte a su mujer, que en esos momentos entraba cargada con una bandeja. El vaso de leche a punto estuvo de caer al suelo.

—Pablo, ¿estás bien? —preguntó la mujer, alarmada.

El inspector sujetaba una fotografía de tan mala calidad como las restantes. En ella aparecían varias personas, casi todas luciendo uniformes nazis. Una de ellas, la figura principal, era un hombrecillo de gafas redondas al que Herrero reconoció como el jefe de las SS y de la Gestapo, uno de los más importantes ayudantes de Hitler y cerebro del genocidio, Heinrich Himmler. El genocida estaba dando la mano a un sonriente soldado lleno de condecoraciones situado en una fila de unas ocho personas.

Herrero había visto esta foto varias veces sin advertir nada extraño. Sin embargo en esta ocasión se fijó en algo de lo que no se había percatado antes. Con el cuerpo medio tapado por el deforme jefe de las SS, esperando su turno en la fila, había un hombre alto y delgado, vestido de civil. También sonreía y, a pesar de que se hallaba desenfocado, Herrero pudo reconocer, sin asomo de duda, un rostro que ya había visto antes.

Sin aguardar un instante, y haciendo oído sordos a los requerimientos de su mujer, que ya se hallaba a su lado, temiendo que le hubiese ocurrido algo, sacó su anticuada libreta de teléfonos y buscó el número que necesitaba. Tras unos cuantos timbrazos, una voz con mucho ruido de fondo, que hacía imposible la comunicación, contestó.

—Doctor Dreifuss —dijo levantando la voz—. Soy el inspector Herrero. Yo tampoco lo oigo bien. ¿Dónde se encuentra? ¿Está en España? Le pregunto si está en España. ¿A Milán? ¿Que la señorita Mazowiecki ha desaparecido? ¿Dónde? Escuche, tengo que hablar con usted. No, no me cuelgue es importante que hable con usted. Mierda.

Herrero colgó el teléfono con fuerza y se puso en pie. Su mujer ya había intuido que se trataba de trabajo y que su marido estaba perfectamente, y se había vuelto a centrar en el programa, que continuaba después del descanso.

El inspector, libreta en mano, marcó otro número.

—Comisario Martín, soy Herrero —dijo cuando se estableció la comunicación—. Disculpe que le moleste a estas horas. Tengo que verlo ahora mismo, es importante.

## MADRUGADA DEL LUNES 22 DICIEMBRE. AEROPUERTO DE MILÁN.

Esta vez Ludwig, sin equipaje, fue el primero en abandonar el aparato y pasar por el control de la policía. Con paso rápido, se dirigió a la salida del aeropuerto e hizo un gesto a un taxista.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chófer en italiano.

—¿Habla usted inglés? —inquirió el médico y, ante la respuesta afirmativa, continuó en este idioma—: Bien. A Cremona, lléveme lo más rápido que pueda, por favor.

—Muy bien, señor —contestó el taxista, contrariado. Llevaba toda la tarde del domingo de servicio y quería irse para casa ya. Por suerte, con la carrera, más la propina que esperaba sacar, podría permitirse coger fiesta al día siguiente.

Cuando iba a salir del estacionamiento tuvo que frenar para dejar pasar a dos vehículos de la policía que, con las sirenas puestas, se detuvieron ante las puertas del aeropuerto. Varios agentes salieron a la carrera hacia el interior del edificio.

—Vaya, ¿qué sucederá? —dijo el taxista, tratando de iniciar una conversación. Ante el silencio del pasajero se dio cuenta de que el recorrido hasta Cremona iba a ser bastante aburrido.

El taxista pisaba sin miedo el acelerador. Era de noche y los radares no funcionaban. La circulación era escasa y el viajero no parecía inmutarse cuando la aguja subía. ¿No había dicho que se diera prisa? Cuarenta y cinco minutos después entraba en Cremona.

—¿Dónde quiere que lo deje?

Ludwig había estado pensando en ello durante el viaje. Si, como era presumible, Martha había cogido un taxi en Brescia, como lo había hecho él en Milán, tendría que rastrear el trayecto al igual que hiciera en Viena.

—Déjeme cerca del centro. En algún hotel.

El taxista detuvo su vehículo frente al hotel Delle Arti Design, en la vía Bonomelli, cerca de la catedral románica. Cuando se bajó del taxi, Ludwig pagó la carrera y añadió una magnífica propina al satisfecho chófer, que le entregó una tarjeta personal por si su generoso cliente volvía a necesitarlo.

Ludwig se metió la tarjeta, sin prestar atención, en un bolsillo de la cazadora, y entró en el hotel.

—Buenas noches —dijo en inglés al adormilado empleado—. Querría una habitación.

Entregó su pasaporte y la tarjeta de crédito. Mientras lo registraban solicitó el listín telefónico. No venía la zona de Brescia. Llamó a información y pidió todos los teléfonos de las empresas de taxis de Brescia.

Diez minutos después llamaba por teléfono desde su habitación. Se le había terminado la batería de su móvil y no había apuntado en otro sitio el número del inspector Herrero. Ni siquiera tenía ganas de hablar con él en ese momento, así que el policía tendría que aguardar a que encontrara a Martha. De momento, las gestiones urgentes eran con las compañías de taxi.

Probó primero a llamar a Martha. Como esperaba, su móvil estaba fuera de servicio. Después tecleó el número de la primera compañía que le habían facilitado. En esta ocasión les decía a los operadores que su mujer había llegado al aeropuerto de Brescia el día anterior pero que no sabía nada de ella y que su móvil no funcionaba. Él aguardaba en Cremona y estaba preocupado pues, siendo extranjera, sin saber nada de italiano y dada su delicada salud, temía que le hubiese ocurrido algo malo. Lo más difícil fue hacerse entender, ya que no todos hablaban inglés.

Por fin dio con una agencia que recordaba haber realizado un servicio desde el aeropuerto de Brescia a Cremona, trasladando a una señorita que coincidía con la descripción de Ludwig. La empleada que lo atendió tuvo la cortesía de facilitarle el teléfono del taxista para que hablara personalmente con él.

—Sí, señor —gritaba el hombre en un incomprensible inglés. Estaba conduciendo a la vez que hablaba. No daba la impresión de estar utilizando un manos libres—. Recogí a la señorita ayer al mediodía en la terminal y la llevé a Brescia. Más tarde me llamó, porque le había dado mi tarjeta y hablo inglés, como puede usted comprobar, para que la llevara hasta Cremona. La he dejado en la plaza de Roma a eso de la una de la mañana. De nada, ha sido un placer.

La plaza de Roma. ¿No le había dicho Martha que antiguamente se llamaba plaza de San Domenico y que allí era donde Antonius Stradivarius abrió su taller? Sin comprender nada, salió de la habitación y pidió al conserje de noche un taxi. Nervioso como estaba, prefirió esperarlo en la calle.

Instantes después por la desierta calzada aparecieron los faros de un coche. Según se iban acercando el vehículo fue frenando su marcha y arrimándose a la acera, donde aguardaba Ludwig, que, pensando que se trataba del taxi solicitado, hizo un gesto con la mano.

El Mercedes se detuvo a su lado y dos individuos altos y fuertes se bajaron del mismo. Sin decir una sola palabra, mientras uno lo encañonaba con una pistola, el otro lo obligó a entrar en el vehículo, que arrancó en cuanto todos se encontraron dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó a gritos Ludwig—. ¿Qué quieren?

Los matones no contestaron. Eran tres, los dos que lo habían forzado a subir y el conductor. Iban vestidos con buenos trajes, el pelo cortado a cepillo y llevaban unos pinganillos en los oídos para comunicarse. El copiloto hizo una breve llamada y, en alemán, informó a la persona que estaba al otro lado de la línea de que el trabajo estaba hecho y de que iban al lugar convenido.

No tardaron en llegar a las puertas de un edificio moderno de cuatro plantas, una magnífica combinación de cristal, acero y piedra, iluminado por unos estratégicos focos situados en el frondoso jardín. El vigilante del recinto, avisado, tenía las puertas dobles de la verja abiertas. Las cerró en cuanto el Mercedes hubo entrado. Una vez detenido el coche, los matones hicieron bajar al médico y tomaron un ascensor. Ludwig hacía rato que había desistido de pedir cualquier tipo de información. Estaba claro que aquellos tipos no iban a proporcionársela y posiblemente no tardaría en averiguar lo que le esperaba.

El ascensor abrió sus puertas en el último piso y los tres salieron. Al fondo del pasillo, de la única puerta que había, asomó un hombre vestido de manera muy parecida a sus captores.

—Doctor Dreifuss, acompáñeme por favor.

Todo en aquel individuo resultaba atemorizador. Como los otros, tenía los ojos claros, pero éstos parecían los de un demente, desprovistos de cualquier tipo de emoción. Ludwig, asustado a su pesar, se limitó a cumplir la orden y cruzó la puerta que le sostenían. Los matones que lo habían secuestrado volvieron al ascensor y desaparecieron.

Ludwig observó la estancia donde se encontraba. Se trataba de un auditorio. El alto techo era escalonado y estaba recubierto con poliedros revestidos de algún material especial, sin duda para mejorar la acústica. Las paredes estaban forradas de gruesas planchas de lo que parecía madera maciza, sin ventanas y con la puerta por la que había entrado como única abertura. No tenía más mobiliario ni decoración que doce sillas, sobre las que descansaban doce estuches.

La mayor peculiaridad de la sala era que estaba compuesta por doce paredes, ocupando cada silla una de ellas, mirando al centro del dodecaedro.

Mientras Ludwig trataba de pensar qué estaba ocurriendo, la puerta volvió a abrirse y por ella apareció un anciano con una imponente presencia. El hombre que lo había conducido a la sala permanecía alerta, de espaldas a la puerta, con las manos cogidas por delante.

—¡Ah!, doctor Dreifuss. Ya está usted aquí —saludó el anciano—. Tenía ganas de conocerlo. Nos ha dado mucho trabajo.

—¿Quién es usted? —preguntó acalorado Ludwig. La sala insonorizada amortiguaba las voces.

—Me llamo Alexander Pawlak —contestó el anciano, caminando hacia el centro de la sala—. Imagino que esto no le dirá nada. Es el nombre que utilizo desde que



terminó la guerra. El verdadero es Friedrich Schäuble, ¿le suena? Sí, ya veo que sí. Nuestro querido amigo, el rabino, le habrá hablado de mí. Bien, eso facilita las cosas.

—¿Para qué me ha traído aquí? —preguntó Ludwig.

—¿No quería venir? —dijo Schäuble, fingiendo asombro—. Mis hombres lo han acompañado desde un hotel en esta ciudad. ¿Por qué querría usted venir a Cremona si no era para visitarme? Digamos que le he facilitado el trabajo. De otra manera no hubiese podido llegar hasta aquí. Hermann —añadió señalando al guardaespaldas, que no se había movido de la puerta— no le hubiese permitido la entrada.

—¿Y dónde se supone que estamos? —preguntó Ludwig, a quien la inmovilidad del guardaespaldas lo atemorizaba. Aquel hombre destilaba peligro por todos los poros de su cuerpo.

—Ésta —repuso orgulloso el nazi, abriendo los brazos para abarcarlo todo— es la Escuela Superior de Violín Antonius Stradivarius. Fue construida hace unos cuantos años, gracias a generosas donaciones anónimas, para alumnos aventajados de violín, viola y violonchelo. En realidad las donaciones fueron mías. Ésta es mi creación.

Ludwig tuvo el convencimiento de estar en manos de un loco. Aquel hombre era el que había mandado asesinarlo, fallando su esbirro por dos veces. Ahora se hallaba en sus manos y no volvería a errar. El hombre apostado en la puerta aguardaba sin duda la orden para hacerlo. ¿A qué venía tanta charla? ¿Por qué no lo mataba ya?

¿Y dónde estaba Martha? ¿La habrían atrapado también? No sabía si preguntarle por ella al viejo. Al final optó por no hacerlo. Si la tuvieran en su poder se lo hubiesen dicho. Era mejor no llamar la atención sobre ella.

—¿No se supone que usted estaba muerto? —preguntó el médico. Se acababa de acordar del informe que el inspector Herrero le había mostrado sobre los cuatro nombres de antiguos científicos nazis que el rabino sospechaba pudieran estar tras aquel asunto. Según el informe de la Interpol, los cuatro habían fallecido.

—Se fingió mi muerte, como la de otros muchos, para encubrirme —contestó tranquilamente el viejo—. Es algo muy corriente.

—¿Cómo lo logró?

—Venga, acompáñeme —dijo el nazi encaminándose hacia la puerta—. En mi despacho estaremos más cómodos y podremos sentarnos. Tenemos tiempo aún y, si le parece, sostendremos una pequeña charla.

El guardaespaldas abrió la puerta y la sostuvo hasta que el médico abandonó la estancia. En el ascensor bajaron a la planta inmediatamente inferior. Allí el pasillo contenía tres puertas. Schäuble abrió una de las dos de la derecha.

Era un despacho muy amplio con un gran ventanal, una mesa de madera oscura ocupaba el centro de la estancia, sobre una gruesa alfombra oriental. Sobre el escritorio sólo se veían un par de carpetas bien ordenadas y un vaso con lápices y bolígrafos de distintos colores.

El nazi se sentó en un sillón de ruedas e hizo un gesto para que Ludwig hiciera lo mismo en una de las dos sillas colocadas al otro lado de la mesa y, de un cajón, sacó

un sucio y estropeado librito. A Ludwig se le aceleró el corazón. Aquélla debía ser la Biblia de Stradivarius de la que le había hablado el rabino.

—Yo no hice nada —dijo Schäuble contestando a la pregunta que le había formulado antes el médico—. Soy físico y mi trabajo es otro. Un día, cuando estaba terminando la guerra, vinieron unos hombres al instituto donde trabajábamos. Nos ordenaron apilar toda la documentación que pudiera caer en manos del enemigo y prepararnos para escapar. Después nos llevaron en un autocar escolar hasta Italia y allí nos dejaron en distintos puntos. Yo estuve escondido en un convento durante un par de años, hasta que disminuyó la presión. Sí, no se sorprenda. La Iglesia ayudó a los nazis. Por motivos económicos, pero también políticos. Los rusos eran ateos, los americanos e ingleses protestantes. Tenía mucha influencia que perder, no se escandalice.

»Sigamos: el objetivo prioritario de los aliados fue la búsqueda de cerebros para llevárselos a su país. Físicos amigos míos que trabajaban en la preparación de la bomba nuclear fueron secuestrados por americanos, ingleses, franceses y rusos. Cuando no encontraron más científicos que robar, se dedicaron a enjuiciar a los militares capturados y más tarde perdieron interés por el resto. El mundo seguía rodando, y la carrera por el poder en el Nuevo Orden Mundial estaba en pleno apogeo.

»Así las cosas, pude abandonar el convento y me asenté en Polonia con la ayuda de una organización de antiguos nazis. Allí me casé, encontré un empleo como farmacéutico y continué las investigaciones sobre la Biblia de Stradivarius, que me había llevado conmigo. Me dijeron que habían quemado toda la documentación que se había quedado atrás, pero algo no ardió porque el maldito judío nos descubrió. Mis compañeros en el proyecto murieron después, pero no importaba. Yo tenía los conocimientos y el empeño para buscar la clave.

—¿Por qué todo esto? —preguntó Ludwig tratando de ganar tiempo. Aquel demente podía cambiar de opinión en cualquier momento y decidir que era mejor acabar enseguida con él.

—¿No lo sabe? —se extrañó el nazi, acariciando el libro—. Creía que el rabino se lo habría explicado.

—Me contó todo lo que sabía, lo cual no era mucho.

—¿Y usted lo cree? —repuso con ironía Schäuble—. Los judíos son mentirosos por naturaleza.

—Me habló —continuó Ludwig sin hacer caso del comentario despectivo— de un grupo de nazis que buscaban doce instrumentos concretos construidos por Stradivarius, ya que éstos guardan un secreto que el laudero escondió en ellos. Según el rabino, este secreto sería capaz de abrir las puertas del Cielo, pero no sabía explicar en qué consistía esta *apertura*.

—Vaya, veo que sobreestimé la inteligencia de ese judío —reflexionó en voz alta el nazi—. Quizá los asaltos contra ustedes resultaron innecesarios.

Ludwig no se dejó engañar por el eufemismo utilizado por el viejo. Sabía que éste no se arrepentía de los atentados por motivos humanitarios, sino por el peligro inútil que había corrido con ellos.

—También me habló de Pitágoras y su teoría de la música de las esferas, de la relación entre la música y las matemáticas.

—Todo muy vago —contestó Schäuble, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Me decepciona su rabino. Debí haber supuesto que no sabía nada.

—Creo que con lo poco que tenía llegó muy lejos, teniendo en cuenta que todo esto es una locura y carece de cualquier lógica —dijo Ludwig defendiendo al rabino.

—¡Bobadas! Malgastó su vida persiguiéndome. Ni siquiera llegó a saber quién era yo —dijo el anciano escupiendo las palabras, como si le dejaran un mal sabor en la boca—. Imagino que le hablaría de Jacob, ¿me equivoco? Bien, Jacob no fue el único que recibió este regalo de los dioses, pero gracias a él ha llegado hasta nosotros. Usted sabe que, según la Biblia, Jacob escapó gracias a que Rebeca, su madre, lo advirtió de las intenciones de Esaú, su hermano, de matarlo por haberle robado la bendición paterna. ¿Conoce el significado de «Jacob»? Quiere decir «el que pone la zancadilla o el que suplanta a otro». Apropiado, ¿no le parece? Creo que es una definición justa para definir a toda esa raza.

»Como comprenderá el robo tiene más importancia que una simple bendición de un padre. Mediante esta fórmula, el que la recibía se convertía en el jefe de la casa, es decir, todos los demás, hermanos, primos, mujeres y niños, debían obedecerlo. Esaú era el elegido por Isaac, su padre, para dirigirles cuando él muriera y Jacob, al suplantar a su hermano, se apropió de esa bendición que el padre no podía deshacer.

»Así que Jacob escapó y, estando en el desierto, se le apareció Dios sobre lo alto de una escalera y le habló. Le dijo que le daría la tierra en que dormía, a él y a sus descendientes. También le dio la fórmula para que se cumplieran sus palabras pero Jacob no supo qué hacer con ella. Tras el sueño, siguió su camino y llegó a la casa de su tío Haran, donde se casó con su prima Raquel.

»Jacob tuvo doce hijos, no todos con su legítima mujer. La fórmula recibida de Dios la fragmentó en doce partes y dio una a cada uno de sus hijos, formando las doce tribus de Israel, que se extendieron por toda la tierra. Durante siglos, el que dirigía cada tribu poseía como señal el fragmento de la fórmula.

—Que Dios eligiera a los judíos para entregar su fórmula... ¿No le hace pensar? —preguntó Ludwig mordaz.

—No me venga con proselitismo barato —repuso Schäuble, molesto por la interrupción—. Dios entregó esta fórmula a lo largo de la historia a otros pueblos, con la única diferencia de que la que ha llegado hasta nosotros es la de Jacob. Si no tiene ninguna otra aportación que hacer, continuaré con mi relato.

»A través de los siglos los fragmentos fueron heredados por los sucesivos jefes de las tribus. Después, todo se perdió, al igual que ocurrió con la famosa Arca de la

Alianza, pero los fragmentos, como los mandamientos, traspasaron las paredes de las urnas donde estaban encerrados.

»¿Quién y cómo los reunió? No le sabría decir. Imagino que algo tendrían que ver las cruzadas y los expolios cometidos en Tierra Santa por los ejércitos cristianos. El caso es que la fórmula entera llegó hasta un tal Christian Rosenkreuz a principios del siglo XV.

»¿Le habló el rabino de él? Bien. Luego le explicaré por qué es importante, pero los rosacruces creían en una Inteligencia Cósmica creadora del Universo en el que vivimos y de la que todas las cosas y seres formarían parte. Básicamente era algo parecido a lo que postulaba el gobierno de Hitler. Una religión en la que Dios es una fuerza física, una Energía impersonal que lo abarca todo.

Ludwig se preguntaba hasta dónde querría llegar el anciano. Parecía estar recitando una lección aprendida años atrás y por la obsesiva seriedad con que lo hacía quedaba claro que estaba convencido de su autenticidad.

—Los diferentes maestros de esta logia se fueron pasando la fórmula sin saber, como le sucediera a Jacob, qué hacer con ella. Hasta que llegó al cardenal Pietro Francesco Orsini, futuro papa Benedicto XIII. Orsini fue uno de los maestros de los rosacruces que tuvo en su poder la fórmula. Con una diferencia: que se dedicó a estudiarla hasta dar con la clave para poder utilizarla.

»Orsini traicionó a la logia y se apropió de la fórmula para sus fines particulares. Para poder hacer uso de ella necesitaba ayuda y contrató los servicios de un prometedor fabricante de violines: Antonius Stradivarius. Le dio suficiente dinero como para que se independizara de su maestro y montara su propio taller y, durante el resto de su vida, Stradivarius se dedicó a construir aquellos instrumentos. Como comprenderá, dada su complejidad, la gran mayoría no reunía las características necesarias, pero al final consiguió terminar la colección.

»Lo curioso del caso es que el ya papa Benedicto XIII se desentendió de su propio encargo. Quizá ya había llegado a lo más alto y no le interesaba arriesgar su posición abriendo esas misteriosas puertas celestiales.

—¿Cómo sabe usted lo del cardenal Orsini? —preguntó Ludwig, que, a su pesar, se mostraba cada vez más interesado en la rocambolesca historia.

—Imagino que su amigo le contaría también que el brazo derecho de Adolf Hitler, Himmler, fundó el Deutsches Ahnenerbe, que, entre otras cosas, se dedicó a estudiar viejas leyendas como el Santo Grial, el Arca de la Alianza y demás.

»A manos de la institución llegó un viejo e inacabado informe, no se sabe redactado por quién. En éste un rosacruciano acusaba al ya papa de haber revelado a un no iniciado el secreto de la fraternidad. Por curiosidad, los investigadores del instituto lo tuvieron en cuenta y buscaron todo lo relativo a Orsini, hasta que en sus manos cayó nada menos que su diario. En él se mencionaba un encargo de doce instrumentos de cuerda a un joven fabricante cremonés llamado Stradivarius, donde se ocultaba algo. Intrigados, los investigadores estudiaron la vida de Antonius y

encontraron esas leyendas que hablaban de un secreto escondido en su Biblia y que, posiblemente, se trataría de la fórmula química que componía el barniz con el que el laudero confería la magia a sus instrumentos.

—Y obligaron a los prisioneros de Mussolini a remover tierra en busca de la fosa común donde se encontraban sus huesos, hasta que la encontraron —apuntó Ludwig.

—Así fue. Pero aquello era un trabalenguas indescifrable. La letra del genio era ilegible, así como la construcción de las frases, pues mezclaba el italiano con el latín y algún dialecto provincial o argot propio de la profesión. Buscaron expertos calígrafos y éstos llegaron a la conclusión de que el misterioso secreto podía tener algo que ver con las ondas.

—Y lo llamaron a usted.

—De nuevo acierta. Yo trabajaba antes de la guerra en un laboratorio particular y me ganaba muy bien la vida. La contienda no me interesaba lo más mínimo y era uno de los que vivían en la *zona gris*, ese término que se dio a los alemanes que no querían saber qué estaba sucediendo con sus vecinos judíos, discapacitados, gitanos, homosexuales y otros desviados, que de un día para otro desaparecían misteriosamente y sin dejar rastro. Como comprenderá no me sentí muy contento cuando me vinieron a buscar. Pasé a depender del instituto de Himmler, a las órdenes de las SS, en un programa que me pareció absurdo y propio de gente sin juicio, ganando bastante menos y lejos de mi hogar.

»Cambié de opinión en cuanto me involucré en aquel proyecto. Descubrí que los nazis tenían razón. Ya sé que usted no va a creer nada de lo que considerará propaganda basura. Pero se equivoca. Yo era escéptico y a mí me persuadieron. No voy a perder tiempo tratando de convencerlo a usted. El caso es que me dediqué en cuerpo y alma a descifrar aquella Biblia. Descubrimos algunos de los instrumentos que harían falta para llevar a cabo el plan. Poco a poco avanzamos hasta que llegó el fin de la guerra y tuvimos que huir, dejando atrás todo.

»Le voy a decir una cosa que lo sorprenderá. Cuando atraparon a Hermann Goering, uno de los principales colaboradores de Hitler, éste dijo: “Han tenido mucha suerte de que la guerra no haya durado unos meses más...”. Siempre se ha atribuido esta amenaza a la fase adelantada en la que se encontraba la construcción de la bomba atómica, que hubiese cambiado el signo de la guerra como lo hizo con Japón, pero no es cierto. Goering se refería al proyecto Bifrost.

—¿De verdad cree que puede construir un puente al mundo de los dioses?

—No lo cree, ¿verdad? En el mundo hay muchas cosas que hace años eran imposibles. ¿Qué cree que hubiesen pensado de usted, hace no tantos años, si hubiese afirmado que pisaríamos la luna? Hubiera acabado encerrado en un manicomio. No subestime lo que desconoce.

»Como le decía, con el fin de la guerra hubo que abandonar el proyecto, pero yo me llevé conmigo la Biblia de Stradivarius y la estudié detenidamente durante muchos años. Conseguí determinar la lista de los instrumentos precisos para ejecutar

la fórmula, pero ésta no aparecía por ningún lado. Utilicé la criptología con aquel libro, pero inútilmente. Al final la solución vino casi sola. Un día se me ocurrió aplicar calor a las hojas y allí estaba la fórmula y la manera de llevarla a cabo. Esto hoy en día es un juego de niños. La leche, el zumo de limón, el de una cebolla... sirven para escribir un mensaje secreto. Naturalmente hay otras sustancias que no dejan huella. Pero no había pasado por mi imaginación que Stradivarius hubiese usado ese truco.

—¿Orsini le dijo a Stradivarius cómo se utilizaba la fórmula? —preguntó incrédulo Ludwig.

—A mí también me sorprendió. Quizá, por algún motivo que no logro imaginar, el laudero necesitaba esa información. Sin duda Orsini pensó que el joven inculto sería incapaz de hacer uso de ella, como así sucedió.

—¿Para qué sirve esa fórmula?

—Veo que he captado su atención —contestó el nazi, al que cada vez se le notaba más cansado—. Bueno, hasta no hace mucho estaba completamente a oscuras. No es que haya descubierto exactamente cómo se consigue, pero creo saberlo y, lo que es más importante, sé lo que puede hacer.

»En un primer momento pensamos que se podía tratar de una especie de máquina del tiempo. No como las que se ven en las películas sino algo más sutil, siguiendo las leyes de la física cuántica. Sería muy engorroso explicárselo, pero créame que, al menos teóricamente, se puede viajar en el tiempo.

—¿Se refiere a la teoría de los universos paralelos?

—Sí. Pero dejémoslo. No tiene nada que ver con lo que nos ocupa —dijo Schäuble, y con los ojos iluminándosele, añadió—: La clave es aún más hermosa.

Por un momento parecía que el viejo nazi revivía y recuperaba parte de sus fuerzas al recordar sus éxitos.

—¿Qué le contó sobre Pitágoras? —preguntó de pronto.

Ludwig le habló de la música de las esferas, que interpretan los cuerpos celestes al moverse por el Universo, y de la relación entre las distancias entre planetas con las de las notas musicales.

—Una idea asombrosa para alguien muerto hace tanto tiempo, ¿no cree doctor?

»No fue el único que pensó así. Platón también lo creyó. Decía que no podíamos escuchar la música de los astros porque su sonido es constante desde que nacemos y nos hemos acostumbrado a él, lo mismo que sucede con el ruido que hace la sangre al recorrer el sistema circulatorio, como sin duda sabrá. Otro científico que defendió esta idea fue Kepler. Éste aseguró que existían seis melodías que, al combinarse entre sí, podían producir cuatro acordes distintos, siendo uno de ellos el acorde producido en el momento de la creación del Universo y otro el que marcaría su fin. Hubo otros que creyeron lo mismo, como Cicerón, Aristides o Tolomeo.

»Una de las mayores aportaciones de Pitágoras a la ciencia y por la que menos se le conoce es su estudio de la armonía. ¿Sabe lo que significa ese término? Proviene

del griego y quiere decir “ajustamiento”, “combinación”. Es decir, equilibrio, proporción de unas cosas con otras. Pitágoras entendía la armonía como el orden divino del Cosmos. En música es la ciencia que estudia las relaciones entre sonidos emitidos simultáneamente. La música siempre ha estado muy relacionada con la divinidad. Plotino consideraba la música como uno de los caminos para llegar hasta Dios. San Agustín también pensaba lo mismo. Desde el punto de vista filosófico está considerada como una revelación divina al hombre.

»Ahora le pido por favor que escuche, sin interrumpir; lo que le voy a contar le chocará.

Inquieto por la situación, el médico se removió en su asiento. Al otro lado del escritorio, el nazi se reclinaba, mirando el techo, buscando la forma de expresar sus ideas. Como una estatua, Hermann permanecía ocupando la puerta. No se había movido en ningún momento.

—He dicho antes que los rosacrucianos creían que no existía un dios como ente diferenciado y singular, sino como una energía compuesta por todo lo que conforma el Universo. La energía son ondas y la música está compuesta por ellas. También le he explicado que los nazis pensaban algo parecido aunque más romántico. Éramos los elegidos, hijos de los dioses y divinos por tanto. Yo he llegado a considerar lo mismo. No se sorprenda, no es más absurdo que creer en la existencia de un dios personal, omnipresente y establecido en el Cielo desde siempre.

»Esta divinidad era el paraíso del que habla la Biblia y en la que vivían Adán y Eva, nuestros antepasados, hasta que probaron el fruto prohibido, por lo que fueron expulsados del Edén. Según la Teoría del Caos la historia es una trama que se teje indefinidamente.

—Ya me conozco esa teoría. No creo que se pueda aplicar a este caso.

—¡Al contrario, doctor! —repuso alborozado el anciano—. Encaja a la perfección. En un momento de esta trama uno de los hilos se enreda y la tela tiene un pequeño error que se va extendiendo hasta arruinar totalmente el tejido. Eso es lo que pasó con el pecado original del que nos hablaban y ¿cuál fue ese pecado?

—No me diga que cree de verdad en esa patraña del cruce del hombre con las bestias —repuso incrédulo Ludwig.

—Así es, por mucho que le parezca una locura. De esa mezcla contra natura salieron todas las demás razas humanoides.

—¡Pero eso es imposible! —repuso Ludwig—. Soy médico, no lo olvide. Esa teoría resulta fisiológicamente insostenible.

—Recuerde que yo también soy científico, doctor, y conozco las leyes de la genética. No digo que actualmente resulte posible cruzar especies, sino que sí lo era cuando sucedió todo esto. Precisamente las diferencias genéticas fueron una corrección para evitar que volviera a suceder lo mismo. Permítame que siga con la explicación.

Ludwig no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¡Aquel hombre se consideraba a sí mismo un científico cualificado! ¡No era posible siquiera tener en cuenta semejante aberración!

—Sólo un pequeño reducto de puros logró sobrevivir pero fue cercado por los salvajes —continuó el nazi indiferente a las protestas del médico—. Estos puros, no acostumbrados a la guerra, fueron perdiendo espacio y sólo consiguieron transmitir sus conocimientos para que el Universo volviera a ser lo que era. Ellos fueron los que entregaron la fórmula a Jacob para que algún día se reparara la trama donde fue dañada.

»Escuche, doctor. El Universo está desafinado. ¿No se da cuenta? ¿No siente la desarmonía?

—No —contestó con tono cortante Ludwig.

—Cierre los ojos y escuche, ¿no lo oye? —insistió el anciano.

—No oigo nada.

—Deje la mente en blanco y escuche con atención. Escuche las guerras; el odio; el sufrimiento; el hambre; la enfermedad; el llanto de los niños que no tienen qué comer, ni el abrazo de una madre. Oiga cómo se lamenta la tierra; seísmos y huracanes la sacuden. Sienta el vacío en las almas de los hombres; la desesperación. Todo eso es la desarmonía. El apóstol Mateo dijo; «Se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares, pero todo esto es el comienzo de los dolores».

—¿Así justifica usted el Holocausto, el genocidio contra los judíos y gitanos?, ¿los más de seis millones de personas que perdieron la vida en sus campos de concentración, muchos de ellos niños?

—Doctor, no sea usted hipócrita. Lo conozco un poco. Jamás se ha preocupado por nadie. Usted es como yo. En otras circunstancias lo hubiese sido. ¿No ha escuchado lo que he dicho? El Universo está desarmonizado y tenemos la posibilidad de recuperar su estado original en el que todas esas razas nunca habrán existido. El Edén, el Valhalla, el Olimpo. Estamos ante las puertas de la divinidad. ¿Cree que me pueden preocupar unos cuantos piojosos?

Ludwig encajó las críticas sabiendo que el nazi tenía razón en cuanto a su forma de ser. ¿No se había sorprendido él mismo del cambio experimentado desde que había conocido a Martha?

—Todas las religiones buscan la armonía, ¿no lo sabe? Los mantras del yoga, de los hindis, de los budistas tibetanos. ¿Conoce el mantra *Om mani padme hum*? «Om» es un monosílabo místico y sagrado cuyo sonido los hindúes creen que tiene poder divino. Es un fragmento de la fórmula. «Mantra» significa literalmente «elocución sagrada». Son palabras de poder para que su dios se compadezca y los libere del ciclo de reencarnaciones. Los indios americanos, los árabes, todos tienen sus composiciones musicales mediante las cuales alcanzan la armonía. Pero su fórmula es incompleta, por eso los efectos son transitorios. Aquí, en Occidente, no creemos en



esas cosas y por eso tomamos Prozac y otros antidepresivos químicos para no caer en la desesperación.

—¿Por qué precisamente en Cremona? —preguntó Ludwig, cambiando de tema, aturdido por las divagaciones del viejo.

—Sencillamente porque los instrumentos recuperan mejor su sonido original en las condiciones en las que fueron fabricados. Me refiero a la humedad, la presión atmosférica, el calor con la contracción y dilatación...

—Me aseguraron que es imposible recuperar el sonido original —dijo Ludwig sin desvelar su fuente. Escuchando las locuras del nazi, rezaba para que la opinión de Martha al respecto fuese acertada—. La edad, las restauraciones, las sustituciones de sus piezas lo impiden.

—Siempre se ha creído eso, es verdad. Los instrumentos cambian y su sonido no es el mismo que tuvo en su origen, pero se puede restablecer. No es fácil, esté seguro. Cuando empecé con todo esto una de mis principales preocupaciones era precisamente ese problema. Averigüé que en París existía un laboratorio, en el Museo de la Música, especializado en restauraciones y me puse en contacto con algunos de sus técnicos. Dos de ellos eran expertos en instrumentos de cuerda y conocían perfectamente los stradivarius. Les hice una buena oferta y pasaron a trabajar para mí. Ellos han restaurado el sonido original de esos instrumentos que ha visto en el piso superior. Luego quizá tenga la oportunidad de conocerlos. El laboratorio está enfrente de mi despacho.

—¿Por qué doce instrumentos? —preguntó Ludwig temiendo que la conversación se hubiese terminado y el nazi diera a su esbirro la orden de matarlo.

—Doce son los hijos de Jacob, las tribus de Israel y los fragmentos en que Jacob dividió la fórmula. Doce son los libros proféticos del Antiguo Testamento. Doce, las secciones de treinta grados cada una, en las que los antiguos dividieron el cinturón de la cúpula celeste, el llamado Zodiaco. También los chinos adoptaron esa división pero les pusieron nombres de animales: rata, buey, tigre, dragón... Los aztecas hicieron lo mismo. Doce son las horas de luz dedicadas al dios Horus por los egipcios frente a las doce de oscuridad de su odiado tío Seth. Doce son los apóstoles que acompañaban a Jesucristo. Doce los principales dioses griegos olímpicos, al igual que los reinos en que se dividía Asgard, el mundo de los dioses nórdicos. El doce está presente en las sagas escandinavas y en sus principales deidades. Doce son los dioses *Adityas* hindúes. Doce los sabios rosacruces, los meses del año y los trabajos de Hércules. Doce puntas tiene la rosa de los vientos, las de los doce puntos cardinales. También la escala cromática musical tiene doce notas.

»En astrología, doce es el resultado del producto de los cuatro puntos cardinales por los tres planos del mundo. En alquimia es el resultado de la multiplicación de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire, por los tres principios alquímicos: azufre, nasal y mercurio, que da como resultado fases sucesivas de evolución e involución.

Las doce fases por las que debe pasar la materia para alcanzar el fin último. En la escuela pitagórica el dodecaedro simbolizaba el Universo.

—¿Por eso la sala del auditorium es un dodecaedro? —preguntó Ludwig, abrumado por los datos.

—Así es.

Durante un rato ambos permanecieron en silencio mientras Ludwig trataba de asimilar las palabras del nazi. Todo aquello era una locura, pero entendía que al viejo le resultara atractiva. Estaba claro que durante toda su vida había estudiado para hacer casar los datos históricos con aquellos delirios paranoicos.

—¿Cree de verdad que la clave para abrir esas supuestas puertas celestiales está en la música?

—¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho hasta ahora? —contestó irritado Schäuble—. La música tiene unos poderes extraordinarios de los que cada vez sabemos más, aunque estamos lejos de conocerlos todos. En medicina, su especialidad, doctor, se utiliza para disminuir el dolor, mejorar la memoria, reducir el estrés o ayudar a niños autistas. Como sin duda sabrá, su compatriota Hans Jenny cree que la clave del poder curativo de la música se encuentra en su efecto sobre la materia. Asegura que los sonidos crean campos de energía, absorbidos por nuestro organismo, capaces de alterar la respiración, el ritmo cardiaco, la tensión arterial y hasta la temperatura corporal. Está comprobado que la música aumenta la producción de endorfinas y sustancias necesarias para el sistema inmunológico.

—Eso no apoya sus absurdas teorías —atacó Ludwig—. Todo eso se ha podido demostrar científicamente.

—¿Ah, sí? ¿Me puede decir cómo funciona el sonar de un submarino? ¿O un aparato de ultrasonidos? ¿Cómo lo hace un escáner como los que utiliza en su consulta? ¿Y el microondas de su cocina? ¿Qué me dice de los aparatos para buscar petróleo? ¿Y de la bomba atómica? Todos funcionan con ondas. ¿Sabría usted explicarme cómo?

»No, claro que no. ¿Me creería si le dijera que hoy en día los científicos son incapaces de descifrar, exactamente, cómo funcionan algunos de estos inventos provenientes del estudio de la física cuántica?

—¿Qué va a hacer con los instrumentos? —preguntó Ludwig, volviendo al tema que lo preocupaba.

—Este edificio que doné a la ciudad de Cremona para homenajear a su más insigne ciudadano tiene tres usos. Por un lado, como le he dicho, ha servido de laboratorio para restaurar los instrumentos. Por otro, como puede ver, servirá para utilizarlos y ejecutar la fórmula entregada a Jacob. El tercer uso que ha tenido ha sido el de escuela para niños superdotados en el manejo de estos instrumentos. He elegido a los doce mejores, que duermen en el piso de abajo y que no tardarán en ser despertados. Tenga en cuenta que la hora límite son las siete de la mañana. En ese instante el mundo volverá a renovarse. El sol regresará para calentar la tierra. Mitra y

los demás dioses solares renacerán. Será el momento oportuno para recobrar el equilibrio.

»Esos niños interpretarán un acorde. Nada especial, sólo el conocido como “acorde perfecto” según el modelo *do-mi-sol*. No voy a aburrirle contándole por qué este acorde se llama así, sería largo y tedioso. Los muchachos tocarán cuatro de esas tríadas del acorde perfecto, es decir, un acorde mayor de cuatro octavas.

—¿Eso no lo pueden hacer otros violines? —preguntó Ludwig sin estar muy seguro de entenderlo bien.

—Claro —dijo entusiasmado el anciano—. Pero no como éstos. Verá, en primer lugar los instrumentos fueron elaborados por Antonius Stradivarius, de forma que quedaran afinados de una manera especial que no es la corriente. Todos por igual. Por otro lado, y esto es lo más importante, éstos son capaces de solventar el problema que durante siglos ha traído de cabeza a los músicos.

—¿Qué problema es ése?

—Verá —contestó Schäuble buscando las palabras—. Cuando Pitágoras diseñó la escala natural, la afinación pitagórica, ésta chocaba a la hora de llevarla a la práctica. Pitágoras formó la escala de esta manera. Cogió una cuerda y la pulsó, consiguiendo un sonido, digamos un *do*. Luego dividió esta cuerda por la mitad y descubrió que el resultado era una octava más aguda. La dividió en tres partes e hizo sonar dos de ellas consiguiendo un *sol*. Y así sucesivamente, dividiendo siempre la cuerda en intervalos.

—Ya me lo había explicado el rabino —dijo Ludwig sin entender adónde quería llegar el viejo nazi.

—Bien. La cuerda en cuestión se va dividiendo en proporciones de un medio, dos tercios, tres cuartos, cuatro quintos y cinco sextos. Como puede imaginar, con estos intervalos no se pueden alcanzar todas las notas de una escala habitual. Para conseguir el resto de ellas es necesario efectuar más proporciones *a partir* de las notas ya obtenidas. ¿Me sigue?

—Con dificultad —hubo de admitir el médico.

—Reconozco que es un poco lioso. Créame que muchos músicos profesionales serían incapaces de explicárselo —dijo el nazi, retrepándose en su sillón antes de continuar—. Aquí tenemos el problema: la consecuencia de obtener unas notas a partir de otras es que las resultantes *no* tienen una frecuencia única, sino que ésta depende de la nota respecto a la que se afinen. No es lo mismo obtener el *la* a partir del *mi*, que obtenerlo a partir del *fa*.

—Y esto no resulta viable —intervino Ludwig, comprendiendo el problema.

—Me alegra comprobar que lo entiende. Para conseguir una afinación uniforme es necesario que una nota sólo se dé en una única frecuencia. ¿Como solucionar este problema?

»Se adoptó una solución convencional. Decidieron desafinar por igual todas las notas, de manera que, entre ellas, hubiera siempre la misma proporción. ¿Me sigue?

Esto se conoce como escala temperada, que es la que se utiliza actualmente para afinar los instrumentos.

»El secreto que Orsini facilitó a Stradivarius era la solución al problema de la escala natural o pitagórica. Con esta escala, el laudero afinó sus instrumentos. Esta afinación lleva miles de años sin escucharse en el Universo. Desapareció cuando la trama comenzó a enredarse y alteró las leyes del Cosmos. Ésta es la escala con la que el Universo se creó al principio de los tiempos y que yo me propongo restaurar.

—¿Pretende hacerme creer que sus doce estudiantes tocando al unísono esa fórmula pueden alterar el Universo? —preguntó incrédulo Ludwig. El nazi estaba más loco de lo que pensaba.

—No solamente pueden sino que lo van a hacer. La música, como le he explicado y usted sabe, son ondas y éstas se propagan. La afinación comenzará aquí pero se extenderá rápidamente por todo el espacio. «Lo que está abajo es igual a lo que está arriba», dijo Hermes Trismegisto. Todo volverá a ser como era. Los humanos disfrutarán del Paraíso y de los poderes inherentes a la divinidad que les corresponden. No morirán y aprenderán de sus fallos. Las demás razas volverán a su estado natural, salvaje y sin alma, para servir a los superhombres de los que hablaba Nietzsche.

El viejo nazi se había ido excitando según pronunciaba un discurso que Ludwig sospechaba se había repetido a sí mismo innumerables veces a lo largo de aquellos años. Apoyado en los reposabrazos del sillón, se mantenía en tensión con una mirada extraviada en los ojos.

—¿Y qué cree que va a pasar ahora que ha sido descubierto? —preguntó asqueado Ludwig.

—Que usted morirá. Los niños interpretarán la fórmula y después nada será ya igual. El Universo recuperará su equilibrio. Usted y yo seremos Historia.

—¿Desapareceremos? —preguntó indiferente Ludwig—. No me parece un buen final para su absurda fábula.

—Ahórrese los sarcasmos. Un famoso físico alemán dijo una vez: «La ciencia es incapaz de resolver los últimos misterios de la naturaleza porque, en último lugar, el hombre es parte de esa naturaleza». O sea, parte del misterio que pretende resolver.

»Tengo cáncer y mis días se agotan. Este cuerpo no es más que una cáscara de la que pienso desembarazarme dentro de pocas horas para liberar mi alma inmortal, y que ocupe el lugar que le corresponde en el Orden Cósmico.

Sin saber qué más añadir, Ludwig se quedó mirando cómo el consumido nazi se perdía en sus sueños de inmortalidad. Miró la hora. Alarmado, observó que ya eran casi las seis de la mañana. El tiempo había pasado volando desde que entrara en aquella escuela.

—No creo que logre llevar a cabo sus planes —dijo Ludwig, tratando de contener los nervios. Estaba claro que en cualquier momento el viejo se levantaría para acudir al auditorio—. La policía está al corriente de sus planes y debe estar ya en camino.

—¿Se refiere usted al inspector Herrero? —preguntó sonriendo el nazi—. Sus esfuerzos para dar conmigo han sido patéticos. En todo momento me he mantenido al corriente de sus inútiles investigaciones. No, doctor Dreifuss. No será la policía quien dé al traste con mi proyecto. Ni tampoco, por cierto, quien salve su miserable vida.

A una señal imperceptible del nazi, el guardaespaldas abandonó la entrada y se acercó, pistola en mano, a la silla donde se encontraba sentado Ludwig. En ese momento se abrió la puerta.

—Vaya, querida —dijo Schäuble, saludando a la recién llegada—. Me preguntaba dónde estarías.

Ludwig se giró y contempló asombrado cómo Martha apuntaba al guardaespaldas con una pistola. En sus ojos se reflejaba un odio que lo paralizó.

—¡Martha!

—Sepárate de la mesa y tira la pistola —ordenó la profesora dirigiéndose al escolta. El tono gélido de su voz resultó desconocido para Ludwig.

—Haz como te dice, Hermann —dijo tranquilamente el viejo nazi—. No creo que tengas tiempo de disparar antes de que mi hija lo haga.

—¿Su hija? —preguntó Ludwig, atragantándose con las palabras—. ¿Qué quiere decir? —volvió a preguntar mirando alternativamente a su amante y al anciano.

—¡Vaya! ¿No se lo había dicho? —respondió Schäuble con una risita—. Mal, muy mal. Entre novios debe haber sinceridad. ¿Qué más no le ha dicho? ¿Que trabaja para mí?

—Ya no, padre —dijo Martha sin hacer caso a la mirada suplicante de Ludwig.

—Ella sabía dónde estaba usted y también que era usted el que estaba robando los instrumentos —dijo Ludwig hablando para sí, sin dirigirse a nadie en particular, tratando de asimilar la noticia.

—De hecho fue ella quien los robó —contestó Schäuble—. Por encargo mío, claro.

—¿Por qué? —preguntó Ludwig al borde de las lágrimas. Su fortaleza mental se estaba derrumbando. Lo que no había conseguido el guardaespaldas apuntándolo con la pistola, lo había hecho el anciano con sus palabras.

—¿Por qué? Pensaba que ya lo habría adivinado —se asombró el nazi—. Porque le pagaba. Yo necesitaba esos instrumentos y ella me los podía proporcionar, así que la contraté.

»Verá. Cuando identifiqué los instrumentos que precisaba, tuve que buscarlos. No fue fácil. Algunos, como el que estaba en poder de su tío, se encontraban en paradero desconocido. Después traté de comprarlos. Ya imaginará que el dinero no supone un problema. Pero necesitaba alguien que pudiera llevar a cabo las negociaciones. Yo no podía viajar, ya no. El que fuera debía ser un auténtico profesional que supiera distinguir si se trataba de un original o de una buena imitación.

—Y qué mejor experto que Martha —apuntó Ludwig con voz grave.

Poco a poco iba entendiendo algunas cosas, como las extrañas desapariciones o el alto poder adquisitivo del que disfrutaba su amante.

—Así es. Mi hija sabía casi tanto de los stradivarius como yo. Al fin y al cabo se trataba simplemente de cerrar una transacción económica.

»Pero el asunto se complicó. Los vendedores se echaron atrás. Aparecieron competidores interesados en el instrumento.

El viejo rió con tono cascado mientras su hija se mantenía callada, apuntando al guardaespaldas.

—¿Sabe? —dijo el nazi observando con una sonrisa irónica a Martha—. En aquella ocasión descubrí a mi maravillosa hija. Demostró unas habilidades para mí desconocidas hasta entonces. Se deshizo limpiamente de aquellos cretinos y regresó con el instrumento y el dinero. De los vendedores nunca se volvió a saber. ¿Qué le parece? Ella, tan bella y frágil.

»¿Recuerda el Piatti? ¿El violonchelo que robaron la noche en la que ardió todo el edificio del Musikverein y murieron varias personas, donde usted presenciaba un concierto en compañía de mi hija? Fue ella, naturalmente, la que ocasionó el fuego. Una exageración, a mi entender, producto de las prisas. En las últimas semanas había cambiado mucho y me temo que usted es el culpable.

Por la cabeza de Ludwig pasaron las escenas estremecedoras padecidas en el auditorio vienés. La gente aullando, los cadáveres tirados. El olor a carne quemada. La desaparición de su acompañante durante la confusión y la posterior reaparición al día siguiente como si nada hubiese ocurrido.

Estas imágenes fueron sustituidas por el rostro bondadoso del rabino Menasés. Su mente se revelaba ante la idea de que la culpable de todo aquel dolor fuese la mujer que amaba.

Mientras, el nazi decía, dirigiéndose a la silenciosa Martha:

—Sospecho que mis hombres están muertos, ya que has conseguido llegar hasta aquí. ¿Los técnicos del laboratorio también? Seguro que sí —se contestó el viejo ante el silencio de su hija, que no se había movido en ningún momento—. No me extrañaría que hubieses matado a algún niño. No sería la primera vez que lo hicieras, ¿verdad?

—Pero alguien trató de matarnos a nosotros, dos veces —protestó Ludwig con la cabeza en una nube, tratando de aferrarse a un resto de lógica.

—Martha recibió mi encargo de matarlo a usted. Su sensiblería se lo impidió y pensó que, dándole un susto, usted abandonaría este asunto. Para que nadie sospechara, fingió que a ella también la habían atacado.

»Como comprenderá, esta solución no era suficiente para mí, así que contraté a otro sicario para que hiciese el trabajo. Usted llegó a conocerlo. Era el que Martha mató cuando él estaba a punto de hacer lo mismo con usted.

La naturalidad con la que el viejo nazi confesaba haber atentado contra él perturbaba aún más a Ludwig, que rememoraba abatido los instantes previos al

ataque sufrido en el hotel madrileño: el libro de fotocopias que ella le había introducido entre la camisa y la cazadora, su interés por saber si él llevaba el chaleco antibalas, cómo había fingido haber olvidado en la habitación su teléfono móvil para poder adelantársele y esperarlo en el garaje, mientras él pedía al recepcionista una inexistente carta. La falda larga y la cazadora cerrada, inhabituales en ella, que habían servido para esconder la ropa negra que vestía al dispararle.

Entre tanto el anciano continuaba disfrutando de la ocasión:

—Imagino que, viendo que el tiempo apremiaba, mi querida hija se precipitó e ideó un descabellado plan para hacerse con el Piatti, con el resultado que conocemos.

—Entonces, fue Martha la que mató a mi tío y al rabino —reflexionó Ludwig recordando que el día en que el anciano judío había sido atacado tras almorzar con ellos, Martha se había ausentado también.

—Así es —confirmó Schäuble—. Lo del judío fue idea suya. Me dijo que el maldito rabino estaba empeñado en descubrirme y que era mejor que nos deshiciéramos de él. A mí me daba igual, pero prefería no atraer la atención sobre este asunto. Silenciar a la policía española y a la Interpol nos había costado demasiado esfuerzo como para arriesgarnos. Sin embargo Martha estaba convencida de que su amigo estaba a punto de identificarla y nos podría dar problemas. Con su tío se ensañó. El viejo ladrón no quería decir dónde guardaba el violín y al final la convenció de que lo tenía usted.

—Por eso entraron en mi casa y en mi consulta —dijo Ludwig.

—Sí. Pero usted no lo tenía y ella quedó en evidencia por dejarse engañar. —El anciano emitió una risita seca—. El viejo pagó con creces el embuste, según tengo entendido.

Ludwig estaba horrorizado con el desapasionamiento del nazi y con la idea de que Martha hubiese podido cometer semejantes atrocidades. Por un momento la miró, pero enseguida desvió la mirada. Le resultaba demasiado doloroso.

—¿Cómo pudiste hacer algo así?

—¿Matar por dinero? —preguntó el nazi, ante el silencio de Martha—. No se engañe. Es más fácil de lo que pueda parecer. Todas esas tonterías sobre el respeto a la vida humana que les enseñan en las escuelas y en las iglesias no sirven para nada. El hombre actual es un depredador. Ha nacido para cazar. Su supervivencia es a costa de la muerte de sus enemigos. ¿Por qué razón debe ser distinto matar un ciervo que a una persona? El ciervo sirve para comer y el dinero obtenido al matar una persona también. Matar o morir, ésa es la elección. Martha escogió ser de los fuertes.

—No, usted la convirtió en un monstruo —repuso Ludwig chirriando los dientes.

—¿Yo? —contestó sorprendido el nazi—. Yo no la obligué. Sólo le encargué un trabajo al que ya se dedicaba.

—Usted me crió como a un perro —habló por fin Martha, mascullando las palabras—. Nunca me perdonó no haber nacido varón. Me ignoró y volvió loca a mi madre porque no le podía dar más hijos, hasta que ella se suicidó.

Apretando los puños, Ludwig, furioso, se debatía en su interior. Deseaba levantarse, agarrar a aquel miserable por el cuello y apretar hasta que la vida lo abandonara, pero no podía.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Schäuble a su hija—. Quedan cuarenta minutos para que sea la hora. Tenemos todos los instrumentos preparados. Es el momento de hacer Historia. El momento de arreglar todo lo que el hombre descompuso. Tenemos la obligación de armonizar el Universo.

—Quiero asegurarme de que no continúa con la idea de matarlo —contestó Martha sin inflexiones en el tono, como si fuese un autómatas, señalando con la mirada a Ludwig—. Me llevaré la Biblia. Será nuestro seguro de vida.

El viejo se rió echando la cabeza para atrás sobre el respaldo de la butaca.

—Vaya, vaya. Así que te has enamorado del doctor. Y yo que siempre pensé que no tenías corazón. Bien, bien. Se hace tarde. ¿Qué te parece si os dejo marchar a los dos y me quedo la Biblia?

—No sería una garantía. Puede volver a intentarlo más adelante.

—No hay más adelante, hija. Dentro de un momento nada de esto habrá ocurrido jamás.

En ese momento el guardaespaldas, aprovechando que Martha estaba pendiente de su padre, sacó un revólver de la funda que llevaba en la cintura y disparó.

Martha había visto la maniobra en el último instante, y disparó unas milésimas de segundo demasiado tarde. El impacto causado por la munición blindada usada por el escolta la catapultó contra la pared, destrozando el ventanal.

En medio de las dos ensordecedoras detonaciones, Ludwig vio cómo Hermann también caía herido a causa de un balazo en el costado izquierdo. Con un grito, el médico corrió hasta Martha, que, desplomada en el suelo, boqueaba tratando de coger aire con dificultad.

—Martha, no te muevas. Intenta respirar despacio.

Mientras hablaba, Ludwig le arrancaba la camisa para ver la herida. Debajo de la clavícula izquierda, de un feo agujero manaba a borbotones una fuente roja. Ludwig hizo presión sobre la herida con las manos ensangrentadas, a la vez que continuaba diciendo frases sin sentido, destinadas más a tranquilizarse él mismo que a que lo hiciera Martha, ya medio sumida en la inconsciencia.

El médico, temiendo lo peor, se quitó la camisa y la colocó doblada sobre la herida, sujetándola con su propio cinturón, bien apretado.

Las boqueadas de Martha se espaciaban cada vez más, hasta que cesaron del todo. Ludwig, con su oído sobre el pecho de la mujer, escuchó. No oía nada.

Con los puños cerrados, golpeó con fuerza el esternón de Martha y volvió a auscultarla. Nada. Otros dos golpes sólo ofrecieron como resultado el crujido de alguna costilla. Pero el corazón no latía.

Ludwig, llorando como un niño, colocó los brazos extendidos sobre la mitad inferior del esternón, apoyó el talón de una de las manos tres dedos por encima del



final del hueso, la otra mano sobre la primera, y comenzó a realizar compresiones. Cada quince compresiones insuflaba dos veces aire en los inertes pulmones.

A sus espaldas la tragedia tampoco había terminado. El nazi, viendo la situación, pretendía huir. Con Dreifuss tratando de devolver la vida a su hija, nada le impedía escapar. Se acercaba la hora. Llamaría a los niños, que ya estarían despiertos, y se encerraría con ellos en la sala dodecaédrica. Allí culminaría su plan según lo calculado.

Schäuble, con la Biblia de Stradivarius en la mano, se encaminó hacia la puerta, pasando sobre el cuerpo de su fiel guardaespaldas. En ese momento una mano se cerró en torno a su pierna. Incrédulo, el viejo se giró. Hermann no estaba muerto. La herida sufrida no había sido fatal y se estaba recuperando.

Apretándose el agujero hecho por la bala, Hermann se incorporó, colgándose de la ropa de su protegido.

—¿Qué haces? —gritaba Schäuble—. ¡Suéltame!

A lo lejos se oían unas sirenas que iban acercándose.

—Hay que marcharse —logró articular el escolta, aguantando el dolor.

—Pero ¿qué dices? —respondió el nazi, intentando zafarse—. Ya casi es la hora. Debo subir al auditorio. ¡Tengo que finalizar el proyecto!

—No hay tiempo. La policía está al llegar. Tenemos que irnos. Hay que poner a salvo la Biblia.

—¡No! No puedo abandonar ahora. No habrá otra oportunidad, ¿no lo entiendes?

—Sí la habrá —respondió jadeando el guardaespaldas—. El año que viene, o el siguiente.

—¡Pero yo no puedo esperar! No viviré hasta el próximo año...

De pronto Schäuble comprendió lo que quería decir su ayudante. Salvar la Biblia y volver a intentarlo otro año... ¡pero sin él! Hermann no lo protegía a él sino al proyecto. Su proyecto, el de Friedrich Schäuble, al que había dedicado más de media vida.

Con un grito de rabia, el viejo consiguió soltarse del agarrón y se esforzó en ganar la puerta. Pero el guardaespaldas, aunque herido, era más joven y fuerte que él y le dio alcance. Los dos hombres forcejearon por el libro, que Schäuble defendía con uñas y dientes.

Las sirenas cada vez estaban más cerca y, a través del ventanal roto, ya se veían los reflejos de los destellos que iluminaban fantasmagóricamente el despacho.

El guardaespaldas sabía que no tenía tiempo que perder. Sus instrucciones eran claras. Defender y ayudar al viejo hasta culminar el proyecto. Pero en última instancia lo prioritario era esto último.

El viejo estaba perdido. Y él también si no se daba prisa. No abrigó un instante de duda. Se agachó, recogió del suelo su arma y, a dos palmos del nazi, le disparó entre los ojos.

La munición de su automática Steyr, la Remington Golden-Saber nueve milímetros de punta expansiva, tuvo el mismo efecto que el de un rifle de caza mayor sobre una sandía demasiado madura. La cabeza del viejo reventó.

El cuerpo aún se mantuvo un par de segundos de pie, como si no le hubiese llegado la noticia de su muerte. El guardaespaldas se pasó el brazo por la cara para limpiarse los restos de sangre, hueso y sesos, arrancó la Biblia de manos de Schäuble y desapareció por la puerta.

Ludwig había permanecido ajeno a todo el drama hasta el momento en que sonó el disparo. Girándose, y dejando por un momento las maniobras de reanimación, vio horrorizado el cuerpo descabezado del viejo, todavía en pie. El escolta, a su lado, guardaba mecánicamente su arma en la funda y arrancaba de las manos del viejo la manoseada Biblia.

Se oían gritos por la escalera. Niños llorando, tutores dando voces y policías, que ya se encontraban dentro del edificio, impartiendo órdenes para que todos se tiraran al suelo y permanecieran quietos.

Instantes después los *carabinieri*, fuertemente armados, entraron en el despacho del viejo nazi, encontrándose con Ludwig atendiendo a su amante que ya había recuperado la actividad cardiorrespiratoria.

El médico fue separado sin miramientos y obligado a sentarse en la silla donde minutos antes había permanecido escuchando las teorías del nazi, cuyo cuerpo se ocupaban de tapar otros *carabinieri*. Sanitarios provistos de enormes botiquines entraban a la estancia y se encargaban de atender a Martha.

Un policía, en cuclillas frente a Ludwig, le preguntaba en inglés si era el doctor Dreifuss, pero éste, petrificado, se mostraba incapaz de responder. Otro agente le sacó la cartera y examinó su documentación. Comprobada su identidad, el superior dejó al médico en manos de su subalterno y se alejó.

Ludwig, en estado de *shock*, fue acompañado hasta una ambulancia. A su alrededor una marabunta de policías y sanitarios atendía a espantados niños y adultos. Martha, sujeta por cinchas a una camilla, con una bolsa de suero colgando y una mascarilla de oxígeno sobre la boca, fue introducida en otra ambulancia, que arrancó nada más cerrarse las puertas y se perdió en la oscuridad con el ruido de la sirena.

## EPÍLOGO

*Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia.*

Génesis 28; 13

*En algún lugar, sobre el arco iris; muy en lo alto, existe una tierra que soñé...*

*Over the rainbow, de la película El Mago de Oz*

MARTES 23 DICIEMBRE.

ORILLAS DEL PO. CREMONA

**L**a monstruosa grúa gemía tratando de sacar del fondo del río algo que los bomberos, utilizando trajes de neopreno, botellas de oxígeno y potentes focos, habían enganchado. La expectación era enorme. Los *carabinieri* habían tenido que acordonar con cinta y numerosos agentes la zona, para que los equipos de salvamento pudieran trabajar con tranquilidad.

A Ludwig le habían permitido el paso hasta la misma orilla. El médico tenía unas espantosas ojeras, ya que no había logrado dormir nada desde la noche del sábado, en el apartamento de Martha. Se encontraba inmerso en una especie de pesadilla, en la que nada era real, ni la desaparición de su amante, ni el posterior reencuentro en el despacho del trastornado nazi, ni mucho menos lo ocurrido posteriormente.

Tras la llegada de la policía a la escuela los niños habían sido trasladados a sus hogares, previo reconocimiento médico. Los cadáveres, siete en total, cuatro de los matones que vigilaban el edificio, los dos técnicos del laboratorio y el del descabezado nazi, fueron retirados al depósito para realizar las correspondientes autopsias. Profesores y tutores fueron citados en las dependencias policiales para tomarles declaración, pero pronto quedó claro que no tenían la menor idea de lo que se había estado cocinando.

Los valiosos instrumentos habían sido trasladados en medio de fuertes medidas de seguridad a un lugar seguro en Roma, donde aguardarían para ser devueltos a sus respectivos dueños. Por último, la escuela había sido precintada a cal y canto.

Martha había sido trasladada con un hilo de vida en ambulancia y Ludwig, tras ser examinado y pasar un breve y preliminar interrogatorio, fue acompañado en un vehículo patrulla al hotel en el que había reservado habitación al llegar a la ciudad.

Pero el médico no había logrado conciliar el sueño y cuando resultó evidente que no iba a poder dormir, se presentó en comisaría con la intención de averiguar a qué hospital había sido trasladada Martha. Allí lo aguardaba una sorpresa.

—Resulta asombroso la inmensa fuerza que tienen esas máquinas, ¿no le parece doctor? —preguntó el inspector Herrero con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo mirando al operario que movía las palancas, siguiendo las instrucciones de los bomberos, medio sumergidos en el río.

El policía español se encontraba en la comisaría la mañana del lunes, cuando Ludwig se había presentado para preguntar por el paradero de su amante. Con la discreción que lo caracterizaba, se había hecho rápidamente cargo del estado de ánimo en el que se encontraba el médico. Había cogido del brazo a Ludwig, que no ocultaba su sorpresa y alegría al verlo, y lo llevó a una cafetería próxima para tomar un *espresso*, alejados del jaleo.

—Quería preguntarle algo, doctor Dreifuss —dijo el inspector—. Según me han informado mis colegas italianos, usted les dijo que el señor Schäuble sostenía entre sus manos, cuando habló con él, la famosa Biblia de Stradivarius. ¿Está seguro de que se trataba de esa Biblia?

—Sí. El nazi me la mostró. Allí estaban escritos los nombres de los instrumentos y la supuesta fórmula secreta. Aquel libro tenía muchos años, manchas de humedad y de tierra y estaba muy manoseado. Si era una falsificación parecía muy buena.

—No. Es muy probable que no se tratara de una falsificación. Verá, cuando la policía italiana ha registrado el edificio no ha aparecido esa Biblia por ningún lado. Han registrado también la mansión donde vivía Schäuble y nada.

—Ya les dije que se la llevó el guardaespaldas de Schäuble.

—Cierto —concedió Herrero con un gesto tranquilizador—, lo dijo. El guardaespaldas disparó contra su jefe, le quitó la Biblia, malherido, y después escapó. El problema es que ese hombre tampoco aparece. Los *carabinieri* sostienen que su huida resultaba imposible. Ya sabe, corporativismo. Nadie quiere admitir haber hecho mal su trabajo.

—¿No me estará acusando de haber sido yo quien se la llevara? —preguntó sorprendido Ludwig.

—No, doctor Dreifuss. No podría habérsela quedado aunque hubiese querido. Los policías que lo atendieron están seguros de que usted no llevaba nada encima ni escondido entre la ropa.

—¿Y cómo lo saben? —volvió a preguntar aún más sorprendido Ludwig.

—Lo registraron. Según me dijeron los agentes, estaba usted en estado de *shock* y no fue consciente. Tenían que asegurarse de que usted no iba armado, compéndalo. Nadie sabía con qué se iban a encontrar.

—No hay ficha policial del tal Hermann, sus huellas no están registradas. Todo parece indicar que detrás de Schäuble se encontraba una organización a la que pertenecería su escolta. Viendo que su protegido estaba perdido, decidió llevar la Biblia a sus jefes.

—¿Me está diciendo que esta pesadilla no termina aquí?

—No, no —repuso tranquilizador el policía—. Los instrumentos se hallan a buen recaudo. Sin ellos la Biblia de Stradivarius no sirve de nada. En cualquier caso para usted todo ha acabado.

—Pero alguien puede volver a intentar reunirlos.

—Es cierto —concedió Herrero—, pero le va a resultar difícil. Esos instrumentos van a estar muy vigilados a partir de ahora.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué pasará cuando se cansen de vigilarlos o tengan mejores cosas que hacer?

El policía se encogió de hombros.

—Esperemos que antes aparezca esa Biblia.

—Al rabino Liebnitz le hubiese gustado que la destruyéramos —dijo Ludwig—. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Ha muerto —contestó Herrero con un suspiro—. Cuando hablé con el comisario Martín, mi jefe, de lo que estaba ocurriendo y del peligro que usted corría, él, muy a su pesar, tuvo que solicitar un permiso especial y se puso en funcionamiento toda la maquinaria para estos casos. Yo tenía sospechas fundadas de que la Interpol no era ajena a todo esto y dudaba de mis propios superiores, así que no me quedó más remedio que llevar las gestiones personalmente. Mi querido comisario es un poco capullo, si me perdona la expresión, pero no es ningún tonto. Sabía que podía quedar en evidencia si no me prestaba atención.

»Mientras llegaba la autorización para viajar a Italia tuvo lugar este desenlace, del que fui informado. Ya no era necesario que viajara, pero el comisario me debía una y yo quería ver sobre el lugar cómo quedaba la situación y cómo estaba usted. Antes de abandonar Madrid me acerqué al hospital. Había ido un par de veces antes y no se observaba ningún cambio. A pesar de ello le contaba al rabino los pequeños avances en la investigación. Ignoro si podía escucharme, pero me servía para despejar la mente.

»Cuando fui por última vez, antes de coger el avión, se encontraba igual que siempre, los mismos tubos, las mismas constantes. Todo igual. Le conté el desenlace de la historia.

El policía guardó silencio mirando el horizonte. Ludwig aguardaba expectante a que continuara.

—¿Y?

—Verá. Usted es médico y yo un simple policía, así que me da un poco de vergüenza contarle el resto.

Ludwig le urgió para que lo hiciera.

—El caso es que cuando terminé de contarle lo ocurrido el rostro del rabino pareció distenderse. Sí, ya me dijeron los médicos que lo atendían que era imposible que el rabino pudiera escucharme, pero le prometo, doctor, que el rabino relajó el rostro, dio un suspiro a través de todos aquellos tubos, y murió plácidamente.

Ludwig se había quedado sin saber qué decir. Su experiencia como médico le decía que el policía se equivocaba, que la muerte del rabino en ese momento había sido sólo una coincidencia. Pero después de todo lo ocurrido ya no estaba seguro de nada.

—Parece que se han enganchado los cables —comentó Herrero—. ¿Sabe? Cuando era pequeño mi padre me solía llevar a pescar durante el verano. Recuerdo que algunas veces me tenía que ayudar para poder sacar el pez del agua. Igual que le sucede a esa grúa.

En ese momento regresaron a la superficie dos buzos, que se acercaron a la lancha donde estaba el sargento de bomberos y se quitaron las máscaras. Hablaron desde el costado de la embarcación con su jefe y éste dijo unas palabras por el radio transmisor.

Una columna de humo negro brotó de la chimenea de la imponente grúa cuando el operario la aceleró y comenzó a recoger el cabestrante. Los curiosos mantenían el aliento, esperando. Ludwig miraba como hipnotizado la superficie del agua.

Lo primero que apareció fueron los extremos de las cinchas y tras éstas la accidentada ambulancia chorreando agua y lodo. El público comenzó a vitorear y aplaudir mientras la pluma elevaba sobre sus cabezas el vehículo sanitario y rotaba para depositarlo sobre la carretera, cortada al tráfico. De vez en cuando, pequeños objetos caían de su interior, siendo recogidos por algún hábil y curioso coleccionista al que la policía rápidamente se los confiscaba.

—¿Cree posible que continúe con vida? —preguntó Ludwig siguiendo con la mirada el vuelo de la ambulancia.

Herrero se quitó el sombrero y jugó con él, mientras reflexionaba.

—No lo sé —respondió al fin, encogiéndose de hombros—. Se encontraba muy mal, usted mismo lo dijo. La caída al agua no ayudaría. Sin embargo, no han aparecido más cadáveres que el del conductor, ya que éste llevaba el cinturón de seguridad puesto. Los buzos no han encontrado ningún otro. Tampoco han podido localizar la botella de oxígeno a la que la señorita Mazowiecki estaba conectada. El conductor tenía el cuello roto, pero el forense no sabe si es resultado del accidente o provocado.

—¿Y usted qué cree?

—Creo, doctor, y perdone que le dé este consejo, que debería olvidarla. Sé que es un momento duro para usted, pero debe aceptar que no pudo hacer nada. No se martirice.

—¿No? —preguntó irónico Ludwig—. Dormí con esa mujer, la llegué a amar y ella me correspondió. ¿Cómo no me di cuenta de lo que estaba sucediendo? Si hubiese estado atento, podría haberla ayudado.

—No —lo cortó con suavidad el policía—. No podía. Nos engañó a todos. —Herrero hizo una pausa y añadió—: ¿Prefiere pensar que ha sobrevivido? Si es así y

la atrapan, pasará el resto de sus días en la cárcel o en un centro psiquiátrico. ¿Es eso lo que quiere?

—Tuvo que sufrir mucho para acabar así —contestó Ludwig, sin responder la pregunta—. No pretendo justificar lo que hizo, pero soy médico y sé que las emociones se procesan según las ideas, los pensamientos y los sentimientos adquiridos a lo largo de la vida. Con un padre nazi, que consideraba a todo aquel que no era ario como un ser inferior, no es de extrañar que Martha pudiera llevar a cabo semejantes atrocidades.

—Sí —respondió el policía—. Su vida fue un infierno. De todas formas hay algo que usted no sabe. La señorita Mazowiecki tenía una arteria cerebral colapsada, producto de un traumatismo padecido hace mucho tiempo. Según su expediente médico, reclamado por el juez, siendo niña fue trasladada a un hospital por haber sufrido un accidente. En la exploración que le hicieron los doctores descubrieron la grave lesión cerebral. Era demasiado pequeña para ser intervenida y los médicos llegaron a la conclusión de que sería mejor aguardar a que creciera un poco. Les dijeron a sus padres que necesitaría ser controlada periódicamente para estudiar cómo evolucionaba, pero nunca volvió a aparecer por el hospital. Algo terrible para una niña.

Ludwig frunció el ceño. Las palabras del policía despertaban ecos en su memoria. Unas confidencias susurradas tras hacer el amor, en la que Martha abría por un instante su impenetrable caparazón y le hablaba de su infancia.

—¡Qué ironía! —dijo Ludwig con una sonrisa gastada—. Al final el maldito cabrón murió asesinado por uno de esos semidioses de los que hablaba.

—La vida tiene estas cosas y, aunque generalmente no es justa, en ocasiones es sabia.

—¿Cómo supo usted lo de Martha? —preguntó Ludwig al cabo de un rato.

—El día que registramos la habitación del rabino, después del atentado que sufrió, encontramos, entre otras cosas, la carpeta con toda la investigación que había llevado a cabo a lo largo de tantos años. Como imaginaré, el español, el único idioma que yo domino, no abundaba demasiado, así que hice traducir todo aquel *dossier*. Fue una larga tarea que, a la postre, no sirvió de nada salvo para hacerme perder el tiempo. El día que lo llamé desde mi casa, cuando usted estaba en el avión, me encontraba revisando de nuevo el contenido de aquella carpeta y examiné una por una todas las fotos. Tiene que comprender que había muchas y casi todas eran muy malas, así que no me juzgue con demasiada severidad por no haberme dado cuenta antes.

»En una de ellas, el jefe de las SS estaba dando la mano a un hombre. Medio oculto detrás de él, y mal enfocado, había otro individuo. Éste, a pesar de la mala calidad de la instantánea, era la viva imagen de la señorita Mazowiecki. Busqué el nombre de aquel individuo: Friedrich Schäuble. Era uno de los cuatro nombres que me había dado el rabino.

—Y usted imaginó que se trataba de su hija —terminó Ludwig—. ¡Qué casualidad! Justo tenía que ir a dar con ella cuando fui a buscar un especialista en violines.

—No tanta si tiene en cuenta la situación —repuso Herrero—. Martha había sido criada en un entorno hostil, por una madre psíquicamente débil y por un padre brillante obsesionado con Stradivarius y sus instrumentos. Qué mejor manera para ella de llamar su atención que convertirse en la mayor experta en el tema que ocupaba la mente de su padre.

Entre tanto la ambulancia había sido depositada encima de la plataforma de un camión y el operario de la grúa recogía las patas estabilizadoras y la pluma. Los curiosos, viendo que la diversión llegaba a su fin, empezaban a montar en sus vehículos, a la espera de que la calzada quedara despejada y se restableciera la circulación.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó el policía.

—No lo sé —contestó Ludwig—. Aún no lo he pensado. Imagino que volver a Ginebra y a mi trabajo.

—Estupendo. Es lo mejor —aseguró Herrero—. Continúe con su vida y trate de olvidar todo esto.

—Será difícil olvidarla a ella. Nunca había conocido a una mujer igual.

—Tal vez no estaba usted preparado. Permítame decirle que hay una gran diferencia entre el doctor Dreifuss que apareció por primera vez en mi despacho y el de ahora. Estoy convencido de que a partir de este momento las cosas le irán mejor.

»Me he enterado de su decisión de donar toda su herencia y repartirla entre diversas organizaciones benéficas. Realmente su tío tenía obras de arte que brillarán más expuestas al público. Ha sido usted muy generoso.

—Muy amable, inspector. Nada de eso me pertenecía y estaba manchado. Es una buena forma de limpiarlo, ¿no cree? No necesito ese dinero. Dígame, ¿qué hará usted?

—Lo mismo. Continuar con mi vida, ver las consecuencias que tiene todo esto en las espinosas relaciones con mi comisario. Lo de siempre.

—¿Y respecto a todo esto?

—Me temo que no pueda hacer nada más. A partir de ahora será la Interpol la que continúe la investigación. Muerto Schäuble, imagino que se apresurarán a cerrar el caso.

—¿Tienen alguna pista?

Herrero se sacó del interior de su abrigo un sobre alargado color salmón. Calibrándolo con la mirada lo tendió por fin hacia Ludwig.

—Tome. Después de todo lo ocurrido creo que se merece esto. Es el resultado de las primeras indagaciones. Si acepta el consejo de un viejo policía, no lo abra. Deshágase de él.



»Bien, doctor Dreifuss, me parece que es hora de que me vaya. Mi vuelo sale dentro de un par de horas y creo que mis colegas italianos están deseosos de perderme de vista. —Y tendiéndole la mano el policía añadió—: Ha sido para mí un placer haberlo conocido.

—Lo mismo digo, inspector —repuso Ludwig estrechándosela.

Herrero se dio la vuelta y enfiló hacia la carretera.

—Inspector —dijo Ludwig levantando la voz—. Si alguna vez pasa por Ginebra, llámeme.

—Gracias, doctor —contestó el policía sin darse la vuelta, levantándose el sombrero como saludo—. No creo que suceda, pero nunca se sabe.

Ludwig vio alejarse al inspector con envidia. No había duda de que éste se encontraba en paz consigo mismo y con el mundo. ¿Podía decir él otro tanto? Con las manos en los bolsillos de su trillado abrigo, el sombrero ajado y su desfasado bigote, el policía se montaba en ese momento en la parte trasera de un coche patrulla, que, con un toque de la sirena para que le abrieran paso, se alejó.

Con el sobre y sumido en estas reflexiones, Ludwig salió a la carretera. Había llegado hasta allí en un taxi y ahora no sabía cómo hacer para regresar pero, para su propia sorpresa, no le importó.

—¿Tiene coche? —le preguntó en pésimo inglés un *carabiniere*. Ludwig miró al agente. ¿Sería alguno de los que habían entrado en la escuela de música? No tenía ni idea.

—No. He venido en taxi.

—¿Quiere que lo llevemos?

—Muy agradecido —respondió Ludwig amablemente.

Pocas semanas antes, pensó, no hubiese montado en un vehículo policial ni aunque lo hubiesen desinfectado. El sobre le quemaba en las manos. No se decidía a hacer nada con él. ¿Por qué no seguir el consejo del inspector y romperlo?

Dos horas más tarde Ludwig se encontraba en la recepción del hotel entregando la llave de su dormitorio. En la calle aguardaba un taxi para llevarlo al aeropuerto de Milán.

—¿Doctor Dreifuss?

—¿Sí?

El recepcionista le mostraba un sobre blanco cuadrado en el que no venía nada escrito.

—Dejaron esto para usted.

—¿Quién?

—No sabría decirle señor. No lo recogí yo.

Ludwig, extrañado, aceptó el sobre y lo abrió. En su interior venía un disco compacto sin ningún título ni nada que lo pudiera identificar salvo la marca del

fabricante.

—¿Cuándo lo dejaron? —preguntó al recepcionista.

—Lo lamento, pero no tengo idea.

—Da igual. Muchas gracias.

Con el disco en la mano, salió del hotel y se montó en el taxi, dando instrucciones para que lo llevaran al aeropuerto. Sentado en la parte trasera, miraba el disco, buscando inútilmente algo que le desvelara quién lo había dejado.

—Disculpe, ¿su radio tiene *compact disc*? ¿Le importaría poner este cedé?

Instantes después la cálida voz de la cantante de jazz Ella Fitzgerald entonaba una versión del tema *Over the rainbow*. Ludwig miró el reproductor asombrado. Aquella era la canción con la que se había enamorado de Martha.

*Quando todas las nubes  
oscurecen el firmamento,  
aparece el camino del arco iris  
para que lo encuentres,  
conduciéndote desde tu ventana  
hacia un lugar detrás del sol  
unos pasos más allá de la lluvia.*

Pero ¿quién le había mandado ese disco? ¿Quién podía saber el significado que tenía para él? Sólo se le ocurría una persona: Martha. De alguna forma ella se había dado cuenta de que Ludwig la espiaba mientras tocaba el violín y le mandaba un mensaje.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, echó el cuerpo para delante, como si el compacto pudiera darle alguna pista. ¿Cuál era ese mensaje? ¿Cuándo había sido entregado en el hotel ese disco? ¿Antes o después de la tragedia?

*En algún lugar, sobre el arco iris  
los cielos son azules  
y todos los sueños  
que te animes a soñar  
se hacen realidad.*

Con lágrimas en los ojos, Ludwig trataba de interpretar el mensaje oculto que, como ocurría con el escrito por Antonius Stradivarius en su Biblia, resultaba difícil de descifrar: ¿era un mensaje de despedida, o Martha quería decirle que había sobrevivido al accidente?

Había conocido por fin el significado del amor y éste se le había escapado tan pronto...

A su lado, olvidado, el sobre de Herrero descansaba conteniendo en su interior quién sabe qué planes, sobre otro tipo de arco iris, para un futuro del que por ahora se habían librado.

*Si los pajaritos felices vuelan  
más allá del arco iris  
¿Por qué, oh, no puedo hacerlo yo?*

## ROBO DE UN STRADIVARIUS

Un valioso violín stradivarius fue robado la noche del martes del Museo de Instrumentos Musicales de Berlín. Según fuentes de la policía, los ladrones accedieron al edificio en la madrugada del martes al miércoles a través del tejado y, tras inmovilizar a los vigilantes y desconectar las alarmas, se lo llevaron de la vitrina donde estaba expuesto estos días con motivo del cincuentenario de la muerte del berlinés Wilhelm Furtwängler, antiguo director de la Orquesta Filarmónica de Berlín.

Se da la circunstancia de que el Canto del cisne, llamado así por ser el último instrumento que fabricó el genial *luthier* en 1737, ya fue sustraído hace dos años, siendo recuperado, junto con otros once más, también de Antonio Stradivarius, en una operación de la Interpol. El violín, valorado en unos cinco millones de euros, pertenece en la actualidad a la Escuela Nacional de Música de Roma, que lo había prestado para la ocasión...

Extracto de una noticia publicada en la última página del diario alemán *Berliner Spiegel* el sábado 13 de mayo de 2006.

## ALLANAMIENTO EN UNA MANSIÓN

La noche del viernes pasado se produjo un allanamiento en un domicilio a las afueras de Sidney. Los ladrones retuvieron a los ocupantes de la casa hasta la llegada del propietario.

La policía no ha querido hacer declaraciones pero, al parecer, los asaltantes lograron hacerse con un costoso violín fabricado por el *luthier* cremonés A. Stradivarius a principios del siglo XVIII.

Este instrumento fue coprotagonista recientemente de un extraño suceso que la Interpol aún investiga. Otro de los instrumentos que también se vio implicado en estos hechos ha sido sustraído hace seis meses en la ciudad de Berlín.

Fuentes de la Interpol rechazan que ambos robos estén relacionados.

Noticia aparecida en el diario *The New Sydney Daily* el jueves 30 de noviembre de 2006.

## AGRADECIMIENTOS

«**D**e bien nacido es ser agradecido», dice el refrán. Por eso mi más sincero agradecimiento por su ayuda, paciencia, ánimo y amistad a: Pablo, Juan Falke, Evaristo, Carlos, Francisco, Rodrigo y Marta de Mallorca, Juan Ezquerra, Jesús, Alberto Arruti, Oiana, Aitor, José y a todos aquellos que de cualquiera de las maneras han contribuido a que esta novela haya llegado hasta tus manos.

No quiero olvidarme de mi representante Montse Yáñez y de mi editora Elena Ramírez.



IÑAKI BIGGI. Nació en San Sebastián (Gipuzkoa) en 1965. Estudió psicología en la Universidad del País Vasco, y es un apasionado autodidacta de todo lo que tiene que ver con la Historia. Hasta la fecha tiene publicadas dos novelas: *El Santuario* (2005), *La fórmula Stradivarius* (2007), y *Valkirias* (2018).

## Índice de contenido

Prólogo  
Rubén (Hijo de la providencia)  
Simón (He sido oída)  
Leví (Vínculo)  
Judá (Alabanza)  
Dan (Juez)  
Neptalí (Mi combate)  
Gad (Ventura)  
Aser (Dichoso)  
Isaachar (Hombre de la recompensa)  
Zabulón (Cohabitación)  
Joseph (Añadir)  
Benjamín (Hijo de la diestra)  
Epílogo  
Noticias  
Agradecimientos  
Sobre el autor